
LUX
LIBERTAS

NOVELAS EXTRANJERAS

MANUEL RIBEIRO

A CATEDRAL

NOVELA PORTUGUESA CONTEMPORANEA

VERSION ESPAÑOLA DE FRANCISCO DE ARCE



RENACIMIENTO
MADRID

F. Vidal.

A CATEDRAL

MANUEL RIBEIRO

A CATEDRAL

NOVELA PORTUGUESA

VERSION ESPAÑOLA

DE

ALVARO DE HEREDIA



RENACIMIENTO
San Marcos, 42
MADRID

1923.

IMPRENTA LATINA - RODRÍGUEZ SAN PEDRO, 19 - TEL. 11-26 J.

I

Era la hora de Maitines. La campana del Claustro llamaba a los capitulares para el coro, cuando Luciano pasó de su alcoba a la biblioteca, entreabriendo una puertecilla y apartando el espeso tejido de un brocado que, descendiendo del lambrequín en pliegues rígidos, ostentaba bordados eucarísticos de seda y oro. Dirigiéndose a una ventana, cuyas maderas quedaran despreocupadamente sin cerrar, abrió de par en par, con gesto amplio, los cristales, aspirando deliciosamente el aire fresco y oloroso del cercano jardín, que inundara la habitación.

La estancia era grande, formando parte de un piso levantado sobre el claustro y las capillas, residencia episcopal en épocas remotas, albergue después de clérigos y artesanos. Uno de los últimos cabildos modernizóle, haciendo de él morada del prior, del chantre, del maestro de capilla y demás servidores, que a la sombra de la Basílica vivían. Tal piadosa intención no disculpaba en manera alguna la monstruosidad arquitectónica de aquella fachada de predio burgués, con su línea de ventanucos vidriados, superpuestos irreverentemente sobre las admirables arcadas que, con sus ojivas, brotan de esbeltas columnas pareadas. Aquella discordante edificación, al salir discretamente de los flancos de la Catedral, parecía como si intentara abrazarla, alargándose en cin-

tura defensiva alrededor de la venerable cabecera del templo, donde resplandecía aún, la diadema astillada de sus capillas góticas.

En un espacio cuadrangular entre el claustro y el ábside, habían formado, en reciente período de organizadoras limpiezas, un adorable jardincillo con los clásicos caminos de boj encuadrando modestos bancales de rosas y geranios. Algunos pies de glicineas trepaban resueltamente, enroscándose en los arbotantes y en los muros rugosos, o siguiendo la línea sinuosa de las arcadas. El jardín, frecuentado solamente por los viejos canónigos durante las templadas mañanas de buen sol, en los intervalos del servicio religioso, estaba desierto: y de los claustros, igualmente desiertos, subía un silencio de ruinas muertas, entrecortado por el tintineo argentino de un incensario que oscilaba, con isócrona cadencia, detrás del altar mayor, entre las manos diáfanas de un niño de aspecto grave.

Luciano continuaba en la ventana contemplando con alborozo, llameante la mirada de extraño fulgor, la Basílica cuyas cumbres dorábanse al sol de la mañana. Vista desde el festón del claustro, en el prolongamiento del eje de la iglesia, desenvolvíase, frente al espectador, la elegante redondez del ábside; y el estremecimiento alado de los arbotantes, de frágil osamenta, en pleno equilibrio, transmitía tal aspecto de vida palpitante que temíase que, a una caricia más ardiente del sol filtrándose en los poros de piedra, la Catedral abriese sus alas, alzándose en amplio vuelo por aquella luminosa mañana de tiempo claro.

De pronto, un revuelo de voces brotó desde la iglesia, derramándose por los claustros, a manera de clamor inquietante de dolencia profunda. El murmullo se extendió en el silencio; insistiendo siempre en el mismo tono de lamentación y de queja. Eran voces unidas, que una especie de capilaridad convertía en

una vena líquida de voces, en una sola voz laminada en un solo trazo. Monotonía fluente que las palabras incomprensibles, salpicaban de sonoros matices, de ıui- dos apagados como el oleaje. Allá en el coro había comenzado el oficio divino.

Mientras tanto, Luciano, arrancándose a su muda contemplación, dejó la ventana, yéndose a sentar junto a un antiguo escritorio, donde comenzó a revolver febrilmente cartapacios rebosantes de papeles. La obsesión empujóle de nuevo hacia la ventana.

Revelábase en aquel cuarto un bizarro interior de artista.. Pesadas tapicerías ocultaban huecos de puertas y ventanas, pendiendo de las paredes, entre reproducciones de bajo relieves, de «via-crucis», Cristos y «paneaux» de azulejos, abarquilladas telas de fondos negros donde destacábanse, en semiobscuridad de catacumba, maceraciones lívidas de ascetas o destemplanzas de mitrados. En ménsulas y sobre los muebles—un aparador gótico con baldaquin, un bargueño del siglo VXI, algunos taburetes tapizados, sillones de cuero labrados y un escritorio de palo santo—encontrábanse esparcidos yesos clásicos, marfiles viejos, ornamentos, cálices, copones, cenefas, adornos. pequeños modelos de relicarios y de iglesias, de púlpitos y sarcófagos, y, en montones, en desbordamiento, hasta tirados por las alfombras, en álbumes, cartones, portfolios, un aluvión de copias y reproducciones, de todas clases y tamaños, de cuadros célebres de Museos, de obras maestras de todos los tiempos.

Al fondo de la habitación, como en culto único y especial, altar improvisado con magnífica escultura de madera y un tríptico encima, a manera de retablo.

Cerca del escritorio, abierta sobre un atril, descansaba la obra de Luis Gonse, «El Arte Gótico», y en los extremos de la sala dos estantes de coro, que antaño sostendrían antifonarios, guardando aún en sus

fibras los tonos graves del canto llano, contenían ahora verdaderas riquezas de bibliógrafo, resguardadas con telas litúrgicas.

En los estantes de la biblioteca, que ocupaba por entero una de las paredes, alineábanse siglos de historia de arte, en centenas de volúmenes y millares de folios, desfilando la arquitectura religiosa de todas las épocas, las ruinas muertas, los templos deshechos, las catedrales decrépitas, comentado todo, inventariado y reproducido en satinados couchés o en gruesos y costosos pergaminos.

Ya era obsesionante aquella preocupación por el arte religioso, no sólo en el decorado, lleno de hieratismos, y en la biblioteca, sino en las profusas anotaciones personales: perfiles de labores, pilares y arquivoltas, dibujos de pórticos y rosetones, una multitud de croquis, emborronaduras y bocetos de viajes, que constituían principalmente la decoración mural de otra habitación contigua, especie de gabinete de trabajo sin pretensiones, de un artista profesional. Este segundo cuarto, que recibía el sol naciente por una ventana moderna, hendida en ojiva, encontrábase casi ocupado por completo con una gran mesa de dibujo, armada sobre caballetes, llena de planos, moldes y diseños, y, junto a la pared, un estante bajo cuyo mármol encontrábase sobrecargado de variados instrumentos científicos y su interior atiborrado de manuales técnicos y tratados.

Tales eran las habitaciones de Luciano, arquitecto de veintidós años, hijo del chantre de la Iglesia Patriarcal de Lisboa.

El canónico don Porfirio de Sampaio y Melo, fué en sus tiempos de Coimbra una gloria académica que sus contemporáneos exaltaban con respetuosa admiración. Oriundo de Oporto, de una familia tradicio-

nalista, rica en prole, distinguida en la iglesia y en la magistratura; su padre, juez de Relación, augurando para aquel hijo la mitra de un antepasado, dedicó a Porfirio a la carrera eclesiástica, metiéndole a los diez y seis años en el Seminario de Coimbra, de donde salió después para doctorarse en teología.

Porfirio no demostró ser un pozo de virtudes ni uno de esos modelos de sesudez precoz, formada de instintos disciplinadamente refrenados y de abstinencias impuestas por el santo ministerio. Pero, si el sacerdote no tuvo una juventud de asceta, bien sobrios fueron sus placeres mundanos. Serio, sin ser austero, inteligente y ponderado, con una instrucción más profunda que la superficial dada oficialmente, fué siempre Porfirio sumamente celoso de su dignidad e incapaz, por temperamento y educación, de dar un mal paso. Atrayente e insinuante, de una belleza varonil que tanto podía deberse a la armonía de las proporciones como a la corrección de los modales, Porfirio sintióse más de una vez zozobrar en medio de románticas crisis de amor disimulado, estando a punto de ahorcar los votos con tiras de sotana, mordiendo ávidamente el fruto prohibido. Mas, pasada la fiebre, la sangre enfriábase poco a poco, triunfando el buen sentido.

Concluídos los estudios teológicos, el nuevo sacerdote volvió a Oporto, consiguiendo una plaza de secretario en la cámara eclesiástica y una cátedra en el seminario conciliar. Años después, llamado a la mitra de Lisboa un viejo amigo de la familia, Porfirio acompañó al nuevo Patriarca, el que le hizo beneficiado de la Catedral, canónigo más tarde, elevándole al fin, en vacante oportuna, a la dignidad de chantre.

En el ambiente distinguido de los salones lisboetas, su noble linaje destacóse con más firmeza, adquiriendo su esbelta figura nuevo aplomo, como una planta que se desarrollara con exuberancia a las caricias

de un sol más caliente. Su natural afabilidad, sin inflexiones afectadas, una distinción de raza, subrayada con ademanes severos, la línea siempre correcta y el porte gentil, conquistáronle las simpatías mundanas, dándole el más completo éxito. Fué el niño bonito de las sacristías, no habiendo obra piadosa, devoción de caridad ni cruzada filantrópica de las que no participara.

No abandonó por eso el padre Porfirio su reserva habitual, aún más cauteloso en este nuevo terreno tan escurridizo y pródigo en celadas. Pero un día, sucumbió, y, de sus amores con cierta beata histérica que en un acceso de misticismo lascivo se echó en sus brazos, nació Luciano. Chocándole al eclesiástico el repulsivo horror de la dama por lo acaecido y la carencia total de cariño materno, no pensó, ni por un momento, repudiar al hijo, y, tomando en serio su papel de padre, mandóle criar y educar, sintiendo hacia el pequeño una gran afección.

A los diez años ingresó Luciano como interno en el Colegio de Campolide (1), y, notando el canónigo su inclinación artística, dejóle entrar en la Escuela de Bellas Artes, de donde salió hecho arquitecto.

No sin cierto malestar, observó el padre Porfirio que el muchacho, a pesar de su educación, mostrábase indiferente en cuestiones religiosas. No lo quería, es claro, metido en sacristías, pero tuvo temor que esa indiferencia no fuera síntoma de rebeldía o menosprecio por las creencias. En cuanto Luciano abandonó el Colegio dejó de practicar, cayendo poco a poco en el olvido los preceptos religiosos inulcados en Campolide. Ni aun durante su estancia en el internado fué un modelo de piedad. Los ejercicios espirituales hacíalos siempre distraído y ausente, sin fervor, no rezando nunca a solas ni mortificándose con ascetismos.

(1) Antiguo y renombrado Colegio de Jesuitas en Lisboa (N del T.)

Recitaba las oraciones de la comunidad o las que le imponían en el confesionario, por espíritu de obediencia. Nunca, durante sus seis años de colegio, sintió ese fervor, tan usual en el sentimiento religioso exacerbado, especie de lava espiritual que afluye entre fuegos, aparece en las crisis de la juventud, y queda casi siempre en rescoldos, formando la estructura ósea del carácter. Lo único que le perturbaba, conmoviéndole, era el color y la línea, la impresión visual que recibía y un sentido plástico de las cosas que le hacía ver la vida inerte en la fisonomía movible de las formas y en la coloración epidérmica de los tonos. A este exclusivismo artístico que tan pronto lo absorbió achacó el canónigo Porfirio la poca inclinación religiosa del muchacho disipándose la inquietud del chantre cuando, al convivir y tratarle íntimamente, se le reveló el buen carácter de su hijo.

Vivía Luciano con el canónigo en los edificios nuevos del patio de la Catedral, sobre el claustro.

Para todos pasaba por sobrino del chantre, huérfano recogido con solicitudes de padre. Ni la sociedad ni la Iglesia se extrañaron al recibir en su seno a aquel efebo de cabellos rubios que vagaba por las naves del templo como un príncipe de leyenda.

Con las revelaciones de la vocación manifestóse en Luciano el fino gusto por todo lo antiguo. Desdeñando el utilitarismo interesado de la profesión, dedicóse a la parte artística, a donde le llevaban sus afinidades. El arte religioso apoderóse de él, conquistándole por completo. Con qué vagos recuerdos y enternecida emoción hacía surgir de la Catedral, en suaves horas de ensueños, los alejados mundos desaparecidos de los que tan sólo restaban las cumbres de los monumentos, azotadas por el huracán de las ideas, prontas a desaparecer en la onda aluvial de las renovaciones incesantes. Y así, divagando dentro del pasado, en exaltación visionaria de sus grandezas muertas, reco-

rría el artista, maravillado, el ciclo de las arquitecturas.

Primero, la asiática, la del oriente, el sistema monolítico de estabilidad inerte y rectilínea, la que convirtiera la palma y el loto en fuste esbelto y en capitel, levantando en el Nilo y el Eufrates arquitecturas hieráticas de obeliscos epigrafados, de pirámides y necrópolis, de esfinges y colosos, mirando, cual sonámbulos, el reseco horizonte de los desiertos. Venían después los templos griegos hechos de gracia apolínea, de sencillez y armonía, con su técnica del módulo, el equilibrio sabio de las proporciones, la sobria calma del ritmo, blancos todos en la magnificencia de sus cielos luminosos. Las pesadas moles de Roma, más utilitarias que estéticas, anunciando la futura fase industrial de los pueblos, proclamando el esfuerzo de la «urbe imperial» y grabando en toda la tierra las huellas eternas de su poder. Deteníase Luciano en las edénicas regiones de Siria, en las risueñas aldeas de Heuron, en los territorios de Alepo, donde germinó el tipo cristiano de arquitectura occidental, asistiendo en Bizancio a la fusión del genio griego con el oriental pérsico, punto de donde nacieron las iglesias con cúpulas. Pero la arquitectura medioeval, floración maravillosa del espiritualismo cristiano, era la que más le seducía por la maleabilidad de sus formas en inflexiones sutilísimas de la fe, por su pasividad de cera blanda a las arremetidas de los corazones, cuyas brechas lacerantes redondeaba y amasaba la unción mística de la Liturgia. Ese arte de la Edad Media fué el que creó la Catedral, que era la Biblia floreciendo en piedra, el Evangelio estilizado. En el fervor de la fe, el espíritu levantábase, ansioso de lo alto, desarraigándose de todo lo terreno. La Catedral fué el fruto de estos anhelos en que la materia se distendia bajo la presión del alma presa, que quería volar, enlazando las ojivas, hinchando las bó-

vedas y escapando entre gritos de ave libertada, por la punta aguda de las flechas.

Un final de otoño, al volver de Francia, después de admirar sus Catedrales, con nostalgias aún de Chartres, Amiens y Reims, fué cuando Luciano apasionóse súbitamente por la Catedral, sintiéndose de pronto devorado por aquel nuevo amor, en el que vió convertida su antigua amistad. Al terminar aquel curso hizo de la vieja iglesia campo práctico de sus estudios; contemplando a lo vivo ciertos detalles técnicos y modalidades especiales del arte antiguo, en aquel desmoronamiento de ruinas en que yacía la Catedral, como cadáver descuartizado en mesa de disección. Estremecido de amor, en su arrobo místico, con la visión experimentada y un nuevo sentido de las formas, el arquitecto adivinó, bajo la envoltura sacrílega de estucos y argamasas, la envergadura, el cuerpo espléndido y blanco de una Catedral de la Edad Media. Y emocionado por tal visión, como el que sigue deslumbrando el hilo de oro de un ensueño, fué investigando, auscultando miembro por miembro, piedra por piedra, la estructura de la Basílica, cuyo espíritu sentía palpitar en las entrañas íntimas de los murallones.

Era bien difícil, a través de las groseras reparaciones, determinar de manera segura la historia arquitectónica de la Catedral, restableciendo en su pureza sus caracteres primitivos.

Escasas también las fuentes de investigación y aún inciertas, no merecían ninguna confianza. Los archivos desaparecieron en los cataclismos que, en ciertas épocas, casi derrumbaron la Catedral. Los terremotos, en especial, encarnizáronse con la vieja iglesia, y el de 1755, maltratándola con inaudita crueldad, hízola heridas enormes que los arquitectos de la época quisieron cicatrizar con pomada de estucos, precipitando aún más la decadencia. Los pocos textos existentes,

referencias bien breves de cronistas, no aclaraban nada acerca de la estructura del templo, aumentando más la confusión. Por ejemplo la debatida cuestión de las cinco naves, fundada en un pasaje del cruzado inglés Osberno, compañero de Alfonso Henríquez en la conquista de Lisboa, carecía de garantía seria. ¡Cuánto se había escrito! ¡Cuánto se había fantaseado a cuenta de la venerable Basílica! ¿Fué obra de Constantino? ¿Debióse a los suevos, a los godos? ¿Acaso en su origen fuera mezquita? Verdaderos equipos de anticuarios, paliógrafos y epigrafistas, con aires proféticos de astrólogos, cayeron sobre la Catedral, con objeto de arrancar el secreto, mas el vetusto monumento cerróse en su mutismo; mientras, los eruditos excavadores, los paleontólogos de la Historia, sondaban inútilmente el misterio, registrando rincones, arañando bajorrelieves y pasando horas y horas en el examen de centímetros cuadrados de piedra, en la pista de un indicio, a la caza de la más leve señal, descifrando medio borrosos latines en las inscripciones, lenguaje oxidado de los tiempos idos, desarticulado ya y obligado de nuevo a expresar sus bárbaras resonacias muertas.

Nada se sacó en limpio de tales pesquisas. Ningún sabio pudo remontarse más allá de Alfonso Henríquez, aunque existía la certeza de que el origen era más antiguo. A Luciano no le preocupaba esta discutida fecha. Lo que él veía en la Catedral era un cuerpo hermoso que precisaba libertar cuanto antes de los remiendos del estuco y de tantas innobles cataplasmas. Arquitecto-artista, le causaba tristeza contemplar la Basílica romano-gótica completamente disfigurada en sus líneas típicas, como una estatua clásica vestida en disimulo de sus mutilaciones. Preferibles eran esas profundas cicatrices que no su ridículo disimulo, tras afeites de coqueta. Mejor las venerables arrugas que los arreglos de yesería.

Por el claustro, comunicábase la casa del chantre con la Catedral. Vivir, pues, en ella, era participar de la vida íntima de la iglesia. La melancolía perturbadora de los oficios, los quejumbrosos sones del órgano, los inciensos y canto llano, las magnificencias del rito en las ceremonias pontificales, todo ese inquietante atavismo ancestral de las religiones, hacía efectos de opio en la imaginación del artista. Cuanto más refractario sentíase Luciano a las intransigencias del dogma, tanto más atraíanle las caricias de la liturgia. Si la iglesia no le podía contar entre sus vasallos por la fe, teníalo lúbricamente por la posesión de su belleza. Y embriagado del olor que de ella venía, amó a la iglesia como a una mujer, con sus sentidos de adolescente. Parecía como si las mismas formas disimuladas de la Catedral lo excitaran en sus ardores. Con la fiebre de su deseo desnudábala, sensualizábala, descubriendo voluptuosamente ocultas y deslumbrantes bellezas plásticas. Y la Basílica iba surgiendo en su purísima desnudez, toda blanca, con la belleza ideal del siglo XIV. ¡Oh, poseerla así! ¡Tenerla como fué, como era aún, bajo sus innobles acomodamientos! Sentíase capaz de transformarla. Y el artista presentía palpablemente, en una restauración hecha por él—quimérico e irrealizable sueño—, entenebrecerse las naves, alterarse las bóvedas, ahogarse en sombra columnas y archivoltas, relucir en oros las brasas de los rosetones, y en el paso del crucero románico al deambulatorio gótico, vaga transición de la sombra a la penumbra mística, veía enlazarse las columnatas, cruzarse los finos nervios de la construcción, abrirse las capillas con sus abovedados de ojiva, la epidermis pétrea al descubierto, los finales de las erguidas lancetas, rematadas de rosas triboladas, y, llegando por fin a la alta nave de Alfonso VI, redondearse, dentro de la línea bastional del claustro, la media luna en piedra del ábside, recortándose en el

espacio, en bellas fragilidades, la silueta graciosa de los arcobotantes...

¡Restaurar la Catedral! ¡Qué deliciosa ilusión en sus horas de ensueño. Y, sin embargo, qué efluvio de vida, que transfusión de fuerza nueva realizaría él en ese organismo debilitado por tan frecuentes crisis, cuyos terribles efectos generaciones ignorantes o negligentes habían creído disimular, favoreciendo aún más el descalabro o recomponiendo de manera inepta. ¡La restauración! Continuamente la reclamaban los celadores de nuestro rico patrimonio de Arte. Y a pesar de ello, las obras sólo eran un estorbo, paralizadas casi siempre o consumiendo años y años, sin provecho visible. Cierto que, de tarde en tarde, parecían activarse: solicitábase nuevamente, concedíanse créditos, aparecían proyectos; pero todo ello era como el trabajo de una noria en su monótono girar; no existiendo un plan serio, esas reparaciones, tacañamente subvencionadas, retrasaban aún más el resurgimiento de la iglesia. Era preciso acudir de una vez en socorro del venerable monumento, antes que otras nuevas afrentas concluyesen con él.

Un día..., súbitamente, cual mágico prodigio, realizóse el sueño. ¡La Basílica iba a ser de él! ¿Cómo? El Gobierno había autorizado nuevas obras de restauración en la Patriarcal lisbonense, y, por acuerdo de la víspera, el arquitecto nombrado fué él, ¡Luciano! ¿Por qué? Ignorábalo. ¿Intervención del prelado, amigo íntimo del chantre? Tal vez. Luciano nada sabía. Ni quería saber. Si le iban a dar la Catedral, ¿qué le importaba el resto?... Creyó morir de felicidad. Mal repuesto de la sorpresa, aterrado por la magnitud del encargo, el artista vaciló, en momentos de duda. Durante la vigilia de esa noche agitada y febril, la Basílica apareciósele varias veces, entre pesadillas macabras, en forma de una esfinge enigmática, encerrada en su misterio, como un jeroglífico colosal,

al que miraba sin comprender, como si, en su aturdimiento, todo se le hubiese borrado de la memoria. Después, en la madrugada clara, recobraba la lucidez tranquilo el espíritu, sintió el renacimiento de su confianza al saludar a la vieja amiga toda gloriosa y soberana, entre el polvo dorado de sus ruinas. Contemplábanse, adorándose, como dos novios que se van a casar. ¡Ah, su gran sueño, su gran deslumbramiento! ¡Con que era cierto, con que era él! Venían a ponérsela entre los brazos, encomendándola a sus cuidados. ¿Quién mejor que él se lo merecía? ¿Quién podía amarla más? Y se la daban sin reservas, confundidos por aquel amor y asombrados por aquella fe, convencidos íntimamente de que tan sólo él podía salvarla; que si él no la acudía, desmoronaríase en polvo, irremediablemente, confundida con el nivel del suelo. Sentíase inundado de alegría transbordante, sabiéndose dueño de aquellas piedras, que iba a revolver para sacar de sus entrañas el ignoto misterio. ¡Ah, la gran amiga! ¡Si ella pudiera adivinar! Y en arrobo de apasionado, abrazó en la caricia de una mirada intensa la mole inerte, la que pareció vibrar estremecida de amor, transfigurada y viva, bajo la luz dorada que la besaba toda.

Alguien que, desde uno de los arcos del claustro le hacía señas con grandes gestos, le distrajo de su pensar. Por la escalera del ángulo del botarbotante fué al encuentro de un eclesiástico joven, que le aguardaba, sonriendo, en el jardincillo de abajo.

—¡Ya sé, ya sé la noticia!—exclamó el padre con vivacidad, apretando la mano que el arquitecto le extendía. Una Catedral nuevecita. Satisfizo su sueño. ¿eh? ¡Y usted que nada me dijo! ¡Gran egoísta! No tiene disculpa, no señor...

—Pero si nadie me consultó, padre Anselmo. ¡Si yo mismo lo ignoraba! Una verdadera sorpresa, que me dejó atónito...

El padre Anselmo, lleno de interés, asaeteaba al artista con sus preguntas:

—Bueno, y qué plan de trabajo tiene usted, ¿puede saberse? Porque usted de seguro tiene ya su plan. Rompa esa reserva; cuénteme sus proyectos. ¡Dígame lo que piensa hacer. ¡No se puede figurar mi alegría al saberlo! ¡Por fin vamos a ver nuestra Catedral libre de armatostes!

El arquitecto sonreía ante el entusiasmo del joven eclesiástico; sus palabras ardientes animábanle.

Era el padre Anselmo un sacerdote de unos treinta años, pálido e idealista, de una diafanidad seráfica, vivo y bullicioso, con raptos de iluminado y ansias místicas, nombrado hacía dos años capellán-cantor de la Catedral. Espíritu creado para el claustro, soñando en una vida solo posible en el remanso de un monasterio, resignábase el padre Anselmo, cultivando la liturgia y la música sacra, en el ambiente medieval de la metropolitana. Una no interrumpida correspondencia con los benedictinos de Solesme, de los que recibía publicaciones, iniciáralo en el gran renacimiento artístico, nacido en los claustros y en la nueva corriente de orientación monástica que volvía a convertir las celdas en laboratorios de estudio; por ello escribió diversos trabajos acerca del origen del canto litúrgico, enviados al mismo «Dom Mocquereau», con fototipias de un gradual muy notable encontrado en la Torre de Tombo (1), con anotación alfabética y neumas-acentos, todo lo cual publicóse en la «Paleografía musical», acompañado de un estudio, suyo igualmente, que el sabio benedictino acogió con benevolencia.

Con un temperamento de tal naturaleza, fácil es figurarse el horror qué sentiría el padre Anselmo, al

(1) Archivo de Lisboa (N. del T.)

dejar el seminario, ante la perspectiva de un curato de provincia. Valiéndose de varias influencias, consiguió permanecer en la capital, como coadjutor de una parroquia. No descansando hasta no verse bajo las bóvedas de la Catedral, único sitio donde se rezaba diariamente el oficio divino en coro, manteniéndose vagos vestigios de pompas litúrgicas. Un venerable templo primitivo, como él soñó en el seminario; calcinado tronco donde reverdía un poco del pasado ya muerto, en el antiguo bosque, ahora quemado por la falta de fe.

La entrada en la Catedral, que para cualquier otro hubiera sido el umbral entreabierto de una carrera de promesas, no despertó en él ambición alguna; ni siquiera le deslumbró la suntuosa escala que tenía ante los ojos, por donde se ascendía hasta las más altas dignidades. Deseó aquello, ciertamente, pero sólo para sentirse en una atmósfera espiritual, en un medio propicio para sus ensueños. Tales afinidades estéticas aproximáronle a Luciano, única persona capaz allí de comprenderlo, el que siempre le siguió complacido a través de sus errantes vuelos de místico.

La noticia de la restauración volvióle loco de alegría. Figurábase ya la Basílica reintegrada a su prestigio, restablecido el cantollano y liturgia en el rigor monástico de Solesmes, primer paso de otra restauración por él no menos deseada. El entusiasmo del presbítero comunicóse a Luciano, junto con su ciega confianza, disipando las últimas dudas y prestándole alientos para comenzar la magna empresa. Y él, tan poco expansivo en lo que a su Catedral se refería, no hablando de ella nunca, cual amante celoso, abrióse en confidencias, en un loco deseo de evidenciar a los cuatro vientos el amor que hacia la Basílica sentía, ahora que el gran ensueño habíase tornado en realidad.

—Sí—exclamó—; levantaremos la Catedral de sus

ruinas y resurgirá tan espléndida y bella, cual la concibieron y edificaron los maestros medioevales..

Pero el presbítero, impaciente, reclamaba detalles, exigía pormenores. ¿Por dónde comenzaría? ¿Conqué pensaba iniciar los trabajos?

Luciano, ya bien dispuesto, resolvió satisfacer la curiosidad de su amigo.

—¿Por dónde comenzar? No lo sé todavía. Lo primero es concluir con el pesimismo de las primeras impresiones. ¿No le parece? Vamos, por tanto, a limpiar el exterior y echar abajo esas bohardillas parasitarias de la fachada lateral norte. Bajo esas edificaciones inmundas existen muros que datan de la misma fundación del reino. Allí están las venerables reliquias del arte románico. Esas paredes, que tantos cataclismos resistieron, conservan en sus entrañas la visión de siete siglos de historia.

—He observado que precisamente ese lado norte es el que mejor ha resistido los terremotos.

—Eso se debe a que la iglesia por ese lado, está enclavada en los terrenos desnivelados de la calle. Por otra parte, sujétanla también los edificios que, desde un principio, están adosados al ángulo del tránsito. ¡Pero en qué estado de incuria se encuentra todo! ¡Rezuman aguas fétidas esos muros sagrados! ¡Hay que convenir en que si en los tiempos que corren la iglesia sufre desacatos, sus servidores de antaño no la respetaban mucho más!...

—No es precisamente la falta de respeto; ocurre que la convivencia familiariza y, tras las libertades, vienen los desacatos. Ni aun lo que tiene carácter divino se escapa a esa regla. Después, con el enorme desarrollo del culto, durante los siglos XVII y XVIII..., hágase usted cargo... Buenos tiempos aquellos para la Iglesia—suspiró el padre.

—Pero bien calamitosos para el Arte—replicó el arquitecto—. No es ya sólo la decadencia estética, es

la administración eclesiástica sacrificando lo que había de bueno al utilitarismo de la Iglesie; es la obra nefasta de las hermandades y cofradías. Qué odio tengo a esas hormigas blancas de los templos, mil veces más perniciosas que las catástrofes sísmicas! ¡Lo que ellas han hecho en este pobre edificio!

—No hay duda, Luciano, de que tiene usted muchísimo que trabajar—atajó el eclesiástico, sonriendo de la indignación del artista—. Pero cuantas más contrariedades venza, mayor su mérito.

Y en lento caminar por el claustro, llegaron al extremo del lienzo norte, donde se abría la «Puerta obscura», dando paso al deambulatorio (1). Volviéronse ambos.

Todo el largo corredor, de bóveda artesonada, avanzaba achaparrado por la elevación del suelo, que fué cementerio en un principio. El claustro era grave y severo, de una austeridad cirterciense que procedía de los vetustos muros, donde las piedras, roídas por los siglos, parecían dispuestas sin artificio, geológicamente, como bloques conglomerados de una lava ya fría.

—¡Esto es verdaderamente monástico!—exclamó arrobado el padre cantor—. Trae a la mente recuerdos de la orden de San Benito, observancias primitivas... Lo achacan a la época de don Diniz, por su parecido con el monasterio de Alcobaca. Ahí, más adelante, en un entrelazamiento de cenefas, existe una cruz del Cristo. ¡De todos modos es antiquísimo!

El arquitecto, tirando al cantor por la manga de la sotana, obligóle a levantar la vista.

—Fíjese usted ahí, padre Anselmo. Vea la unión del deambulatorio con el claustro. ¿No sabe usted que el maestro de Alfonso IV, al ceñir la frente de la igle-

(1) Nave circular que va por detrás del altar mayor (N. del T.)

sia con la diadema de capillas góticas, tropezó con el claustro? Fué imposible dudar; el sacrificio era inevitable. Y los ramos terminales fueron amputados implacablemente por el compás, borrando la trayectoria del edificio. ¿Remediaron tal agravio, ¿Curáronse tan graves heridas, Nadie puede hoy saberlo. O quizás hicieron el arreglo, deshecho después por algún terremoto. Pero de que se trató de arreglar, no me cabe duda. Este último tramo que está usted viendo, defectuoso y mal acabado, es la obra ya de la decadencia. Fíjese bien en esa bóveda: ¿No le parece un remiendo? Sus nervuras de la sección poligonal apestan a arte de sacristía, mientras que aquellas otras son medioevales, un poco rudas, es verdad, pero impregnadas ya de la elegancia de la ojiva. En este mismo tramo, durante mis pesquisas, descubrí un fragmento de artesonado de la reparación por mí supuesta: la soldadura, tentada por el arquitecto de Alfonso IV; repare bien, en el extradorso de esa capilla. El gótico verdadero de esa nesga y el del deambulatorio, no es el mismo gótico que el del claustro. Mas, ¿continuarían las nervuras, ¿Cerrarían de nuevo el claustro, o rehuirían los góticos de tarea tan ingrata? Esta soldadura constituye un verdadero problema, que deseo resolver.

Y Lucino abismóse en profunda meditación.

—¡Pero este claustro, este claustro!—continuó el artista, después de una pausa—. Si leyera todo el mundo en él, como yo leo! El tiempo que aquí he pasado, las horas dedicadas sólo a deducir cómo se verificó esto, cómo germinó y floreció el gótico en estos viejos troncos románicos! Porque la raíz, no hay duda que es románica.

—¿Arte románico en este claustro? ¿Está usted soñando? ¿Románico en esta parte? ¿De dónde saca usted semejante cosa?

—Por la evidencia de lo que veo... Existe en este

monumento, padre Anselmo, una particularidad, que usted tal vez ignore, y que constituye la delicia de quien lo estudia: la calidad de la piedra, la cual marca fechas y estilos. Especie de hilo de Ariadna en este laberinto de reconstrucciones. Cuántas veces he encontrado ingertos de gótico en puro románico. Y eso aquí mismo, en el claustro. Estas bóvedas ojivales apóyanse en muros trabajados anteriormente.

—No entiendo cómo eso pudo ser.

—Súmamente fácil. Un leve examen de esta Basílica revela en seguida que el ábside románica de la época de Alfonso Henríquez—parte débil del templo—fué encuadrada en una espesa defensiva que, del fondo de una gran depresión del terreno, subía del lado Sur y del Oriente, corrigiendo el desnivel del suelo. Es esa misma muralla que ahí ve. Figúrese usted ahora si no se podrían adaptar perfectamente en esos macizos los porches de un claustro...

—¡Ah, ya comprendo!

—¡Y si sólo fuera eso lo que se adivina! ¡Si hablasen algunas capillas de este lienzo transversal! ¡Este claustro, este claustro! ¡Si todos leyesen en él lo que yo leo!

Dos pasos más allá penetraron en el deambulatorio por la «Puerta obscura», especie de poterna cavada en el fondo lúgubre de una antigua capilla, convertida en pasaje. Estaban ya en pleno período ojival. Comenzaba el estilo que, por el entrelazamiento gracioso de líneas quebradas, como manos en oración, y la suave fuga de contornos, arterias vivas palpitantes, deslizándose de alto abajo de las bóvedas, en los pliegues de los archivoltas y a lo largo de los pilares, expresa, de manera mejor, el perturbador ascetismo místico. La nave era alta, en hemiciclo, llena de penumbra y de misterio, seccionada en tramos cortos, trapezoidales, con arcos maestros y formeretes, recayendo sobre las columnillas de los lados de las capillas góticas.

—Este deambulatorio, aunque deplorablemente mu-

tilado, es un admirable «specimen» medioeval, con su escriño de capillas ojivales de un elegante gótico secundario. Sería un verdadero crimen de lesa arte dejar derrumbarse lo que aún existe de aprovechable en estas ruinas! Los ratones de sacristía hicieron aquí grandes destrozos. Instalándose en estos delicados alveolos, hechos para la meditación y la plegaria, construyeron divisiones, reventaron muros, rompieron bóvedas, taladraron escaleras, royeron nervuras... en fin, una devastación completa y salvaje. Como usted ve el plano del ábside es fundamentalmente gótico, es decir, de forma poligonal que, además de ofrecer mucha más elegancia, tiene la ventaja de combinar mejor, con el sistema de bóvedas artesonadas, facilitando al mismo tiempo la construcción. Algún día explicaré a usted cómo es que los góticos plantaron aquí esa media luna de piedra, típica y castizamente ojival, único caso arquitectónico en nuestra tierra.

—¿Cuántas capillas alfonsinas hay entonces?—inquirió el padre Anselmo.

—Nueve—exclamó el artista—. Ahí deben estar todas.

—Pues, no las veo.

—No se deje engañar por las apariencias. Todos se equivocan en lo mismo. Examine usted bien un plano y las verá. El deambulatorio tiene trece tramos o vanos de bóveda, número impar, según los preceptos técnicos, a los que corresponden homólogamente otros tantos lados en el polígono. Si añade usted a eso, que a los dos extremos, el del Santísimo y el de San Vicente, anteriores quizás a la edificación de Alfonso IV, contiene dos tramos en cada ramo, es evidente que la edificación del siglo XIV debió tener nueve capillas

Acabada la vuelta al deambulatorio, encontráronse debajo de un gran arco ojival correspondiente a dos épocas. Un perfume de rosas frescas llegó hasta ellos,

tan intenso que Luciano miró a su alrededor, buscando la causa.

—Viene del altar de Nuestra Señora la Grande. La condesita mandó traer flores—explicó el capellán-cantor—. Ella misma estuvo ayer colocando los ramos.

—¡Ah, la Monforte! Viene muy a menudo a la Catedral.

—Con motivo del Apostolado. Los Monforte fueron siempre muy amigos de esta iglesia. Sus antepasados dejaron a la Basílica grandes rentas y dotaciones. Hasta tuvieron en propiedad la capilla de Santa Lucía, donde la condesita María Elena sostiene aún el culto.

—Práctica, asiduamente...

—Es una católica como ya hay pocas, y no sé si más noble por su estirpe o por sus muchas virtudes cristianas. Tratándose de obras de caridad, muéstrase siempre pródiga. Todas esas funciones piadosas que tan a menudo organiza, reanimando un poco la vida de este templo, no son más que pretextos para derramar, a manos llenas, sus beneficios. Puede asegurarse, en verdad, que ella sabe renovar el antiguo milagro, convirtiendo monedas de oro en rosas frescas para los altares...

—Los Monforte son riquísimos...

—Sí; pero no todos los ricos son caritativos.

—Es posible que su condesita sea una santa, padre Anselmo; pero, qué quiere que le diga, la encuentro fría y muy orgullosa. Envanecióla su alta nobleza.

—¡Cómo se engaña! ¡Si usted la conociera!

—Una vez, y por casualidad, la encontré aquí mismo, y fuímos presentados; pero comprendí en seguida que me consideraba algo así como un intruso. Ahora que, por mucha influencia que aquí tenga, la Catedral no es su palacio de San Martino.

—¡Ah, vamos! Están ustedes celosos. No tenga cuidado que Basílica da para los dos.

Luciano guardó silencio. Vuelto a sus preocupacio-

nes, miraba a todas partes con ojos entreabiertos, como de ensueño. La nave principal abríase al frente, entre dos laterales, abovedadas a la romana. Un aire solemne de grandeza y majestad desprendíase de aquellos retazos de siglos que parecían haber quedado prendidos, bajo las bóvedas, tras los sólidos muros, en los rincones no renovados; como en las oquedades de las rocas quedan siempre espumas y charcos de la ola que pasó. Las reparaciones deformaban la nave, deprimiéndola; pero la elegancia de los perfiles, la firmeza de las líneas, todo el soberano empuje de la Catedral, sentíase en la red de sus nervios, bajo la piel de las argamasas, revelando las formas bellas y haciendo olvidar los innobles ultrajes. En esas columnas y pilares, bajo los estuques y revocos, estaban aún condensadas en el frío mármol, las viejas y ardientes oraciones. Las antiguas mirras subtilizadas, todavía daban olor a los muros. La iglesia entera surgía del pasado, con su color de catacumba, galvanizada en ese metal sombrío que forma la pátina del tiempo. Y, cerrando los ojos para ver mejor, Luciano exclamaba:

—La nave románica de Alfonso Henríquez, padre Anselmo, ¡si usted la viera como la veo yo! No piense que es, como está ahí, convertida en maniquí hierático, vestido grotescamente. Las reparaciones del siglo XVIII deformáronla bárbaramente, dándole aires ridículos, de falsa juventud. No, no es como aparece. ¿Quiere usted verla? Figúrese esta nave central, bordada de árboles seculares, brotando los tallos en mechones del suelo; parte de esos árboles, inclínanse flexiblemente en arco, a los lados de la avenida, mientras los otros, con más viva fuerza, yérguense rectos, firmes, desfibrándose en la copa, en invisibles ramificaciones para sostener el impermeable tejido de la bóveda. Esa es la verdadera nave del siglo XII.

En esa evocación de la Basílica, empujábanse las épocas hacia atrás, surgiendo el pasado entre la bruma

vaga del tiempo. Y las graves figuras históricas iban delineándose poco a poco, desfilando las sombras de los reyes antiguos, que por su amor vencieron la inconsistencia del terreno movedizo, elevándola cariñosamente, cada vez más bella, de sus mismos escombros. Alfonso Henríquez, el que asienta los cimientos y la consagra como Catedral de Lisboa; don Diniz, que construye el claustro; Alfonso IV, que le da la diadema gótica, entregándola después su mismo cuerpo; Juan I, que la hace Metropolitana, y corre a refugiarse en ella, al sentirse morir. Después comienza la época de olvidos, despegos y abandonos. Los reyes, mirando entonces hacia el mar, vuélvenle la espalda, siendo hasta sus nuevas iglesias paganizadas, reflejos de las aventuras marítimas y de los deslumbramientos de Indias, con sus columnas, que remedan mástiles de navíos y su decoración náutica, de marmolistas navegadores. Ese Manuel el Venturoso, el que, dejando en todas las iglesias el cuño de su época, funda un estilo propio, no da a la Catedral ni una sola piedra. Y si don Juan V interviene, cerrando el largo paréntesis de olvidos, es sólo para arrancarle honores, en provecho de una capilla particular, como el que quita la corona a una reina para colocarla en la cabeza de una cortesana.

—¡Ah padre Anselmo! ¡Qué vestigios tan dolorosos han dejado aquí esas hordas bárbaras. Durante el siglo XVIII la locura llega a su apogeo. Los restauradores de la Basílica, en su afán de embellecerla, tapan las resquebraduras con argamasas, vístenla con trajes chillones, úntanle cremas en las arrugas, dánle carmín, convirtiendo el templo, en un abrir y cerrar de ojos, en el más nefando de los adefesios. Con desprecio tal del arte y tradiciones, puede usted imaginar lo que harían esos vándalos aquí dentro. ¿No sabe usted que hasta llegaron a picar la piedra para que el yeso se adhiriese mejor? ¡Y si sólo fuera la piedra de sille-

ría lo que estropearon... pero los capiteles primitivos, los antiquísimos capiteles románicos fueron picados también a conciencia, no escapándoseles ni una hoja, ni un nervio, ni siquiera un relieve! Todo fué rapado, cual cabeza de fraile con navaja. Los hombres hiciéronla más daños que los mismos fragelos de la naturaleza. Y pensar que a todos esos criminales tratos ha podido resistir la Basílica. ¡A la vista salta que ella está aún bien viva, padre Anselmo!

—Bajo los disfraces de la parodia ocúltase la fisionomía medioeval y emparedado, entre amazacotadas obras de albañilería, siéntese aún el latir de su corazón. Las catástrofes fueron pródigas con la pobre iglesia. Los terremotos arrasaron sus naves, agrietaron sus bóvedas, hundieron las arcadas, tragáronse columnas. Barriéronla después los incendios, con sus ciclones ígneos chamuscando el esqueleto, bajo la carne viva de las heridas . Esas múltiples llagas jamás curáronse; todavía supuran bajo los emplastos de las reparaciones. Es preciso despojarla de prisa de toda esa belleza de oropeles, arrancar esas capas de algodón de sacristías, desinfectarla de los bálsamos de devoción y de los ungüentos de piedad, rasparla la podredumbre gangrenada, descarnar a fondo, dejar salir la sangre impura, y, sólo entonces, soldar al esqueleto sano, primitivo, la osamenta nueva de granito. Haciéndolo con la misma audacia creadora de otros tiempos, con idéntico impulso generador.

Y, al hablar, el joven artista, soberbio en su actitud, daba la impresión enérgica y decidida, de un atleta pronto para un esfuerzo enorme y prodigioso.

También el padre Anselmo arrebatóse al contemplar a Luciano transfigurado en exaltaciones por la aureola de oro de su ensueño. El capellán-cantor preguntábase inquieto, si, víctima de alguna ilusión, no tendría delante, renacido del polvo de los siglos, al legendario maestro Roberto, el que levantó la iglesia

romántica, o al anónimo arquitecto de ábside de Alfonso IV.

Y como la campana tocara a misa, concluído el oficio matinal, el padre Anselmo encaminóse al coro, sentándose en la primera banca desnuda, en la más humilde, en la más baja... la asignada a los simples capellanes cantores.

II

Don Francisco Diego de Pina Coutinho, tercer marqués de Pombeiro y quinto conde de Linhares, cuyas genealogías entroncábanse con la más rancia nobleza del reino, fué uno de los grandes hidalgos portugueses que tomó parte en la conjuración nacional de 1640, contra el yugo de Castilla. Su aspecto batallador y carácter belicoso diéronle fama de bravo, alcanzando honra y laureles en las batallas de la Restauración y cubriéndose de gloria en la de Montijo, donde, al frente de un puñado de hombres, decidió la suerte de la pelea, Tal heroicidad, culminando la serie de hechos que de él se relataban, hizo que don Juan IV diérale asiento en su Corte, premiándole con rentas y mercedes. Al morir, en 1645, dejando un hijo de siete años, la gratitud del soberano continuó manifestándose en su descendiente, y reteniéndole en palacio, donde se crió como un infante, elevó el ya ilustre blasón de los Pombeiros y Linhares, con el timbre aún más egregio, de la corona ducal que, al ponerla sobre los cabellos rubios y rizados de una criatura de diez años, pareció descender, como don maravilloso, traído por las lindas manos de algún hada.

Tales fueron los felices inicios de la vida de don Jaime de Castro Pereira Coutinho, cuarto marqués de Pombeiro y sexto conde de Linhares, señor de veinte

villas, alcalde mayor de Barcelos y tronco preclarísimo de la casa ducal de Monforte.

Al crecer el mozo creció igualmente la tan prestigiosa y dorada fortuna que desde la cuna le acompañara. Durante el gobierno de la Regente continuó esa deshusada insistencia del favor real y don Jaime, hombre ya, asumió los más honrosos cargos políticos siendo sucesivamente consejero de Estado, ministro del despacho en la junta nocturna, gobernador de armas de Alemtejo, primer plenipotenciario en el tratado de paz con España, y, finalmente, como prueba definitiva con caracteres de dádiva personal de encantadora intimidad y privanza, llamado a llenar las funciones palatinas de mayordomo mayor de la Reina.

Los Monfortes pasaban a través de los reinados siempre alrededor de los monarcas, participando, como vasallos leales, de todas las vicisitudes de su política. El primer Monforte, reinando don Pedro II, no vió con buenos ojos el cambio operado por el soberano, favorable a las pretensiones del archiduque Carlos a la corona de España en contra de Felipe V, a pesar de haber reconocido anteriormente a éste como Rey. Pero, declarada la guerra, don Jaime de Castro olvida sus opiniones, siendo su espada la primera en desenvainarse en defensa del Rey. Otro Monforte acompañó, con toda su familia, al Rey don Juan VI al Brasil, en 1807, hiriéndole de muerte tal acto de fidelidad, al agravársele con el viaje antiguas enfermedades.

Durante la vida del sexto duque, don Duarte Caetano de Souza, se escribe en la historia de la gran familia una de los capítulos más notables. Este Monforte tomó parte en la regencia de 1826 llegando hasta presidente de la Cámara de los Pares, con el emperador don Pedro IV; pero, detestando el liberalismo cual tradicionalista convencido que era, abrazó la causa de don Miguel, siguiéndola con tal constancia y tal caballerosidad que llega a convertirse en el símbolo de

la Causa, alcanzando las épicas proporciones de un héroe de leyenda. El triunfo del cartismo (1) hízosele intolerable. Volvió la espalda y emigró. Este don Eduarte, al pisar tierra extraña, y hacer voto de no volver, considerándose divorciado de la patria ingrata, realiza un acto del más terrible sabor bíblico: cual maldición sobre su patrimonio, inhabilita todos los bienes ducales, priva a los campos de cultivo, despuebla villas y lugares, hiriendo a los vastísimos señoríos de una esterilidad de muerte. Los campos no dieron más pan; las casas desmoronábanse; la desolación y la aridez extendíase siniestramente por todo el dominio, erizándolo de matas salvajes, proclamando así la oposición obstinada y tenaz de los Monfortes, su intransigencia inapelable. Sólo al morir don Duarte atenúanse algo estos rigores. Su hijo y sucesor don Pedro, levanta la excomunión a las tierras, pero mantiene el ostracismo y el destierro, con la misma obstinación irreductible, queriendo ignorar siempre el nuevo régimen. Sucédense las generaciones desraigadas del país natal, sin intervenir en la historia patria, cultivando esa intransigencia orgullosa, ese soberano desdén de los temples nobles que jamás se inclinan sino que se derrumban, cual robles fulminados..

El último descendiente de los Monfortes, don Alvaro Ataíde, llevaba en París la vida ociosa y disipada de un príncipe soltero, cuando, a los cincuenta años, se enamoró repentinamente, durante una cacería, de doña Eulalia Zarco, joven heredera de los condes de Borba, ilustres aristócratas portugueses, de visita en los dominios de los duques de Montmorency.

La pasión de don Alvaro, aún fuerte y garboso, inflamó los veinte años de la hermosa Eulalia, verificándose el casamiento con deshusada pompa, en una igle-

(1) Constitución (N. del T.)

sia de París, con asistencia de la más distinguida nobleza de Francia y mucha de la de Portugal. La diferencia de edad no impidió que los duques amáranse perdidamente, con una afección íntima y perdurable, encanto de sus vidas; ella, en los albores de su primer amor; recobrando él, en las intimidades del hogar, el caudal de ternura que despilfarrara locamente. María Elena, muy esperada, llegó al fin, pasados dos años, cuando ya las aprensiones de infecundidad turbaban el ánimo de los duques, digno coronamiento de aquel enlace. La bella duquesa Eulalia, de constitución débil y un poco anémica, resintióse en su salud después del nacimiento de Elena y, en depresión moral de presagios funestos, añoraba cada día más la patria, nostálgica de sus quintas, de la vieja casa solariega donde nació y donde se criara.

El duque desolábase al ver que por su pacto inflexible sufría su esposa. No atreviéndose a romperlo, como si ello fuera un sacrilegio, don Alvaro conservóse fiel al voto hereditario, haciendo, para animar a la duquesa, largos viajes, estancias demoradas en los climas amenos de la Rivera, bajo los cielos límpidos de Capri y Sorrento. Todo fué inútil. El tedio echó raíces, dejándose doña Eulalia ganar por la melancolía, como un día de abril que lentamente se nublara. El duque dudaba ya entre el compromiso jurado y la preciosa vida de la duquesa, cuando explotó en su palacio de la Avenida Klaber, una madrugada de Octubre, la noticia de la revolución en Portugal: los Braganzas destronados, la monarquía depuesta, la familia real huyendo despavorida en un navío hacia el destierro... El intruso huía también; la humillación tenía su término. Caído a su vez el usurpador, las dos ramas de la dinastía en idéntico pie de igualdad, al margen del trono vacío. Desaparecieron las dudas. El impedimento había concluido. Y los duques enmprendieron el camino de Portugal.

¡Con cuánta felicidad doña Eulalia sació al fin su alma del aire puro de la sierra, del sol dorado de la patria! Al rápido pasar del tren enternecíase la duquesa contemplando por las ventanillas del «sleeping» el paisaje tan portugués, desenvolviéndose melancólicamente en las ondulaciones de los pinares, entre desgarrones de niebla, como inciensos piadosos en la quietud religiosa de los yermos.

Instaláronse en Lisboa, en la antigua residencia ducal de San Martino, palacio del siglo XVIII, situado en la plaza del «Contador-Mor», cercano a la Catedral, como un fuerte erigido pra su defensa. Doña Eulalia sintióse mejor, comenzando a saborear la vida entre su esposo y María Elena. Costumbres antiguas renovadas, relaciones de infancia reverdecidas, la adoración de los criados, adoración que irradiaba hasta de las mismas cosas, la paz venerable de San Martino, todas estas fuentes de cariño y ternura hiciéronla bien. Mejoró. Pero las mejoras fueron bien efímeras. La enfermedad tenía hondísimas raíces. Hubo que desengañar al duque. El desenlace estaba previsto. Y en rápido desfallecimiento, como flor cortada que se mustia, la octava duquesa de Monforte extinguióse a los treinta años, en brazos del mísero esposo, sin apariencias de dolor físico.

Después de la muerte de doña Eulalia, el palacio de San Martino adormecióse en un sopor de ruínas. El inconsolable marido, dentro de aquel dolor que lo enlutaba, hundióse en profunda melancolía, no saliendo jamás ni recibiendo a nadie: pasaba sus días en adoración tan sólo de la pequeña, en sentimental crisis de ternura para su hija. El único que conseguía hablar con él era monseñor Santana, antiguo capellán de los Borbas, llamado a San Martino desde el regreso, y procurador de los grandes bienes señoriales de ambas casas. Alto,anguloso, la faz, surcada de rasgos enérgicos, donde los ojos pequeñitos perforaban con inteli-

gente vivacidad, era monseñor quien disponía de todo, acatado siempre con sumisión a su autoridad eclesiástica. Tres meses después del infausto día, monseñor hizo ver seriamente al duque que Elena iba a cumplir diez años y no convenía tenerla más tiempo sin la disciplina necesaria, ignorante y desenvuelta entre criadas incultas. Habló de París, recordando el Sagrado Corazón. El duque objetó tímidamente que se encontraba viejo para viajes, que deseaba acabar en aquella casa, donde muriera su mujer, no pudiendo conformarse en ver salir para tan lejos a su única hija, lo que le quedaba del amor de la duquesa. ¿Qué iba él a hacer sólo entre cuatro paredes, en aquel caserón de San Martino sin la caricia de una mirada que le consolase? Déjenle morir tranquilo ya que la muerte no ha de tardar. Y enfrentándose con el irascible sacerdote, que volvía a la carga, de tiempo en tiempo, el duque debatíase implorativo y suplicante, sin fuerzas casi para oponerse. Hasta que un día, reanimándose, exclamó fuera de sí, en un arranque desesperado:

—Llévesela para donde quiera, pero sepa usted que en cuanto ella salga de este palacio, me mato...

El tono de firmeza y resolución conque fueron dichas esas palabras, amedrentó al cura que comenzó a pensar en otro arreglo. Una señora de la familia de los Borbas, tía materna de doña Eulalia, doña Clara Sofía, que se criara de pequeña en un monasterio de Braga, era superiora de un internado religioso en la fecha de la instauración de la República. La supresión de las comunidades religiosas y la prohibición de la clausura, colocaron a la Madre María Pelegrina, como en religión se llamaba la hermana del conde de Zarco, en la disyuntiva de pisotear su votos y volver al siglo o acogerse a un país extranjero. La dama ilustre, después de muchas luchas, sacrificándose a la fe jurada, pensaba en el destierro, con harta amargura de su alma, cuando intervino monseñor, el cual, a fuerza de

razones e invocando el superior interés de la familia, consiguió convencerla. Encargóse de la educación de María Elena y, para atenuar las severidades de la ex monja y sus desconocimienetos de la vida profana, el capellán, que era hombre práctico, mandó venir de Londres, recomendada por un instituto católico de fama, a una preceptora irlandesa. Profesores de especialidades frecuentaron también el palacio de San Martino, cumpliendo la heredera de los Monfortes los diez y seis años, sabiendo idiomas y piano, bordando primorosamente, y en posesión de todas las prendas de una aristócrata rica.

El duque de Monforte, tan inconsolable en su dolor como el primer día, envejecía rápidamente en un declinar de voluntad y agotamiento enérgico que iban acortando su existencia.

Hundido en la sombra torva de una feroz misantropía, más taciturno cada día, obstinábase don Alvaro en no dejarse ver, huyendo hasta de su hija, encerrado los días enteros a cal y piedra en un gabinete donde nadie podía saber qué es lo que hacía. María Elena iba creciendo así, en la atmósfera aburrida del claustro, que desprendíase de aquellas salas silenciosas, de rígidas tapicerías petrificadas por el polvo, y antiquísimos muebles de museo. Desde la muerte de su madre, no llegó a ser la ternura penetrante de una caricia que el alma bondadosa, más estéril, de la tía Sor, era incapaz, por su parte, de comprender. Ni aún la belleza de la niña, de inerte mármol clásico que parecía crecer y desenvolverse como un sistema cristalizado en un ambiente saturado de historia y tradiciones, alteraba el aspecto lúgubre del palacio. Un aire melancólico de abandono helaba la fachada monótona, con las persianas siempre cerradas, las piedras ennegreciéndose, la hierba creciendo a su antojo en los umbrales de las cocheras, cuyas puertas jamás se abrían de par en par, al paso de lujoso desfile, de suntuosas

y deslumbrantes libreas de gala. Parecía como si en todo aquello se hubiese depositado en impalpable y tenue ceniza, la tristeza de aquel día de fin de octubre, en que la duquesa traspuso por última vez el noble portal blasonado, siendo depositada en la carroza fúnebre de seis caballos, entre blandones que ardían pálidamente a la luz, y los mugidos de los curas, surgiendo desde el fondo de tinieblas del vestíbulo.

Cuando la muchacha cumplió diez y ocho años, monseñor celebrólos dando una fiesta para presentarla en sociedad; a ella acudieron las más linajudas aristócratas, animándose un poco, el adormecido y viejo caserón. Fué sólo desde entonces cuando se le otorgó, según costumbre, el título de condesa de Borba, que procedía de la duquesa Eulalia, heredado por muerte de su padre, durante el quinto año de matrimonio, con todos los títulos y señoríos de los Borbas. A partir de ese día comenzó para la condesita, gracioso diminutivo con que se la nombraba, la vida frívola y banal de las damas aristocráticas, pasando el tiempo en visitas, cooperando en obras de caridad, devociones y actos religiosos, todo lo cual tuvo, sin embargo, para ella un dulce encanto.

Su primera comunión verificóse en la Catedral, y allí mismo, a dos pasos de San Martino, inició María Elena sus prácticas religiosas, acompañada siempre de doña Clara Sofía, la que, aficionándose pronto al viejo templo, tranquilo y recogido, donde podía rezar como en un claustro. La ex profesa sentíase a gusto, saciando su obsesión nostálgica del coro, en aquel medio abandono de la venerable iglesia que carecía de ese aire mundano de salón-concierto de tantas otras en que luce la escenografía, tan poco cristiana, de las nuevas aras de Lourdes y los altares aureo-sanguíneos, donde la moda rinde cultos cardíacos. Frecuentando la Basílica llegó María Elena a apasionarse del servicio religioso tan completo que se celebraba en la Catedral.

Uno de los motivos en que fundaba su predilección por el viejo templo era la continuidad regular y casi ininterrumpida de culto: la misa solemne de coro, las horas rezadas capitularmente, un aire de vida que animaba a la iglesia, de vida bien poco intensa, es cierto, más de lámpara mortecina que de fuego incandescente, pero sin dejar nunca de arder en honra de Dios. Por sugestiones de los canónigos con quienes llegó a relacionarse durante sus frecuentaciones a la iglesia, restauró María Elena el culto en la capilla de Santa Cecilia, uno de los alveolos góticos de la nave circular, antigua fundación de su casa, donde algunos de sus ascendientes estaban sepultados bajo epigrafiadas baldosas de piedra. La interesante condesita llegó a imponerse en la Basílica, reinando en ella como soberana. Rodeábanla de atenciones, adulábanla, animábanla en sus empresas, sintiéndose todos orgullosos de aquella convivencia que, con su gran aire de distinción aristocrática reanudaba las nobles tradiciones de la Iglesia. La gravedad de sus actos y su compostura, una piedad de santa con munificencias de reina, brotando espontáneamente y de manera natural, revelaban los caracteres firmes de su raza. Confiando, monseñor Santana, en los valores ancestrales aguardó tranquilo esta floración de gracias y perfecciones, como el labrador espera broten las cosechas, de las semillas que siente ocultamente germinar.

Entre sus virtudes mostraba María Elena un gran fervor religioso, y en esa humilde sumisión, tanto más edificante cuanto de más alto emanaba, observaba monseñor el espíritu de obediencia y el sentimiento jerárquico, los que constituían para el severo sacerdote, tan amante de la disciplina, la única base estable de las relaciones sociales. La principal preocupación del padre, cuando la muchacha llegó a la edad de reflxionar, fué inculcarla los rudimentos de esa coreografía social, con las diferenciaciones de clases

nítidamente clasificadas, las cordilleras enormes que separan ciertas familias privilegiadas, a cuyos pies vienen a estrellarse las planicies vulgares, acumulándose el polvo vil de las generaciones anónimas. Por medio de asiduas enseñanzas el capellán de San Martino grabó en aquella alma incipiente, como en un molde plástico, las normas inflexibles, los rígidos conceptos de su orgullosa moral. Y era con sumo gozo cómo adivinaba a través de esa piedad infinita y de ese fervor religioso, la orientación dada por él al arbolillo en crecimiento' Tan sólo la religión era capaz de imprimir el sentimiento de subordinación y dependencia. Sólo podía mandar quien era capaz de obedecer. Y si él la quería humillada delante de Dios era para que, a su turno, encontrase natural ver a sus pies a las demás personas.

Inflexible tradicionalista monseñor Santana, creía en la Raza, tronco progenitor de frutos seleccionados, cordón placentario de las buenas y castizas simientes. Era para el orgulloso sacerdote, el más abominable de los atentados ese abastardamiento sacrilegio de las razas con ingertos incestuosos en la medula de los linajes puros, linajes corrompidos por consanguinidades plebeyas, como un licor espirituoso que pierde fuerza y se adultera, debido de sórdidas manipulaciones comerciales.

Con frecuencia hablaba a María Elena de las grandes figuras de su familia, las que constituían las glorias más legítimas de Portugal. Los nombres que se exaltaban en las escuelas, las estatuas de las plazas públicas, las conmemoraciones cívicas de los centenarios, todos esos vasallajes al valor, todos esos inciensos quemados al genio, qué eran sino un homenaje a la Raza que, haciendo posibles las grandes selecciones morales, constituía el manantial de héroes y de santos? Las continuas prédicas de monseñor quedaron incubadas en el cerebro de su pupila como simiente en

tierra fresca. Mostrándose la sementera cada vez más prometedora; era un prado salpiqueado de margaritas, todo un vergel en flor exhalando aromas de cosas viejas, evocadas en la dulce penumbra del pasado. No eran los suyos rígidos orgullos de raza, era piedad de santa, destilando de cálices hechos con preces y oraciones. La santidad—cúmulo de virtudes—deslumbraba a la condesita, y la religión—raíz de santidad—confundíala. De ahí su fe, su piedad y su gran temor de Dios. Para qué negarlo? María Elena no era enteramente como monseñor la hubiera querido. Sentíase realmente superior; pero no por que se hiciese pedestal de alguien, sino porque flotaba en un mundo de idealidades. Su soberanía no alimentábase de humillaciones. Tal vez monseñor sintiérase chasqueado. En lugar de los graves principios que esperaba ver germinar de las simientes de sus argumentaciones, llenábase el alma de la condesita de una flora tiernísima, blanda y suave, como campo sembrado de lino y estrellado por el ardiente sol de la fantasía, de azules florecillas de ensueño. Veía la historia a través de la leyenda, y sus héroes aparecíansela nimbados de religiosidad. Deslumbrábanla aquellos tiempos en que los príncipes vivían para la Fe, ligando sus nombres a una iglesia, a una obra piadosa o a un monasterio. ¡Una iglesia! ¡Cómo le gustaría ver surgir del suelo, consagrado por la bendición, la radiante flor de una iglesia! Y, pensando en ello, evocaba la historia de las fundaciones religiosas, la epopeya de las Catedrales cristianas, las estrofas marmóreas de esos poemas de fe, obras anónimas en su mayor parte, donde colaboraron príncipes y vasallos, nobles y plebeyos, confundidos en el mismo deseo. Los grandes despojábanse de sus bienes, llegaban limosnas de todas partes, las multitudes corrían ofreciendo sus brazos en un espontáneo tributo a Dios.

Cuando un día las celadoras del Apostolado la eligieron presidenta, María Elena estremecióse de júbilo

y, en la simplicidad de su ingenua fe, juzgóse tocada de la gracia divina. Fué. como si Nuestra Señora la encargara, poniendo en sus manos el báculo de oro del pastoreo, de la dirección de un rebaño de ovejas blancas, damas nobles todas de la corte de la Virgen, purificadoras, con la albura de sus almas, como estrellas en noche obscura, de los inmundos pantanos de la herejía.

III

Instalábanse en tanto los operarios en la Basílica, comenzando las obras de restauración. Primeramente fueron los descombramientos y excavaciones, iniciándose después las pesquisas de líneas primitivas, de perfiles, de molduras, de capiteles, previa demolición de las obras de Cabildos y Cofradías. La Catedral fué desnudada, cual si fuera enfermo a quien los médicos desean auscultar a conciencia. Por todas partes erguíanse andamios. El resonar de los martillos de pedreros llenaba las naves. Verdaderas nubes de polvo espesaban el aire, cubriendo las imágenes, llenando las tallas y depositándose en los bordes de los frisos. La iglesia parecía estar bajo la embestida de un asalto.

Luciano prefirió comenzar por el lado Norte, el más antiguo de la Patrialcal. En esa fachada, revestida por la humedad de una pátina más densa, todo: el desgaste rugoso de la piedra, ciertos detalles de los arbotantes, la propia estructura de los muros, denotaba claramente su gran vetustez. También encontrábase en ese lado la linda joya de la capilla gótica de Bartolomé Joanes.

Emprendióse en seguida la restauración del ábside de las capillas góticas de la nave circular; unas completamente perdidas o transformadas en archivos y dependencias eclesiásticas, enmascaradas otras, con revestimientos de tallas y armaduras de pino, corroídas de

secular carcoma. Dejóse el cuerpo de la iglesia para lo último. ¿Cuánto tiempo se emplearía en la restauración con créditos dados con cuentagotas? ¿Llegaría Luciano a ver todo concluído?

El arquitecto, aún más esclavo de su iglesia, luchaba en ella infatigablemente, dando órdenes al maestro de obras, modelando, dibujando, trazando planos para los canteros, corriendo de un lado para otro, sondeando aquí y allá, cotejando niveles, asistiendo, en fin, ansiosamente a las pesquisas de sus operarios. Tal afán demoledor llegó a sobresaltar a los viejos y comodones padres que, perturbados en sus oficios, maldecían, en su interior, este nuevo comienzo de reparaciones. Por tales vicisitudes había pasado, desde antiguo, la obra de la restauración que, aún los admiradores de la Basílica, acogían con escepticismo esta recrudescencia, no creyendo nunca en su terminación. ¡Con qué selvática furia se emprendieron las obras! Nada escapaba a la saña reorganizadora. Por todas partes extendía la ruina su mancha cancerosa, llegando hasta el fondo de las canteras, abriendo los santuarios, descarnando, amagando los viejos muros, ya decrépitos. ¡Con cuánto pesar contemplaban aquello los capitulares, teniendo que reducirse en culto!; profanadas las capillas, descristianizado el templo. Los viejos chirimbolos litúrgicos: maderámenes, candeleros, tapetes, ornamentos, altares portátiles, bancos, pertrechos fúnebres y de gala; toda esa enorme y opulenta escenografía, rodaba de rincón en rincón, en víacrucis de decrepitud, hasta el último desván, donde pudriríanse en espera de un definitivo baldeo en el que desaparecieran para siempre aquellas basuras. Y en esta usurpación creciente, los canónigos dejaron de ser dueños y señores de su iglesia, expulsados de un lado para otro, acorralados al fin en el altar mayor, abierto a todas las miradas, lleno de luz, como una plaza pública, entrando a raudales por sus enormes ventanas de hospital. Pre-

ferible era para ellos la muerte; ante la ruina lenta, que este alboroto de obras interminables, que esa vergonzosa situación de la Basílica, hollada por una turba de trabajadores, especie de cuartel obrero, constituída en eterno feudo de una sección de obras públicas.

Frente a este partido de los canónigos elevábase otro, el de la restauración, integrado por gente joven, beneficiados y capellanes-cantores, con el padre Anselmo a la cabeza. Para estos eran las obras perfectamente comprensibles; por razón de orden técnica, transtornábase la Catedral, en busca de indicios. No comenzaban a dar las escavaciones resultados satisfactorios? No se descubrió, enterrado en una de las capillas de la nave circular, la bellísima aldaba de su bóveda primitiva, completamente intacta y enterrada allí, sin duda, por efecto de un terremoto o de una inconsciente obra de sacristía? ¿No se había descubierto, cavando al lado de la capilla de San Vicente—¡oh, delicia de anticuarios!—venerables reliquias del ábside románica de Alfonso Henríquez? ¿Y la estupenda revelación, el casi milagro, cuando se desemparedó en el crucero, preciosísimos fragmentos de la gran rosa de la fachada, la que había recibido el sol del siglo XII? ¡Lo que habló el padre Anselmo a propósito de este hallazgo! ¿Quién, sino la Providencia, guió la mano de la persona que, en pleno siglo XVII, de decadencia y mal gusto, caído el arte medioeval en desuso, guardó piadosamente en ese escondrijo de la Basílica los débiles y cariados trozos, casi informes, de la maravillosa rosácea, capaces ellos de dar la medida de su reconstrucción? Y cuantas más reliquias como esas no habría en ignorados, secretos e insospechables sitios! María Elena, la condesita de Monforte,, no simpatizaba con este grupo, ella pertenecía al de los canónigos. Por temperamento y delicadeza, condenó desde un principio la salvaje invasión de los obreros, rompiendo irrespetuosamente la santa calma del lugar. Daba la razón a los canóni-

gos, conmoviéndose con sus quejas. La crueldad de las demoliciones, por más que el padre Anselmo la tranquilizaba, dábanla la impresión de que toda la iglesia se iba a venir abajo, en una fiebre loca contra Dios; sentía dudas por si aquella turba no demolería todo, a golpes de piqueta, sugestionada por Luciano, especie de Atila con martillo.

¡Ah, ese Luciano! Sin saber por qué, nunca miró con buenos ojos su estancia en la Catedral. Con su aire vago de sonámbulo, sin fijarse en nadie, recorriendo la iglesia esquivo y taciturno, tratando poco con los sacerdotes, no practicando nunca, hacíale el efecto de un arcángel, expulsado de la presencia de Dios, que medita, por venganza, destruir el templo. ¿Qué quería? ¿Qué era lo que pensaba? ¿Qué hacía dentro de la Basílica él, que demostraba no tener fe, errando por el deambulatorio, parado en las naves obscuras, surgiendo como una sombra del fondo de alguna capilla o dominando la iglesia, desde lo alto del crucero? Cuando vió a aquellos hombres apoderarse de la Catedral, capitaneados por Luciano, pensó que eran demonios, con el Príncipe de las tinieblas al frente; su pobre iglesia tenía los días contados. ¡Qué dolorosa confirmación tuvo al poco tiempo!

Todos los años celebraba la condesita el mes de María en su capilla de Santa Cecilia, con tal prodigalidad de rosas y flores que disfrutaban de ella los demás altares. La iglesia, durante ese lujuriante mes de mayo, impregnábase de savias y aromas renovados diariamente por el capricho de la muchacha. Los jardines del palacio de San Martino no daban de sí para tal loco desbordamiento floral, teniendo las lejanas quintas que sufrir el peso de la contribución.

En los últimos días de aquel mes de abril, después de una ausencia en provincias, la condesita, de vuelta a la Catedral, tuvo una dolorosa sorpresa. Encontró su capilla confiscada, y, lo que es aún más grave, arra-

sado completamente el querido santuario de sus meditaciones y rezos. El revestimiento interior había sido bárbaramente arrancado, con objeto de poner al descubierto los primitivos y toscos murallones. Un montón de destrozos encontrábase aún en el suelo. En lugar de las lindas tallas que recubrían la pared del oratorio, dándole apariencias de un joyero de oro, veíanse ahora la sillería negra y carcomida, por los incendios, los artesones descalabrados, tiznados restos de ojivas; un antro miserable, como las almas de los que cometieron aquel estrago. Milagrosamente, el tesorero Artunes había salvado del desastre su querido Corazón de Jesús, la bendita imagen de Santa Cecilia, las pilas de biscuit para el agua bendita, los candelabros y reclinatorios, todo lo que constituía su propiedad. La pérdida del santuario, de donde la expulsaban, sumióla en un estado de desolación inconsolable. Dominada por el pesar, casi llorosa, en contemplación de los destrozos, acompañada del tesoro Antunes, que daba explicaciones, encontróse a una vuelta de la nave circular con dos canónigos graves y tiesos, de púrpuras rozagantes y mucetas de armiño, evocando, con la magnificencia de sus vestidos, aristocracias de mitra y vagas prelaturas romanas.

El canónigo Guimaraes, alto, de lentes de oro, con una voz a un tiempo mordaz e indignada, exclamó:

—¡Condesita, también le llegó su hora! ¡Confórmese usted, como nos conformamos todos! ¡Resignación! ¡Resignación!

—¡Mi linda capilla!—lloriqueó María Elena.

—Bien cerca están ya del corazón—añadió iracundo el otro, el canónigo Patricio, señalando al altar mayor.

—¡Qué tristeza!—suspiró la condesita. Nuestro templo deja de ser, cada día más, la casa de la Virgen. ¡Quién recuerda ya el sosiego de antes! ¡Y esta capilla, mi refugio tranquilo!

—De hecho—corroboró el canónigo Guimaraes—na-

die puede ya rezar aquí. ¡Hácese imposible el recogimiento! Toda la iglesia va cayendo, poco a poco, en manos de los impíos, que un buen día nos pondrán a todos en la calle.

Y sus lentes de oro fulminaban.

—Después de todo es lo que ellos pretenden—corroboró el otro—. Con la falta de recato y este barullo infernal, las ceremonias no tienen grandeza, ni los oficios majestad. Los pocos fieles que todavía vienen por aquí, acabarán bien pronto por no aparecer.

—Lo que es más desesperante—volvió a decir el canónigo Guimaraes—es que aquí dentro hay quien se regocija de todo esto; quien aprueba las fantasías de ese loco que pasa su tiempo en cavar los altares, sin respeto alguno a lo que es sagrado.

—Aquí, internos,—exclamó el canónigo Patricio en voz baja—no sé quién tiene menos juicio, si ese mozo o quien le permitió hacer tales cosas...

En este momento salió el padre Anselmo de sobrepelliz, por una mampara de atrás del coro, con el Eucologio en la mano izquierda, y entre las páginas el dedo, señalando el oficio. Los canónigos alejáronse. El sacerdote, turbado y afligido, habló a la condesita de lo ocurrido. Debía disculpar, debía disculpar. Estaba verdaderamente desesperado... El mismo Luciano había recomendado mucho su capilla ¡Pero la ausencia de ella en Pragal! Recibió su carta. ¿No? Después, la precipitación del maestro de obras, mandando allí los hombres sin esperar aviso! El maestro Rodríguez no tenía disculpa. ¡Los trances por que él pasó...! ¡Ni ella misma podía imaginarse! Y sudaba aún de angustia el buen padre Anselmo.

—Nuestro arquitecto—explicaba—tenía necesidad de la estructura del santuario, examinar los capiteles, las molduras, ¿usted comprende? Los elementos característicos escasean tanto, que hácese preciso revolver esto, buscar por todas partes. Por otro lado, esta capi-

lla fué una de las que más han sufrido. De los capiteles, ni uno siquiera puede aprovecharse. El fuego estropeó todo. Ya lo ve usted. Por lo demás, tenía que ocurrir un día u otro. Tal vez mejor así. Yo le garantizo que esta capila será la primera que se restaure.

—Ruinas y siempre ruinas, es lo único que yo siempre veo—contestó la Condesita escépticamente.

—A pesar de todo, podemos dar gracias de que Luciano hace lo posible para suavizar nuestra suerte. Podía echarnos del templo. Se comprometió a restaurarlo todo y va cumpliendo.

—Sí, sí, ya se ve—contestó María Elena con amarga sonrisa de incredulidad.

El padre Anselmo se exaltaba.

—¡Pero si todo esto es un síntoma magnífico! Reflexione un poco y me dará la razón. Lo que aquí realmente irritaba en las anteriores reparaciones, era la lentitud con que se desarrollaban, con aquellos paréntesis enervantes durante los que las mismas obras criaban moho. No existía un arquitecto que se interesara por esto, poseído de su papel, sabiendo ver y sentir. Sólo ahora es cuando la Catedral ha tenido suerte. Luciano es un artista que siente su arte; trabaja con idéntico amor y cuidado como si estuviera burilando estrofas de un poema. Tenemos el hombre que necesitábamos. Tenga fe, Condesita, no se desanime y verá.

Y el capellán-cantor, despidiéndose, volvióse para el coro.

Pasó más de un mes.

Junio avanzaba con las primeras calmas del estío. Sentíase en la Catedral cierta grata frescura que venía de la piedra y de las resquebraduras del suelo. Recibíase la suave caricia de un aire inerte, donde no vibra nunca la luz. En esta época gustaba deambular por los claustros y quedarse indolentemente contemplando un pedazo de cielo, a través de una ojiva, como un vitral.

La condesita no pensó más en las obras. Aburrida por el episodio de su capilla, no volvió a recorrer la nave circular, contentándose con ir a oir alguna misa, con los trabajos del Apostolado y sus obras de caridad.

Sin embargo, durante la misa de aquel domingo, sintió una sorpresa que la emocionó. Habían concluído de arreglar la rosa del crucero norte. Desarmado el andamio, sin los trozos de lona que lo envolvía, reabríase la admirable rosa pétrea toda nueva, en su fino talle románico, con la floración radial de las nervuras, enmoldurando fantásticos pétalos de luz. María Elena quedó deslumbrada, casi en éxtasis. ¿Cómo había podido realizarse aquello? Ignorábalo. ¿De dónde procedía aquella rosa? ¿Cómo se abría en lo alto? Todo misterio. Pero allí estaba la mágica tulipa explendente, fresca frondosa, reverberando en la dulce semioscuridad de la nave, las palpitaciones multicolores de su corazón todo en fuego.

Era bellísimo no había duda. Convencíase finalmente de que el padre Anselmo tenía razón. Quizá aquellos bárbaros sentían... amaban; tal vez entre ellos, encontraríanse admirables cinceladores. Fué a buscar al capellán-cantor a quien había visto salir del coro. Encontrólo en la sacristía, hablándole, conmovida de la novedad.

El padre Anselmo se esponjó halagado.

—¿No le decía?... Pues aún hay algo muchísimo mejor.

—¿Qué es, qué es?—preguntó la Condesita, excitada su curiosidad.

—No puede saberse. Es un secreto.

El presbítero arrepentido de su confidencia, dudaba entre evasivas.

—Es su capilla... aún no está concluída. Luciano quiere sorprenderla. Está lindísima. ¡De lo que es capaz el Arte!

—Vamos a verla, padre Anselmo. Sabré guardar el secreto.

—No me atrevo. Luciano puede andar por ahí...

La Condesita, contrariada, frunció la boca en delicioso gesto.

—Bueno; allá usted si me compromete...—condescendió vencido el padre.

—Palabra que no. Vamos...

Y dirigiéndose a la nave circular. Parecía como si un aire de locura y muerte hubiera pasado por allí. Las gradas de las capillas, los altares polícromos de falsos mármoles, las armaduras desvencijadas, viejas imágenes con aspectos de bonzos en sus nichos apolillados, toda la decoración aparatosa en talla dorada, tapando las heridas de la piedra, todo aquello, había sido arrancado, despedazado brutalmente, inhumanamente, como se desvendan en un hospital las asquerosas heridas de los pobres enfermos. Y los santuarios surgían desnudos, como avergonzados de la hedionda miseria de su ruína. Y, sin embargo, cosa extraña: de todo este conjunto, resaltaba ahora una cierta unidad armoniosa, dando a la vieja capilla un nuevo aspecto. Recibíase una impresión agradable. Era que al fin se revelaba el carácter, el estilo, el alma ideadora que supo ungir aquello de belleza, dejando en cada pedazo de piedra el contacto ardiente de la inspiración.

Todas las capillas tenían franca la entrada. Sólo en la de Santa Lucía había un tabique impidiendo el ingreso. El sacerdote empujó una puertecilla improvisada. Entraron. Todo estaba recubierto de una capa de polvo blanco y finos detritus calcáreos. El ábside de la capilla había sido reedificada. En los tres lienzos de la pared del fondo, rasgábanse las tres ventanas góticas, muy estrechas, en forma de lanceta, geminadas de dos en dos, por una división de vidriera prismática, exagerando aún más su estrechez, y rematadas en el arco de ojiva, excepto la del centro, por rosas trilo-

badas con blancuras de mármol nuevo. La soberbia delicadeza del ventanaje resaltaba entre la fina talladura redondeada de las molduras, con su belleza indescriptible, verdaderamente religiosa, del arco, huyendo de la línea recta, y quebrándose, en un roce furtivo, con la gràcia de un beso trocado miedosamente por dos amantes.

La condesita incendióse en rubores. Aquello era por ella y para ella!... Y este ensueño de siglos, de tradiciones, causóle la misma sensación perturbadora que el extraño perfume que salía de los viejos baúles de San Martino, el que gustaba aspirar con los ojos cerrados, desvanecida... ¡Todo aquello era por ella y para ella!...

¿No era esto una realización de sus más recónditos deseos? Una iglesia, una capilla elevada a Dios, por intención de ella, toda impregnada de su deseo... ¿Cómo se iba a figurar? Y quedóse abstraída, dominada...

El padre Anselmo metíala prisa. Luciano podía aparecer...

Y al salir, diéronse de cara con el artista. Turbáronse... El sacerdote quedó aterrorizado... ¡Su mala suerte nunca le abandonaba! Y tratando de disimular la confusión, exclamó jovialmente:

—Discúlpenos si le hemos invadido sus dominios...

Luciano no disimuló la contrariedad por aquella visita prematura; pero, suavizando la expresión, curvóse galantemente ante la condesita.

Sumamente cortada, la muchacha balbuceó:

—Perdóneme... ¡Soy la única culpable! Cedí a las tentaciones de mi curiosidad.

Y miró al artista con ojos de pena.

—El tentador fuí yo—añadió el padre Anselmo—. «Suum cuique...»

Conmovióse Luciano con la dulzura de aquella voz, que, sin altiveces, fluía fresca, húmeda de ternura y

bondades, del fondo claro de su alma, como el agua de una fuente; y era de un timbre tan hermoso que hacía pensar en un hilo de oro, cuyo brillo fuese líquido.

Y replicó:

—Aquí el único intruso soy yo, señora condesa. La capilla fué fundada por los suyos, perteneciéndoles por derecho de tradición. Derecho aún más antiguo que la ley. Usted está, pues, en un sitio que le pertenece. Por ello he deseado reparar lo mejor posible el mal que causé...

—Muy agradecida. El padre Anselmo contóme todo. Ya se acabó el enfado con usted; al contrario, bien compensada estoy, con lo que veo...

—Todavía no tiene usted la compensación debida. A la capilla aún fáltale mucho... Sobre todo las esculturas, los capiteles, los vitrales... Tan sólo a la luz de los vitrales puede florecer el alma gótica.

—¡Antes también gustábanme mucho todas estas capillas!

—No diga usted eso; si todas necesitan grandes reparaciones. Esa talla dorada que tanto admira usted —exclamó el artista sonriendo—cubría verdaderas miserias...

—Y... ¿cómo remediarlo?

—¿El remedio? Arrancar de cuajo todos esos oropeles, saneando lo que hay debajo corrompido... La belleza vendrá luego, sin necesidad de artificios.

—Programa radical—dijo el capellán-cantor, ya tranquilo.

—Confieso que esta nave circular me ha dado, verdaderamente, sin saber por qué, una sensación de belleza...

—Es que comienza usted a apreciar, sin darse cuenta, la armonía que reina, luego de suprimidas las diversidades de mal gusto de estas capillas. Cada orato-

rio tenía antes su fisonomía particular, desfigurando en mezquindades el noble aspecto del conjunto.

—¿Cómo llegóse a perder el sentido de la belleza antigua?—preguntó la condesita, interesada.

—Caprichos del gusto, muchas veces inexplicables. Aquí, sin embargo, las alteraciones justifícanse un poco. La Catedral sufrió varios terremotos en distintas épocas. Restauraciones no se hacían, porque aquel estilo había pasado de moda, y entonces las Cofradías y Congregaciones, con objeto de disimular los estragos, crearon esos interiores de talla dorada, predominantes en los siglos XVII y XVIII, casi siempre de un mediocre valor. Era un sistema cómodo y, para ellos, elegante.

—El gótico llegó a no tener olor de santidad—intervino el padre Anselmo.

—¡Lo denominaban bárbaramente, arquitectura bárbara! Parece que tal idea fué un dogma aquí en la Catedral, a juzgar por los destrozos que cometieron, sobre todo en estas capillas, las cuales no sufrieron gran cosa durante los terremotos. Lo que sufrió más con fuegos, temblores, fué la decoración, lo más susceptible de daño. Aquí los estragos mayores causólos la mano del hombre. ¡Parece mentira! Existen muchos de estos alveolos, destinados a toda clase de destinos vulgares. ¡Una ignominia!

—Mas, lo pasado, pasado—exclamó el padre Anselmo, tratando de atenuar el desagrado que estas cosas causaban al artista—. Que la piadosa intención de nuestros antepasados sírvales de disculpa. Perdóneles usted, amigo mío, por el placer que estas restauraciones le han dado.

Luciano sonrió.

—En efecto, restaurar todo esto, en el verdadero plan medioeval es para mí, más que un trabajo, una verdadera satisfacción espiritual...

—¡Qué placer para un artista! — exclamó María Elena.

—¡Bravo!—dijo el padre—. Ya hemos conquistado a nuestra causa a mi señora la condesita. ¡Bendita sea, pues, la imprudencia que cometí al traerla!

—¡Es que esto es realmente bello, padre Anselmo!

—¡Ah! ¡Esa belleza sería completa si pudiéramos volver a los gloriosos tiempos de la Catedral, cuando sus clérigos se regían por estatutos monásticos!

—¡Vaya usted con eso a los canónigos!—exclamó riendo el arquitecto.

—No es ninguna novedad, sabiendo cómo en aquellas épocas el clero, con su obispo, habitaba en las Catedrales. Los actuales dignatarios: deán, chantre y tesorero, reliquias son de la jerarquía disciplinar de las antiguas Comunidades capitulares. Los cabildos hicieron de hecho, durante cierto tiempo, vida regular, sujetos a la observancia de un «pensum» que, entre otros, fué la regla de San Agustín. Después deshiciéronse las Comunidades, repartióse sus bienes, dos partes para el obispo y la tercera para el cabildo, dispersándose toda la riqueza en prebendas y beneficios, de los que el Estado moderno se apoderó, en última instancia, cometiendo una inicua usurpación.

—Creo que esas riquezas eran enormes—observó la condesita.

—Los bienes de la Iglesia fueron enormes, procediendo todos ellos de limosnas, dotaciones, donaciones «inter vivos», piadosos legados en testamento, oblaciones, diezmos... En los primeros tiempos del reino, los monarcas hicieron dotaciones numerosas e importantíeimas. Sólo Alfonso Henríquez fundó y dotó más de ciento cincuenta iglesias y monasterios. Los señores imitaban a sus reyes, haciendo legados, acordándose toda persona rica, en sus testamentos, de la Iglesia. Existían legados de todas clases: para sufragios por las almas «pro bono animae»; para perdón de los pe-

cados «pro remissioni pecatorum»; por maleficios practicados «ob culpam sacrilegii»; para conseguir sepultura dentro de los llamados bienes de mano muerta o amortizados, exentos de impuesto real y de toda clase de jurisdicción. ¡Mas todo pasó, desgraciadamente!

—¡Sedúcenme tanto las fundaciones religiosas!—exclamó exaltadamente la condesita—. Son verdaderos actos de una piedad sublime.

—Es a manera de una vinculación del alma con el cielo—añadió el artista.

—Y no crean ustedes que hacer una fundación era empresa difícil. Un simple legado, la alimentación de una lámpara ante el altar, algunas misas y oficios de difuntos, era suficiente para constituir una capilla.

—La condesita tiene razón—dijo Luciano—. Existe en todas esas ofrendas piadosas una tierna espiritualidad, no exenta de belleza.

—Belleza útil, amigos míos. ¿Qué otra cosa es una capilla? Un beneficio y una renta. Beneficio para la religión, renta para los pobres. Reparen que todas las fundaciones de cierta importancia van unidas siempre a instituciones de beneficencia. El donador providente señala a menudo a su capilla la manutención de un «esprital», hospital u hospicio. Así fué la capilla que Bartolomé Joanes aquí fundó. Las propias capillas de Alfonso IV que tenemos en frente, bien diversas, por cierto, de como fueron, tenían su lado filantrópico en las «mercieirias», especie de asilo que aquel monarca creó para doce hombres y otras tantas mujeres desvalidas, en este mismo barrio de la Catedral, y no lejos de ella. Los viejos de la Basílica llaman aún a las capillas alfonsinas capillas «mercieirias». Realizada la desamortización, desaparecieron todas esas fundaciones y beneficios eclesiásticos, quedando estos pobres santuarios del todo abandonados, cerrados y sin culto, hasta los años de 1837 o 38, en que las capillas alfonsinas fueron cedidas por el Gobierno al cabildo de la

Catedral, a petición del mismo, ¿y a que no saben ustedes para qué? ¡Para depósitos!...

—Tales Gobiernos, tales cabildos—soltó el arquitecto.

Dieron algunos pasos más por la nave circular, saliendo a los claustros, acompañando a la condesita por el «Aljube».

Fijóse María Elena en varios obreros que trabajaban, sobre andamios, en la parte posterior del ábside.

—Quiero destruir por completo el resto del ábside—explicó el arquitecto—. Existe ahí una parte ignorada, por detrás del paso del claustro y de la recámara del Santísimo, que tiene que ser sumamente interesante, pues forma el ramo terminal de la nave circular y su unión al crucero. Tras de esos muros hay lindas ojivas enterradas. ¡Ya verá usted qué maravilloso descubrimiento!

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Como... que lo he visto en sueños. Créame usted que no se puede por menos de soñar en esta ábside tan hermosa, como no hay otra en iglesia portuguesa. No puede usted tener una ligera idea de la belleza sin par de este enorme resplandor de piedra, formando el nimbo de la cabeza de Cristo. Encuéntrase ahí toda la admirable ábside, mutilada, pero viva aún. Bajo esos viles y leprosos muros está sepultada. ¡Qué deliciosa sensación ver resucitar poco a poco, la venerable reliquia! Va mi gente demoliendo, escavando con mil precauciones para no lastimar la tierna pulpa calcárea. Desagrégase la tierra; ábrese la argamasa y vense surgir las nesgas de mármol de un cordón de archivolta, color de pergamino o marfil viejo, plenas del arte antiguo. las líneas de una ojiva, de un pedazo de friso o de un borde de contrafuerte...

María Elena, entusiasmada, aproximóse, queriendo tocar, sentir el roce de aquella piedra, que debía de ser dichosa al sentirse amada con tal devoción.

—¿Usted no vió nunca el efecto del ábside en un plano? Parece un enorme brillante facetado. Espere un momento... Mando a buscar un plano allá arriba, al «Capítulo»...

Y Luciano, en su entusiasmo comunicativo, intentó llamar a un obrero, cuando la condesita quiso conocer ese famoso «Capítulo», del que le hablara el capellán-cantor.

—Si no tiene usted inconveniente...—sonrió la muchacha.

—Al contrario, será para nosotros una gran honra...

El «Capítulo» era una edificación provisional que el arquitecto mandó levantar, como refugio, para sus trabajos, en la galería alta del lado del «Limoeiro» (1), dejando la dependencia anterior a la entrada del «Aljube», para secretaría de las obras. Aprovechando un trozo de la fachada lateral Norte, que el terremoto respetara, y en la que se abría una admirable ventana gótica, endosó el arquitecto dicho pabellón provisorio, lejos de miradas inoportunas, en la parte superior de la iglesia reuniéndose allí con sus amigos, por lo que el padre Anselmo dióle el sobrenombre de «Capítulo».

De él hizo Luciano su gabinete de trabajo, instalando la mayor parte de su biblioteca. El padre Anselmo llevó también los libros que más estimaba, efectuando muchas veces en él sus retiros espirituales. El mueblaje antiguo, la decoración religiosa, la ventana ojival armada de cristales, daba al recinto aquel característico aspecto de interior medioeval.

No sin emoción, traspasó María Elena el umbral del «Capítulo». Una calma de sitio sagrado erraba en el ambiente. Toda la pasada leyenda de fe y de grandeza surgía allí, reanimando las seculares piedras.

—Interesante nuestro «Capítulo», ¿no es verdad, condesita?—inquirió sonriente el capellán-cantor.

(1) Cárcel de Lisboa.—N. del T.

Luciano descolgó de la pared, colocándolo en una ancha mesa de trabajo, el marco envidriado, del plano en acuarela, en que aparecía el coro gótico de Alfonso IV, tal como el arquitecto lo reconstruyera, según los elementos subsistentes.

La condesita y el presbítero aproximáronse.

A primera vista era una media luna, cuyo oval sesgábase levemente en zig-zags surcados en su interior de lujuriante ramificación cruzada, tomando de todo ello el aspecto poliédrico de un enorme diamante. Unos cuadrados, en forma de tableros de ajedrez remataban los extremos de la preciosa joya facetada. Lo bellamente seductor era la armoniosa distribución de la piedra en hileras concéntricas, dando tal concordancia homóloga de las alas, el alineamiento simétrico de las aristas, observado en toda la vasta radiación lineal. Representábase el altar mayor por una especie de franja central, cavada en el mismo eje de la diadema y dividida en tres segmentos rectangulares en sentido transversal, cerrando el tramo terminal en hemiciclo, con un haz de nervios irradiando a manera de abanico. Por detrás, por un camino envolvente y concéntrico, con siete gemas radiantes octopartitas, en forma de trapecio, representábase la nave circular o tránsito. Finalmente, en la misma orla, unas conchas radiadas, dispuestas semicircularmente en torno de la misma nave circular, eran las nueve perlas de las capillas góticas, muy unidas y cortadas en redondo, por siete rayos divergentes en sección triangular, delimitando los botones esféricos de las bóvedas.

—Aquí tiene usted—dijo Luciano, después de describir el plano—, la majestuosa ábside que Alfonso IV mandó edificar en el famoso estilo francés del siglo XIII para sustituir el modesto coro románico de Alfonso Henríquez.

—Entonces el altar mayor abríase al deambulatorio —notó la condesita—. ¡Debía ser bonito!

—Sí, estaba abierto por esbeltas ojivas, que aún se notan en la parte de atrás, a pesar de hallarse esta parte revestida completamente, desde el siglo XVII o XVIII, de un espeso muro de sillería.

—Entonces—observó el padre Anselmo—debe haber desaparecido esa famosa inscripción votiva de Alfonso IV, a espaldas del altar mayor, que don Rodrigo da Cunha transcribe en su «Historia eclesiástica del Obispado de Lisboa.

—De seguro; pero es inútil buscarla, como tratan ciertos historiadores de la Basílica. Esos muros de sillería la borraron por completo. Ellos mismos, por otra parte, nos están declarando lo moderno de la obra.

Siguió un silencio prolongado. La condesita, cansada, dejóse caer en un diván. De las piedras seculares desprendíase un entorpecimiento que hacía parecer muerta hasta la misma luz que llegaba a través de la ventana, arrastrándose, sin fuerza, por sobre los objetos.

—No es verdad, condesita, que se respira aquí un aire monástico?

María Elena aproximóse a un mueble con un no sé qué de pórtico ojivado o de oratorio, que servía de biblioteca, ostentando vistosas encuadernaciones de satín flordelisado, en las que predominaban los tonos bermejos y violetas.

—Es mi colección benedictina—aclaró el padre Anselmo notando la curiosidad de la condesita—. No parecen libros de frailes, ¿verdad? Son modernos, pero no desentonan en este medio.

—¡Ah! ¿Son libros modernos? ¿Pero, hoy día, los monjes escriben y publican libros?

—¿Qué idea tiene usted de los frailes?

—A mi me parecen también—intervino el artista—seres alejados de todo, fuera del mundo, macerándose

en ascetismos y orando en las soledades de sus claustros.

—¿Y quién les dice que no son así? La oración no es enemiga del trabajo. Lejos de ello, orar, meditar, es un reposo, durante el cual, el espíritu, limpio de impurezas, sale más lucido y apto para crear.

—¡Pero existen ahora tan pocas vocaciones!

—Porque las contrarían. Lo que no se compagina bien con la tan cacareada libertad de conciencia... Verdaderamente, los cenobios no abundan, pero los pocos que existen dan honra a las tradiciones monásticas. Ciertamente que los tiempos han cambiado, la clausura ya no es una modalidad de la vida social, pero por lo mismo que es voluntaria, apetecida y alimentada de espontáneas vocaciones, llena mejor sus fines. Los claustros son verdaderas segregaciones de perfección moral, reúnense en sus recintos ricas selecciones de almas.

—Y estos libros entonces...

—Son libros escritos por frailes, condesita. Por monjes modernos, por benedictinos; la orden intelectual por excelencia. Patrología, Historia monástica, liturgia, espiritualidades...

Y abriendo las puertas de cristal del armario el capellán-cantor, comenzó a hablar de sus obras predilectas, volúmenes de encuadernaciones bizarras en satín flordelisado, con tonos violetas y rojos.

En la parte de abajo había un estante dedicado a Dom Guéranger, sabio abad de Solesmes que resucitó en Francia, en pleno siglo XIX, la orden benedictina. Allí estaban desde las «Instituciones litúrgicas», su obra fundamental, base del grandioso monumento de la restauración de la liturgia romana en occidente, hasta esa admirable «Santa Cecilia», con los orígenes de la Roma cristiana. Después, sobreponiéndose gravemente a la buena tradición de Dom Juan Mabillon, estaban las obras del célebre humanista Dom Pitra,

el «Spilegium» y las «Analecta», estudios de historia, patrología, teología y filosofía, continuados por los libros de Dom Morin, Dom Plaine, Dom Cagim, Dom Piolin, Dom Janssen, Dom Bastiem, Dom de Bruyne; una «Vida de San Hugo», de Dom l'Huiller; obras de un oblato de Solesmes, Cartier; algunos tomos de «Los monjes de occidente», de Montalembert, y dos pequeños volúmenes, acerca de Solesmes, edición de le Mans preciosos y rarísimos, regalo de un benedictino, a quien el padre Anselmo adoraba, y de los que eran autor Dom Guepin, solesmiano ilustre, abad, más tarde, de Silos, en España.

La labor monástica llenaba los tableros de la biblioteca con sesudos trabajos acerca de congregaciones, capítulos generales, acuerdos de concilios, abadías extinguidas, «Melanges et Monasticons», donde figuraban, entre nombres insignes, Dom Quentin, Dom Chamard, el historiador de Ligugué; Dom Besse, un alto talento eclesiástico, con su brillante historia del monaquismo oriental y de los benedictinos en Francia; Dom Leclerq, evocador de los «Mártires», de la «España cristiana» y del «Africa cristiana»; Dom Cabrol, abad de Farnborougn, con su «Inglaterra cristiana del tiempo de los Normandos»; Dom Gasquet, monje inglés, con su valioso «Enrique VIII y los monasterios ingleses»; la monumental «Historia del Breviario», del benedictino alemán Baumer; la «Orden monástica», de Dom Ursmer Berliere; y, poniendo término, en el fondo de un estante, obras bibliográficas modernas, «La Historia del Cardenal Pitra», de Dom Cabrol, y, sobre todas, la valiosísima «Vida de Dom Guéranger», escrita por Dom Delatte, la evocación más completa del renacimiento bendictino en el siglo XIX, dos octavos majestuosos en marroquín, color pardo, en cuyos lomos, sobrios y sin ornato alguno, aparecían los títulos.

Sobre esas sólidas camadas de erudición y de saber,

florecía la moderna liturgia, con su artística ligereza, rayana en espiritualidad. Eran interpretaciones estéticas de los oficios divinos, de los venerables libros de la Iglesia; la elegante colección litúrgica de Bloud, en violeta, que Dom Cabrol prefaciara de una bella introducción con curiosas monografías de cada libro litúrgico. En dos anaqueles bien repletos encontrábase la literatura musical, representada por las «Melodías Gregorianas», de Dom Pothier, el restaurador del canto gregoriano; obras de Dom Morin y Dom Gatard y volúmenes de la célebre «Poleografía musical», de Dom Mocquereau, conteniendo facsímiles fototípicos de viejos manuscritos de canto.

De lo alto de la bibliteca emanaba un más fuerte soplo de espiritualidad, a manera de perfume dulce, sutil y penetrante que despedían unos volúmenes pequeñitos, flordelisados, de satín bermejo y violeta, en cuyos lomos relucían los titulares con letras de oro. El padre Anselmo sonreía de beatitud al acariciar sus delicados tesoros de piedad y misticismo, reflejos del alma benedictina, de la vida beata del claustro, mostrando la «Santa Sabiduría» del benedictino Backer; las obras espirituales del venerable Luis de Blois y Ruysbreek; en la edición última de los benedictinos de Wisques; «La vida espiritual y la oración», de la abadesa de Santa Cecilia de Solesmes; las «Nociones acerca de la vida monástica y religiosa», de Dom Guéranger, y una traducción suya, de los «Ejercicios de Santa Gertrudes»; la «Devoción litúrgica a la Santa Virgen», de Dom Cabrol; la «Estética del dogma cristiano», de Dom Souben; el suculento y grave «Comentario a la regla de San Benito», de Dom Delatte; «El monje benedictino», de Dom Besse, turbadora revelación de la clausura benedictina; la espiritual «Noticia de la orden de San Benito», de Dom Juan de Hemptine; «Alma benedictina», de Dom Pío de Hemptine, gran vocación ascética, robado prematuramente

a la vida; prosas místicas del monje artista Dom Bruno Destrée, y dos preciosos volúmenes en latín, edición artística de Solesmes, impresos lujosamente en caracteres elzevirianos: «Heraldo de amor divino», de Santa Gertrudes, y «Libro de la Gracia especial», de Santa Mectisde, las dos queridas santas benedictinas.

En lo más alto del estante donde florecía tanta espiritualidad, bajo la misma bovedilla en baldaquin, que remataba el armario, guardaba el padre Anselmo los volúmenes que más estimaba: «El libro de la oración antigua», de Dom Cabrol, que, en lengua profana, destilaba antiguas maravillas litúrgicas, y la mejor obra religiosa de los tiempos modernos, «El año litúrgico», de Dom Guéranger, conteniendo todo el ciclo de oro de la liturgia cristiana, que el sabio monje entresacó minuciosamente de narraciones anacrónicas, prestándoles un brillo de verdadera pedrería.

—¡Este Dom Guéranger!—exclamó el padre Anselmo al concluir de enseñar sus obras—. El cimiento, el hecho, la raíz, la flor, todo el espíritu monástico comprendido en su obra, desde las Instituciones al Año litúrgico. ¡Verdadero espíritu de predestinado!

Y al evocar al gran religioso cuyo retrato, reproducción en aguafuerte de un dibujo de Gaillard, adornaba el muro, el padre Anselmo inclinó la cabeza, recogiéndose unos instantes.

—Los monjes son verdaderamente la más perfecta encarnación del espíritu religioso—dijo Luciano rompiendo el silencio—. Las funciones parroquiales burocratizan al clero, réstanle esa espiritualidad sin la que no es posible el verdadero sentimiento religioso. Tan delicado y puro debe ser el servicio de Dios, que sólo admito el sacerdocio dentro de los claustros.

—La regla benedictina lo ha definido admirablemente: «officina artis spiritualis». Por desgracia, cada día

hay menos conventos... Por eso el mal abunda tanto en este mundo—suspiró el presbítero.

—¡Los monjes! A mí hácenme pensar en fantasmas amortajados con hábitos negros... ¡Creo me darían miedo!—dijo riendo la condesita.

—Nada de eso. Son criaturas austeras que, para remisión de nuestros pecados, mortifícanse continuamente en penitencias. ¡Verdaderos superhombres!

—¡Qué valor para tamaños sacrificios!

—Y no escasean, condesita.

—¿Existieron siempre?

—Desde los primeros tiempos del Cristianismo.

—Viniéronnos del Oriente, de ese fecundo Oriente innovador—observó el artista.

—De donde proceden también las religiones. La persecución arriana del siglo IV es la que propaga en la Europa occidental la semilla monástica. San Anastasio, huyendo del arriarismo, sale de Alejandría para Roma, dando a conocer, entre las personas religiosas, la vida de San Antón y la de los monjes de la Tebaida. Las cruzadas, las peregrinaciones a Tierra Santa y la emigración hacia Oriente, motivada por la invasión de los Bárbaros, divulgan el monaquismo, haciendo de él un ideal cuando ya la Iglesia pacificada, sin mártires ni víctimas, encuentra en él un derivativo para sufrir y mortificarse. Los primitivos monjes, o son anacoretas, llevando una vida contemplativa de soledad, en cuevas y ruinas, sustentándose de hierbas y raíces en increíble desprendimiento de la existencia material, o son cenobitas, viviendo alrededor de un oratorio de madera o piedra sin argamasa. La vida de estos cenobios adquiere cierta consistencia con las reglas de San Columbano, San Cesáreo y San Ferreol, hasta que la de San Benito llega, a partir del VIII, a su gran preponderancia sobre las otras, siendo tal su influencia, que, según un contemporáneo de genio, esa regla constituye el hecho social

más importante de la Edad Media. Desde su fundación hasta el siglo X, la Orden de San Benito levanta quince mil abadías, da a la Iglesia veinticuatro Papas, doscientos cardenales, cuatrocientos arzobispos y siete mil obispos.

—Es indudable que el progreso debe mucho a los monjes—afirmó Luciano.

—Ya lo dice Litré, quien no puede ser tachado de parcial: «Durante la Edad Media, el partidario de la civilización tiene que serlo igualmente de la Iglesia, y de su milicia, que son los monjes...» Y eso es pura justicia... En las atrasadas épocas de discordias y calamidades, fueron los frailes únicos depositarios del saber y de las prácticas industriosas. En medio de la ignorancia general son ellos solos los que cultivan las letras, las artes y las ciencias, fundando escuelas, multiplicando, gracias a su paciente labor, las copias de códices, manuscritos y obras literarias de la antigüedad, salvándolas del olvido o de la pérdida. La única fuente histórica en esos tiempos son las crónicas de los monasterios. En el de Cluny enséñase tan a la perfección, que un príncipe no podría aprender más en su palacio que lo enseñado allí a cualquier niño—palabras de un cronista. Mas no sólo la labor intelectual preocupa a los religiosos. Simultaneándolo con ella, desecan pantanos, laboran la tierra, abren canales, edifican molinos, plantan árboles y haciendo que los pueblos nómadas amen el suelo, convierten sus fuerzas, estériles e indomables, en el ritmo tranquilo y fecundo del trabajo, fuente de paz y felicidad, creador de riqueza y de carácter. Son ellos los que ennoblecen el trabajo, considerado hasta entonces como oficio servil. Cuando, ante el avance de los bárbaros, desmoronábanse las instituciones, huían todos ante la inestabilidad, en aquella desbandada de pánico, los monjes fueron como macizos de arbolado donde deteníanse las dunas galopantes de las hordas devasta-

doras. En los monasterios, recintos austeros de grandeza moral y virtudes cristianas, se refugiaba el saber de la época, irradiando en ellos el gran soplo de espiritualidad que, revolucionando el mundo, funda el derecho y la justicia. Dato interesante es el que los benedictinos, a medida que se instalan en sus improvisados cenobios, establecen el rezo en común. Ya forma su preocupación litúrgica el culto dado a Dios, sin interrupciones. En su movimiento de traslación, a través de los países evangelizados, mantienen la rotación diurna del oficio—rotación por la que el alma, saliendo de la sombra torva del pecado, preséntase diariamente delante del sol de Dios que la ilumina y fortalece. El culto es su primer cuidado, la preocupación esencial, el «opus dei», lo que requiere toda su preferencia. De estos núcleos de piedad y de amor, constituidos por los monasterios, brotan, más adelante, ciudades civilizadas; y de ellos, a través de desiertos intransitables, de selvas bravías, establécese una red arterial de preces y oraciones que suavizan a los endurecidos, vertiendo bálsamos de pacificación en las rudas costumbres de la grey. ¡Cuánto debe la civilización a esta regla de San Benito!

Y el padre Anselmo, en fervoroso entusiasmo, fué evocando la historia gloriosa de la Orden.

San Benito nació en la provincia de Nursia, a fines del siglo V, en los momentos en que la disolución del Imperio amenazaba aniquilar a la misma Iglesia, minada de cismas y herejías. Huyó de Roma horrorizado, buscando un refugio entre las soledades de Subiaco, árido desierto de rocas negras que, al poco tiempo, vese inundado de almas atraídas, como palomas sedientas, hacia aquella fuente de santidad. En derredor del sagrado manantial surgen doce monasterios. Tiempos después, en la Campania romana, crea San Benito, con algunos discípulos, en la cumbre de una montaña, coronada de bosques sagrados, el convento de Monte Ca-

sino. Es en aquel remanso contemplativo donde concibe su regla sobrenatural, extinguiéndose, allí mismo, en muerte tranquila pronunciando hasta el fin fervorosas plegarias las que, sin duda, en la hora de levantar el vuelo, sírvenle de estela y aureola para presentarse ante Dios.

Como el polen que los vientos arrastran y diseminan, el espíritu monástico dispérsase en la Roma pagana, fecunda las almas tocadas de la Gracia, exalta vocaciones y hace surgir a San Gregorio el Grande, que florece como prodigioso árbol nacido de la simiente que en la cueva de Subiaco fué arrojada. La Orden oriéntase hacia nuevos destinos, descubriendo, al elevarse, horizontes mucho más amplios. Puede decirse que entonces comienza la gran Obra. San Gregorio, elegido Papa, sueña con la cristianización de la Gran Bretaña, aquellas tierras verdes de gente rubia, encargando de ese apostolado a Agustín, benedictino de Coelius, que parte con cincuenta monjes, instálase en Canterbury, convierte al rey de Kent y, tal celo manifiesta en su sagrado ministerio, que las raíces del Cristianismo arraigan en todo el país. Esta hermandad religiosa de los anglos y de los sajones, constituye un magnífico ambiente para la civilización y unidad política de ambos pueblos. Entre esos paganos levantiscos e ignorantes, la regla austera de los monasterios, y la vida en comunidad de los monjes sirven de fuertes ejemplos de orden y disciplina, de paz y trabajo. suavizándose las costumbres y roturándose las tierras. La vida social iníciase allí en torno de los claustros benedictinos por cuyas escuelas pasan los sabios más ilustres de la época. Un monasterio, una abadía, son el núcleo orgánico, la célula ciudadana de Canterbury y Londres, de Rochester y York, de Durban y Worcester.

No acaba aquí el apostolado. Otro objetivo va a marcar nuevo rumbo. Ahora es la Germania idólatra y supersticiosa, la de bosques sagrados en los que habita

el terrible dios Thor, la que atrae a Winfredo, monje de Nursling—de la rama de San Agustín, que evangelizó a Inglaterra--el que penetra en Frisia. Fracasada esta primera tentativa por causas políticas, vuelve a Frisia el monje Winfredo, ahora con poderes de la Santa Sede, pasando a Hesse y a Turingia, convirtiendo, en la abadía de Pfalcel, al joven Gregorio, nieto de Dagoberto II, el que arrebatado por sus predicaciones no le abandona en toda su vida. Consagrado Obispo, intérnase en Alemania, fructificando su misión, en múltiples conversiones. Queriendo aumentar su influencia, Winfredo—que al ser consagrado Obispo recibió con el crisma el nombre de Bonifacio—impresiona a los paganos cortando de raíz el roble sagrado del dios Thor en la montaña de Gudenberg. La impunidad de tal sacrilegio conmueve a los idólatras que se convierten, levantando iglesias, edificando monasterios, siendo esa caída del árbol sagrado, la caída también del paganismo en aquellas tierras. Evangelizados Hesse y Turingia, muestra San Bonifacio su genio organizador en Baviera, operando, en este camino de consolidación, la reforma de la Iglesia franca, poniendo un término a las invasiones del poder civil, y reuniendo concilios para purificar las costumbres del clero, preservando a la fe de malos contagios. La indisciplina eclesiástica, las frecuentes relajaciones, los yerros múltiples, surgieron a San Bonifacio la idea de formar un clero consciente de su misión y bien dotado para un ministerio eficaz. Para eso funda en plena Germanía, en medio de antiquísimos bosques, el monasterio de Fulda, con estricta observancia benedictina, el cual, aún en comienzos llega a contar cuatrocientos monjes, convirtiéndose, con el tiempo, en el foco más poderoso de la vida religiosa e intelectual de Alemania.

Estas misiones benedictinas que cristianizaron, ganando para la civilización, gracias a un trabajo consistente y estable, la mayor parte de Europa, sirven

perfectamente a la obra de centralización llevada á cabo por Carlo-Magno, quien recoge los frutos de la paciente labor monástica, sirviéndose de ella en la unificación y consolidación de su vasto imperio. Los principales colaboradores del renacimiento carlovingio, son monjes: San Agilberto, San Adelardo, el historiador Eginhar, el monje de York, Alcuino, gracias al que se difunde la instrucción elevándose escuelas, catedrales y abadías. San Benito de Aniane, espíritu reformador, coopera también en la obra de reorganización religiosa.

Mas ya es espíritu religioso declina. Vicios internos, pésimos gobiernos, y, sobre todo, la recrudescencia bárbara del siglo VIII al X, amenazan la todavía frágil edificación cristiana, provocando varias crisis dentro de la Iglesia, desorganizándose la regla monástica. Hácese entonces indispensable una reforma, ya preconizada con el ejemplo y la obra «Concordancias de reglas» de San Benito de Aniane Cluny, surje en escremento un astro...

¡Cluny!

Fundado en 909, por Guillermo, duque de Aquitania, en un yermo tan desolado tan horro de sociedad humana que parecía—según un cronista—«imagen de las soledades celestes» ¡qué brillante destino le reservaba, sin embargo, Dios! Sobre cuatro pilares yérguese el monumento de su gloria: los cuatro abades santos, Odón, Mayeul, Odillon y Hugo de Semur, modelos de virtudes monásticas, hombres de piedad y de gobierno. Agregaron a Cluny, como nucleos destacados, numerosas abadías que aún seguían el régimen y la observancia antiguos. Cluny representa la mayor fuerza moral de la época. Sus abades son verdaderos príncipes, gozando del derecho de soberanía, señores de alta y media justicia, con privilegio de acuñar moneda, pero observadores tan regulares de los preceptos monásticos como el más humilde de sus

monges. San Odon ayuda a los Capetos en la formación de la unidad francesa y a los Papas, en independizar la Iglesia. San Mayeul, debido a sus relaciones con los emperadores alemanes, difunde en su país la semilla clunisiana. San Odillon impone a los reyes la «tregua de Dios» como paréntesis de paz en las contínuas disenciones,entonces imperantes, e inicia en su monasterio la piadosa conmemoración del día de difuntos, que se vulgariza por toda la Iglesia. Con San Hugo de Sémur es cuando Cluny llega a su apogeo, reuniendo bajo su jurisdición más de 314 monasterios con dominios tan vastos como un reino. Los Papas enriquécenlo con más amplios privilegios. Entre sus muros muere Gelasio II y allí mismo es elegido el sucesor. Por disposición de los Pontífices figuran en su archivo las principales actas de la Santa Sede. Cluny conviértese en una segunda Roma. Por Cluny llega a alcanzar el solio Pontificio San Gregorio VII, un monje, el más grande Pontífice de la cristiandad que funda la Iglesia como Estado independiente, soberano entre todos los imperios de la tierra.

Mas iníciase también la decadencia de Cluny. Tras los grandes santos que la gobernaran durante dos siglos, vienen otros abades sin las virtudes de los fundadores y a quienes el inmenso poder legado ensoberbece y deslumbra. Un nuevo retoño entonces, de la observancia benedictina resurge en la orden del Cister, donde reflorecen las grandes virtudes tradicionales restauradas por San Bernardo.

Iníciase la Orden del Cister con San Roberto, fundador de la modestísima ermita de Molesmes, rodeada de chozas construídas con troncos de árboles y ramas entrelazadas. Obsérvase allí estrictamente la antigua regla. Tal rigor no puede ser sobrellevado por todos y, entonces, el Santo trasládase a Cister con veinte monjes decididos, instalándose en un erial insaluble donde fructifica al poco tiempo la simiente regeneradora.

Sángranse la almas en la oración, purifícanse las manos con el trabajo y el ideal vese finalmente realizado. Pero Dios decide poner a prueba a la incipiente comunidad. Prívala primero de su abad, que por orden de Urbano II regresa a Molesmes donde consigue imponer de nuevo la verdadera observancia, y va disminuyendo, poco a poco, la comunidad atacada de muerte, ante el temor del buen Harding que ve desaparecer su cenobio. Todo parece perdido, cuando un día de primavera de 1112 llega a la puerta del monasterio San Bernardo con 30 compañeros, conquistados a la causa monástica. El Cister está salvado y su gloria futura asegurada.

Nació San Bernardo en el castillo de Fontaine, en Dijón, de una madre piadosa que consagró a Dios todos sus hijos. Concluídos sus estudios de latín y filosofía a los 19 años, piensa San Bernardo qué rumbo ha de dar a su vida, cuando la muerte de su madre le descubre su verdadera vocación. Y con aquella elocuencia que, más tarde diérale fama, convence a todos los que le rodean: familia, amigos, condiscípulos, impulsándoles, arrastrándoles hacia el místico refugio del claustro. Su noviciado en Cister edifica al santo abad, confundiendo a los viejos religiosos. Recogido en la oración, ajeno a todas las pompas del mundo, va preparando pacientemente la interior transformación de su ser, limpiándolo de toda impureza. Concentrado en su celda, cierra todas las puertas al pecado. Entonces es cuando su alma libertada, sube hacia Dios, quedando el cuerpo como mero soporte físico, completamente desprendido, a semejanza de esas delicadas Catedrales góticas que, inmateriales, parecen suspendidas, realizando el milagro de su equilibrio, lanzando hacia el cielo todas sus fuerzas.

Tan inmenso foco de santidad no podía permanecer oculto. Un alma de tal naturaleza es como el imán... Y el inteligente abad Harding, dale medios de acción,

enviándole a fundar Claraval. La personalidad de Bernardo dase a conocer; pero, cuando este astro conviértese ya en sol deslumbrador es por medio de sus predicaciones, con ocasión de la segunda cruzada. Sus frases vibrantes arrastran a las multitudes, que se agolpan para escucharle. Luis VII cae a sus pies en la asamblea de Vézelay. Conrado III de Alemania resuelve, al fin, hacerse cruzado, después de oirlo en Spira, y este mismo poder de la elocuencia en el Concilio de Etampes, es el que salva a la Iglesia de un cisma, sosteniendo la tiara en la cabeza de Inocencio II. El genio de este abad cisterciense llena todo el siglo XII. San Bernardo conviértese en el árbitro de los príncipes y en el oráculo de las multitudes. En los concilios siéntase al lado de los obispos y cardenales, defendiendo la ortodoxia. Esclarece puntos de dogma discutidos, convirtiéndose en un verdadero padre de la Iglesia. La célebre «Imitación de Cristo» fué inspirada por él.

—En fin—concluyó el padre Anselmo—, la influencia social de este monje fué enorme, contando Claraval, a su muerte, 700 religiosos, dependiendo de su jurisdicción 160 monasterios que, extendiéndose por toda Europa, llegaron a convertirse en 2.000.

—Comprendo que San Bernardo fué un verdadero genio; pero no me es simpático—comentó sonriendo el arquitecto—. Jamás tuvo la Iglesia un tan acérrimo enemigo del Arte como él. Su indignación llegaba hasta a herir a las bellas iglesias clunisianas, y el mal gusto apuntado en Vézelay, amezquindó sus simbólicos y admirables capiteles!

—En efecto, el abad de Claraval poseía en arquitectura una austeridad tal vez excesiva. De eso se resintieron las construcciones de su época. Pero esa misma severidad no carece de cierta belleza. Ahí tiene Alcobaça.

—Sí, nuestra Alcobaça es bien monástica, bien cis-

terciense en la rigidez altiva de su nave, tan sobria, sin curvas suaves ni maleabilidad en las líneas. Es un edificio helado...

—Por lo que veo, los cistercienses eclipsaron a los benedictinos—observó María Elena.

—Perdón, condesita, todos son benedictinos. Los cistercienses son los benedictinos blancos, del color de sus hábitos, que en los religiosos de filiación directa, o sea en los benedictinos, es de color negro. Cierto que el Císter ofuscó a Cluny; mas, déjeme decirle que, paralelamente al rumbo de San Bernardo, florecieron clunistas ilustres, como Pedro el Venerable, que igualó a San Bernardo en su defensa de Inocencio II, el cual vino en persona a Cluny para consagrarlos como Basílica; Suger, abad de San Dinis, que fué ministro de Luis VI, creando la administración financiera, contribuyendo poderosamente a la unidad nacional de Francia y secundando el fuerte movimiento de las Comunidades...

—... Legítimas continuadoras de las abadías en la verdadera arquitectura del siglo XVIII—interrumpió Luciano— La época de oro de las Catedrales, edificadas ya por los laicos, bajo el régimen libre de las Comunidades, hijos en arte de los frailes constructores de S. Gall, Cluny y Vézelay, maestros de los arquitectos. Esas Comunidades o gremios son el régimen social que viene a sustituir a la abadía, siendo sus corporaciones de síndicos, calcadas en la misma disciplina eclesiástica, herederas de ella, con idénticos métodos y técnica, aprendidos en sus escuelas; la organización de sus talleres tiene un espíritu más liberal, más amplio, más fecundo y, por consecuencia, más bellamente artístico. Puede decirse que ellas son la regla monástica secularizada. ¿Qué es una Catedral sino el ensueño de un monje realizado por un poeta?... Pero, distingamos: El gran arte medioeval pertenece por entero a Cluny, no al Císter. Císter es duro, rí-

gido, ascético; Cluny es gracioso, decorativo, brillante...

—¡Absolutamente de acuerdo!—exclamó el padre—. Y bendigamos a Dios, ya que los actuales benedictinos siguen la tradición clunisiana. No han degenerado, a pesar de que todo se conciliaba para ello. A partir de Cluny los vientos muéstranse contrarios. La guerra de los Cien años agita las tumultuosas corrientes sociales, ayudada por el gran cisma de Occidente, las persecuciones protestantes y el execrable régimen de las encomiendas. La Orden tranquilízase un poco durante el siglo XVII, en que San Mauro reanuda, durante cierto tiempo, las bellas tradiciones de Cluny. Después de esto, las olas vuelven a encresparse con furia nunca vista, arrasando y aniquilando todo. Llega entonces el flagelo de la Revolución. Sólo en 1830, la Orden consigue estabilizarse principalmente en Francia, con la fundación de Solesmes, por don Prósper Guéranger.

—Esta Orden de San Benito—encomiaba el sacerdote—supo siempre atraerse y conquistar a los espíritus cultos, proporcionando a ciertas almas la tranquilidad y el refugio, en balde buscado por otras partes. Es una Orden de monjes intelectuales que cultivan las ciencias y las letras, con noción perfecta de lo que debe ser el espíritu religioso y los altos destinos de la Iglesia.

—Los benedictinos—seguía diciendo el padre Anselmo, con embebida admiración—son los que realizan el ideal de la existencia en este mundo, estudiar, orar, meditar y, muy especialmente, mantener el espíritu de religión, mediante la práctica del oficio divino. Son los artistas del culto, los poetas de la gloria de Dios, los trovadores de la Iglesia.

—¿Cuál es la organización actual de la Orden? —preguntó Luciano.

—Forman hoy los benedictinos una federación in-

ternacional, compuesta de 14 congregaciones, bajo la autoridad de un primado. residente en la abadía de San Anselmo, en Roma.

—¿Y son muy numerosos todavía?

—Según la guía de 1910, cuenta la Orden con unos 600 monasterios, y en ellos más de veinte mil religiogiosos de ambos sexos.

—Asegúranse que aún son muy eruditos.

—Siempre lo fueron, condesita. Abundan en la Orden mentalidades de sólida reputación. Ella tuvo en todas las épocas sus tradiciones literarias. Sin remontarse mucho, la congregación benedictina de San Mauro, floreciente en los siglos XVII y XVIII, hízose notable por su fecundidad en escritores eclesiásticos, especializados en ciencias históricas y en sus auxiliares, la diplomática, la cronología y la paleografía. Entre sus humanistas sobresale el célebre Dom Mabillon, agiógrafo analítico de la Orden, que publica «Acto Sanctorum» y «Annales Ordines Sancti Benedicti», dejando un gran número de discípulos, como Dom Martene, comentador de la regla, coleccionando importantísimos documentos en su «Thesaurum Anecdotorum» y en la «Amplissima collecta». Débense igualmente a esta congregación las notables ediciones de los padres de la Iglesia, San Gregorio el Grande, San Juan Crisóstomo y San Basilio.

Perteneció, asimismo, al grupo de San Mauro Dom Denis de Santa Marta, el que inició la copilación de la célebre «Gallia Cristiana», continuada más tarde por Dom Guéranger, el que consiguió para ella un subsidio del Estado tan necesario en los precarios momentos de la fundación de la predestinada abadía. Todavía en el siglo XVIII otra congregación benedictina, la de San Vanne, produce un sabio ilustre, Dom Calmet, muy conocido en la literatura eclesiástica por sus «Comentarios a la Historia Sagrada» y el «Diccionario de la Biblia».

—¿Y ahora, en los tiempos modernos?

—A nuestro tiempo, condesita, pertenece todo eso que acaba usted de ver—contestó el sacerdote, señalando hacia la biblioteca—. El espíritu literario de la Orden no tan sólo persiste, sino que, fundándose en tan preclaros antecedentes, toma incremento. Dom Guéranger, restaurador de la Orden en Francia, pasados los calamitosos tiempos de la Revolución, es, al par de una insigne figura eclesiástica, un notable escritor, cuya fecundidad maravilla, durante su vida, continuamente laboriosa. Sus «Instituciones» preparan la unidad litúrgica en el Occidente cristiano, dando un mayor impulso a la centralización de la Iglesia romana y siendo, con «La monarquía pontificia», piedra angular de la Iglesia unificada, bajo la hegemonía católica, al mismo tiempo que traza la política del futuro. Es Dom Guéranger reflejo, en los tiempos modernos, de toda la brillantísima tradición de la Orden restaurada. Un cortejo de sabios, eruditos y artistas, gira en la órbita del docto abad, el que funda escuela, desenterrando en pleno siglo XIX, entre los escombros de innumerables convulsiones sociales, el espíritu monástico tradicionalista. Al calor de este piadoso foco de Solesmes, reflorecen las vocaciones, como en los buenos tiempos; la piedad cristiana aposéntase de nuevo en los claustros, mientras las virtudes de añejas épocas, brotan, otra vez, en las congregaciones. Este renacimiento religioso muéstrase pujante, imprimiendo tal vigor al organismo depauperado, que toda la Iglesia se estremece, al sentir el soplo vivificador.

—La unificación litúrgica es sumamente importante en la vida de la Iglesia.

—Importantísima, amigo mío. Tanto como la unificación política de una raza. Pero, sin embargo, esa obra de Dom Guéranger, no apreciada debidamente por sus coetaneos, y por la que tanto se preocupó, no todos le dan la capital importancia que encierra. Ni

la misma gran figura del abad de Solesmes, tiene dentro de la Iglesia el relieve merecido, ni su enseñanza eclesiástica ha sido popularizada debidamente, a pesar de la consagración oficial de Roma, mediante los breves de Pío IX, «Ecclesasticis viris» y «Gaudem antem», donde se califica al ilustre benedictino de instrumento providencial, «instrumentum a divina providentia».

—El prestigio personal del abad de Solesmes—continuó el presbítero después de una pausa—, sus peregrinas virtudes, su notable saber, la orientación político-religiosa que supo imprimir a su obra, desde los comienzos, gracias a su extraordinaria y genial previsión, granjeáronle adeptos de valor que, reunidos en Solesmes, inspirados en el maestro, llegan a operar en las instituciones eclesiásticas una saludable regeneración Fué Dom Pothier, también monje en Solesmes, el restaurador del Canto Gregoriano, revolucionando la música sacra, lo mismo que su abad había revolucionado la liturgia. Las «melodías gregorianas» de este fraile señalan una época en la historia de la música religiosa. Solesmes creó, desde entonces, una gran reputación mundial por sus cursos técnicos de música sagrada y los notables trabajos de sus musicógrafos, entre los que se destaca Dom Mocquereau, sucesor de Dom Pothier en la copilación de la célebre revista «Paleografía musical». La influencia de Solesmes irradia por todos los monasterios benedictinos. Consolidada de este modo, la abadía matriz, piensa Dom Guéranguer en nuevas fundaciones, verificándose la primera de ellas en Ligugué, situada en el mismo lugar de uno de los más antiguos monasterios de las Galias, fundado por San Martino. Síguele Santa Magdalena de Marsella, convento femenino, y, después, otro femenino también, en el mismo Solesmes, bajo la advocación de Santa Cecilia. Los monjes solesmianos pasan al extranjo fundado en Silos (España) un convento del que fué abad Dom Guépin, ilus-

tre historiador de Solesmes y de Dom Guéranger, y el priorato de Farnborough, en Inglaterra, elevado a abadía en 1903, del que es actualmente abad Dom Fernando Cabrol, el más importante liturgista contemporáneo, escritor elegante y primoroso, muchas de cuyas obras les mostré antes. El infernal ministerio de Combes extingue en Francia en 1903 todas las congregaciones religiosas.

—¿Y que se hicieron de tantas abadías? ¿Extinguióse también Solesmes?

—No, condesita. Solesmes en masa pasa a la isla de Wight, en la libre Inglaterra, trasladándose las otras abadías a Bélgica, Italia y hasta Holanda, viviendo como Dios les permite... Es esa congregación solesmiana la que más nos debe interesar a los latinos, existiendo otras. la alemana de Beuron, por ejemplo, que no se queda atrás en iniciativas. Esta misma congregación de Beuron, con objeto de corresponder a los deseos manifestados por Pío IX, en su «motu proprio» respecto al canto llano, funda la «Gregorius hous», destinada a formar maestros de capilla y organistas conocedores, teórica y prácticamente, de todos los secretos de la música sacra. En esa institución dase un curso elemental para los oficios cotidianos, a los organistas rurales, y otro superior dedicado a los artistas que deseen desentrañar los mejores trozos del canto gregoriano, iniciándose en toda clase de composiciones del canto polífono. Han llegado, estos mismos benedictinos de Beuron, hasta crear una verdadera escuela de pintura, fundada por Dom Didier Lenz, con carácter propio, original, constituyendo el llamado «estilo de Beuron». Esta escuela es un verdadero cenáculo de monjes deseosos de renovar el arte decorativo religioso, merced a tendencias tradicionalmente cristianas. Ya son muchas las iglesias decoradas por los frailes artistas de Beuron, los que poseen también talleres de platería y escultura sagradas. En

Maredsous, otra abadía de Bélgica, hija religiosa de Beuron, existe una escuela donde se enseña concienzudamente a muchachos y niños, ese arte religioso.

Iniciativa inteligente la de esos monjes que desean visitar ese vil industrialismo en que se ha convertido la fabricación de objetos para el culto.

—Magnífica idea—observó Luciano.

—Como que es benedictina...

—¿Y en Portugal hay muestras de esa renovación monástica?

—Desgraciadamente, muy pocas—gimoteó el padre.

—¡Cómo pasa el tiempo! ¡Ya son las dos! ¿Pero es posible?—exclamó la condesita, mirando su reloj de pulsera y levantándose de un salto. Hoy he pasado todo el día en la Catedral... Agradabilísimamente, es cierto...

—¿Las dos? Entonces he faltado a Completas—añade el capellán cantor con gesto contristado—. Dios me perdone; pero empezando a hablar de los benedictinos...

—Por culpa de ellos ha pecado usted—sonrió Luciano.

—Gracias a que no estoy de semana. Pero prefiero siempre rezar mi breviario en el coro... Las oraciones en comunidad tienen otro sabor...

Salieron los tres; María Elena delante. Bajaron por la escalera que comunicaba con la terraza, encaminándose hacia la puerta del «Aljube», donde aproximóse el «coupé» de la condesita, aguardando el lacayo, descubierto y grave, junto a la portezuela abierta. Luciano quedóse contemplándola al alejarse, fijándose en su figura esbelta y distinguida, espiritual y fina, cuyas líneas perfectas declaraban la selección de la raza. Elevado el busto, en armoniosa curva, a manera de ánfora, comunicábase cierta deliciosa frescura a la blusa de satín claro, sobresaliendo por el

cuello del «tailleur» daba la impresión gentil del cáliz de una flor.

La muchacha, ya en el carruaje, despidióse por última vez de sus amigos, dedicando a Luciano una sonrisa de tan profunda simpatía, que el artista sintió en su alma el germen de una extraña aventura.

IV

¿Cuántos siglos tendría la Catedral? Seguramente los mismos que la fundación del Reino, tal vez algunos más.

Erguida, como un castillo en pleno burgo medioeval, cristianizó la ciudad naciente, viendo, en el transcurso de los tiempos, levantarse las otras iglesias, los conventos, los monasterios, los palacios y el irregular y despertigado caserío, crecer, poco a poco, e ir subiendo, a través de huertos y jardines, hasta las mismas cumbres de las colinas. ¡Ah, la verdadera visión histórica de Lisboa, la que en un minuto de epilepsia el terremoto destruyó!

Aquel morro, el más áspero del acantilado de la costa, era el monte Palatino de Lisboa, la cuna augusta de la «urbs», Capitolio de los triunfadores, alcazaba y castillo, opulento palacio de los príncipes islamitas, cuyas tradiciones venerables fueron respetadas por las dinastías cristianas al convertirlo en residencia suya.

Tras él apiñábase la tortuosa y oblicua «Alfama», barrio gótico de la Lisboa mora, invadido por la judería durante el siglo XIII, al ser expulsada de San Nicolás y la Magdalena, y, en las laderas de los montes, como feudos señoriales, extendíase los amazacotados edificios de conventos y monasterios, con sus murallones aptos a la defensa: San Vicente, el primado, casi

una fortaleza; Santa Clara, seráfica y suntuosa, ya en el campo, fuera de puertas; encima, junto a San Bartolomé, el convento de San Eloy, recogido, como un fresco huerto todo bañado en sol; el monasterio de Nuestra Señora de la Rosa, en uno de los lados del Castillo, como acechando a la «Moiraria»; la Graça de los agustinos, solariega y grave, en un promontorio próximo al mar; en un otero, la contemplativa iglesia de Santana, de las franciscanas; y, al otro lado del valle, en las lejanas eminencias del extremeño occidental de la urbe, San Pedro Alcántara; San Roque de los Jesuítas; la opulenta Trinidad, siguiendo la línea panorámica de los montes; las iglesias de Loreto y de los Mártires; Nuestra Señora del Carmen, enorme y mística, con su iglesia gótica, enclavada en una escarpadura del terreno, cual castillo roquero; y en frente, en las vertientes abruptas que bajan hasta el río, por sobre los palacios nobles de la Ribeira, la pesada mole de San Francisco.

Abajo, en la llanura de la ciudad, por entre los edificios burgueses con las líneas dentadas de sus frontispicios triangulares, sobresalían, al fondo del «Rocío», las opulentas fábricas del hospital de todos los Santos, el convento de Santo Domingo y las construcciones macizas de los palacios del lado norte de la plaza. De este denso conglomerado surgían las veletas parduzcas de las torres de San Nicolás, San Julián y la Concepción. Por detrás de la Puerta de Hierro, a dos pasos, alzábase la Magdalena y la iglesia de la Misericordia, de puro estilo manuelino, delicada joya del Renacimiento, la que, después de Santa María de Belén, era el templo más lindo de la ciudad.

¿Qué restaba de todo aquello? Nada... Los nombres existían aún; cierto, pero eran como rótulos pegados por la rutina a otros edificios y lugares.

Todo cayó; desmoronóse todo alrededor de la Catedral. Solamente ella permanecía en pie, como enrai-

zada al suelo, animada de vida pertinaz, desafiadora de terremotos y de siglos. El año 1755 alteró más la fisonomía de Lisboa que la misma sustitución de la media luna por la cruz, en la mitad del siglo XII. La cristianización, como todos los fenómenos sociales, operóse de manera lenta, calculadora; el terremoto desquebrajó la ciudad con rapidez de rayo, y lo que quedara en pie, entre las ruínas, fué aniquilado, a su turno, por la mano férrea del Marqués de Pombal (1). En 1765 ciérrase catastróficamente la historia de la ciudad antigua. Al claror de los incendios y al fragor de los derrumbamientos entra Lisboa en la edad moderna. En algunos minutos sucédense siglos. Y en ese rápido eclipse de la Edad Media, sin los crepúsculos de transición que marcan en la Historia el paso de las épocas, queda Lisboa arrancada del pasado, privada del nexo vincular constituido por los viejos edificios, los monumentos, las viejas calles, las viejas casas, todo lo que forma, en fin, la estructora de la Historia, el fondo evocador de la tradición, el residuo espiritual del Arte.

Inicióse la resurrección. Sepultados los muertos y tranquilizados los vivos, como quien ansiosamente aparta de su memoria una siniestra pesadilla, Lisboa tiende una leve mortaja sobre sus palpitantes ruinas, quedando, bajo los nuevos edificios, a medio deshacer, el esqueleto del viejo burgo enterrado aprisa por el brazo de sepulturero del ministro de don José, a la manera como se daba sepultura en esos tiempos a las víctimas de las epidemias: a medio morir, con el estertor todavía... Y en ese suelo lleno del ripio de los desmoronamientos, sobre ese cementerio de iglesias, palacios, monasterios y ruinas, surgió, sin gracia antiestética, la obra utilitaria y fría de los ingenie-

(1) Ministro del rey don José I de Portugal que reedificó Lisboa. (N. del T.)

ros, verdadero falansterio de manzanas igualmente pesadas, digna morada de las generaciones egoístas y traficantes, sucesoras precisamente de los mezquinos judíos que, preocupados tan sólo de sus lucros, habitaron, en tiempos idos, idénticos lugares.

La fiebre edificadora subió de la parte baja hasta lo alto de las colinas, hormigueando por entre valles, barrancos y oteros. Durante esta marea renovadora, la Basílica, resto de tal naufragio, quedó como encallada entre las modernas edificaciones, extraña a lo nuevo, ruda y hostil, agresiva y bárbara, contra el embellecido caserío burgués, que supo vengarse de tal actitud enfrentándose a sus fachadas y alzándose aún más que sus hidalgas y señoriales torres.

¡Qué historia la de ese venerable monumento! ¡Cuántos sucesos presenciara! ¡Qué dirían, de hablar, sus vetustas piedras!

Abajo, junto a la Puerta de Hierro, fué donde los cruzados tentaron concluir con la tenaz resistencia mora. Allí, por la Puerta del Mar, del lado de la Alfama, asaltóse por última vez la ciudad, rindiéndose, después de cinco meses de cerco y porfiadísimas luchas, a los 25 días de octubre de 1147, fiesta de San Crispín. Bien Alfonso Henríquez levantara el templo desde sus cimientos, o convirtiera en él la mezquita mayor, como aseguraba la leyenda, lo cierto es que de esos aureos y remotos tiempos datan las dinastías de sus prelados, arrancando de ellos la genealogía de sus cabildos que hasta Pontífices supieron dar a la Iglesia. ¡Bien noble fué, por cierto, la fama de los grandes Señores de la Catedral!

Santos, guerreros conquistadores, letrados, diplomáticos, embajadores, grandes del reino, príncipes y reyes, las más ilustres cabezas ciñeron la mitra de Lisboa, la que se ennobleció por la nobleza de sus poseedores, si eso fuera posible para quien como ella debía su ser

al mismo impulso que formó al Reino; hermana gemela de la patria.

Dentro de ella contábanse tres dinastías, tres ciclos, tres épocas, como pisos sucesivos elevados en una edificación al engrandecerla: el obispado, el arzobispado y el patriarcado.

Fué el primer obispo de Lisboa el inglés Gilberto, llegado junto con los cruzados, «santo homen, bom teologo, bem certo nas escrituras santas», instauró el rezo según el breviario de Salisbury y estableció el cabildo con seis dignidades y cuarenta canónigos. Sucédele don Alvaro, quien recibe en la Catedral el cuerpo mártir de San Vicente, trasladado desde el promontorio Sacro; don Sueiro I, bajo cuyo gobierno nace en Lisboa San Antonio; los dos grandes prelados guerreros, don Sueiro Veigas, que toma parte en la toma de Alcacer de la Sal, y don Ayres Vasques, que acompaña a Alfonso II en la toma del Algarve; don Mateus, que hace celebrar por la primera vez la procesión del Corpus Christi; Estevan Ayres de Vasconcelos, descendiente del bravo Martín Moniz; y Domingo Jardo, quien ocupa la silla episcopal después de una vida llena de aventuras. Nacido en un lugar entre Belas y Cintra, de padres rústicos, causa Domingo la admiración del párroco por su adelantos en gramática latina. A los catorce años abandona la casa paterna, llegando hasta París. Entra allí como criado en casa de un gran señor, el que, asombrado por el talento de su doméstico, lo envía a la Universidad donde se distingue rápidamente, graduándose en sagrados cánones. Vuelto a su patria, lleno de gloria y saber, es nombrado por don Déniz, Canciller mayor del Reino, obispo de Evora y de Lisboa más tarde.

Continúa la dinastía. Un ascendiente del condestable don Nuno Alvarez Pereira, don Gonzalo Pereira, distínguese como sagaz diplomático en la curia de Avignón y como esforzado caballero en la batalla del Salado.

Don Martino el Castellano mancha con su sangre la historia de la Catedral. Tan buen prelado como hombre de letras y piadoso hasta el extremo de vivir en la misma Basílica para no perder ninguna hora del oficio, una mañana del mes de diciembre de 1383, el mismo día de la muerte de don Juan Fernándes Andeiro, observa desde las torres de su Catedral los gritos del pueblo anunciando el fin del Maestro, cuando al ser visto le excitan a que mande tocar las campanas y, al no acceder, la turba asalta la iglesia, trepa hasta la torres, arrojando desde allí al obispo, cuyo cuerpo es llevado a rastras hasta el Rocío.

Inaugura don Juan I el segundo ciclo de la historia de la Catedral. Hábil político, queriendo honrar a su buen pueblo de Lisboa, obtiene del Papa Bonifacio IX la elevación de la Iglesia episcopal a metropolitana, no dependiendo sus prelados sino de la Santa Sede, independizándose así de los Arzobispos de Santiago de Compostela y extendiendo su jurisdicción sobre las diócesis de Lamego, Guarda, Evora y Silves.

Los nuevos arzobispos saben continuar las glorias de los obispos, sus antecesores.

Don Juan Estévez de Azambuja, caballero y diplomático, combate contra Castilla al lado de don Juan I, siendo su embajador en las negociaciones de paz con aquel reino. Don Jorge de Costa sigue a don Alfonso V en la jornada de Tánger, gobernando el Reino durante la ausencia del rey en Francia.

Un arzobispo de 18 años, un príncipe rubio de leyenda, que se desvanece con un soplo, en plena juventud, rige después la Catedral. Don Alfonso V, hijo de don Manuel I, cardenal a los ocho años y arzobispo de Lisboa a los diez y ocho, sabe pastorear a sus ovejas como el más sesudo y austero de los prelados. Piadoso cura de almas, bautiza por sus manos, lleva el Viático a los enfermos, catequiza a los fieles y, aboliendo el breviario inglés, lo sustituye por el romano.

Prosigue la dinastía, sucediéndose en el gobierno de la Catedral: el cardenal-infante don Enrique, que, llamado inesperadamente al trono, deja el báculo por el cetro de rey; el docto y patriota don Rodrigo da Cunha, historiador de su iglesia y gobernador del reino, después de la revolución de 1640. Siguen dos santos, dos varones piadosos, los arzobispos Sousas, los cuales, al reanimar momentáneamente la dulzura evangélica de los primeros pastores de la Iglesia, cierran dignamente el ciclo dorado de la Catedral. Don Luis de Sousa, virtuoso y celosísimo, preocupado con la salvación de las almas, obtiene de Roma, con objeto de contener los perniciosos efectos del teatro, el jubileo de las Cuarenta Horas, distribuído alternativamente en rotación anual entre todas las iglesias de Lisboa. Enterrésele en la capilla de Nuestra Señora de la Piedad, del claustro, bajo una losa donde grabóse, por su orden, estas sencillas y elocuentes palabras, dirigidas a la Virgen, bajo cuyo amparo se ponía: «Sub tuum praesidium».

Don Juan de Sousa, de alta nobleza, pero tan humilde que es conocido por el nombre de San Juan el Limosnero, da todo a los pobres, hasta el propio catre donde reposa; siendo enterrado, según su voluntad, en el cementerio de los pobres, que es el suelo del claustro, bajo una lápida sin epitafio alguno.

Inaugúrase un nuevo ciclo. Comienza la tercera época de la Catedral con el mentecato y degenerado rey don Juan V, el cual, sin la menor intuición del horrendo desacato histórico que comete, atrévese a romper la tradicional vinculación con que la Basílica estaba unida a la ciudad desde sus fundaciones.

El devoto sultán (1), cuyas magnánimas liberalidades para con la Iglesia no son capaces de borrar ni de

(1) Llamado así por escoger sus amantes entre las monjas. (N. del T.

absolver el irreverente atentado contra esas seculares prerrogativas, divide el arzobispado de Lisboa en dos metrópolis: la oriental, regida por un prelado nominal en la antigua Basílica, y la occidental, elevada a instancias suyas por la bula Aurea de Clemente XI a iglesia Metropolitana, con sede en su palacio. El nuevo e intruso arzobispo fué investido de la dignidad de patriarca y cardenal, por derecho propio, con la prerrogativa de vestir de púrpura.

Con objeto de dignificar aún más la patriarcal palatina, causa de todas sus predilecciones y munificencias, confiérese jurisdicción al patriarca sobre el arzobispado oriental, desapareciendo de hecho, en virtud de la bula «Salvatori nostri» de Benedicto XIV, la venerable Catedral de Lisboa, suprimidas sus dignidades, canonicatos, medias prebendas y cuartenarios, y recibiendo sus titulares a manera de consolación, mercedes honoríficas y rentas pecuniarias. Erguióse otra Basílica en Santa María la Mayor; pero sin las dignidades y honores de otros tiempos, subordinándola a la jurisdicción patriarcal.

La Catedral quedó aniquilada. Aquella aguila vieja que llegó a cubrir con sus inmensas alas el burgo medioevo, fué sustituída por el vistoso pavo real de la capilla regia. El templo de Alfonso Henríquez que don Juan I engrandeció, como político, consagrándolo Catedral, y honrara, como cristiano, orando en sus capillas, pasaba, después de cuatro siglos de soberanía, a morir en mezquino vasallaje. Y en esta triste situación permanece hasta que, en 1834, por el decreto de don Pedro IV, extínguese la Patriarcal de don Juan V, arrinconada en Ajuda, decrépita, abollada y sin brillo, cual una corona de latón, restituyéndose a la Basílica la categoría de iglesia Metropolitana, con todas las dignidades de que antes disfrutara. Los altos títulos de patriarca y cardenal que el rey magná-

nimo consiguiera para los efímeros prelados de su capilla, pasaran de nuevo a los de la Catedral, no siendo por cierto desmedida distinción para los que contaban, en sus gloriosas tradiciones, las cotas de mallas del guerrero y la tajante espada que supo abrir espacioso camino a la marcha triunfante de la Fe.

V

El Apostolado de la Oración obligaba a María Elena a pasar todos los días algunos momentos en la Catedral. Aquella mañana, embriagada con los esplendores dionisíacos de la luz, bajó alegremente por la escalera de «Ajube» y, después de orar unos instantes, penetró en el lugar dedicado a los trabajos del Apostolado. Era éste una capilla profanada del siglo XVIII, en el claustro, con su vulgar enrejado de hierro fundido y un espeso cortinón resguardándola de miradas indiscretas. A pesar de ser domingo, no había muchos fieles en la iglesia. Era la hora de nona. La salmodia, filtrándose desde el coro, pulverizaba en el silencio de los claustros el oro de sus timbres. El eco de las voces, rebotando en las bóvedas, desparramábase, retrocedía, volviendo a extenderse como un incienso, huyendo hacia el jardín, donde morían las últimas vibraciones vagamente dispersas.

Sentada la condesita en amplio sillón Luis XV, ante una mesa de despacho, firmó distraída expedientes y circulares, en espera de las otras señoras, que vendrían a la sesión. Después recostóse lánguidamente, dominada por la dulce semiobscuridad del oratorio, vislumbrando, a través de una estrecha abertura del cortinón, las arcadas del claustro, recortando en el azul del cielo la gracia ligera de sus ojivas. El soñoliento ambiente de la capilla, alterado sólo por un

furtivo rayo de luz, convidaba a la modorra. Vencida por la molicie del aire, María Elena abandonóse a sus ensueños. Enternecíase al evocar, junto con la figura rubia del arquitecto, aquella ardiente devoción por la Basílica, aquel amor hacia las venerables piedras; aquel desinterés de una juventud leal y caballerosa, ofrendándose generosamente, hasta el sacrificio, por la consecución de su obra. Esa solicitud del artista por el viejo templo, esa afección singular por las ruinas decrépitas, impresionáronla íntimamente. ¡Qué amor más extraño! ¡Imposible dudar de él! ¡Bastaba oir hablar a Luciano de su Basílica! Ver la emoción con que parecía querer abrazar todo aquello con su mirada. ¡Ahora sí que comprendía su deambular de sonámbulo por las naves, sus éxtasis profanos en la cómplice sombra de las capillas! ¡Cuánto amaba a la Catedral! Pensaba en la dulzura de sentirse amada con igual devoción, con un amor así, tan fuerte, con raíces en lo más íntimo del ser, arrojando sobre cenizas ya apagadas la lava ardiente de toda una vida. ¡Era ese amor—sólo ese amor—el que conseguía reanimar el alma yerta de la Basílica, helada por siglos de abandono! ¡Oh, poder del amor! ¡Fué como aurora abrileña en el bosque sagrado! La Catedral rejuvenecíase, sacudida en sus raíces, sensibilizada en su medula... La savia fluía nuevamente, refloreciendo el pétreo boscaje; los tallos de piedra, como pámpanos, erguíanse eréctiles hacia lo alto.

Ante los ojos de María Elena este amor del arquitecto por su iglesia transfiguraba la tarea reconstructora en gesto soberano de creación. El viejo templo poseía un alma que el arquitecto iba exhumando. Y en virtud de esa voluntad imperiosa, volvían a enraizarse al suelo los cimientos, medio corroídos; colocándose de nuevo dentro de la tierra, renovando así la circulación interrumpida. Aquello era una verdadera resurrección.

Y en el aliento vivificante que desentorpecía las ruinas, veía como floración de un brote desprendido, como despertar de carcomido tronco reverdecido al sentirse bañado de nuevo por la savia, atraído hacia la luz y desplegándose en su copa, allá en lo alto, flores minerales; tal el lindo girasol de la rosácea que acababa de ver abrirse, resplandeciente de colores, en la parte Norte del crucero.

La Catedral renacía. Todo el navío parecía cabecear al ritmo sordo de la vida. Ahora más que nunca, la Basílica parecía vivir. La avidez de los trabajos, el afán de las obras, esa vibración que parecía haber adquirido sus más íntimas estructuras bajo la influencia restauradora, daban el sentimiento de una fuerza oculta, de vida palpitante. La Catedral vivía, respiraba, sentía; conocíase en la renovada epidermis de los mármoles, en las suavidades arbóreas de sus nervuras, en esa primavera de piedra inesperada, reventando por los capiteles en flores calcáreas. ¡La Catedral vivía! ¿Qué de extrañar el que las Catedrales tuviesen vida? ¿No eran el substracto de tanta vida descompuesta, el residuo de sus mismos artistas, que hasta sus cuerpos les ofrendaron? Las Catedrales habían surgido de las entrañas de la tierra argamasada con la sangre y los huesos de sus constructores; como esas islas de madrépolas que se elevan del fondo del océano, formadas de cadáveres de sus mismos artífices...

Las señoras del Apostolado retrasábanse. La condesita, sacudiendo el sopor, levantóse, retocó su «toilette», dirigiéndose hacia la sacristía, dando la vuelta al presbiterio. Ante la capilla de Santa Cecilia sintió tentaciones de curiosear, al ver entreabierta la puertecilla en el tabique de lienzo. Algo que oíase en el interior la contuvo. Debía haber alguien. Con todo, su curiosidad fué más fuerte y, empujando tímidamente la puertecilla, asomó la cabeza. De espaldas,

un poco inclinada hacia el capitel, sostenido en una especie de trípode, Luciano trabajaba.

—¿Ni aún los domingos descansa usted? ¿No sabe que es pecado?—prorrumpió musicalmente la voz de María Elena.

Luciano, sorprendido, volvióse de repente, encontrándose con la condesita en el dintel de la capilla. Enrojeció, sintiéndose febril y helado, en rápida mutación. Vuelto a contra luz, dirigióse afablemente hacia la muchacha, disimulando turbaciones.

—Perdón, condesa. No trabajo; sólo unos retoques en este capitel. Discúlpeme mi traje de faena...

Y ceremoniosamente franqueó la entrada.

¡Qué de adelantos en la capilla! Las elegantes columnas que soportaban la bóveda tenían ya sus respectivos capiteles, envueltos, por precaución, en forros de madera. Sólo faltaba el de la columna de la derecha de la ventana central, viéndose vacío el alvéolo. Ese capitel era precisamente el que el artista retocaba sobre el trípode, y el que parecía querer ocultar con su cuerpo. ¿Qué tendría aquel mármol? Fué la inesperada visita lo que alteró al artista o la posibilidad de que fuera visto su trabajo? La condesita, en una de sus vueltas, paróse delante del capitel. Luciano, angustiado, empalideció.

La escultura era interesante. Una guirnalda de hojas de vid, maravillosamente cincelada, rodeaba el tambor del capitel, tallado en polígono; en medio de esa guirnalda, surgía en su medallón una deliciosa, una adorable cabeza de mujer, grácil y grave, de melancólica expresión y aire antiguo de santa. El follaje imperceptible era continuidad de su ondulada cabellera, la que, partiéndose en medio de la frente, distribuíase delicadamente hacia los lados, confundiéndose gradual y lentamente con la guirnalda de menuditas hojas. ¿Reconocióse María Elena en aquella escultura?

Luciano, en su turbación, no encontraba palabras; hubiera deseado que el suelo lo tragara o la Catedral se desplomase sobre él. Reinó un silencio tumultuoso, perdiendo el artista el sentido de la realidad, la noción del tiempo y de las cosas, arrastrándose su espíritu dolorido por inmensos campos de abrojos, en vorágine alucinada.

En esto alguien empujó la puerta, después de haber golpeado inútilmente, diciendo en voz alta:

—¿Es indiscreta mi presencia?

El padre Anselmo, sin ver la turbación de Luciano, entró sonriendo y muy alegre. El arquitecto despojóse de la blusa de trabajo, abandonándola negligentemente sobre el mármol del capitel. ¿Por qué no hizo eso antes?

—¿Qué le parece, condesita? ¡Qué bien está todo quedando!... ¡Qué dulce arrobamiento después, cuando luzcan en las ventanas las ardientes láminas de los vitrales!... Y, a propósito de vitrales. Piénsase poner en la ventana gótica del centro el escudo de su casa; ¿no lo sabía? En cada buharda dos cuarteles y en el tímpano, en lugar de la rosa trilobada, el león rampante del blasón.. ¡Qué sorprendente efecto de luz! Ha sido idea mía, y creo que no es desacertada...

El excelente humor del sacerdote no consiguió aclarar los conturbados rostros de sus amigos, que siguieron gravemente mudos. El padre Anselmo comenzó a darse cuenta de algo y, pretextando la hora de sus rezos, despidióse.

—Espere, padre Anselmo; voy con usted. Tengo necesidad de hablar con el canónigo Guimaraes.

Y, después de una delicada reverencia, la condesita echó a andar, delante del capellán-cantor.

Al encontrarse solo desesperóse el arquitecto, considerando la falsa situación en que quedaba ante la condesita. Desde luego vendría un enfriamiento de relaciones; quizás la ruptura. No podía esperar otra

cosa. Fué una vileza, disfrazada bajo viejo ardid, esta idea suya de esculpir romántica y clandestinamente las facciones de María Elena. ¡Qué grosera vulgaridad en su acto! Pensará que he querido con ello despertar su ternura, suponiéndome, con razón, bien despreciable—gemía el artista—. Y repasando sus evocaciones, concluyó por verse tan manchado y nauseabundo, con alma tan fétida, que él mismo sintió asco.

—A fin de cuentas, soy peor que los demás—exclamó con gesto de desaliento—; pues ellos son sinceros en sus vicios y no tratan de engañar a nadie. Es inconcebible lo que me sucede. A la primera mujer que se me presenta, me aturdo, pierdo la cabeza y póngome a escribirle imbécilmente cartas de amor en piedra. Peor, mucho peor que los demás. ¿Y para eso vine a meterme en una iglesia, santificando mi vida en este culto ascético del arte?

Avergonzóse de sí propio, de sus flaquezas, cuando neciamente se creía invulnerable a tales miserias... Había momentos en que verdaderas ráfagas de desesperación devastaban su alma; entristecíase entonces al pensar en la tranquilidad tan dulce en que siempre se deslizó su vida. Nunca, hasta ahora, había exteriorizado sus pasiones. modelando, en indiscretas formas, sus visiones aladas e incorpóreas. Y dejándose caer sobre un bloque de piedra, comenzó a recordar todo su pasado: la vida imaginativa alrededor de la Catedral, su impenetrable razón de amar aquellas ruinas. Su pensamiento en un principio flotaba en cierta idealización imprecisa; era la base platónica de sus anhelos aún indefinidos; de sus quimeras vaporosas de ensueño, que rompíanse ante la realidad. Después, una influencia inexplicable, procedente de no sabía dónde actuaba en él, atrayéndole, con fuerza de imán, a la Basílica. ¿Sería quizás la seducción del arte? Todo en él se modificó desde el momento en que le confiaron la restauración de la iglesia. Entonces a me-

dida que avanzaba en sus obras, la Catedral despetrificábase, espiritualizándose, y la piedra, en una especie de fosilización reversible ablandábase en suavidades de pulpo, conmoviéndose hasta el fondo de su sistema nervioso. La Catedral humanizábase. La restauración obró a manera de un desencantamiento. Comenzó entonces a comprender que no tan sólo era el arte el que a la Basílica le ligara. ¡Sintióse súbitamente enamorado! Su corazón latió más fuerte. Trémulo de emoción trasponía los viejos umbrales, como si corriera al encuentro de aventura amorosa... Y en medio de este anhelo indefinible, esbozáronse los contornos de su pasión, tomando forma, corporizándose en un objetivo: la mujer ideal ardientemente deseada, apetecida sensualmente... Un deseo lánguido reteníalo en la tibia sombra de las capillas, asistiendo a la revelación de esa dulce embriaguez, de esa voluptuosidad exquisita, nuncios del amor. Su sér fundíase, elevábase dentro de aquel ambiente no renovado, donde aún flotaban los santos aromas, los efluvios místicos de los siglos muertos, de las épocas idas. Sobre todo era en la nave circular gótica, diadema ultrajada de rey caído, donde mejor sentía la trasmutación extraña de su ensueño.

Era allí donde el modelado inerte de la Catedral trasmutábase en lúbricas formas de mujer.

Explicóse todo... A través de las formas artísticas del templo, amaba a una mujer, amaba a María Elena... Esta su afición a las ruinas, revelación era del amor humano.

Y la presencia de la condesita, sus perfumes disueltos en aquel ambiente, que él aspiraba sin querer, como se absorbe una esencia volatilizada en el aire, fueron los que trajeron tal estado a su corazón. ¿Cómo librarse de su influencia, si María Elena reinaba allí, seduciendo, embriagando, dominando, esparciendo la gracia de sus encantos sobre hombres y cosas?

¡Imposible esquivar su dominio! El flúido que de ella irradiaba impregnábalo todo. Su belleza, corroía como un ácido. ¡De sus visitas continuas a la Catedral quedó su imagen invisiblemente proyectada en todas las piedras, como en negativo de placa fotográfica! ¡Y fué su amor el que reveló aquella placa, surgiendo ahora la divina figura en cada piedra, en cada muro negro, ante sus sentidos extasiados!

Ahora sí que comprendía la verdadera razón de su amor. Hasta aquel momento su pasión por la Basílica fué un sencilla diletantismo, un devaneo intelectual, platónico, como el que siente el monje por la liturgia, el poeta por el ritmo. Ahora todo cambiaba. Animábase el amor, tornándose carne, deseo, sentimiento. Todos los encantos de la Catedral convertíanse en el cuerpo de una mujer. María Elena era el florecimiento gótico el sutil perfume de la liturgia. La Catedral quiso mostrarle su reconocimiento, maternizando en sus entrañas a María Elena para ofrecérsela después. Luciano, en medio de todo, no se admiraba de lo ocurrido. Tenía que suceder. Un día o otro la mujer debía presentarse. Su corazón esperábala el horizonte de su vida, ya en arreboles presagiaba la aurora. ¿Qué era aquel su arrobamiento ante las viejas piedras, sino el preludio de un grande amor, el instinto de que la mujer se aproximaba? ¿Y no era lógico que ella apareciese en aquella decoración de Catedral, surgiendo de entre inciensos, músicas y oraciones? ¿Qué extraño que, al fin, llegara así?

Estos últimos pensamientos tranquilizábanle y, por ellos, alegre y expansivo, comenzaba a hablar con exuberancia, tan desusada en él que el mismo padre Anselmo se admiraba.

—Siéntome otro—díjole un día—. Encuéntrome orientado al fin; ante mis ojos tengo una estrella que es mi guía...

Y agarrábase nerviosamente al brazo del capellán-

cantor, que, atónito en su ingenuidad, no comprendía una palabra.

—Imagínese qué tortura la de oir una voz y no saber de dónde viene; sentirnos acariciados por una visión y abrazar el vacío. Eso mismo me ocurría, padre Anselmo, cada vez que examinaba estos venerables muros, tratando de sorprender sus pulsaciones misteriosas. Ahora, reverendísimo amigo, todo está descubierto, los velos corriéronse y el alma de la Catedral revelóseme al fin.

Bien ajeno estaba el capellán-cantor de que el alma al fin revelada era la propia condesita...

Sí, todo explicábase ahora. En verdad, era incomprensible que veintidós años en flor se estuvieran mustiando tras de los muros de la Basílica Una nueva princesa dormida le esperaba. La pasión del artista hacia estas ruinas era el magnetismo del amor latente, reteniéndole en ese castillo abandonado para despertar a su tiempo a la bella durmiente, que era la Catedral emparedada entre pérfidas argamasas. Y la Basílica, por su amor, surgía poco a poco, transfigurada en hermosa mujer antigua hija de rey o castellano rezando en su libro de horas, a la luz tamizada de uno de los vitrales de su capilla.

Fué un presagio, un anuncio de María Elena, la extraña y sentimental afición sentida cierta vez por el artista hacia una linda estatua femenina que yacía en uno de los huecos del deambulatorio. Casi casi, fué una novela. Al fondo de una de las capillas alfonsinas encontrábase un sepulcro de piedra, en cuya cubierta reposaba una mujer bella y joven, con la cabeza sobre una almohada, recubierta de un baldaquin gótico, y en las manos un libro de horas, en actitud de leer. La serenidad de la figura absorta en la lectura, conmovió a Luciano, el que interesóse por la nota galante de gracia femenina que, en la severidad austera del templo, esparcia la escultura. La estatua,

aunque yacente y colocada sobre un sarcófago, tenía apariencias de un ser vivo, en la actitud quieta y reflexiva del que lee. Su posición, aun surgiendo de la idea de muerte, combinábase con la actitud despierta del pensamiento, dando la sensación de eternidad animada; expresión intraducible de la inmortalidad. El artista pasaba horas enteras en aquella capilla, embebido en la contemplación de la insensible estatua. Miraba su cuerpo extendido como en reposo; el fino trabajo de la ropa y de los pliegues; el busto armónico, ligeramente levantado; la serenidad del rostro fino dirigido al libro abierto entre las manos noblemente largas, a la altura de los ojos, en un grave gesto de piedad. Imaginábase que un buen día aquella figura, distrayéndose de su lectura, tenía que levantarse, interrumpiendo al fin sus oraciones, cerrando el libro y descendiendo de la tapa del túmulo. Figurábase los movimientos naturales de ese despertar: la belleza del cuerpo, palpitante de vida, de amor y de frescura, caminando por la nave con aire de princesa. Uno de los días que examinaba más de cerca la estatua, llegó a tocar, lleno de unción, el objeto de sus admiraciones y, al sentir su mano a lo largo del mármol, la estructura del granito, la suavidad de la piedra acarició sus dedos deliciosamente. De pronto, sutil y traicionero, el contacto aquél hízose voluptuoso, el mármol se cubrió bajo la mano del artista, de una piel sonrosada, lúbricamente humana, nacarada y tibia, palpitando la escultura en vida misteriosa. Invadido Luciano de un brusco temor, miró inquietamente a todas partes. Después, rióse de sus escrúpulos...

La revelación de su amor hacia María Elena, deslumbróle. Fué un verdadero tesoro por él encontrado. Esforzándose cuidadosamente para que tal ensueño no se desvaneciera, lo guardó de curiosidades indiscretas, comenzando su ardiente culto de amor:

En la misa de los domingos, desde lo alto de la ga-

lería del triforio, la adoraba en silencio, sin temor a que nadie se apercibiese. María Elena no faltaba nunca. Luciano adivinaba su presencia porque entonces hasta la iglesia cobraba otro aspecto: saturábase el aire de aromas; las luces alargábanse en arañas y candelabros, como curvándose para verla; el rosetón encendíase aún más, coronándola con la diadema de sus fuegos. Todo parecía esperar ansiosamente su llegada. Y, cuando aparecía arqueábanse los pórticos, alargábanse las ojivas y las flores de piedra de los capiteles envolvíanla de aromas castos, deshojando sobre su cabeza el blanco polvo de sus pétalos. Era ella el centro de la liturgía, el ara augusta de los sacrificios, el objetivo de los incensarios. Los niños cantores que el maestro de capilla dirigía en el coro, ceñíanla, con el revuelo de sus voces, trayendo a la memoria esas teorías de ángeles que rodean a las vírgenes en los cuadros de Fray Angélico. Toda la Basílica resplandecía con su presencia. A su alrededor elevábanse las oraciones, desarrollándose la liturgia.

Este escenario, casi sobrenatural del culto, constituía el fondo luminoso donde destacábase prestigiosamente la noble figura de la condesita. Por ello Luciano comenzó a encontrar en la liturgia, lengua de oro, única expresión digna para hacerse comprender de María Elena. Desde entonces, el oficio divino, ese melancólico desfilar de las horas, sentido con ella en la más dulce comunión espiritual, inundaba su alma de beatitudes. Era, primeramente, el lento gotear de las oraciones y doxologías, de invitatorios y antífonas, preludiando el oficio. Venía después el torrente de la salmodia, un hilo de sagrado aceite que, en su continuo caer, recorría todo el ser acariciándolo lúbricamente con sus cadencias. Y pleno de emoción, hablando, al contacto de estas prosas diluídas, permanecía Luciano horas enteras, olvidado en el fondo de una capilla, tejiendo en su imaginación, con la fili-

grana de los salmos, la figura gentil de María Elena. Comprensibles ya los entusiasmos del capellán-cantor, hermanábase con él en su culto pagano del arte de las puras formas. Pero, en el tirso litúrgico del padre Anselmo, florecían rosas blancas de castidad, mientras que en el de Luciano triunfaban las rojas del amor humano...

Dejándose llevar por la pendiente mística de la religión, tras la palabrería pertubadora e insinuante del padre Anselmo, concluyó el arquitecto apasionándose por el culto. Inicióse en los encantadores misterios de los dramas litúrgicos; penetró los símbolos y los dogmas, entregándose a la labor de interpretar el Breviario, devorando para ello, en el «Capítulo», toda la biblioteca del padre Anselmo. ¡Qué bellas y sorprendentes novedades encontró! ¡Cuántas vías inexploradas, capaces de enloquecer de voluptuosa alegría a un emotivo como él!

En todo hallaba algo: en la música, en el canto, en el gesto, en el color. ¡Qué inspirada revelación esa admirable sinfonía de colores, descubierta por él! En la rotación del ciclo eclesiástico existía una insospechada gama de color acompañando el drama litúrgico. Cada día, cada fiesta, cada misterio, cada personaje, tenían su color característico, marcando este ritmo de la coloración en el zodíaco del culto, la sucesión de las estaciones místicas, como los canteros de un jardín, reflejan con sus flores las estaciones del año.

¡Cuna bella el jardín litúrgico!

Las alamedas comenzaban engalanándose en adviento, con tonalidades violeta, sobresaliendo entre ellas, de tiempo en tiempo, los grandes lirios blancos de los confesores, las castas y albas rosas de las vírgenes y los rojos cactos de los apóstoles y de los mártires. Durante el tiempo de Natal decorábase todo de una blancura láctea, tan blanco como la misma vigilia de la Epifanía. Después, reverdecía el paisaje.

Pronto el horizonte enrojecíase, pasando la septuagésima violácea, entre mazos de alelíes del Jueves Santo y la ceniza trágica del Viernes. De nuevo, en la época pascual, vuelven los blancos a surgir por todas partes, espolveando sus plumas inmaculadas. Y otra vez, en Pentecostés y en Adviento, las tonalidades verdes, en las que sobresalen de tiempo en tiempo los lirios blancos de los confesores, las castas y albas rosas de las vírgenes y los rojos cactos de los apóstoles y de los mártires...

Aquella mañana asistió Luciano al rezo de las Horas canónicas en el coro. Era el oficio divino que más le atraía e impresionaba. Habíase celebrado ya la misa, vibrando aún en los aires las sílabas sonoras del «Fidelium animae» de Vísperas, cuando el Capitulo, después de rezar recogidamente un «Pater» preparábase a recitar «Completas», última hora del día litúrgico.

La iglesia hallábase competamente vacía. Sólo Luciano, en uno de los bancos reservados junto al coro, con un diurnal del padre Anselmo en las manos, representaba la cristiandad ausente.

—«Jube dome benedicere»—pronunció en el silencio del santuario una voz grave iniciando el oficio. Y la bendición revoloteó desde el otro lado del coro, implorando una noche descansada y un fin tranquilo. «Noctem quietam et finem perfectum concedat nobis Dominus omnipotens».

Después la voz grave recitó, vuelta hacia el altar, la lección breve «Frates sobrii estote», advirtiendo a las almas contra las celadas del enemigo que rueda en torno, en acechanzas, como león rugidor. Contra él sólo puede la firmeza de nuestra fe. Y en una súplica final conmovedora, inclinóse diciendo: «Tu autem Domine miserere nobis», que un murmullo del coro contestó: «Deo gratias»...

De nuevo, otra voz levantóse invocando en sus la-

bios la llama de oro del nombre de Dios, garantía de nuestra salvación:

—«Adjutorium nostrum in nomine Domini».

Las almas, jenuflexas, declararon los reales atributos de la majestad divina:

—«Qui fecit ceolum et terram.»

Prosiguió por algún tiempo la recitación en este mismo tono dialogadamente desigual, dando apariencias de un trozo de mal camino por los saltos bruscos de las voces, desde el «Confiteor» al «Convertenos», hasta que una voz bien timbrada desarrolló vibrantemente la melodiosa curva de su extensión, recitando el versículo:

—«Deus in adjutorium meum intende».

Contestando, al unísono, otras voces:

—«Domine ad adjuvandum me festina».

Y la doxologia rompió, laudatoria y grave, en la cadencia sonora de sus rimas en o:

—«Gloria Patri et Filio...»

—«Sicut erat en principio...»

Era el fin del preámbulo. Inicióse la salmodia. El recitado equilibróse. Las voces hincháronse y, de un lado y otro del santuario, los dos coros lanzáronse al trote largo por sobre el macadán pulimentado de los salmos. Comenzó la melopea por elevarse quejumbrosa y dolorida, hasta la curva de las bóvedas, como incienso quemado en las cazoletas de las almas; después, acumulándose en las alturas, desparramóse por el santuario, saturando el ambiente y enervando los sentidos cual esencia volátil. Las almas parecían haberse fundido en una sóla, arrebatadas místicamente a los sonidos del arpa inspirada de David. Era como si una laminadora absorbiera todas aquellas voces diferentes, tamizándolas en un solo hilo áureo de voz con el que se iba tejiendo la filigrana de las divinas prosas. Durante dos mil años, ¡cuántas bocas habrían pronunciado las mismas frases venerables, moldeadas sobre la

primitiva dicción hebrea, ductilizadas en el griego y maleabilizadas gracias al latín! ¡Y fuera de la Basílica, en otras partes, la grave y sonora latinidad cristalizada en pedrería salmista, pulida por los torrentes musicales del canto llano, entonada por los labios de monjes, en el fondo de los conventos de la Edad Media!

Ya los salmos habían agotado su murmullo de agua corriente, cuando los capitulares entonaron de pie el «Te lucis ante terminum», despertando los sentidos que adormeciéranse con la salmodia.

Luciano, que en su eucologio siguió como pudo la marcha de las prosas bíblicas, meditaba extasiado en lo imponente del oficio:

—Si yo aún no lo entiendo bien—decíase a sí mismo—¡qué sensaciones deben sentir la almas privilegiadas de los monjes que sepan profundizar en la raíz de tal lenguaje! Este oficio divino es, sin duda, una refinada condensación de arte. ¡Qué suntuosidades de ritmos, qué armonía en los gestos, qué mímica expresiva tan opulenta en los dramas litúrgicos de ciertos días! ¡Si el mismo acto de orar es ya, por sí sólo, una sublime actitud estética!

Efectivamente, pensaba el artista, los más simples gestos de la liturgia están llenas de gracia y belleza. El acto tan vulgar de la genuflexión es una de las más bellas actitudes del cuerpo humano. Esa serie de crucecitas que al persignarse traza el católico sobre la frente, boca y pecho, acompañadas de frases cortas, y la gran cruz amparadora de las otras, que la mano describe ampliamente desde la cabeza al pecho, del hombro izquierdo hasta el derecho y en cuyos extremos resplandecen, cual joyas, las cuatro palabras «Padre, Hijo, Espíritu Santo», tal sucesión de actitudes tiene, aparte de su sentido simbólico, una majestuosa euritmia.

Absorto Luciano en estas reflexiones, no dióse cuen-

ta del «Nunc demitis» ni de las preces y oraciones finales, despertando tan sólo cuando el padre Anselmo vino a sentarse junto a él inquiriendo jovialmente sus impresiones acerca del oficio.

—Explícome perfectamente su afición—contestó el arquitecto a las preguntas de su amigo—cuando yo casi lego en esta materia, me siento ya apasionado.

Halagado en su cuerda sensible el capellán-cantor exclamó arrebatándose, fuera de sí:

—¡Ah, el oficio divino!, esa oración en común que los ministros de la Iglesia elevan a Dios, en nombre de todos los fieles, con la lengua de fuego de sus almas! «Oratorio communis est, quae per ministros Ecclesiae in persona totius fidelis populi Deo offertur» como lo definió Santo Tomás. Este florilegio de salmos que cotidianamente se deshojan en las Catedrales del orbe católico, es la más sublime y tierna pleitesía de la criatura hacia su Creador. ¡Cómo no he de amarlo si es el compás rítmico que marca a los sacerdotes las pulsaciones de su vida espiritual! Es el oficio divino de naturaleza íntima, privada, ingénito, como la religiosidad en el alma, alimentando interiormente, bajo la epidermis externa del culto, los tejidos celulares de la religión cristiana con la corriente arterial de oraciones, salmos, himnos, cánticos, de ese ciclo no interrumpido de rotación perpetua. Es lámpara modesta que no se apaga ante las pompas y suntuosidades escénicas. Es brasa humilde que existe aún y da calor, bajo la ceniza de extinguidos esplendores. ¡Ah, querido Luciano, qué pasión tengo por ese oficio divino! ¡Jamás me canso de hablar de él!

En la emoción de su discurso, el padre Anselmo llevó de un brazo a su amigo hacia el altar mayor, ya desierto, como si se sintiese más inspirado en aquel sitio, aún caliente de los efluvios espirituales.

—¿Y esta oración pública y periódica de los oficios, es muy antigua?—continuó Luciano, dejándose tocar

del entusiasmo del presbítero y un tanto impresionado al encontrarse junto al altar mayor, donde los profanos raramente entraban.

—La oración periódica remonta tal vez a los tiempos patriarcales y a Daniel—respondió el capellán-cantor, después de algunos instantes de recogimiento, como fondeando en el profundo mar de las edades. Ya David adoraba siete veces al día al Señor; pero lo positivo es que en la ley nueva, según Baronius, los apóstoles rezaban cierto oficio cotidiano. Las horas de tercia, sexta y nona, eran consagradas a la oración, según testimonio de San Pedro en «Las Actas», llamando Tertuliano apostólicas a esas horas, por tal razón. A pesar de esto, compréndese fácilmente que sin una coordinación y metodización de las prácticas rituales de donde nació la Liturgia, el oficio no pudo convertirse en institución pública. Antes era una devoción particular que los sacerdotes practicaban íntimamente, aunque muchas veces se oraba en común, con asistencia de fieles, obteniéndose de este modo cierto carácter de publicidad. No hay duda, y así lo dicen Tertuliano, San Basilio y San Ambrosio, que los primeros fieles entonaban alabanzas a Dios en los templos o en los recintos profanos, si era época de persecuciones, recitando salmos, himnos, lecturas públicas u oraciones improvisadas. Pero lo que es irrefutable que el método de este precepto y su ingreso en la liturgia oficial débese principalmente a las órdenes monásticas. Fué a partir del siglo IV cuando las comunidades de ascetas y monjes adoptan el oficio divino para ser recitado cotidianamente en el coro, pasándose después esta práctica al clero secular. La hora de prima y completas son exclusivamente de institución monástica. Aún hoy existen órdenes religiosas donde el oficio es observado en todo su rigor canónico. ¿Dónde, mejor que en los cenobios con su imperturbable ambiente de vida contemplativa para perseverar con en-

tero fervor, disposición y firmeza de ánimo, en ese sublime ministerio del perenne loor a Dios, «pensum servitutis» o «Opus Dei», como se le llama en la regla de San Benito, que no debe dejar su primacía a ningún trabajo: «¿Nihil operi Dei praoponatur?» ¿Existe en la vida ocupación más honrosa, trabajo de mayor aprecio, de más elevación espiritual que este culto sin interrupción al gran misterio que envuelve el universo entero y que tan sólo puede ser indiferente a la más grosera materialidad?

—Sí; no hay duda que, desde el punto de vista artístico, la recitación de las horas canónicas es un acto sublime y de la más definida espiritualidad—dijo Luciano—. No extraño, pues, la agradable sorpresa de Lafontaine al asistir casualmente un día al oficio en una iglesia. Posee la literatura bíblica tesoros de gran riqueza emocional, así como inagotables fuentes de inspiración artística, capaces de conmover a todo espíritu culto y sensible, aunque no admita la revelación en las Escrituras.

—Cierto—corroboró el padre Anselmo—. El libro de los Salmos, el cual entra sustancialmente en la composición de las horas, puede figurar como obra maestra, al lado de la Divina Comedia o de las Sonatas de Beethoven. Pero no es sólo el salterio; todos los venerables monumentos de la liturgia cristiana, el misal, el ritual, el ceremonial de los obispos, el gradual o el antifonario, encierran también bellezas inéditas, que a los mismos profanos que los examinan, maravillan y encantan. ¡Cuántas perlas perdidas, cuántas riqueza ignorada en estos amarillentos pergaminos que duermen hace siglos, en los estantes de las sacristías de las viejas iglesias o en el mortal sopor de los archivos!

—¡Qué sentimiento en la salmodia, esa melopea de la recitación del oficio!

—¿La salmodia? ¡Precisamente es ella el alma del

oficio! Variaron sus formas; pero su esencia quedó inalterable. El oficio, amigo mío, y esto se sabe por las Constituciones apostólicas, era en un principio una simple recitación de salmos entonada desde el coro, a un solo tono o con modulaciones más o menos complicadas, a la que el pueblo respondía repitiendo bien el último versículo o sus últimas palabras. El salmo 135, «Confitemini Domino», que se dice en vísperas, es un ejemplo de estas recitaciones en responso «psalmums responsorius», muy frecuentes durante los siglos IV y V. Otro raro y también bello ejemplo de salmodia responsorial que aún subsiste, encuéntrase en el salmo «Venite exsultemus», que sirve de introducción a los maitines, característico por intercalarse en él a veces el invitatorio «Adoremus Dominum», en el cual se expresa el asentimiento de los fieles a la invitación hecha por el salmista para adorar a Dios. Según la tradición, la costumbre de los cristianos de reunirse de noche junto a la sepultura de los mártires para recitar salmos, alternando entre dos coros, dió origen a las antífonas, que prevalecieron sobre el canto responsorial, cuya adopción en la Iglesia es atribuída a San Ignacio, tercer obispo de Antioquía. Más tarde fué el sistema introducido en Occidente por San Ambrosio, obispo de Milán. Dicho canto antífono, oposición de dos voces, supone la coexistencia de dos coros, entonando cada cual su parte de versículo o un versículo entero de salmo. Un coro comienza el versículo, acabándolo el otro. En el responso, cada salmo es entonado a coro, versículo por versículo, repetido de la misma manera por los fieles, en forma de estribillo. El lector es el guía, cuyas pisadas sigue la asamblea. En una palabra, el responso es el eco; la antífona, el diálogo.

—¿No existe cierta correlación entre la estructura gramatical del salmo y la forma antifónica?—pregun-

tó Luciano—. Recuerdo haber leído no sé en qué libro esa teoría.

—Eso es de la escuela de Solesmes, de los doctos e innovadores benedictinos. Ya usted sabe que los salmos eran la poesía lírica de los hebreos, poesía cuyo ritmo consiste exclusivamente en el paralelismo estrófico, tan estético como la cadencia métrica de la rima sonora. ¿No se dice que el paralelismo es la rima de los sentimientos y del pensamiento? Además, los versículos sálmicos prestábanse perfectamente a la recitación a dúo con sus dípticos silábicos, más o menos de la misma extensión declamatoria. Natural es que la salmodia se haya inspirado en ese paralelismo hebraico, si es que no es hija legítima de él.

—Se vé claramente que el oficio no ha estado siempre formado de la misma manera. Debe haber sufrido alteraciones y modificaciones a través de los siglos.

—Sin duda. La liturgia oficial fué codificada y reglamentada durante el transcurso del siglo VII, estando ya la Iglesia en posesión de todos sus ritos y fórmulas de oraciones al empezar el siglo IX. Antes del siglo VII todo es vago e impreciso. Según Durand de Mende en su «Rational», el oficio componíase tan sólo en los principios del Pater, el Credo y de los salmos, a todo lo cual se añadían arbitrariamente otras composiciones. Como esta diversidad originase confusión, el papa San Dámaso encargó a San Jerónimo distribuir el salterio entre las diversas horas del día y de la noche, teniendo en cuenta cada día de la semana; por eso se llamó a los oficios horas canónicas y Cursus. Este último nombre, según San Gregorio de Tours y San Columbiano, debido al curso del sol, regulador de la marcha del tiempo o a que en ello se seguía un curso formado de salmos y lecciones. La génesis del oficio está aún envuelta en dudas y opiniones diversas. Lo que parece averiguado es que en los tiempos apostólicos sólo había dos horas litúrgicas oficiales,

que se recitaban en las iglesias, solemnemente y en común: laudes, llamados entonces maitines y vísperas; no existiendo todavía en el canon litúrgico tercia, sexta y nona, que eran tan sólo oraciones privadas. Cierto que San Cipriano de Cartago nos habla de cinco momentos fijados para la oración diurna a mediados del siglo III, pero sin hacer distinción de los que se rezaban en público y en privado. Además del arreglo de San Jerónimo, el oficio sufrió muchos otros, desde el de San Gregorio el Grande, monje benedictino, autor de un antifonario coleccionador de oraciones y usos litúrgicos antiguos, reformador del breviario de Gelasio y primer organizador del oficio romano, y Urbano VIII que, por medio de su breve «Divinam psalmodiae» subordinó los himnos sagrados a las reglas de su metrificación, encerrando el breviario en sus actuales límites, hasta la reciente reforma de Pío X el año 1911.

—¿Está el breviario romano adoptado por toda la cristiandad?—preguntó el artista.

—Mucho se ha trabajado para unificar la liturgia; pero, debido a cuestiones de orden política, tolerancias, etc., aún no se ha conseguido del todo ese hermoso desideratum. La diversidad de ritos es un vicio de origen. Durante los primeros tiempos los apóstoles y sus discípulos adoptaban los ritos más conformes con los pueblos entre los que predicaban. Por eso la divergencia en la celebración de los oficios, aun después de la reforma del breviario romano y de su divulgación en todo el mundo. En las iglesias griegas recítase, por regla general, el salterio cada semana: tienen el mismo número de horas que nosotros, pero sus libros litúrgicos son otros. En el mismo Occidente existían iglesias con ritos propios. España, durante la Era visigótica, importó de Oriente un rito, que llegó a tomar cierto incremento, denominado rito gótico o de Toledo. Más tarde iniciose otro, el rito muzárabe,

contemporáneo de la dominación musulmana. El nuestro bracarense, que floreció en los áureos días de San Martín y San Fructuoso, es un reflejo también de esas liturgias. Los papas opusiéronse siempre a la existencia de esos ritos, pero sólo durante los pontificados de Gregorio III y Urbano VIII, llegaron a extinguirse. Sin embargo, en el siglo XV, el cardenal Jiménez, deseando que la bella tradición del mozárabe no se perdiese, ordenó la impresión de un misal y un breviario del rito toledano, fundando una Colegiata, dentro de la Catedral de Toledo, donde se observaba dicho rito antiguo. Por otra parte, la constitución de San Pío V, con la bula «Quod a nobis», tolerando las instituciones litúrgicas con más de doscientos años de existencia, dejó al arbitrio de las diócesis la adopción del breviario romano, siguiendo muchas con el antiguo. La unidad de la liturgia débese principalmente al sabio monje Dom Güéranger, de quien le he hablado repetidas veces.

—Para mí, la composición del breviario es sumamente compleja y difícil de entender. Confiésome incapaz de descifrar yo solo ese intrincado dédalo de domingos y ferias, vigilias y octavas, saltando del «Ordinario» al «Propio», con incursiones por los dominios de los Santos. Ese desfilar cotidiano y variado de salmos y antífonas, invitatorios e himnos, colectas y lecciones, responsorios y capítulos, dáme la impresión de un ejército evolucionando a la voz de un gran estratega.

—En efecto, el oficio es sumamente vasto y sujeto a continuas variaciones: «No es muy ligero de ordenar», como se decía ya en tiempo de don Juan I. Pero aún fué mucho más extenso de lo que es hoy día. Figúrese usted que, en la época de Gregório VII, pasaba por él toda la Biblia en el recitado anual. Después, vinieron las modificaciones y reducciones hasta constituir el Breviario actual, «breve orarium», re-

sumen de oraciones. Y aún así, hay mucho que rezar.

—Los tiempos del oficio, ¿son iguales en todas partes?

—En las catedrales y colegiatas, donde es rezado por eclesiásticos seculares, el horario canónico no es sincrónico, como en los monasterios. Aunque también de claustro a claustro hoy sus divergencias, siendo tan sólo en las trapas y monasterios donde se observa estrictamente. Según San Ligorio, en su «Examen ordinandorum», el tiempo de las pequeñas horas es desde la media noche al medio día y el de las Vísperas y Completas de medio día a media noche. Prima, tercia, sexta y nona, pertenecen al antiguo horario greco-romano, siendo las secciones del oficio que se rezan al amanecer; a media mañana o tercia hora; y a media tarde, nona hora. Maitines y Laudes, que corresponden a las antiguas Vigilias, son las preces de la noche y de la aurora. Vísperas y Completas—filiales de antiguo «Lucernarium», simbólico oficio rezado al atardecer, entre dos luces—son las oraciones al ponerse el sol y concluir el día. Canónicamente, el oficio de Maitines debe rezarse entre la media noche y la salida del sol, dado que en el himno «Laudes» hácese referencia al alba, pero siendo penosísima, sobre todo durante el invierno, esta obligación, solicitóse rezar los Maitines al fin del día, después de Completas. La Sagrada Congregación de Ritos opúsose en principio tenazmente, prescribiendo la observancia rigurosa del tiempo «canónigo tempus vero ad id ab Ecclesiam proescriptum non alteretur», mas la tolerancia triunfó, dado que los textos no son taxativos, permitiéndose finalmente lo socilitado. Además de eso, como la rúbrica manda decir aquellas horas antes de la misa, se procede así ordinariamente; lo mismo que hacemos aquí, en la Catedral.

—La médula de la hora canónica—continuó el pa-

dre Anselmo, después de una pausa—, es el salmo. El, entra en su contextura, generalmente en series sucesivas según el orden de la inserción en el salterio. Abrese cada hora por un corto preámbulo preparatorio, casi siempre una invocación, una súplica, un llamamiento a Dios «Domine lavia me aperies» en Maitines; «Converte nos Deus», en Completas, y el dulcísimo «Deus in adjutorium», de todas ellas. Preludio este maravilloso antes de entrar en la magnífica floresta de los salmos, sembrada de las intercalaciones músicales de los himnos. Estos himnos, composiciones poéticas adaptadas al canto, son, dentro del breviario romano, la poesía de la poesía. ¿Qué espíritu culto no se enternece por el lirismo de ciertas composiciones como «Aeterne rerum conditor». «Pange lingua gloriosi», «Aurora jam spargil polum», «Inmense coeli conditor» o el «Te lucis ante terminum» de Completas? Esos himnos, compuestos casi todos en versos yambicos, cuya estructura melódica recuerda la de nuestras redondillas populares, debido a su genealogía profana no fueron insertos en los oficios sino sólo en el siglo XII, cuando los poemas de San Ambrosio, San Hilario y otros poetas cristianos convirtiéronse en oraciones, después de la reforma de Haymon, ordenada por Gregorio IX. Cuarenta de estas composiciones esmaltan hoy las horas canónicas, constituyendo por sí uno de los más ricos monumentos del arte antiguo.

—Habló usted de la reforma de Pío X; ¿en qué consiste?

—La reforma de 1911, aunque apenas se ocupa del salterio y no dice relación con las otras secciones del breviario, es importante, porque afecta a la liturgia en su parte esencial o sea la recitación salmódica. Lo que modificó Pío X fué precisamente la composición de las horas.

—En estos tiempos no soy partidario de reformas.

Le diré francamente que me parece una profanación revolver esas tradiciones venerables, consagradas por tantos labios santos.

El presbítero sonrió.

—No hay tal profanación, amigo mío. Usted desconoce el espíritu de esa reforma. Exceptuando el corte dado al oficio de Maitines, fundándose en las imprescindibles ocupaciones, cada vez mayores, del clero moderno, la reforma limítase apenas a la mejor distribución de los salmos; arreglo aceptable, dado que en el loor a Dios debe reinar siempre la armonía más perfecta. En la vieja arpa de David hay muchas cuerdas que enmohecieronse y otras que sonaban demasiado... Ya usted sabe que cada santo tiene un oficio propio; pues bien, el fiujo contínuo de tanto santo embrollaba el oficio diario y el de los domingos, impidiendo la recitación completa de los rezos. Por esto precisamente la reforma restableciendo la integridad semanal del salterio, sin suprimir el oficio correspondiente a cada santo, aunque aligerando el correspondiente a cada día. Otro de los beneficios ha sido restaurar la liturgia de los domingos, suplantada hasta entonces por un simple dúplice, reconociéndola primacía sobre todas las fiestas de los santos, exceptuándose los dúplices de la primera y segunda de las fiestas del Señor. También ganó el oficio ferial, puesto que, en ciertas épocas, puede celebrarse misa de feria, aun concurriendo con una fiesta dúplice. Esta es la esencia de la reforma de Pío X.

—¿Y en cuanto a la estructura de las horas,

—El orden sigue siendo el mismo; lo que varió fué la materia. Compónese el salterio, como usted sabe, de 160 salmos; ahora bien, como el nuevo sistema de fraccionamiento, ya seguido en el breviario benedictino, tiene 235 fracciones distribuídas entre las diferentes horas, acabó con la antigua monotonía. En las pequeñas horas, en lugar de recitarse como antes,

siempre los mismos salmos, señaláronse diferentes para cada día. Los Maitines, que tenían dieciocho salmos los domingos y doce las ferias, tienen ahora ocho todos los días. Recitábanse en Completas los salmos 4, 90, 113 y parte del 30; ahora recítanse estos salmos sólo los domingos, habiéndose sacado de los Maitines los correspondientes a los otros días. Estableciéronse para Laudes dos clases de salmos, unos para tiempo ordinario y otros para ciertas épocas litúrgicas, duplicándose también los cánticos. En Vísperas es donde hiciéronse menos modificaciones, sustituyéndose sólo los tres últimos salmos del sábado por subdivisiones del salmo 141.

—Observo que no me ha hablado usted del simbolismo de las horas, y debe ser interesante.

—¡Es verdad! Ahora caigo que, a pesar de estar hablando con un verdadero artista, lo estuve cansando con este fárrago de erudición, sin explicarle ese tan interesante simbolismo. Bello en verdad, repito, es el simbolismo de esas horas canónicas, las que, envolviendo al día en radiante velo de oraciones, marcan los minutos de la eternidad que van pasando...

El presbítero, inspiradamente, comenzó la descripción de las horas:

—Los Maitines son el cántico de la noche, la hora símbolo de la adoración de ángeles y pastores a Jesús recién nacido. El inicio de la Pasión en la dolorosa oración del huerto. Brillan en el cielo las estrellas e inicios del alba tiñen el oriente. El invitatorio y el salmo «Venite exsultemus», cantados alternativamente, a manera de ritornelo, incitan a los fieles a la adoración, en recuerdo de la de los ángeles y pastores durante la mesiánica noche redentora. Después recítanse tres Nocturnos, rodando como baterías y avanzadas de los salmos, que durante el día van a desfilar. Apagados los ecos de las tres Vigilias, símbolo de las tres veces que Jesús se apartó de sus discípulos para orar, la

noche en que fué preso; símbolo igualmente de las tres etapas de la ley religiosa—patriarcal, mosaica y cristiana—, elévase, los domingos y fiestas de rito sencillo, el apoteótico y brillantísimo cántico ambrosiano, el «Te Deum laudamus», que nimba, al final de la hora, con los primeros rayos del sol.

En la misma órbita de Maitines, y de ellas desagregado, sucédese el oficio de Laudes, la radiosa hora litúrgica consagrada a la Resurrección, cántico perenne de exaltación y júbilo, coloreado con las tintas vivas del arrebol. Recitados los salmos, disípanse las tinieblas, irrumpiendo la claridad del día hasta los mismos corazones con esa onda luminosa del «Benedictus dominus» que aparece con el Sol de Justicia «oriens ex alto». Después del intermedio lírico de un himno, la Resurrección celebra igualmente los regocijos del alma libertada del velo de las sombras.

Comiénzase, ya en plena luz, la oración de Prima, asistiéndose a los primeros pasos del sol en su entrada zodiacal. El himno «Jam Lucis orto sidere» es la sinfonía de esta hora que solemniza la aparición de Cristo a su Madre, del mismo modo que el sol, apareciendo por el horizonte, muéstrase a la tierra desolada, reanimándola con sus rayos. Iníciase, en el oficio de los domingos, el gran salmo «Beati inmaculati», semejante al sinuoso correr de un río, a lo largo de las horas menores. Como un tónico espiritual recítase también en esos días el símbolo de Atanasio.

En la Tercia, celebrada a media mañana, recítase, después del preámbulo, el himno «Nunc Sancte», invocación al Espíritu Santo, debido a que en esa hora descendió sobre los discípulos reunidos en el cenáculo, siendo también a esa misma hora flagelado por sus verdugos el Hijo de Dios.

La Sexta, paso del sol por el meridiano, iníciase con el ardiente himno «Rector potens», exaltando el poder del sol iluminando el mundo; hora del mediodía, sím-

bolo del Salvador surgiendo del túmulo, nuevo sol a cuyo alrededor gira todo lo creado.

La hora Nona, media tarde, es aquella en que el divino Maestro expiró en la cruz para redención del género humano. Comienza con el himno «Rerum Deus», en el que se habla del sol poniente, evocando en el declive de la existencia la visión de la otra Vida redentora, tras la sombra glacial de la muerte.

Ya el sol en su ocaso, aparece el planeta Venus, la antigua Vésper, entre las polvaredas de oro del atardecer. Hora de los tenues reflejos; hora triste, en la que se disuelven las coloraciones y las almas. Cierta angustia oprime a los hombres y a las cosas, cual si presintiesen algún misterio. Es la hora de Vísperas, las que se celebran a la puesta del sol. Cinco salmos, en representación de las cinco llagas, componen esta hora, antítesis de la de Laudes: los Laudes conmemoran la resurrección del Salvador en plena apoteosis de la aurora; las Vísperas solemnizan el entierro de Cristo, entre los desfallecimientos del atardecer. De esa hora es el himno «Vexilla Regis», que, en cascadas de pedrerías, comenta la Pasión con el canto más bello del Evangelio, y el «Magnificat», de Lucas, que, glorificando a Dios vivo, a Dios eterno, a Dios triunfante, anima con sus ráfagas de entusiasmo los espíritus entenebrecidos por las invocaciones fúnebres del momento.

Llega la noche, y, con las cenizas esparcidas por el crepúsculo, recítase la última hora del día, «Completas», entre las primeras sombras, cayendo sobre la tierra, y los primeros astros despuntando en el cielo. Son los instantes en que cada uno sondea en su conciencia, haciendo balance de la vida, al finalizar una jornada más, en el haber de la existencia. La hora es triste como un «adiós», implorándose la misericordia divina en la espera de una muerte próxima. «Noctem quietam et finen perfectum concedat nobis Dominus omnipotens.»—Que Dios todopoderoso nos conceda una

noche tranquila y un fin sereno—. Tal es la introducción de esa hora, reminiscencia de una bendición monástica. Conmemórase en las «Completas» el reposo de Jesús en el sepulcro, semejante a tranquilo sueño cuyo despertar no ha de esperarse mucho. ¿No es también la muerte del justo un sueño breve, final de transitoria prueba? Una vez recitados los salmos, entónase el «Te lucis ante terminum», en el cual se suplica al Señor aparte de nosotros las pesadillas de la noche, conservando puros nuestros cuerpos. En el siguiente capítulo recítase el responso breve «In manos tuas Domine comendo spiritum meum», últimas palabras de Cristo al expiar en el Calvario, significando la preparación de nuestra alma, como igualmente esa otra exortación a Dios en el «Nunc dimittis» para que nos permita morir en paz.

La inspiración iba extinguiéndose, cesando las palabras.

El padre Anselmo, cuya voz fuése poco a poco amortiguando, diluida en su misma emoción, dejóse caer, rendido, sobre el primer escalón del altar mayor, quedando allí en tan profundo arrobamiento, que su materia pareció insensibilizarse, inerte, al sentir el alma muy lejos de sí. Irradiaba del sacerdote tal flúido angélico, que Luciano tuvo la impresión de que una luz sobrenatural, brotando de su cuerpo, purificaba el barro inmundo de la criatura, transfigurándola y santificándola, como el planeta obscuro brilla con fulgores propios de estrella al recibir, codicioso, los rayos del sol.

El arquitecto, sintiéndose indigno de permanecer en aquel lugar, en rapto espiritual de íntimo pudor, alejóse silenciosamente, dejando al padre Anselmo sumergido en su éxtasis.

VI

Luciano pasó aquella semana en angustias mortales. Pero al fin, viendo que María Elena volvía de nuevo, sin mostrar resentimiento alguno, respiró tranquilo. No, la condesita no se había enfadado; quizás ni reparó en la escultura. Su mismo miedo exageró las cosas, hallándo ahora tan ridcula su desesperación como sus mortificaciones. María Elena no se preocupaba para nada de sus trabajos; si se detuvo delante del capitel en que trabajaba, fué por simple cortesía, pero nada más. Entonces fué su amor propio el que sufrió, comprendiendo su insignificancia ante ella. Estas complicaciones de pensamientos no alteraron la esencia de su pasión, la cual quedó intacta. Redujéronse a simples tonalidades a flor de alma, como el colorido de las aguas dependen del de las nubes que corren por lo alto... El amor continuaba arraigado en el corazón del artista, dando vida a todo su ser...

Era una adoración muda, resumen de todos sus ensueños; amor profundo, sagrado, ante el que se prosternaba en adoraciones, humillándose y confundiéndose, como el creyente que se abisma en los misterios de su dios. Convencido de que María Elena jamás sería suya, ¿para qué revelarle éste su amor? Sería como declarárselo a una estrella. Y, aun dado que se enterase, ¿podría responderle? La misma comprensión de esta imposibilidad acabó por suavizar su desventura.

Bien que María Elena fuera para él una quimera imposible, nadie podía prohibirle la siguiera amando como a una diosa, haciendo de su pasión un culto. Si el mismo Dios abandonara la Catedral, la Iglesia continuaría plena de ella, pues si la fe antaño la edificó, el amor la restauraba ahora, aún más espléndida. Embebiéndose de nuevo en la fiebre de la restauración, el arquitecto activó los trabajos, consiguiendo nuevas subvenciones. Toda la inteligencia del artista concentróse en la joya gótica del deambulatorio. Le parecía oirla estremecerse bajo los muros seculares. Las excavaciones continuaban, emocionantes con los descubrimientos de todos los días. Aun en contra de la opinión de los incrédulos, pensando en el resurgimiento del ábside como en un imposible, creyéndola desaparecida o reducida a algunas capillas cuyos residuos insignificantes no valía la pena de restaurar, la admirable media luna fué apareciendo, con su curva armoniosa, de entre las construcciones parásitas y las paredes superpuestas, que, en el transcurso de los siglos, elevando el suelo de la iglesia, la habían disimulado. Gracias a Luciano, adivinador de su existencia, surgía la preciosa joya medioeval, haciendo cerrar la boca a los que rieron despreciativamente de los ensueños del artista.

Este triunfo del arquitecto decidió del todo la conquista a su causa de la condesita. Desde entonces apasionóse por entero de los trabajos, asistiendo ansiosamente a la resurrección de la Basílica, cuyos adelantos seguía paso a paso, debido a la convivencia con el artista y a las contínuas visitas al «Capítulo», acompañada del padre Anselmo.

Esta intimidad no pasó inadvertida entre las gentes de sacristía. Se habló de ello, criticándola unos, disculpándola otros y achacándola, los menos, a mera curiosidad de la muchacha. «Como le habían destruído su capilla, era muy natural que se interesase por la

restauración.» Pero, en el fondo, se murmuraba. Ciertos canónigos no veían con buenos ojos esas idas y venidas, tan poco edificantes, de la San Martino a las habitaciones de Luciano, ni la íntima amistad de los dos con el capellán-cantor. La seriedad eclesiástica no se acomodaba a aquellas locuras del «Capítulo», y la opinión, ya un poco en entredicho de los dos muchachos, sufrió una gran baja. El padre Anselmo era un alma de Dios, pero insufrible con su monomanía de los conventos y su celo por el servicio religioso. Reíanse de él, tomándolo a chacota. El arquitecto, ante los sesudos purpurados, no pasaba de ser un endemoniado excéntrico, con locuras artísticas y desvariados romanticismos en la cabeza.

Nadie en la Catedral podía darse cuenta de la santa emoción de aquellas almas, que era precisamente la que había conquistado a María Elena, al serle revelada por las imprudencias del padre Anselmo. En efecto, el presbítero fundó siempre su táctica de atracción en hablar contínuamente a la condesita de los méritos artísticos y de las condiciones personales del arquitecto. Queriéndola ver en las filas de los restauradores, no encontró camino mejor que comunicarle su confianza hacia el muchacho y una fe absoluta en sus designios.

El alma inocente y asexual del padre Anselmo, plena tan sólo de sus ensueños de regeneración religiosa, creyó a las de sus amigos poseídas también y únicamente de puro amor religioso, sin pensar ni un momento en el peligro de esa convivencia que él favorecía con la mejor idea, de esa intimidad entre dos existencias jóvenes y sanas, que, al contacto del mismo fuego, podrían abrasarse en el brusco llamear de otras pasiones más humanas, que, consumiéndolos, provocaran una horrible catástrofe.

Aquel sueño de amor, apenas nacido, crecía y crecía...

Un día en que los tres encontrábanse en el «Capí-

tulo» mostróles Luciano una elegante monografía de la Catedral de Mans, enseñándoles el plano de lo misma, con majestuoso coro gótico.

—Esta Catedral francesa—decía el arquitecto—recuérdame tanto nuestra Basílica, que por ello la tengo especial predilección. En las dos el cuerpo de la iglesia es románico, mientras son góticos el coro y el ábside; lo cual nada tiene de extraño, por tratarse de una evolución natural de los monumentos antiguos... El coro, además de contar muchos más años, es más susceptible de ser dañado en su estructura, expuesto a las alteraciones que quisieron hacerle el capricho de los cabildos que por él pasaron. De ahí la frecuencia de ábsides nuevas ingertas en naves viejas En esta de Mens la nave es del siglo XI y del XII, estilo románico sencillo y sobrio, como es natural fuese el coro primitivo, sustituído después, en el siglo XIII, por la actual maravilla del arte gótico.

Interesados el padre Anselmo y María Elena, inclinábanse sobre el plano.

—Trece capillas—contó el capellán-cantor.

—Pero la del vértice es más grande—observó la condesita.

Luciano explicó:

—Es que hay una pequeña iglesia en el mismo eje de la Catedral. Los arquitectos medioevales permitíanse esa libertad, que daba, por otra parte, gran realce al conjunto. ¡Verdaderamente, esta Basílica de Mens es lindísima!

Todos se curvaron de nuevo. En el satín brillante del papel «couché» recortábanse, como una red de finas mallas, las líneas de proyección de las nervuras y arcos ojivos, cruzándose en pequeños núcleos estrellados, representando las secciones de columnas y pilares. Trazos cargados de tinta, más negros, señalaban en la periferia las obras macizas de la construcción, estribos y contrafuertes. La nave, sumamente estrecha, pa-

recía encorvada bajo la corona del ábside, de la que salían, como rayos de un núcleo central, sus trece capillas góticas. La capilla del eje, destacándose en el plano, erguíase sobre las otras, como una reina rodeada de princesas...

—Esa capilla central es verdaderamente encantadora y de un efecto admirable—exclamó María Elena, sin separar los ojos, embebida en el plano.

—¿Y si les dijera que esa capilla tiene su correspondiente cripta?—añadió Luciano, sonriendo furtivamente al mirar hacia el padre Anselmo.

—¿Tiene una cripta?—exclamó el presbítero, tocado en su cuerda sensible.

Una de las mayores penas del capellán-cantor, de la cual querellábase a cada momento, era el que la Catedral de Lisboa careciese de cripta. A la interrogación de María Elena acerca de ese detalle que tanto le preocupaba, el presbítero se exaltó:

—¡Felicísimas iglesias las que poseen cripta, condesita! La cripta es la médula inviolable, el santuario discreto, el recogimiento interior donde mejor se encuentra a Dios. En ella deslíense las formas, desintegrándose las criaturas para mejor darse al Señor. Arriba, en la iglesia, parece que Dios pertenece a todo el mundo; abajo, en la cripta, encontrámosle cara a cara, sin testigos; por ello son siempre atendidas nuestras súplicas y oraciones. ¿No es verdad, Luciano, que la cripta, como verdadero refugio, es el mejor lugar para concentrarse y meditar? Todas las Catedrales la tenían; por eso creo firmemente que en la nuestra debe exister también, ¡por fuerza!...

Como, efectivamente, no había razón alguna para que no existiera, el arquitecto, al comienzo de las obras buscó por todas partes en el subsuelo de la iglesia, mas siempre en vano. Hubo un momento en que creyó haber dado con ella: en las excavaciones del lado norte, junto a una puerta transversal, encontróse una ex-

tensa galería abovedada, en dirección norte sur, cortada por la sepultura del arzobispo don Rodrigo da Cunha; pero comprendió en seguida, con gran desencanto del padre Anselmo, que no era cripta, sino un corredor subterráneo, anterior a la fundación del templo, obra militar, comunicación, sin duda, entre el castillo y algún punto de la margen del río.

Volvieron de nuevo a tratar de la Catedral francesa.

—Pues sí, esta capilla posee una cripta que, como casi todas las de su época, tenía casi atribuciones de iglesia. A partir del siglo XIII es cuando comiénzanse a edificar estas capillas en el eje de las Catedrales, dedicadas siempre a la Virgen, como si así pudiera velar mejor a la cabecera de su Hijo muerto.

Después de un silencio, la condesita insinuó miedosamente una tímida idea rápidamente germinada:

—¿Y si levantáramos en nuestro deambulatorio una capilla, dedicada a la Virgen, como esta de Mans?

El arquitecto sobresaltóse; mas el padre Anselmo, entusiasmado, apoyó con alborozo:

—¡Qué espléndida idea! ¡Qué genial! Ni al artista mejor se le hubiera ocurrido. De hacerse, la capilla del eje de nuestra Catedral, hoy un cubículo profano, convertiríase en santuario de la Virgen. Y por cierto que se encuentra en el sitio preciso.

Luciano nada dijo, pensando en los peligros de tal capricho. El padre Anselmo, previendo su resistencia, acumulaba razones:

—Oiga, amigo, en las obras de restauración hay por fuerza que modificar todo. Usted bien sabe que la linda capilla gótica que ahí existía fué completamente arrasada. No hay ni una piedra. Aproveche, pues, esta oportunidad. Ofrézcanos una bella creación de arte. Materialice todos sus sueños.

María Elena, estimulada por las palabras del capellán-cantor, volvió a insistir:

—No sería una iglesia, sino una capillita a Nuestra Señora. ¿No es posible? Leo en sus ojos que le desagrada mi idea, que sufre. ¡No comprendo!

En efecto, Luciano sufría de veras. ¡Contrariar un deseo de la condesita! ¡Había tanta amargura en su mirada! Mas no era posible. Estaba allí para restaurar, no para alimentar fantasías. Encima de todo, su honradez y su amor a la verdad profesional.

La muchacha continuó suplicando:

—Una pequeña iglesita, una nueva capilla Joanes, más linda aún, más en fuegos cuando el sol la besase con sus llamas a través de las vidrieras de los ventanales.

—Será mejor—reforzó el sacerdote. La capilla Joanes es muy bella indudablemente; pero se levanta enfrente una serie de edificaciones altas en el lado sombrío de la iglesia, donde nunca llegan los rayos del sol. Además, el alineamiento burgués de la calle y el sacudimiento del pasar de los vehículos, junto con las vecindades de arrieros y vociferaciones de bebedores, han acabado por vulgarizarla. Imagine usted esa otra capilla situada en el mismo tope del ábside. ¡Qué diferencia! Envuelta en el silencio del claustro. Nada, nada, Luciano, confiese usted que...

—Padre, no aliente usted, quimeras—interrumpió el arquitcto disfrazando su emoción con risa forzada y añadiendo, al no querer engañar rotundamente a la condesita.—Su idea es hermosa; palabra que me seduce; pero, ¿será viable? Tengo mis dudas, que sólo un examen detallado pueden disipar. Luego las tradiciones... En fin, veremos. Estudiaré su idea...

Era una simple excusa, así lo comprendieron.

Al salir, díjole en voz baja el sacerdote:

—¡Qué lástima, una tan buena idea!... Va desconsolada...

Al encontrarse, comenzó a pasear por el «Capitulo» ruminando la idea de la condesita. Quién sabe, quizás

no sea más que un simple capricho. Pero, el interés tan grande que había demostrado, le hizo pensar si aquella fantasía pudiera convertirse en obsesión. Tener que contrariarla costábale mucho. No podía olvidarse de la profunda desilusión que vió en sus ojos. Irritóse contra su destino, contra su mala suerte. ¿Porqué le pidió un imposible? El proyecto era tentador. El mismo, muchas veces soñó con erigir una Santa Capilla, cual la de París, donde refloreciera en formas inmortales la belleza espiritual de la Edad Media, especie de protesta al utilitario industrialismo moderno. ¡Qué desgracia! ¿Cómo iba él a enclavar una capilla así, en el plano del ábside? ¿No sería un crimen romper la unidad, verdadera belleza del deambulatorio? ¿No encontraría la voluntad del fundador, afrentando la memoria del venerable maestro que la ideó tal como era, edificándola con su genio y su fe? ¿Y el espacio? ¿Dónde se iba a meter la capilla?

La Catedral de Alfonso Henríquez, fortaleza y templo, fué encuadrada, desde su fundación, por ancho murallón que, subiendo del sur al este, corregía la depresión y el desnivelamiento del terreno. El románico altar mayor cabía perfectamente en aquella explanada dominadora de los campos vecinos. Ya los artistas góticos encontraron dificultades al edificar la impecable diadema con que el rey Alfonso IV quiso coronar la Catedral lisbonense; por ello sacrificaron el claustro que ya existía para porches de las capillas y el arquitecto del siglo XIV rompió la muralla al sur, para hacer sitio al nuevo ábside, llegando, tras de su compás, hasta el encuentro del claustro con los muros del transepto. El claustro sufrió entonces y el espacio menguóse. ¿Iba él de nuevo a sacrificar otra vez el claustro, buscando más espacio? Edificar la capilla que deseaba María Elena era como ir en contra de la obra de don Diniz, estropear toda la perspectiva y convertir el jardincillo alegre en lóbrego zaguán.

¡Nunca lo haría! ¡Faltábale coraje para tal agravio! Y..., por otra parte, era horrible tener que contrariar a la condesita. De él, sólo de él era la culpa de esa idea. ¿No evocó tantas veces ante ella a aquellos grandes señores que fundaban iglesias, erguían catedrales y prodigaban munificencias? Ahí tenía el fruto de sus conversaciones. Carecía de derecho para oponerse.

Detúvose Luciano ante el gran plano de la Catedral, que pendía de la pared, examinando detenidamente y haciendo cálculos... Espacio, había... Perjudicábase tan sólo la perspectiva del claustro y al jardincillo, que había que partirlo por la mitad. ¡Un jardín tan alegre!... Viniéronle, sin embargo, a la memoria ciertos jardines húmedos, a la sombra de murallones altos de Catedrales, eternamente en sombra, sin faltarles por eso cierta poesía de soledad, tan al unísono con las construcciones religiosas. En ellos eran como cabéllos blancos sus bojes raquíticos, sus plantas débiles, sin fuerzas para florecer, sus arbustos que nunca llegarían a ser árboles, como monjas consumidas en perpetua clausura.

En el «Capítulo», ante su ancha mesa de trabajo, pasó el arquitecto la noche, consultando el plano de la Basílica, tomando notas, trazando líneas y midiendo ángulos. El sol lucía ya tras los vidrios de la ventana ojival cuando Luciano abandonó la tarea. Estaba completamente decidido: levantaría la capilla. Quizás fuese un atentado al buen sentido. No le importaba. La belleza de la capilla por él ideada haría perdonar el sacrilegio...

¡Qué gran alegría recibió el padre Anselmo cuando en aquella mañana dorada de sol, a la hora de los Maitines, al ir al coro, encontróse con el arquitecto, el que le dijo que la condesita tendría su capilla de la Virgen!

—Muy bien... Muy bien—contestó el presbítero, abra-

zándole conmovido—. Un presentimiento me aseguraba que todo se iba a arreglar.

Y, ya de lejos, volvióse para recomendarle:

—¡No se olvide de la cripta!

Una vez trazado el plano del santuario comenzáronse los trabajos a expensas de la Casa de Monforte. La capilla, en principio ideada con un solo tramo, tenía ahora tres: dos barlongos de diagonales cruzadas, y el del fondo, poligonal, con su nervura irradiando en forma de abanico.

Los últimos tramos, fuera del perímetro del ábside, admitían ventanas laterales vistosamente decoradas.

La alucinación comenzó a tener forma, en medio de una agitada vida de fiebre, en la que el alma del artista manteníase en continua vibración.

Enriquecida la nueva capilla con todos los dones del arte, iba brotando de la tierra como un milagro, y a medida que se formaba, sentíasela envanecida, majestuosa, soberana, como una mujer a cuyos pies brillan los incensarios de las adulaciones. Era obra exclusivamente de Luciano, y, como hija legítima del artista, retratábase en ella su carácter y su entera inspiración, elevada ahora a favor de las alas de su genio. La restauración, aunque a veces emocionaba, carecía de la chispa creadora, siendo un mero trabajo de subordinación, sujeto a un plano, función más de un técnico que de un artista, ideas en lugar de sentimiento. Aquella capilla, verdadera creación apasionada, brotaba del sentimiento, dejando traslucir una naturaleza ebria de amor, capaz por sí sola de darle su belleza, si ella no la tuviera ya, en aquel su aspecto de blanca flor de lis engarzada en radiosa diadema heráldica.

¡Qué bella iba surgiendo aquella exquisita concepción gótica de manos del artista! Luciano hacíase la ilusión de estar construyendo un romántico castillo de leyenda para habitarlo después con su amada. Embria-

gado, transfigurado con esta dulce ilusión, contemplaba cómo el santuario iba elevándose, con sutilezas de ensueño, que parecía prestar diafanidades a los mármoles, distendiendo la esbeltez de las columnillas como en prisas de terminar sus frentes copadas. Veíase surgir a la capilla como en un sueño, ascendiendo los tallos blancos, ricos en savia, ramificándose en sus alturas, con follajes de piedra, y como preparando el nido acogedor de aquellas dos almas, cuyo amor iba a florecer, al fin, junto al regazo amigo de la Basílica...

María Elena, tan apasionada desde el principio por la capilla de la Virgen, quiso escoger por sí misma los motivos para la ornamentación de las vidrieras. Otro capricho... Para eso indicóle Luciano tomara consejo de la «Leyenda Aurea», de Voragine, fuente de inspiración de los artistas de la Edad Media.

¡Qué efecto causó en ella el venerable libro! La lectura de la vida de los santos, narrada cándidamente en la «Leyenda», encontrada por el padre Anselmo en la misma biblioteca del palacio de San Martino, sorprendióla como una nueva fuente mística de nacimiento ignoto, donde podía saciar su ardiente sed de misterio. Creía vivir en un país de leyenda, donde la vida tenía otro significado y los paisajes distintos matices. Y andando por entre lo desconocido, perdíase en este mundo de sensaciones nuevas, como fueron para ella estas epopéyicas vidas de santos.

Desarrollábanse los episodios de la «Leyenda» cual si en férico jardín cada vida de uno de esos elegidos dejara al pasar surcos maravillosos. En esplendentes alamedas florecían las rojas flores de los primeros mártires: flores de carnes desgarradas tenían el aire de púrpura y olían a sangre ardiente. Allí la «Leyenda» erizábase de patíbulos, constituyendose en sede de inverosímiles suplicios, no soñados aun en el mismo infierno. Jamás los cuerpos sufrieron tanto... Nunca ti-

rano enloquecido ideó torturas parecidas... Ojos arrancados, miembros partidos, cráneos abiertos, vientres rasgados, personas hervidas en calderos o asadas en parrillas, escandaladas otras en dos mitades, atadas a cola de caballos, lanzadas entre fieras... Los degollamientos, las estrangulaciones, los trituramientos, todas estas aterradoras imágenes de cuerpos deshechos, borboteando sangre, todo este atroz escenario angustiaba, horrorizando a María Elena. Esos espantosos dramas, entre la furia canibalesca de los tiranos y la serenidad de las víctimas, dábanle respeto, amendrentándola. Sufríase por una creencia, pero el verdadero objetivo era una idea. Todo aquello estaba revestido de una grandiosidad imponente. Pero, a pesar de ella, atemorizábase, huyendo trémula de aquellos trágicos pasajes de la «Leyenda Aurea».

Internóse por otros caminos graciosamente nevados: las vidas de las santas, de las vírgenes mártires, cuya blanca carne florecía en rosas albísimas, donde todo era blanco, desde la pureza de las almas hasta la sangre coagulada en cuajarones lácteos, dado que en leche convertíase aquella sangre casta, jamás enrojecida por un deseo.

De estos sacrificios femeninos exhalábase un tierno y delicado perfume, ya no producto de un ideal, sino de la creencia convertida en dulce amor hacia el Divino Esposo. Aquí los sacrificios despojábanse del horrible aspecto de las otras matanzas. Las santas, en manos de los verdugos, no sentían el dolor, sonreían plenas de incomprensible felicidad. Este holocausto de las vírgenes no inspiraba miedo ni repugnancia. Eran como rosas puestas a los pies de Jesús, que, sin perder frescura ni lozanía, conservábanse bellás, con sus perfumes imperdurables.

Y divagando aquí y allí perdíase María Elena en el libro guardador de tan bonitas cosas. Las narraciones

tornábanse realidades, animándose dentro de la simplicidad con que todo era dicho.

En la obra de Voragine relatábase la vida de cada personaje el día en que la Iglesia celebraba su fiesta, según el orden cronológico. Así iban pasando por las páginas de la «Leyenda», a partir del Adviento, durante los trescientos sesenta y cinco días del año, el largo cortejo de todos los santos.

Desde un principio, la predilección de María Elena fué hacia Santa Inés, virgen que espolvorea el áspero mes de enero con la nieve de su carne y de su pureza. ¡Qué linda historia la de Inés, con trece años y santa!

Precoz en inteligencia y belleza, supo atraer el amor del hijo de un prefecto, quien, abrasado de deseos, arroja a sus pies montes de perlas y de diamantes, queriendo deslumbrarla. Inés, gozando ya las delicias místicas, de más preciosos dones, repélele indignada: «Vete, aguijón del pecado, alimento del crimen, ponzoña del alma. Mi cuerpo es un jardín donde pasea otro amante, el más noble, el más rico, el más bello, el más bravo y fuerte y amado de todos los amantes. Mi Señor y Dueño es mucho más ilustre que tú; el sol y la luna son sus vasallos; sus riquezas son inconcebibles; tan poderoso, que vence a la Muerte, ultrapasando su amor todo otro amor. Este anillo es el sello de nuestras nupcias; mi cuello fué adornado por El, con collares de perlas, y mi cuerpo vestido con trajes que El me dió, tejidos con oro. Nuestras caricias trocáronse ya; nuestros cuerpos uniéronse, bañando con su sangre mis rodillas. Mas esto no es nada para la felicidad que me espera: un tesoro de incalculable valor premiará mi constancia.»

Este lenguaje de ardiente pasión enloqueció de celos al joven romano, llegando a enfermar. Su padre, el prefecto, llama a Inés, tratando inútilmente de vencer su obstinación. Entonces quiere saber quién es el amante que consiguió el deseo de su hijo, y. al decirle que

es Cristo, interrógala dulcemente, amenazándola, por fin, con severas penas. «Haz conmigo lo que quieras—dícele Inés—; pero no romperás por eso mi secreto.» El prefecto, colérico: «Escoge tú misma: o sacrificas a Vesta, con las vírgenes de la diosa, si aún te conservas casta, o te mando encerrar en un lupanar, en compañía de las prostitutas.» Responde Inés: «Jamás consentiré a tales deseos, y sabe que mi cuerpo no será poseído por nadie, pues está bajo la custodia de un ángel.» Entonces el prefecto ordenó que la desvistieran, y, así desnuda, lleváranla al prostíbulo. Sus cabellos, milagrosamente, comienzan a crecer, cubriéndola cual las más complicadas vestiduras, encontrándose a la puerta del mal lugar un ángel que la espera, envuelto en túnica deslumbradora. El prostíbulo conviértese para ella en un refugio de oración, nimbándola el ángel de luz vivísima.

Una noche llegó hasta el lupanar el hijo del prefecto, acompañado de varios amigos, viciosos como él, a quienes aconsejó saciaran en la virgen sus concupiscencias. Acércanse a Inés, pero, deslumbrados por un resplandor sobrenatural, retroceden miedosos; el perseguidor de Inés, enfurecido, llámales cobardes, dirigiéndose a su vez al cuarto de la joven. Entonces un diablo lo estrangula allí mismo. El prefecto, en lágrimas, pregunta a Inés por la muerte de su hijo. «Dios lo abandonó—responde la santa—y el demonio cebóse en él, matándolo.» El prefecto: «Si no quieres que crea fueron tus manos hechiceras las que mataron a mi hijo, pide y obtiene su resurrección.» Ora Inés algunos momentos y el mancebo resucita, confesando a Cristo públicamente.

Asustados los sacerdotes de los falsos dioses, excitaron al pueblo, diciendo: «Muera la hechicera que con su arte mágico enloquece el juicio y pierde las almas.» Quiso el prefecto librarla de las manos de la turba, pero temiendo la proscripción, alejóse tristemente, con-

fiando la santa a la guardia de su lugarteniente. Este, de nombre Aspasio, ordena arrojarla a una hoguera; pero las llamas, a impulsos de fuerzas desconocidas, inclínanse hacia los paganos sin tocar a la doncella. Entonces Aspasio manda la claven un puñal en la garganta. Y fué así como Santa Inés fué al encuentro de Dios con la corona del martirio, encontrando en el cielo la justa recompensa a su constante amor.

Enternecíase la condesita con estas piadosas historias de sencilla fe, maravillándose principalmente de las santas vírgenes que habían sufrido el martirio y lucían como luceros en el agiologio dorado. ¡Ah, las lindas santas!

Y avanzando en el círculo litúrgico, ya entre las brumas de febrero florece Santa Agueda, otra virgen no menos hermosa, codiciada igualmente por un pagano, que, conduciéndola a un mal lugar, la hace arrancar los pechos con tenazas, al no saciar sus apetitos; Apolonia, condenada a la hoguera, soltándose de sus verdugos y arrojándose ella misma entre las llamas; Juliana, suspendida de sus cabellos y bañada con plomo derretido sin sufrimiento alguno. Proseguía el desfile. Pasaban otras santas y otros mártires proclamando la castidad, la mortificación de la carne y la obediencia a Cristo. La «Leyenda» deshojaba, durante los ardientes días de julio, los blancos pétalos de la vida de Santa Margarita, linda pastora de quince años que siente sus huesos triturados y su carne consumida en las llamas, por no haberse dado a un idólatra; Cristina, arrojando a la cara del padre pagano pedazos de su cuerpo martirizado, cuerpo arrojado al río y sostenido a flor de agua por los ángeles, a pesar de llevar una piedra atada a su cuello; Eufemia, la que llevada al patíbulo, las manos del verdugo se paralizan, y puesta entre dos piedras de molino deshácense en ceniza al tocar su cuerpo desnudo; Justina, codiciada por el demonio, convertido en doncella para inducirla al

mal, al que hace huir con la señal de la cruz, y arrojada a una caldera de pez y cera hirviendo, sonríe como si se encontrase en tibio baño.

Y siguiendo el círculo litúrgico, en los fríos y tristes días de noviembre aparecen Santa Catalina y Santa Cecilia. Catalina, hija de rey, santa, noble y sabia; deshace los argumentos de cincuenta gramáticos, a quienes convierte, prefiriendo la palma del martirio a desposarse con un emperador, manando leche de sus heridas; Santa Cecilia, esposa mística de un pagano, conducido por ella al buen camino y sufriendo juntos el martirio regenerador, triunfando los dos, sobreviviendo en la vida celestial, coronados de rosas y flores de lis.

¡Qué impresión le hizo la vida de Santa Cecilia! ¡Cuánto la conmovió ese amor místico de una santa! Dos almas castamente enlazadas y coronadas de rosas y flores de lis en la comunión de una misma fe. ¡Si ella tuviese un novio así, un esposo como el de Santa Cecilia!... Su corazón estremecíase, sensibilizado por la primavera del amor, sintiendo dentro de él dulces llamadas, tiernos deseos despertados en su cuerpo joven al sentir la savia fecunda de la vida; anhelando un casamiento igual al de la santa, enlace de dos criaturas hermanadas por el mismo credo, caminando siempre unidas, coronadas de rosas y flores de lis, por entre las estrellas de los cielos... Y ese ser vago e impreciso de las primeras ilusiones comenzaba ahora, ya el sexo despierto, a idealizarse en un bello mancebo quimérico y soñador, caballeresco y apasionado, sirviendo a Dios como un príncipe medioeval, bien con su tajante espada, en las épicas luchas de la fe, o cantando su divina gloria en líricos poemas tallados en la piedra...

VII

Gran reunión en el «Capítulo» aquella tarde. El padre Anselmo llegó, acolitado por su colega de banco, el padre Bruno, rubio de treinta años, de candidez adorable, tierno y sencillo cual un niño de coro, a quien el capellán-cantor catequizara fácilmente.

Encontrábanse ya, con el canónigo Rocha—único de su categoría que ponía allí los pies—, entre varios beneficiados y capellanes, el maestro de ceremonias, Salema, melífluo, rosado y gordiflón, redactor del Boletín diocesano, siempre de parte del canónigo, por creerse así obligado en virtud de la jerarquía, de la cual era, por deber de oficio, celador; el beneficiado Trigueiros, democratizante y partidario de una Iglesia nacional, y el beneficiado don Santiago, figura prestigiosa de la Catedral, enigmático y misterioso, cuyo pensamiento nadie penetraba, en relaciones constantes con altas dignidades eclesiásticas en su continuo ir y venir al Patriarcado, razones éstas por las que se le acogía con cierta reserva en el «Capítulo».

El canónigo Rocha y este beneficiado eran las figuras de más relieve en aquellas tertulias.

Era el canónigo alto, derecho, macizo como torre de iglesia, a pesar de sus setenta y ocho ya contados, férreo ultramontano, católico a la vieja usanza y miguelista; adversario, por tanto, irreductible de todo cuanto oliese a liberalismo. Adquirió en la vida

pública hábitos mundanos de disipación, gustándole la sociedad, la palestra y el movimiento y fragor de las reuniones políticas. No muy conforme abandonó la agitación partidaria por la tranquilidad de la Catedral, trocando las prerrogativas y comodidades de su sillón de diputado por la tabla dura de los bancos capitulares. Un fermento de hostilidad irritada, producto de los odios políticos que nutría y de los privilegios que perdiera, daba acritud a sus palabras, envenenando de rencores la punta aguda de sus despechos.

Toda la brusquedad del canónigo Rocha era dulzura acogedora en el beneficiado don Santiago. Doctorado en Roma, de donde llegara recientemente, precedido de gran fama, acogióse a la Basílica, en espera de las más altas dignidades. Era, en fin, con sus treinta y dos años precozmente maduros en las escuelas romanas, sólido y bien constituído, inteligente y fino, una esperanza del mundo católico. Epigrafista laureado, doctísimo en antigüedades cristianas, aleccionado directamente en las ruinas de la Ciudad Eterna, todo este su brillante saber parecía, sin embargo, servirle como para disimular una más grave preocupación, un objetivo mucho más alto que, al no ser adivinado por sus colegas, motivaba el cierto misterio en el cual se envolvía. El padre Santiago poseía todas las condiciones para imponerse y hacerse respetar: calmoso, sereno, equilibrado... La frente apolínea y grave, alumbrada por un mirar profundo y enérgico, sin severidades, pero dando a entrever su firmeza de carácter y su voluntad feroz y rectilínea que sabían perfectamente cuáles eran sus objetivos y el camino más directo para lograrlos. Partidario de la restauración de la Basílica, puso desde un principio a la disposición del arquitecto toda su erudición, iniciando personalmente pesquisas en el templo, deletreando epitafios e inscripciones y coleccionando las siglas de los adornos.

Desde la iniciación de las obras, pero sobre todo des-

de la instalación del «Capítulo», estas tertulias se hicieron frecuentísimas. Operóse entre los eclesiásticos de la Catedral una a manera de selección de actividades, provocada por el canónigo Rocha, cual reacción ante la apatía de los oficios, criticándose todo, discutiendo y poniendo, en fin, una nota ruidosa en la mudez taciturna de la Iglesia.

La cuestión religiosa fué, como es natural, el principal motivo de discusión. El futuro de la Iglesia, hostilizada de nuevo sistemáticamente en sus fueros y regalías, constituía la principal preocupación de los capitulares, al ver la desgracia otra vez a sus puertas, con las leyes adversas del nuevo régimen. Las controversias tomaban interesantes aspectos en cuanto salíanse de las rencillas caseras, convirtiéndose en debates de perspectivas vastas. Iniciaba esto casi siempre el padre Santiago. Entonces dábanse opiniones, explanándose los mejores métodos para defender a la Iglesia. Preconizaban unos la lucha abierta en todos los terrenos, táctica oportunista, política humana de realidades, aun a trueque de arrastrar a la Iglesia al campo de las pasiones, donde todos los prestigios se gastan. Tal era el punto de vista del canónigo Rocha. Otros apelaban al Evangelio en demanda del espíritu apostólico de la Iglesia, único que la había engrandecido, oponiendo a los enemigos de la fe, desarmada, la fuerza del amor y de la verdad con el fecundo ejemplo de las virtudes, la Caridad especialmente. Defendían esta tesis los idealistas, los visionarios, capitaneados por el padre Anselmo. No faltaba tampoco, aunque en verdad sin muchos adeptos, quien abogase por la constitución de una Iglesia nacional, independiente de Roma.

Sólo el padre Santiago esbozaba ciertas tendencias vagas e incomprensibles, ante las que se ponían en guardia todos sus compañeros. Opiniones tan audaces en una persona impregnada de romanismo desorientaban a su auditorio, el que ni por un momento podía supo-

ner en él actos de infidelidad, pensando era un recién llegado de Roma, frecuentador de las antecámaras del Vaticano y acogido con deferencias inusitadas en las más altas esferas eclesiásticas. El mismo canónigo Rocha convenía, después de sondeos detenidísimos, hechos con toda la sagacidad de que era capaz, en que el beneficiado era la ortodoxia en persona. Pero las ideas de don Santiago causaban miedo; su aspecto de esfinge intimidaba. Poseía un aire de predestinado, como elegido para cumplir una misión que todos ignoraban. Presentían tras la frente del educado en Roma transcendental elaboración de algo mesiánico, bajo sanciones infalibles.

Entretanto charlábase en el «Capítulo». El canónigo Rocha, desolado por los infortunios de la comunidad católica lusitana, herida a su vez por la peste herética que asolaba a la cristiandad, preguntaba si la decadencia visible de las creencias no era una prueba bien palpable de que Dios, aburrido de la incomprensión de su obra, abandonaba a los hombres, dejando sucumbir a su Iglesia.

El silencio pesimista que se hizo tras las palabras del canónigo fué roto por la elocuente y animadora voz de don Santiago:

—No, amigos míos, la Iglesia no desaparecerá jamás. La religión es eterna, porque emana de Dios, siendo precisamente en la Iglesia católica donde la religión se revela en su mayor sublimidad. En ella tiene Dios su trono, desde donde gobierna a los mundos, rigiendo los destinos humanos. ¿No nos está demostrando la Historia que la Iglesia es eterna? Desde hace dos mil años la Iglesia vive ininterrumpidamente, sucediéndose sus soberanos en el timón de la barca de Pedro, guiándola impasibles a través de las revueltas olas de tantas hostilidades, persecuciones y borrascas. No zozobró en las persecuciones romanas. Resistió gallardamente los embates de la Reforma—que la dividió, sin

aniquilarla—; los desvaríos de la revolución del siglo XVIII dejáronla incólume, no menoscabándola las continuas embestidas masónicas del día. Pasan las revoluciones, derrúmbanse los imperios, varíanse los tronos, operánse las más extraordinarias transformaciones sociales y la Iglesia continúa inmutable. «La ciencia acabará con ella», rugen sus enemigos; y, sin embargo, surgen los rayos X y la telegrfía sin hilos; pésanse los astros, desmaterialízanse los cuerpos y la Iglesia continúa..., siendo los regímenes los que desaparecen. ¡La ley de separación con que ahora se pretende aniquilar a nuestra Iglesia, despojándola de los bienes terrenos y dificultando la recluta para el sacerdocio es precisamente la prueba actual por la que Iglesia va pasando, y de la cual surgirá victoriosa... como siempre!

—Es irrefutable que mientras la Iglesia sufre más en cantidad, mejora en calidad—dijo el padre Anselmo—. El sacerdote que ya no cuenta con el auxilio del Estado, deslígase de él completamente, dejando de ser funcionario para convertirse tan sólo en apóstol, prefiriendo las cosas del cielo a los negocios de la tierra. Los sacerdotes burócratas, la Iglesia un negociado del Estado, es el peor mal que puede aquejar al cristianismo.

—Está usted fresco si cree que la Iglesia puede aguantarse con esa espiritualidad—interrumpió el canónigo Rocha.

—¿Por qué no, señor canónigo Rocha? ¿No es el espíritu del Evangelio la sana doctrina de Cristo?

—De acuerdo, señor santo, de acuerdo; pero eso no basta. La Iglesia, para ejercer debidamente su ministerio, tiene que adaptarse a las instituciones humanas, reclamando necesariamente órganos iguales. Imposible, sin eso, cumplir misión alguna. El Evangelio es, en efecto, un condimento excelente, pero las sociedades modernas necesitan, exigen, correctivos mu-

cho más enérgicos. Es más fácil catequizar salvajes que convencer incrédulos. Existen terrenos incultos y terrenos áridos. Las almas de hoy son cultas, pero áridas, secas, estériles. ¿Y a qué se debe eso? A la disolución de las creencias por las doctrinas ultramodernas. Dejémonos de historias, amigos míos; no tienen ustedes experiencia. Lo que se precisa es de algo práctico. La Iglesia necesita defenderse, necesita armarse. Y únicamente lo podrá hacer si sabe reconquistar en la sociedad la situación que ocupó en otro tiempo. Las sectas revolucionarias declárannos guerra a muerte, la masonería no descansa, el librepensamiento nos acecha...

—No se ocupe del librepensamiento—atajó desdeñoso el padre Santiago—; ni nos conquista un creyente ni nos caza un alma. ¡Ah, el librepensamiento, con sus lugares comunes de Giordano Bruno, la Inquisición, el Vaticano y sus antros, sacerdotes corrompidos y simonías, Loyola y la secta negra; toda esa jerigonza que hace sonreir!...

—Sí, pero que impresiona a los espíritus rudos, propensos continuamente a la indisciplina. Por lo que veo, para usted carece de importancia la propaganda antirreligiosa. ¿No es así?

—Señor canónigo Rocha, no se destrona una creencia con denuestos, ni se transforma la psicología del creyente con pedradas. No existe librepensador que se contente con menos de una cabeza de sacerdote y una hoguera para los santos. Comprenda usted que con tales insignificancias no se ha de menoscabar el poder de la Iglesia.

—Extraordinario su pensar. ¿De modo que a la Iglesia no le amenaza mal alguno?

—No aseguro tanto. Mas creo infantil temer que la Iglesia sufra por algunas docenas de energúmenos, por muy elocuentes y dotados de inteligencia que ellos estén. Hoy día no es a los individuos a los que hay

que temer, sino a las ideas. ¿Corresponde ese librepensamiento a una tendencia social determinada? Evidentemente que no; es una «epave», un residuo grotesco de un sistema náufrago. Dejémosle piadosamente que se fosilice él solo.

—Entonces, ¿dónde cree usted que está el peligro? —preguntó el canónigo con aire retador.

—Eso, ¿dónde está el peligro?—preguntaron a un tiempo dos o tres asistentes?

El padre Santiago guardó silencio unos instantes.

—El verdadero peligro. pasado felizmente, fué el racionalismo filosófico, que asoló el pensamiento humano durante la segunda mitad del siglo XIX. Ese es el mayor peligro por el que ha atravesado la Iglesia en sus veinte siglos de vida. El peor enemigo de la Iglesia es la falsa filosofía. Bajo apariencias de verdad, de irrefutable lógica, acecha el sofisma aun a los que procuran ser sinceros. Su influencia es enorme porque de las escuelas filosóficas salen los poetas, los historiadores, los moralistas, los pedagogos, todos los orientadores del pensamiento, desde la alta cátedra universitaria a la modesta escuela primaria. El educador es el verdadero reflejo de la filosofía de su época. Nadie ignora que en la última mitad del siglo pasado fué cuando el materialismo llegó a su auge. Materialista es la ciencia y el arte, la psicología y el laboratorio. Un soplo negativista quema las almas. Niégase a Dios y la espiritualidad del alma, explicándose la vida por las reacciones de la materia. La geología y la prehistoria barrenan el arca santa de la Biblia. El Estado repele a su aliada de siempre. La enseñanza hácese laica. Expúlsase a las congregaciones. Desamortízanse sus bienes. Acábase con el fuero eclesiástico. Prívase de libertad al Papa de Roma. Asístese aterrado al derrumbamiento de las tradiciones. Todos creen que la Iglesia va a sucumbir. Ella, no pudiendo luchar con el siglo. fulmínale sus excomuniones, encerrándose des-

pués en sus reductos. Y cuando todos la suponen moribunda, amortajada quizás en sus dogmas, cambia el viento, serénase la tempestad y surge la Iglesia intacta, en la plenitud de su poderío espiritual, secreto de su fuerza y garantizador de su perpetuidad. ¿Y esto por qué? Sencillamente porque un vendaval idealista ha barrido los miasmas deletéreos; un nuevo espíritu filosófico rechaza el materialismo satánico, poniendo en desbandada los viejos errores, completamente desenmascarados. Hasta nuestros mismos enemigos lo reconocen, aunque son impotentes para explicarlo. «¡Que la reacción levanta la cabeza!», vociferan desesperados. Ciegos, no es la reacción que se levanta, es la hostilidad que se retira. No es la Iglesia la que transige, es el siglo que se somete...

—Todo esto es muy posible—contestó el canónigo Rocha con un ribete de escepticismo—; pero engáñase quien supone que el peligro ha pasado. No enfrenen al liberalismo, dejen libremente que la democracia eche raíces, y ya les diré de lo que nos ha servido ese cambio de filosofía que usted nos cuenta. A esa ralea de la sociedad le tiene muy sin cuidado todas las filosofías, y hoy es ella que levanta la cabeza seguida de las demagogias desorganizadas. Nada, nada; ¡sigo en mis trece! La única manera de defenderse es resistiendo. Y resistiendo enérgicamente. ¿Es o no es el catolicismo una fuerza? Pues que se pese en la balanza política. No veo otra solución...

El padre Santiago meneaba la cabeza en desaprobaciones.

—Puro ultramontanismo—vociferó desde su rincón el beneficiado Trigueiros—. Verdadera desgracia de nuestra tierra.

—¿Ya nos viene usted con su Iglesia nacional?—saltó el canónigo?

—No comprendo su desdén por mi idea, señor canónigo Rocha. Eso es no ser buen portugués.

—No admito lecciones de patriotismo—contestó el canónigo en una racha de cólera—. Soy portugués a la manera antigua: defensor del trono y del altar, pero soy también católico romano. Hay cosas que no sólo no se excluyen, sino que se completan.

—Puntos de vista—replicó Trigueiros—. Católico romano es mucha cosa. Prefiero ser simplemente cristiano. Romanizar es desnacionalizar. Cuanto más se infiltra el romanismo, tanto más la raza degenera. ¡Cuántas luchas y desavenencias por culpa de Roma! Toda la historia está llena de ellas. Un Estado dentro de otro, eso fué siempre la Iglesia en Portugal. De ahí el origen de todos nuestros males. Si usted mismo siente por mí y mis opiniones tal hostilidad, es tan sólo porque pone los intereses sectarios sobre los de su país. Es usted romano antes que portugués. A veces, Dios me perdone, envidio a los cismáticos luteranos. ¡Qué compenetración la suya con el sagrado ministerio! ¡Cómo han sabido dignificar el sacerdocio! No les perturba la fiebre de Roma. Imagínome lo que sería una Iglesia así, libre de presiones exteriores, en nuestra linda y bendita tierra.

—Aviados estábamos, amigo Trigueiros... En este país de iconoclastas no iría muy lejos su decantada Iglesia. Lo que aún detiene a nuestros masones libres, es el respeto a Roma y el miedo al extranjero. Lo que nos salva, querido amigo, es únicamente la solidaridad del catolicismo universal. No debía usted ignorarlo.

—Si ustedes me permiten—interrumpió encendido el padre Bruno—, haré una simple observación. Caminamos por un camino completamente errado. Nos olvidamos que la salvación de la Iglesia encuéntrase dentro de ella misma. ¿Para qué buscar fuera el remedio si es tan sencillo y consiste únicamente en cumplir cada cual con su deber?

Como nadie replicase, el capellán cantor puso a luz toda su alma.

—Lo que es necesario es ir hasta el pueblo, saneando las sociedades con el Evangelio en el corazón. Convirtamos a la Iglesia en hoguera de amor y caridad; exaltémonos en la fe; imitemos al padre Cruz y salvaremos a la Iglesia. ¡Sí, imitemos al padre Cruz!

Al oir este nombre, como bajo un rocío de santa pureza, todos se inclinaron, y en el aire, sobre las cabezas, pasó una ráfaga de divinidad.

Era el padre Cruz un sacerdote extraordinario, sumamente popular en Lisboa. Auténtico santo que equivocóse de siglo. Siempre de hábitos talares, permitiéranlos o no; delgado, alto, dorso arqueado, delatando oraciones demoradas, faz ascética de vigilias y ayunos; absorto mirar de cándida beatitud, recordaba en sus maneras al Santo de Asís, el de las pías imágenes, asimilándosele igualmente en el alma. Dedicado por entero al trabajo apostólico, del que hiciera único móvil de su vida, el incansable sacerdote recorría la ciudad, yendo a los barrios más míseros, entrando en asilos, manicomios, hospitales y cárceles, donde aligerábase su bolsa, al mismo tiempo que su corazón derramaba consuelos. Los peores lugares eran los más visitados por el sacerdote. Buscaba los detritus humanos. Las mazmorras del «Limoeiro» conocíanlo bien. Pasábase los días enteros en antro siniestro donde, en promiscuidad de cloaca, fermentaban los más repugnantes residuos del crimen. El padre Cruz arrostraba la bestial criminalidad, el vicio descarnado, la dolorosa perversidad núbil roída de escepticismo, tratando de enderezar lo que aún encontraba aprovechable. ¡Cuántas almas halló que antes se hubieran redimido, a no ser porque la mala organización social las tenía en el más horrible de los abandonos!

El padre Cruz no leía periódicos, ignorando política y gobiernos. Sabía sólo que existían pobres, mise-

rables y desvalidos, faltos de paz y caridad. Contaba entre sus protegidos una especial clientela femenina, formada por humildes, víctimas de ambiciones, desgarrones de vida, verdaderos abortos humanos. Ex-monjas esquivas, errando en el siglo como murciélagos; viudas lúgubres, medio locas, asiosas de misticismo; esposas tímidas, sufridas, saboreando las amarguras de abandonos e infidelidades; vejeces decrépitas; misantropías taciturnas; naufragios trágicos; gente vencida, acorralada, expulsada de todas partes y acogida por él con enternecimientos de padre.

El virtuoso sacerdote huía siempre de las parroquias frecuentadas, encontrándosele tan sólo en iglesias alejadas y humildes, en santuarios modestamente pobres. Sus cultos, novenas, jubileos y rosarios, con la asistencia de unos cuantos amigos. Sus reuniones íntimas, familiares, sin resabios de retórica, donde aconsejaba con palabra sencilla, conocedora de los caminos que conducen más rectamente al corazón. Todos los torturados que deseaban alivio descubríanle sus almas, convencidos de que nadie cual él conocía el divino arte de suavizar discretamente los males del espíritu. Por eso su confesonario estaba siempre concurridísimo. No era un confesor mecánico, simple receptáculo de culpas, irrigando las almas con las palabras sacramentales; tampoco despedía de prisa a sus penitentes, luego de haberles sacudido el polvo de los pecados con unos cuantos papirotazos en la conciencia. El padre Cruz oía con atención, preguntaba paternalmente, y, cuando por ciertas premisas adivinaba un asunto grave, auxiliaba al pecador, allanándole el camino, hasta que lograba arrancar de raíz toda la culpa. No sólo iban a buscarle a sus iglesias; también recibía cartas anónimas, llamamientos de gente desconocida. Aun en plena calle abordábanle, rogándole unos momentos de atención, en entrevistas solicitadas.

El, a todos acogía, multiplicándose milagrosamente, auxiliándolos y rezando por ellos...

Tal era el sacerdote evocado por el padre Bruno, y cuyo sólo nombre acogióse con tanta deferencia.

—Sí—dijo el canónigo Rocha, rompiendo el silencio—. El padre Cruz es una criatura ejemplarísima, un verdadero santo; pero no es de santos de lo que ahora precisa la Iglesia.

—¡Oh, no! El padre Bruno tiene razón—interrumpió gravemente el padre Anselmo—. El mal está en que nos preocupamos más del instrumento de Dios que de Dios mismo. Cuídase más del gobierno de la religión que de la propia religión. Puede el hombre estar conforme con la Iglesia y no estarlo con Dios. ¿No es esto lo que sucede? El estado eclesiástico no es siempre el estado religioso. Todos nosotros caemos en los mismos yerros de los sectarios; no conformamos nuestros actos con los principios; somos una cosa con las palabras y otra con las obras. Y esta discordancia entre lo que se dice y lo que se hace es lo que hiere el prestigio de las personas, matando las virtudes de la doctrina. Por eso los pueblos se desilusionan y rebelan, cayendo de quimera en quimera. Los que creen que la Iglesia tiene una misión política, engáñanse desastrosamente. La Religión no tiene para nada que intervenir en el Gobierno de las sociedades. Para la Religión no existen más que individuos, no agrupaciones. Su misión es únicamente de orden moral; consolar el dolor que nunca acaba, puesto que va inherente a la vida. Convertir a la Iglesia en un órgano de progreso, es rebajarla a la categoría de un partido político. No convirtamos al secerdote en un orador de club ni a los Santos Evangelios en programas filosóficos; dejemos a los políticos sean ellos solos los que deslumbren y engañen a los pueblos. La Iglesia, por el contrario, debe enseñar que todo es ilusión en la vida, que la felicidad es imposible en esta

tierra, que el hombre está hecho de mísero barro siempre sujeto a las mismas miserias. Pensar en una sociedad perfecta es lo mismo que creer que un campo sin mala hierba es posible. Al lado de la virtud siempre habrá vicios, como al lado del trigo habrá siempre abrojos. Si no es posible extinguir el mal, amortigüémoslo, imitando a ese prodigioso padre Cruz, con obras los que pueden o con oraciones los más débiles. ¡Si todos comprendiesen el efecto neutralizante que en las miserias de este mundo llevan a efecto los claustros!

—El padre Anselmo piensa como un asceta—replicó con una sonrisa de piedad el beneficiado don Santiago—. La oración es necesaria sin duda, pero la acción es imprescindible. ¡Pobre de la Iglesia si todo lo arregláramos con oraciones! Orar es una operación interna, un trabajo del alma; todas las actividades, energías, inteligencia, voluntad, nuestros brazos, la personalidad entera del sacerdote debe emplearse en conseguir el mayor bien posible para la Iglesia. Esa vida religiosa de que nos habla el padre Anselmo es un poco la «Turris eburnea» donde el poeta se encierra egoístamente a saborear sus ensueños. No, no se debe amoldar a la Iglesia en las estrecheces de un claustro. Ella no es un capítulo, una comunidad de frailes, sino una sociedad de fieles. No nos aislemos, no nos concentremos, dispersémonos por todas partes. Vamos al encuentro del mundo para influenciarlo de nuestra fe y de nuestra voluntad. Socialicemos la Iglesia, en una palabra. Adaptémonos para vivir. No hagamos nunca obra de retroceso, pues es baldía. Conozcamos, sin asustarnos, todo lo nuevo; profundicemos en su espíritu. Negar el progreso es completamente absurdo. Las fuerzas no se aniquilan, se doman. Disciplinemos nuestras voluntades, movilicémoslas, no para reclamar privilegios caducos, valores sociales en decadencia, sino para defender nuestros derechos en

ese nuevo mundo en formación. La renuncia es una virtud negativa. El hombre rico que distribuyese su dinero a puñados y sin saber a quién, haría quizás una obra meritoria, pero completamente estéril. Los desprendimientos son nobles, pero infructuosos. El ascetismo es un aspecto de la santidad, pero completamente inútil. No, amigos míos; no se concibe una vida sin un ideal. Sólo van sin ella esos mundos muertos, apagados, fríos, masas extinguidas, girando en los cielos, sin rumbo, como «déclassés» en el concierto vital del Universo.

El padre Santiago resplandecía al explicar sus opiniones. Una llama de poder y conquista brotaba de sus ojos, prontos a subyugar con su flúido a quien se le opusiera. Y ante las miradas absortas de sus colegas, perfilábanse los vagos y desconcertantes contornos de ese formidable ensueño concebido en Roma y misteriosamente guardado, como el secreto y razón de ser de su existencia.

El padre Santiago parecía levantar, al fin, una punta del velo con que encubría su pensar.

—Lo que es necesario—prosiguió—es no olvidar el lema de Gregorio VII: «La Iglesia gobernando al mundo bajo la autoridad espiritual de los Papas». La monarquía universal, la unidad política de la tierra, la federación moral de los pueblos bajo la hegemonía de Roma. ¡Roma, metrópoli del mundo entero! Este acto fatal de la Historia, sólo la Iglesia es capaz de realizar quiérase o no. La unidad católica es un hecho. La Cruz es besada por el sol de todas las latitudes. ¿Dónde existe una idea más universal que la cristiana? Existen, es verdad, las iglesias disidentes, pero son acéfalas, porque Roma es solo una. Y sabe Dios si esas mismas iglesias disidentes no echan de menos la dirección romana. La verdadera diplomacia hoy día consiste en preparar por todos los medios el advenimiento de esa unidad política. No sirve a Dios

ni es buen cristiano quien no trabaja para ese fin. La Iglesia posee derechos adquiridos, prioridades en cualquier sistema con que se quiera gobernar al mundo. Cristianizar es desbravar. ¡Ah, si todos los creyentes pensasen en esto, no dejándose arrastrar por vanas consideraciones, comprendiendo que lo único posible, el supremo ideal, el mayor y más bello que puede imaginar el alma humana, se compendia en este objetivo: dar a la Iglesia el gobierno del mundo! Porque la Iglesia es lo único estable y duradero sobre el haz de la tierra. Ella es la única garantía contra el disgregamiento al que nos quieren despeñar. Se nos dirá que tiraniza los espíritus, dominando las conciencias, mas para ella todos son hombres, no preguntando a los que ve a su puerta de dónde proceden; todos son igualmente para ella hijos de Dios. ¿Dónde hay un credo más tolerante? Sólo la Iglesia puede satisfacer a un espíritu ansioso; sólo ella puede dar felicidad a un alma, porque en medio de las tormentas sociales que todo lo arrasan, la Iglesia es el amigo que jamás traiciona, el brazo que siempre está pronto a la ayuda, la puerta que nunca se cierra...

El beneficiado terminó, todo conmovido.

El «Capítulo» entero vibró a las palabras del padre Santiago. Sólo el canónigo Rocha aparentaba indiferencia.

—¡Humos de Roma!—exclamó al fin el canónigo, riendo, después de un silencio—. ¡Humos de Roma! El plan es hermoso, y naturalmente defendido en las altas regiones vaticanas. Pero esa labor diplomática es imposible sin contar antes con masas organizadas que puedan imponerla si es necesario. No bastan creyentes; necesítanse católicos y fieles. Nadie piensa en eso. Dígase lo que quiera, estamos en plena decadencia, morimos de debilidad, todo se pervierte y degenera, empezando por el sacerdocio. Nuestros retiros espirituales no son otra cosa sino ridiculeces, romanti-

cismos, frivolidades de personas ociosas. El ideal de un sacerdote moderno son esas devocioncillas azucaradas en oratorios particulares, oliendo a tocador, en complicidad perversa con semiobscuridades enervantes. De tal manera se desfigura la Religión con sutilezas y futilidades. Ciertas prácticas religiosas hánse convertido en «rendez-vous» de buen tono, como el turno de moda en los teatros elegantes. ¡Eso no puede ser y no debe ser! Es preciso enderezar la Iglesia, tonificando el sacerdocio. No son viables doctrinas firmes y sólidas con devotos abúlicos y febles. Necesitamos soldados de la Fe, ¡qué diablo! Si hoy todas las agrupaciones forman sus partidos, ¿por qué no ha de haber un partido de la Fe?

—Un partido católico—rectificó el padre Salema.

—Llámenlo como quieran, con tal que tenga fuerza y disponga de medios para llegar a gobernar, si fuera preciso. Sólo así podrá la Iglesia defenderse. ¿Que esto es hacer política? ¿Qué más da? Siempre hay que hacer alguna cosa... Pese a los lunáticos idealistas, tan sólo de la política viene el mando, siendo ella la que da el poder. Y entre ser martillo o bigornia, sólo los imbéciles dudarán...

—Si no es preciso descender al campo de la política—intervino con sonrisa desdeñosa el padre Santiago—. La salvación de la Iglesia encuéntrase en otra parte. ¡Política, política! ¿No ven ustedes que la política, cada vez más odiada por los pueblos, encuéntrase completamente de capa caída? ¿No sienten ustedes que el actual edificio social se derrumba? Y si las sociedades oscilan, es porque sus cimientos no están muy seguros. Hay rumores que nunca engañan, hay síntomas que jamás equivocan. Las generaciones nuevas retráense en espectativa alarmante. ¿Qué vendrá? Es una nueva aurora que ya se anuncia ante los ojos de los que saben ver. Al igual que hace dos mil años, miran las almas hacia Oriente, aguardando la estrella.

Y, como hace dos mil años, esa estrella exaltará a los humildes y a los pobres. Una transformación social es inminente. No lo duden. Es un hecho incontrastable que las clases trabajadoras—los directores del mañana—pierden la fe cada vez más en la democracia, mirando de soslayo a las Repúblicas, y con burlas a las logias masónicas. Todo eso está ya moribundo, se pudre, comienza a oler mal.

El padre Santiago parecía oler ya tanta podredumbre, a juzgar por el gesto nauseabundo que imprimió a su cara.

—No participo de ese optimismo—insistió el canónigo Rocha—. Pero demos que sea así; admitamos que nadie cree ya en la política y que la democracia pierde terreno, habiéndose convertido la masonería en ridículo espantajo. ¿Cree usted que, aun admitido todo ello, podemos dormir tranquilos, sin peligro alguno? ¡Pobres de nosotros si así confiamos! Ese peligro no ha desaparecido, el mal subsiste, más agravado todavía, agravadísimo, en esa llamada cuestión social. Y no sé cómo usted encarará esa difícil cuestión, ni cómo Roma piensa resolverla; pero es necesario ser ciegos para no comprender que si los proletarios se desentienden del Parlamento, no ha de ser para venir hacia nosotros. Ellos van al galope a la revolución social para apoderarse del Poder y sobre los escombros del mundo de hoy dictar leyes al de mañana. ¡Ay de nosotros! ¡Ay de la Iglesia! No quedará piedra sobre piedra.

Un escalofrío de terror recorrió la sala. El canónigo Rocha tenía razón.

—¡Bah, la cuestión social!—murmuró el padre Santiago, cuya mirada centelleó en la sombra—. Roma la espera y tiene ya tomadas sus posiciones.

—¿Aliándose con los políticos, no es eso?—contestó, zumbón, el canónigo Rocha—. Es lo que se ha hecho siempre. Cuando los regímenes corren peligro, sus partidarios se acuerdan entonces de la Iglesia, buscando

apoyo. Luego que los señores jacobinos siéntanse amenazados vendrán a decirnos ternuras, como vinieron cuando la República, los monárquicos descendientes de los famosos liberales del 33, que tanto daño hicieron a la Iglesia.

El padre Santiago plegó los labios en una mueca de ironía.

—Con los cadáveres no se hace alianzas, señor canónigo Rocha. La sociedad vieja agoniza. Saludemos, pues, a la nueva. No tenga usted dudas que en medio del mundo actual, la barca de Pedro sabrá, una vez más, encontrar la dirección precisa.

Y pensando era ya bastante con lo dicho, salió el beneficiado del «Capítulo», desapareciendo por la esquina de la terraza.

Los sacerdotes miráronse estupefactos. ¿Qué significación tenía aquel lenguaje? ¿Qué es lo que había dejado adivinar? ¿Transigir la Iglesia con la revolución? ¿Pactar con la anarquía? ¡El beneficiado estaba loco!

VIII

Invariablemente, todos los días la condesita oía misa de doce en la Catedral. A la misma hora podíasela ver salir del palacio de San Martino y bajar por el «Limoeiro», con su paso leve y musical, porte esbelto y señoril, elegante, sin coquetería, mostrando su espléndida juventud, radiante de gracia y simpatía.

Con pretexto de su apostolado, pasaba largas horas en la Basílica, acompañada, algunas veces, de una antigua criada de porte grave. Habitualmente venía sola, a pie, yendo después el carruaje a esperarla a la salida del «Aljube». Haciendo lo contrario cuando llegaba al templo en su coche, de vuelta de visitas. Dentro de la iglesia iba y venía por todas partes, sin que a nadie extrañasen tales paseos, a no ser a monseñor Santana, intendente de la casa ducal, quien fruncía el entrecejo al percatarse de aquellas maniobras un tanto vulgares.

María Elena sentíase atraída hacia las obras por una grandísima curiosidad y ávido deseo de saber. El arquitecto logró interesarla por el venerable edificio, dándole cuenta detallada de todas las restauraciones sabiendo, al fin, inculcar en ella su fogoso entusiasmo junto con sus ensueños. Esta continua convivencia creó entre ellos una amistad, que fué creciendo al encontrarse sus juventudes interesadas febrilmente en el mismo proyecto artístico.

Verdaderamente deslumbrada, asistía la condesita a la resurrección de la Catedral. Como todas las viejas iglesias similares, la Basílica había casi desaparecido, abrumada de construcciones parásitas que la desfiguraron completamente. Con la demolición de paredes y altares levantados por devociones faltas de gusto, la Basílica iba surgiendo, desperezando el cuerpo libre y desdoblando sus alas en el vuelo altanero de sus torrecillas y pináculos. Este lento despertar entusiasmaba a María Elena. La vasta mole, desfigurada por un tono rígido y sin época, especie de edificio sin carácter en la edificación burguesa, aparecía despojada de modernismos en sus diversos estilos ya conocidos por la condesita, detallándose, articulándose bajo la piel descacarillada de las vetustas sillerías.

Todo el romanticismo de la Edad Media percibíase en el fondo del templo. La educación recibida de monseñor y la amistad del artista facilitaban de un modo extraño a María Elena la comprensión de ese resurgimiento. En el suelo de la Catedral, abonado por tantos cuerpos de santos en él pulverizados, germinaba bien la semilla de las ideas antiguas, no siendo de extrañar que en aquel aire existiera aún, volatilizada en la ceniza de los sepulcros, la esencia espiritual de aquellos cerebros y la de los nervios convertidos en polvo.

María Elena embriagábase con este perfume del pasado, con tales cosas entrevistas a distancia, con las que sus ojos se extasiaban como en moribundas puestas de sol. Y poseída de misticismos, con la imaginación plena de reflejos, sin sentido de la realidad, avanzaba sonámbulamente con dirección a lejanísimos mundos quiméricos. Como un agua que baja de nivel poniendo al descubierto misterios insospechados, así el sentimiento de lo real descendía en ella lentamente, poniendo ante sus ojos visualidades extrañas, surgiendo de ignoradas procedencias.

La figura adolescente del arquitecto, realzada por su

juventud, por su entusiasmo y por su ciencia, causó en su vida en pleno florecimiento un deslumbramiento de aparición. Aquel muchacho, separado del mundo, apasionado por las ruinas, que estudiaba antigüedades y leía en un viejo libro de Horas, supo hacerla ver bajo otro prisma la conocida iglesia de su niñez, entonces sin interés alguno, ahora convertida en majestuosa Catedral, castillo encantado con su príncipe dentro. Y fué de su mano, sintiendo una dulcísima emoción de sorpresa, que transpuso el maravilloso umbral, leyendo en el firmamento de las bóvedas, como en estrellada vía láctea, el desarrollo de la áurea leyenda del pasado.

Dentro de ese ambiente de ensueño sentíase María Elena indolente y débil, sutilizándosele el pensamiento al ensalmo de sus oraciones, dichas ahora con inusitado fervor. ¡La oración! ¡Qué bien comprendía ahora el valor íntimo de las preces, su sentido oculto! Antes salían pronunciadas mecánicamente por los labios, evaporándose cual vago incienso a las divinidades; su oración de ahora era toda interior, manaba del corazón hacia sus venas, filtrándose por las paredes del alma y escapándose, hecha luz, por todos los poros de su ser. Orar, para ella, era una impregnación fluídica, una endósmosis que la penetraba y recorría toda, resquebrajándola, ablandándola, imponiéndola lánguidas actitudes, como si de cera blanda amoldárase a los caprichos de un fuego interno.

La preceptora irlandesa hizo de ella una católica ejemplar, imbuyéndola, con su frío celo ortodoxo, el respeto a los dogmas y la obediente práctica de los formulismos. Así que, metódicamente, con seriedad articulada, guiada por el «Bedeker» de su eucologio, cumplía la muchacha las devociones ordenadas. Higienizaba su alma militarmente, convirtiendo su aparente devoción en un precepto maquinal, cumplido sin interés alguno. Ahora la fe latente, ancestral, florecía

en nueva primavera, con las mismas revelaciones perturbantes e idénticas crisis sentimentales de los primeros años. Creía, en fin, ardientemente, sinceramente, a ciegas... Sintiendo celos apologéticos, súbitos ímpetus de combate. ¿Quién se atrevía a negar la divinidad de la religión cristiana? ¿Quién osaba tan sólo ponerla en duda? Insensatos o locos, almas perdidas en el error. ¿No sobrenadaba siempre la Religión en los naufragios de las ideas? ¿No salió siempre intacta, en medio de las ruinas de todos los sistemas? ¿Queríase prueba más evidente de su origen sobrenatural? Y cerrando los ojos en evocación de veinte siglos, veía el río nacer humildemente en una aldea de pastores, y en su camino para el Occidente, siguiendo la estrella de oro de los astros, crecer, engrosar, multiplicarse en la red infinita de sus afluentes. Después del formidable impulso adquirido en Europa, veía el río por sobre los océanos en «gulfs-streams» impetuosos, abordar a todas las costas, adentrándose en los continentes para dar a beber a toda la tierra el agua lustral y redentora de la fe. Desde esos mismos lejanos orígenes veía a su raza deslizándose siempre paralelamente al río sagrado, engrandeciendo en sus márgenes los viejos árboles progenitores, apagando la sed ardiente de luchas épicas en las aguas purísimas de la religión...

Ciertas disposiciones atávicas y antiguos gérmenes migratorios encontraron en la condesita terreno preparado para reverdecer. En los repliegues de su conciencia reposaban sedimentos ancestrales, extractos de viejas psiques, prontas a despertar a la primera conmoción. Y esa emoción, quizás esperada, habíase producido al encontrarse con Luciano. La «Leyenda» sirvió después para ennoblecer sus creencias, revistiéndolas de sentimentalismos. ¡Qué efecto más decisivo efectuó en ella el Agiologio! Fué entonces cuando vió a la Basílica poblarse, animarse de vida, saliendo de la vaga penumbra misteriosa, perdiéndole ese sombrío te-

rror sagrado que antes la inspiraba. La metamorfosis fué completa. Todo absolutamente se le revelaba ahora bajo un sentido humanamente inteligible. Destacábanse las almas de los santos de las imágenes, perdiendo sus actitudes hieráticas, sus aires impenetrables de ídolos, apareciéndosele en formas completamente humanas. Esas figuras, probábalo bien la «Leyenda», encarnaban seres maravillosos que habían vivido y amado, sublimes transfiguraciones de carne, mayores aún que los héroes inmortalizados en las plazas públicas por haber luchado y muerto por ideales de carácter universal, comprensibles fácilmente por todos los humanos. Habían dado ejemplo de abnegación y de bondad, desentendiéndose de los deseos, desligándose de todo, privándose hasta del alimento en un desprendimiento inaudito e incomprensible en esta época de concupiscencias y duros apetitos. En los cuerpos de aquellos santos fulguraba una llama sobrenatural, cada vez menos visible a través de las sórdidas humanidades. La Iglesia era un verdadero panteón de prodigiosas criaturas consagradas por sus virtudes, engrandecidas por sus obras, más en lo alto cuanto más humildes...

Para que los hombres se regenerasen, purificándose de todos sus errores, hacíase necesario que en torno del Cristo—la gran Víctima sacrificada—, y con los hilos de su sangre, tejiéranse esas vidas de carne triturada, de suplicios terribles, de agonías capaces de cubrir todos los pecados del mundo, no quedando rincón sin estar abonado por este humo divino, para que la bondad y la piedad pudieran al fin florecer en las almas. ¿Dónde estaban ahora esos apóstoles, esos mártires tan numerosos en otros tiempos, con los reflejos de cuyas aureolas se inundó el mundo de luz? ¿Dónde estaban que ya no aparecían, dejando sumergirse todo en las negruras densas del mal?

Este amor místico adulteróse, a poco, con algo humano. Súbitas crisis de ternura, sofocantes emociones

invadían a la condesita. En la exaltación de sus sentidos apasionóse por un Jesús adolescente, el más bello adorno de su capilla, que aguardaba la restauración en un altar provisional del transepto. ¡Qué linda imagen! ¡Cuánto la amaba! Adorábala en su pedestal en forma de astro. Sentía la voluptuosidad de sus caricias en los perfumes embriagadores de las mirras, en las melodías sinuosas del órgano, en las voces angélicas de los niños del coro. ¡Lo que ella daría por ser una elegida de Jesús, como las santas de antaño, pudiendo recibir las complacencias de su amor! Dábase toda a El, en un extremo arrobamiento, colocando su alma en el regazo divino, atraída y presa por el imán de su mirada. Imaginábase poder ir a su lado, por las amplias avenidas de las naves, bordeadas de olorosos árboles, errando, divagando por sobre un sendero de ensueño... ¡Oh, qué felicidad suprema, vivir allí mismo, en la Catedral, llena de El, impregnada de su ternura! ¡Qué diferente de aquel Cristo crucificado, con su terrible aspecto de agonizante, los ojos cerrados, sin luz, cadavérico, chorreando sangre por su desnudez heladamente aterradora! Cierto que con sus sufrimientos era acreedor a nuestras lágrimas; mas, ¿por qué no pensar en su figura grácil de apóstol, de sus hermosos treinta años, atrayendo a sí las criaturitas, bendiciendo los campos y derramando el bien por las aldeas? ¿No fué bajo ese aspecto como hizo milagros y convirtió a las multitudes? ¿Para qué evocar horas siniestras, en vez de momentos de amor? ¿Para qué hacerle sufrir en un madero negro, a El, que era todo luz? ¿Para qué representarlo muerto, cuando estaba bien vivo?

Estos sus raptos místicos reteníanla mucho tiempo a los pies del hermoso Jesús del crucero. La imagen era verdaderamente encantadora, casi de tamaño natural, con su testa de sirio, sedosa barba en punta, soñador y romántico, lánguida apostura de lirio, expresión es-

piritual de la modernísima figura artísticamente modelada en París en los «ateliers» de San Sulpicio.

Cierto día, orando más fervorosamente, contemplaba embebida a su Jesús, cuando creyó ver removerse los pliegues de su manto de púrpura. María Elena se estremeció. Dilatósele la mirada como la palpitación de una luz movida por soplo invisible. Ilusión, sin duda, de los sentidos. La imagen seguía inmóvil. Y continuó sumida en su éxtasis. De pronto, ¡oh, milagro!, ¡oh, prodigio!, la condesita vió distintamente, con ojos bien abiertos, que la bella estatua se animaba en lo alto del altar, inclinándose hacia ella y extendiendo dulcemente los brazos con una sonrisa luminosa... Un grito resonó en las naves desiertas... El rostro de Jesús, circundado de cabellos rubios, transmutóse en el rostro angélico de Luciano... María Elena desplomóse desmayada sobre la alfombra.

IX

—Aquí le traigo mi recolección de siglas (1). Góticas todas y procedentes de la nave circular y de las capillas—dijo el padre Santiago, entrando en el «Capítulo» y desdoblando, delante del arquitecto, una hoja de papel cubierta de garabatos.

Dos o tres sacerdotes acercáronse curiosos, contemplando con el artista los misteriosos signos, examinados por él ávidamente.

—Justo, justo—exclamó Luciano a los pocos momentos—, todas las siglas del deambulatorio son iguales, lo cual significa que un mismo artífice dirigió los trabajos. Esta figura de llave, que un operario grabó en la capilla de la Peña de Francia, es la misma que la de la capilla de San Sebastián, en el otro extremo de la Basílica. La sigla de esta capilla, especie de I alada, encuéntrase también en el basamento del altar mayor, y hasta en la galería alta del deambulatorio, edificación gótica destruída por el terremoto grande. En el eje, del altar mayor, en la parte excavada, veo un signo lapidario reproducido igualmente en la capilla alta, en el interior de una torre redonda, construcción gótica detrás del crucero. ¡Trátase, pues, de edificaciones contemporáneas! ¡Todo comienza ya a revelársenos!

(1) Letras iniciales empleadas como abreviaturas, que se acostumbraban a grabar por los obreros en sillerías de Iglesias y construcciones antiguas (N. del T.)

—¿Tienen importancia esas siglas?—preguntó el padre Bruno, compañero del capellán-cantor.

—La tienen—explicó el arquitecto—. Son como índices en los trabajos de identificación, y muy apreciables guías para las reconstrucciones. Ellas me han ayudado a resolver el tan discutido asunto del pavimento primitivo del deambulatorio. También por ellas pude deducir que la famosa media luna gótica se edificó a seguida del claustro.

—He copiado también de mis colecciones calcadas estas siglas románicas del revestimiento exterior del transepto, por ser las únicas que tienen verdarero carácter—añadió don Santiago, desdoblando otra hoja de papel.

—Estupendas siglas románicas. Bien características, por cierto. Groseras y enormes si se las compara con las góticas; representan todas letras mayúsculas romanas.

—Pero, a fin de cuentas, ¿qué es lo que significan esas señales?—inquirió un eclesiástico.

—¿Qué quiere usted que sean, sino meros símbolos del rito masónico?—exclamó desdeñosamente el canónigo Rocha, saboreando su cigarro, muy retrepado en un sofá—. Vaya usted a saber lo que dirán esas señales cabalísticas.

—No dicen nada.

—¿Conque no dicen nada, señor arquitecto?—exclamó el canónigo, enderezándose—. ¿Entonces los albañiles y constructores medioevales no se llamaban masones y se reconocían por esas señales? ¿No es esa aún la costumbre en las malditas logias?

—No, esas señales no son simbólicas, porque si lo fuesen hace mucho tiempo que estarían descifradas. Más complicados y antiguos eran los jeroglíficos de Egipto y Caldea, y hubo quien los descifró. Su razón de ser es otra.

—¿Cuál?—rezongó el canónigo, malhumorado.

—Nadie ha podido aún resolver el problema satisfactoriamente. Según las presunciones más racionales, esas siglas eran marcas personales que los obreros grababan en las piedras, a manera de señal individual y con objeto de reconocer el trabajo de cada uno el día de la paga. Cierto que no todas las piedras están sigladas; pero, ¿quién nos asegura que las que tienen esas marcas no eran puntos de partida para conocer la superficie trabajada? ¿Quién sabe si ellas no declaran la labor especial de cierta categoría de artistas? El día que descubramos completamente el deambulatorio se han de encontrar muchas más, y el plano de conjunto que formaremos entonces ha de darnos alguna luz. Ahí tiene un problema que ofrezco a su sagacidad, señor beneficiado.

El padre Santiago inclinóse, mientras una imperceptible chispa de ironía relampagueba tras sus espejuelos.

—Antes habló el canónigo Rocha de los albañiles medioevales o masones, y no hay duda de que las iglesias de entonces fueron construídas por cofradías de operarios de ese género—dijo el padre Anselmo.

—De hecho—corroboró el artista—, ya en el siglo XII los artífices se agruparon por oficios, creándose las corporaciones regidas por estatutos y reglamentos, con regalías y privilegios concedidos por los monarcas. La corporación de los masones, derivada de las antiguas cofradías masónicas y de las Fraternidades de constructores, fué la más considerada y con mayores privilegios, poseyendo una verdadera jerarquía en la escala de sus promociones, desde el noviciado y aprendizaje, hasta el grado supremo de maestro. Admitíanse en el aprendizaje todos aquellos que pudiesen probar su origen honesto y moralidad personal, y sólo diez años después pasaban a la categoría de compañero, «cum pane», o que comían del mismo pan, ya que, por lo general, el obrero era alojado y alimentado en casa

del maestro o patrón. Llegaba a maestro únicamente quien poseía algún peculio para responder de las construcciones de cierta importancia. Este régimen de corporaciones era insuficiente, dado que no libertaba a los obreros de la jurisdicción patronal, pero, al mismo tiempo, garantizaba el trabajo, teniendo los patronos que recurrir a las mencionadas corporaciones en busca de brazos.

—Los monasterios influyeron también grandemente en el renacimiento de las artes, a partir de las invasiones de los bárbaros—intervino el padre Anselmo—. Mientras que en el mundo todo se extinguía y dispersaba, concentrábanse en los claustros los únicos restos del saber. Los conventos fueron depositarios de las tradiciones clásicas, lazo de continuidad entre la civilización antigua y el mundo nuevo que iba a surgir con los descubrimientos. Abadías hubo con más de catorce mil colonos en sus tierras, ejerciendo los distintos oficios que sin ellos hubiéranse olvidado. ¿Quiénes sino los monjes edificaron esas iglesias de la Edad Media, esas famosas Catedrales debidas a maestros anónimos, cuya obra sólo puede equipararse a su humildad sublime?

—La arquitectura religiosa tuvo, es cierto, su máximo esplendor en el período medioeval. Epoca de artes con bien definidos procesos técnicos, y grados de especialización llevados a extremos exquisitos. Existía una nomenclatura característica de las captesias profesionales. Al cantero propiamente dicho llamábasele «lathomus» o «lapicida»; al que aparejaba la piedra, «apparator»;al peón, «cementarius». Los maestros tenían también diversas designaciones, según el ramo profesional que dirigían: el encargado de los maderámenes nombrábase «magister in arte carpentariae»; el que dirigía las sierras, «magister fabricaturae»; el de los techos, «magister corportor»; el de los pintores, «magister pictor»; el de los vidrios o vitriales, «magister verrarius o vitra-

rius», etcétera... Los maestros de obras trazaban planos y dibujos, escogían materiales, mantenían la disciplina y aparejaban muchas veces la piedra, como simples obreros.

—¡Uf!, qué calor hace aquí dentro—exclamó el canónigo Rocha, limpiándose el sudor de la frente y encaminándose hacia la azotea.

La temperatura allí se había dulcificado. Ya el sol escondíase tras la mole granítica y la sombra de la alta pared del transepto producía una cierta frescura penetrante y fina. Aproximábase la hora en que la reunión se disolvía. Abajo, el tic-tac de los canteros languidecía, sufriendo lentitudes y largos síncopes exánimes, demostrativos de que el trabajo iba aflojándose. Dos operarios, recostados en el parapeto del claustro, volvieron a su labor sintiéndose observados desde la terraza del «Capítulo».

El beneficiado don Santiago, que notó el gesto, volvióse hacia Luciano, impulsado por una idea.

—A propósito; ya que nos hemos ocupado del pasado, charlemos un poco del presente. ¿Qué tal le va con sus obreros? Esto de dirigir operarios, en los tiempos que corren, debe ser tarea ingrata...

—Cierto, y precisamente todos los que tengo aquí son sindicalistas.

—¿Eh?—gritó el canónigo en un movimiento de horror, desorbitados los ojos—. ¿Sindicalistas? ¿Esas gentuza trabajando en la Catedral?

—La cuestión del personal fué, en un principio, una de mis mayores preocupaciones—contestó Luciano, sonriendo ante el espanto del canónigo—. Meter obreros de Lisboa en una iglesia donde seguía el culto, conviviendo con sacerdotes y gentes de sacristía, era exponerse a mil conflictos, que quién sabe si malograrían mi empresa... Pero, ¿qué hacer? ¿Reclutar gente en las provincias? Imposible. El Gobierno impúsome a los sin trabajo que iban a pedir a sus ministerios.

Tuve, por consiguiente, que resignarme con los que me enviaron de Obras Públicas. Mas declároles francamente que nunca sufrí, hasta el día, el menor desacato y en cuanto a su conducta en el templo, ustedes mismos...

—Respecto a eso—atajó el padre Anselmo—, justo es decir no dan el menor motivo de queja. Verdad es que son irreverentes e incrédulos, no conduciéndose como cristianos, y nadie lo lamenta más que yo; pero, ¿qué vamos a esperar de gente educada sin religión, en la atmósfera impía de las ciudades? Sin embargo, no perturban las ceremonias ni se entrometen en el culto. En una palabra, carecen del intolerante sectarismo de los demagogos.

—Pero, entonces, ¿qué sindicalistas son esos, o qué cosa es el sindicalismo?—gritó el canónigo

—Ni conozco bien esa doctrina, ni me interesa mucho—declaró francamente el arquitecto—. Según lo que a veces oigo a Juan Coutiño, cuando me habla de ello, paréceme una teoría de renovación social, teniendo por base las organizaciones profesionales.

—Una utopía más que añadir a las otras—notó el padre Anselmo.

—Mejor, un retoño del liberalismo sanguinario. Y ¿qué diablo hace aquí ese Juan Coutiño?—inquirió el canónigo.

—Es uno de los principales entre ellos, creo que secretario general de sus asociaciones—esclareció Luciano—. Por cierto que hoy debe venir por aquí. Ya tarda. Es uno de los mejores canteros, con ese aire distinguido de los obreros modernos, bien educado y cortés, pero capaz de desencadenar una revolución.

—Me lo figuro...—rezongó el canónigo—. ¿Y vive aquí, en la casa de Dios, ese demonio? ¡Los crímenes que premeditará bajo nuestras sagradas paredes! ¡Señor, Señor, cómo está el mundo!

—¡Ah, ya caigo! Es el cantero que trabaja en los

capiteles, ese tan amable—exclamó el padre Anselmo, todo en asombros.

—El mismo—corroboró Luciano—. Un artista que vale mucho, y listo como un letrado. Pero no se admiren ustedes; entre los obreros de hoy son muy frecuentes estos «meneurs» hábiles e instruídos. Con un poco de suerte llegan a diputados y hasta a ministros. Y se comprende: los obreros modernos de las ciudades están bien pagados, lo cual les permite, con un horario de trabajo reducido—la mayoría de las industrias consiguieron ya las ocho horas—instruirse y descansar. Si su inteligencia y labor se lo permiten, pueden aspirar a todo. Conozco su vida, por el roce que con ellos tengo. La clase de construcción civil, que justamente pasa por la más subversiva, es la mejor organizada, y en todo momento la pesadilla de los Gobiernos. Yo nada temo de ellos, pues que, en último caso, no soy quien recibe sus reclamaciones ni tiene que resolverlas. Aquí el patrono es el Estado, y con él se entienden. Cuando surge una huelga limítome a participar oficialmente qué día dejan el trabajo y qué día lo vuelven a reanudar. Nada más. Recuerdo que la primera huelga que surgió, por una reclamación de solidaridad o no sé qué, neguéme briosamente, en nombre de la disciplina, a readmitir al personal sin orden superior; no pensaba que tal atribución no era mía, por no ser quien les paga; no pueden figurarse ustedes la que se armó: en el Ministerio nadie quería intervenir en la huelga, contestándoseme con evasivas o diciéndome siguiera la costumbre, pensando seguramente todos de mí que estaba loco. Ahora, ya aleccionado, hago lo que veo hacer: cierro las puertas cuando se van y ábrolas de nuevo el día que regresan. Así no hay discusiones y nos llevamos todos admirablemente.

—Ahí está el gran mal—gritó el canónigo—. Condescender con el desorden, transigir con la anarquía.

¡Cómo estarán ellos de orgullosos cuando, cada vez que chillan, encuentran más debilidad! ¿Quién les sufre con tales sistemas?

—¿Y qué quiere usted que haga, amigo Rocha?—preguntó, admirado, el artista.

—No, si la culpa no es suya. Usted cumple estrictamente con su deber, sin estar obligado a más. La culpa es del Poder, de los Gobiernos que carecen de fuerza y de prestigio para mantener la disciplina y meter en cintura a los que se desmandan. Pero, ¿qué autoridad pueden tener esos Gobiernos nacidos ellos mismos de sediciones e indisciplinas? Gobiernos que se hacen solidarios con esa clase de díscolos, sirviéndose de ellos como catapultas para derribar tronos y escalar el mando, no pueden exigir orden ni moral. Ahí tienen ustedes la democracia igualitaria. ¡La democracia! ¿Qué mayor absurdo que ese desnivelamiento de valores sociales, concediendo idénticos derechos al patrón y al siervo, al sabio y al ignorante, al propietario y al cavador? ¡Igualdad de clases! ¿No ven que con lanzar una siembra en tierra y dejarla crecer, no está hecho todo? Si no se hace limpia de las malas hierbas, arrancando lo que no sirve y cuidando lo que es útil, la siembra se pierde, porque el mal impide el crecimiento del bien. Lo mismo ocurre en la sociedad de hoy día. Y cada vez iremos a peor. Si el absurdo de la democracia despojó a las clases superiores de sus derechos y privilegios, ¿cómo vamos a impedir que la anarquía haga lo mismo? ¡Fuera ilusiones! ¡Ella vendrá! La democracia conquistó ya todo; ahora es la otra la que en la sombra afila los dientes, preparándose, hambrienta, al asalto. «Abyssus abyssum invocat.» Entonces es cuando presenciaremos el fin del fin...

—Usted es un gran pesimista—díjole el padre Anselmo, enseriado por lo que acababa de oir—. Creo firmemente que una vez más el cristianismo salvará

al mundo. Si es inevitable el socialismo, Nuestro Señor no ha de faltarnos en esa grave tormenta que nos predice. Hágase, pues, su voluntad.

El canónigo observó al padre Anselmo, viendo en el fondo de su mirada como un lago tranquilo, jamás encrespado por el áspero viento de la duda.

—Sea, entonces, como Dios quiera—murmuró el canónigo con acento cómico de falsa beatitud, haciendo sonreir a los contertulios.

—Paréceme que sube alguien—dijo el padre Bruno, inclinándose por sobre el parapeto de la terraza.

El beneficiado don Santiago inclinóse también, demostrando cierta impaciencia.

—Debe ser Juan Coutiño—añadió el arquitecto.

A los pocos momentos apareció una figura en lo alto de la escalera, saltando ligeramente sobre la terraza.

Era Juan Coutiño.

El padre Santiago devoróle con la mirada.

El operario titubeó un momento, y, notándose observado con insistencia, creyó llegado en tiempo inoportuno, retrocediendo hacia la escalera, cuando oyó la voz del arquitecto:

—¡No te vayas, hombre, no te vayas!

El cantero, entonces, dirigióse al grupo.

—Llegas en buena ocasión; discutíamos tu política, la política obrera.

El artista sonrió.

—Política..., política. No me suena bien esa palabra.

—Política social, se entiende, o, si te agrada más, cuestión social. Este señor, el canónigo Rocha, decía que si un día ustedes llegan a triunfar, ese día será el fin del mundo, teniendo toda la sociedad que disolverse.

—La sociedad burguesa, desde luego, y tal vez más pronto de lo que se imagina.

—Dígame usted con franqueza—intervino el canónigo con cierto aire provocador—. ¿Tiene usted com-

pleta fe en lo que asegura o trata solamente de engañar a los demás? ¿Cree usted que gobernar un Estado es tan fácil como gobernar una sociedad? ¿Comprende bien lo que significa la palabra Estado?

—Ignoro su significado y esa es precisamente la mejor garantía de que nada de él quedará en pie—contestó el obrero con entera calma.

El canónigo perdió la serenidad, poniéndose lívido de cólera.

—Déjese de historias y paparruchas. Lo que usted no tiene es la cabeza en su debido sitio. ¿Puede concebir nadie un Estado social sin orden ni autoridad, sin un régimen coercitivo de leyes severas e inflexibles, para meter en cintura a los locos como usted?

Juan Coutiño oyó impasible las groserías del eclesiástico, y, sin perder un momento su serenidad, respondióle:

—¡Las famosas leyes de represión! Lo que vale es que la vida tiene más fuerza y el régimen de comprensión se ve forzado a ceder y estirarse como si fuera un elástico, a medida que los pueblos crecen. La marcha de las sociedades, señor canónigo Rocha, para quien sea capaz de ver las cosas, es una incesante derrota de ese aparato coercitivo, una no interrumpida transigencia con el espíritu revolucionario de renovación y de progreso. Ahora bien, ese elástico tanto y tanto se estira, que un buen día no tendrá más remedio que reventar.

—Lo que las leyes persiguen en los pueblos es sólo sus instintos nativos de rebeldía y ferocidad. Sin esa salvaguardia la vida sería imposible.

Hízose un silencio. Calmado ya, en otro tono, el canónigo Rocha prosiguió:

—No sé, no comprendo ese horror a la sociedad que tan solícita se muestra siempre en favor de los desvalidos y desheredados. ¡Cuántas medidas de previsión social se han dictado y dictan continuamente! Si al-

guien no tiene motivo de queja contra ella, son precisamente los operarios. ¿Que las otras clases se quejen?... ¿Que se queje el clero, expoliado, perseguido?...

—Los beneficios que hoy disfrutamos son casi todos conquistas nuestras.

—Pero son los Gobiernos quienes los conceden; los Parlamentos quienes los votan. ¡Niégueme usted eso!

—Desengáñese usted, señor canónigo, ningún Gobierno cede espontáneamente. Esas votaciones legislativas que nos ofrecen como regalo, no son sino sanciones jurídicas de hechos que no pueden ya evitarse. Quiero decir que el derecho a la huelga, el derecho de reunión y de asociación, las ocho horas, etc., no son dádivas que debemos agradecer, puesto que los trabajadores no esperaron a que fueran leyes para hacer uso de tales derechos. Mucho tiempo antes que se legislase acerca de huelgas y asociaciones, ya los obreros decidían cuándo abandonaban y volvían al trabajo, reuniéndose para tratar de sus intereses. Y tan naturales son esos actos, que los Gobiernos, no pudiendo contrariarlos, se han visto obligados a darles su sanción, reconociéndolos y legalizándolos.

El canónigo Rocha estaba confundido. El esperaba oir improperios banales, apóstrofes de «meeting», encontrándose, con gran espanto, ante una fría lógica irrebatible, que destruía su argumentación, como el ácido corroe una placa de metal. Ya condescendiente, insinuó:

—Admitamos entonces que hubiera sido posible conciliar esos intereses contradictorios sin la intervención jurídica, por mutuo acuerdo, por una «entente». Pero siempre sería preciso un director, un guía, un Gobierno. Un pueblo no puede prescindir de esa dirección para amapararse en ella. Un pueblo sin Gobierno es lo mismo que un rebaño sin pastor.

La frase cayó bien. Un murmullo de aprobación salió de todos lados. Coutiño no se inmutó.

—Esa comparación, señor canónigo, es ya vieja y no sirve; la noción moderna del pueblo es otra. Antes estaba bien. Entonces el pueblo, siendo una especie de ser unitario, una síntesis de unidades sociales, simplificadas, necesitaba un jefe, del que eran solidarias entre sí. Sólo tal sistema requiere un hombre-guía, el pastor del rebaño de que usted habla. Compréndese que entonces un jefe, un rey, debido a una amplificación posible, representaba virtualmente a una nación entera y que un pueblo cupiese todo dentro de una corona. Pero ahora, desde que las clases se diferenciaron, transformóse el estado social, extinguiéndose la necesidad de ese jefe, aunque aún exista, debido a una mera ficción constitucional de Monarquía o República; pero el verdadero director son los Parlamentos, representación de unidades sociales ya más complejas.

Los sacerdotes escuchaban con las bocas abiertas a aquel hombre procedente de las capas sociales más ínfimas, discutiendo ideas y sistemas con el aplomo de un sociólogo.

—Comprendo el fin de tus argumentos—díjole Luciano, sonriendo.

—Hoy en día, las clases sociales, cuya cohesión es consecuencia de un equilibrio momentáneo—continuó el pedrero—, disgréganse, disócianse por la presión de otras fuerzas en diferentes formas de equilibrio, y esos nuevos núcleos, regidos por otras afinidades, son los que revolucionan todo lo existente, preparando el advenimiento de un orden social diferente en absoluto.

—Y ¿existen ya esos núcleos?—preguntó el padre Bruno.

—Existen, sí, señor. Son nuestros sindicatos, las asociaciones profesionales, gérmenes de esa sociedad futura.

—Ya salió a relucir el famoso sindicalismo—exclamó Luciano.

—Yo suponía que una asociación de clases tenía por

único fin velar por los intereses económicos—observó el canónigo Rocha.

—Sin duda. La función sindical concrétase a defender los intereses de la clase obrera y a conquistar su mayor bienestar posible. Mas por detrás de ese objetivo, que pudiéramos llamar de detalle, encuéntrase el objetivo ideal: la emancipación económica de los trabajadores por la apropiación, en común, de los medios de producción.

—No comprendo bien eso—atajó el canónigo, ya con cierta curiosidad.

—El sindicalismo mira a la sociedad como una agregación de grupos corporativos o asociaciones profesionales, elaborando y dirigiendo la producción, fenómeno económico por excelencia. Ese movimiento no puede ser ahora exclusivamente corporativo, puesto que tiene que ser antes sistema de transformación social. Existe un pensamiento sindicalista, como existe una acción sindicalista. Filosofía nueva del trabajo, de la producción y de la técnica, la que trata de cimentar en sólidas bases especulativas las viejas teorías inconsistentes. Es un nuevo arreglo social, una nueva agrupación bajo la forma de un federalismo económico, en sustitución del odioso régimen capitalista, basado en la ignominia del salario y en la explotación inmoral del hombre por el hombre. Pueden ustedes creerlo: la organización sindicalista acabará con el amorfo régimen anormal de heterogeneidad de clases que hoy impera, apenas mantenido por la fuerza coercitiva del Estado.

—Veo exclusivamente en todo eso un estrecho egoísmo de corporación—dijo el padre Anselmo.

—Un moderno reino de Cabet—ironizó el canónigo.

—No crean ustedes que es un nuevo sueño de Ícaro, una simple utopía de laboratorio. Las líneas generales de esa organización encuéntranse esbozadas en el actual régimen económico. Sólo la red de asociaciones, los sindicatos, los núcleos corporativos, los mil afluen-

tes de especies profesionales son los que crean esas grandes arterias de producción moderna llamadas federaciones industriales.' Gracias a «La Construcción Civil» y a «La Metalurgia» yérguense ciudades, palacios y monumentos, abriéndose caminos, canales, vías férreas y dándonos toda clase de maquinaria fabril; es la «Federación de Transportes» la que mueve los tranvías, expresos y trasatlánticos; es la «Federación del Libro» la que fija y enseña la labor intelectual, reflejando los mil aspectos del pensamiento, es a la «Federación de la Alimentación», a «La Textil»...

—Comprendo... comprendo—cortó el canónigo—. La sociedad convertida en una vasta oficina. ¡Todos obreros! ¡Todo manual! ¿Y cree usted que la inteligencia gana con eso? Su sindicalismo es completamente regresivo. La labor material, píntenla ustedes como quieran, no dejará nunca de ser una característica plebeya, que envilece a los hombres.

—Protesto. ¡El trabajo nunca envilece! ¡Al revés, dignifica! En cuanto el trabajo deje de ser una tara social, estigma de la clase bestializada por la miseria y por siglos de servidumbre, veremos como es amado por todos, convirtiéndose en la mejor y más bella ocupación. A esta dignificación del trabajo, emprendida por el sindicalismo, se debe el que nuestra doctrina sea una especie de renacimiento moral. Por otra parte, construyendo, edificando, manufacturando, perfecciónase cada vez más el operario, y, transmigrando ese perfeccionamiento en su raza, llegan a efectuarse verdaderas maravillas. Por eso es que el sindicalismo puede considerarse como un verdadero renacimiento profesional.

—Todo eso será muy bonito...; pero ¡de ahí a la realidad! ¿Y como piensan ustedes conseguir la victoria? Porque supongo que los Gobiernos, con sus ejércitos, no se han de dejar convencer muy fácilmente...

—Contamos con la rebeldía, con el recurso revolucionario y el de la huelga general.

—Sí, pero rebelarse contra el Gobierno no es lo mismo que rebelarse contra el patrón.

—La huelga vulgar no es sino un ensayo de la gran fuerza que dentro de ella somos capaces de desarrollar. Es como una miniatura de la huelga general expropiadora, ese gran movimiento revolucionario que concluirá con la burguesía en todo el mundo. El mismo sentimiento que moviliza hoy una de nuestras huelgas, tendrá mañana fuerza suficiente para provocar esa revolución social de que he hablado. La huelga corporativa es el embrión de la huelga general revolucionria. La noción de esta huelga general constituye la fuerza motriz de las revindicaciones sociales, siendo el ideal que entusiasma a las multitudes, dando a los obreros la exacta conciencia de su poder. Será nuestra idea un mito. No importa, si es a la vez una esperanza para muchos corazones; si es la visión de un mundo nuevo quiméricamente soñado, pero que impulsa las olas de las multitudes en sus asaltos subversivos. Figúrense ustedes a los trabajadores de todo el mundo perfectamente organizados en sindicatos y movidos por ese ideal, tan fuerte, consciente y profundo, cual es la huelga general expropiadora, y no podrán ustedes por menos de pensar en el derrumbamiento irremediable e infalible del viejo organismo burgués.

Puso en estas palabras un ardor tan persuasivo, que todo el auditorio rindióse a la evidencia.

—¿No han conseguido ustedes aún bastante con tantas revoluciones?—exclamó amargamente el padre Anselmo—. ¿No son suficientes los surcos sangrientos que ellas abrieron para enraizar sus ideales? ¿Quieren ustedes más sangre? ¡Siempre sangre!

—Algo hemos conseguido, no hay que negarlo. La onda aluvial de las revoluciones consiguió borrar, es

cierto, las diferencias sociales fundadas en preocupaciones de raza, casta y religión; esas arrugas del cuerpo social fueron ya niveladas. Pero aún perdura una línea divisoria, que es un profundísimo abismo, y ese abismo de la propiedad privada, motivo principal del poder y de la autoridad, es el que origina la explotación del hombre por el hombre, permitiendo, en el siglo de la libertad de conciencia, el privilegio inicuo del capitalismo. No por medios legales, sólo por la organización revolucionaria del trabajo—todo el pueblo en armas—conseguiremos estirpar ese gran vicio. funesta sobrevivencia de épocas pasadas, fuente de todos los males. Desengañémonos. La revolución acabará con tan enorme crimen. Es una utopía creer que por medio de leyes llegaremos a rescatar nuestros brazos confiscados y las riquezas que ellos producen. Querer conseguir eso de las clases dominantes sería lo mismo que tratar de convencer a una montaña para que se eche a un lado y nos deje pasar. El ingeniero, cuando llega en el trazado de un ferrocarril a tropezar con un monte, lo horada a hierro y fuego y sigue adelante. Los cerros, por regla general. son áridos, y en ellos la semilla germina. En cambio, en las planicies—en la igualdad económica—las sementeras se desarrollan dando el ser a doradas espigas. Tan sólo con el bienestar común, con la participación de todos nosotros en los goces que la vida y el trabajo ofrecen es posible llegar a obtener esa soñada paz, la que—convénzanse todos—nunca será duradera ni factible, si no es traída por la violencia e instalada entre sangrientas escenas de revolución..

El canónigo Rocha, estupefacto, llevábase las manos a la cabeza, interpelando:

—¿De dónde aprendieron tales doctrinas? ¿Quién les enseñó esos horrores? ¿Habrán sido los clericales? ¿Será la herencia frailesca? ¿La obra de los jesuítas? ¡Oh, Iglesia, Iglesia, qué bien estás vengada! El libe-

ralismo concluyó contigo, pero mucho peor será su suerte. ¡Qué tormenta, qué catástrofe! ¿Qué es lo que va a ser de la sociedad, con ese espíritu de rebeldía en millones y millones de almas? ¡Eso es lo que la guerra ha dado a la Religión! Rompieron el único freno capaz de contener los instintos rebeldes; aguántense ahora y defiéndanse contra esa bestia desencadenada. ¡Qué torpe falta de previsión en esos políticos liberales; qué demencia, qué ceguedad! En la fiebre de apoderarse de todo, olvidáronse de la Historia, y, temiendo que la Iglesia les disputara sus conquistas porque mandaba, tenía fuerza y era rica suprímenla, sin acordarse que era el sustentáculo más fuerte y fiel de los Estados, sin recordar, dementes, que esa Iglesia venció a los bárbaros, salvando la civilización al ordenar y disciplinar al fin a aquellas hordas. El peligro de ahora no es menor; y ¿con qué cuentan para conjurarlo? ¿Qué piensan oponer a los nuevos Atilas rojos? ¿Qué doctrina mejor que la de Cristo para llegar hasta el alma de estos vándalos? ¿Dónde está la Santa Genoveva que salve de nuevo a París? Si tuvieran creencias, serían esas gentes humildes, resignadas, amantes del orden. ¿Pero qué se ha de esperar de multitudes para las que no existen prestigios ni temor de Dios, rebeldes contra los Gobiernos, de espaldas a la autoridad y a la ley? Vean los liberales si son los cristianos los que predican la anarquía social, cometen tales desacatos, niegan a Dios y a la Patria y hacen huelgas y motines. ¡Las huelgas, santo Dios! ¡Eso lo dice todo! Un régimen que así transige con el desorden es un régimen sin prestigio, que ha de morir bien pronto entre las garras de estos amotinados. ¿Hay síntoma más grave de impotencia y cobardía que la violencia legal permitida? Yo, que pago con mi dinero, que soy señor de aquello que es mío, que tengo derechos reconocidos sobre bienes que me pertenecen, mando menos que mis criados, estoy a la merced de

mis obreros, de mis colonos y administradores. Un día se coligan todos al abrigo de esas pseudo-leyes, déjanme la tierra por cultivar, la cosecha sin recoger o la fábrica parada y dícenme: «Así estaremos si no nos das tanto o cuanto.» Y hay que dar lo que pidan, pues sino sobrevendrá la ruina y nadie nos ha de indemnizar. ¡Un verdadero caos en perspectiva! ¡Ahí tienen ustedes, liberales y demócratas, el resultado de su política! ¡Recréense en su obra! ¡Y ahora achacan el muerto a los jesuítas y a los manejos clericales!...

El canónigo Rocha callóse, sofocado. Su cara macilenta empurpuróse de indignación, mientras sus ojos iracundos echaban chispas... De pronto rompióse el silencio en que todos habían quedado, por una voz clara, dominadora. Hablaba el padre Santiago:

—La Iglesia comprende en absoluto sus doctrinas, señor Juan Coutiño.

Los sacerdotes horrorizáronse, cual si Satanás en persona pronunciara esas frases. El canónigo quiso contestar, pero le fué imposible, por la emoción. Y, en mezcla de respeto y terror, callaron todos, para escuchar a ese beneficiado, tan temido en la Catedral por sus altas y poderosas amistades y sus misteriosas influencias en el Patriarcado, donde todas las puertas abríanse para él.

—La Iglesia no es, en manera alguna, como se cree o como se dice, incompatible con el socialismo—continuó, imperturbable, don Santiago—. Afirmar que la Iglesia, en principio, está siempre al lado de los poderosos para oprimir a los humildes y en contra de las clases trabajadoras, es una falsa insinuación explotada con fines políticos. Si existe alguien con mejor derecho a reividicar para sí el título de defensor de los humildes y de los desheredados, es precisamente la Iglesia. La caridad, la abnegación, el altruismo, el desinterés y todas las sagradas fuentes del bien son virtudes, no que la Iglesia inventó, ni

se precia de ello, sino que las impuso en la sociedad, inscribiéndolas en los códigos de oro de la moral moderna, una vez filtradas y purificadas de todos los malos gérmenes con que las adulteró el paganismo. ¿Puede nadie negar de buena fe que la abolición de la esclavitud no fué obra cistiana y que los misioneros no han civilizado medio mundo? La región donde el cristianismo se propagó y desarrolló, ¿no adquirió después la hegemonía política? ¿Sería la Europa lo que es hoy, si no hubiera sido cristiana? ¿Quién puede entonces asegurar que la Iglesia es enemiga de la civilización y del progreso? Y menos que nadie los trabajadores y los obreros. Esa sociología emancipadora que ustedes creen haber inventado no es otra cosa que un producto del cristianismo. ¿Dónde han ido ustedes a buscar, sino en el Evangelio, esa igualdad y fraternidad, de las que han hecho su emblema? En el Evangelio lo encontraron, repito, y su principio «Ama al prójimo como a ti mismo» es el que ha germinado en la tierra fecunda de las modernas idealizaciones. Nada, absolutamente nada existe en esas decantadas doctrinas revolucionarias que no se tenga, desde hace siglos, en el Evangelio. ¿No ensayaron ya las primitivas comunidades cristianas el eje de vuestro sistema, o sea la socialización de las riquezas? ¿Y no fué de la Iglesia de quien primeramente partió la idea de Estado universal, de la unificación de todos los pueblos y de confederación de las naciones? El catolicismo romano, al unir a todos los creyentes, por encima de las fronteras, tiene la prioridad en el federalismo unitario, otro de los basamentos de vuestra doctrina. Y ese mismo socialismo de que tanto usted se enorgullece, ¿existiría si no hubiese nacido, hace veinte siglos, aquel hombre llamado Jesucristo, cuyas parábolas sencillas dijeron mucho más que todas las definiciones de Karl Marx y sus indigestos tratados?

Callóse unos momentos el sacerdote, sin que nadie interrumpiera el silencio. Por sobre los tejados del frente comenzaban a brillar vagamente las primeras estrellas de la constelación del Pegaso; nadie reparaba en el espectáculo celeste, sugestionados por las palabras dominadoras del presbítero.

—Combátese mucho a la Iglesia por inmiscuirse en la política—siguió don Santiago—, y, desgraciadamente, en parte tienen razón los que tal dicen; pero las contingencias del medio social obligáronla a eso. La política es seguramente un mal; mas si la política es la que daba el Poder, ¿qué remedio nos ha quedado sino convertirnos transitoriamente, claro está, en políticos, como único remedio de defensa? Hoy ha cambiado todo. La Iglesia desentiéndese ya de la política y de los políticos, no haciendo cuestión en diferencias de regímenes, como lo demostró León XIII al reconocer oficialmente la República de Francia. No—afirmó audazmente el beneficiado—, la Iglesia no hace hoy diferencias de regímenes, como no hará mañana diferencia alguna en la noción que quieran dar a la propiedad, dentro de esa nueva organización socialista. Y la razón es bien sencilla: si el instrumento de la Iglesia es de naturaleza espiritual; si ella interviene únicamente en la disciplina de las almas, debe serle completamente indiferente la constitución política de las sociedades y sus sistemas de administración.

Nueva pausa cortó las palabras del sacerdote, el cual aprovechóla para tratar de observar el efecto causado en el rostro impasible del revolucionario. Tras el silencio obstinado que nadie osara interrumpir, cual si la lógica del beneficiado fuera irrebatible, el padre Santiago continuó:

—Después de todo, amigo Coutiño, entre nosotros no existe la diferencia que parece. Nuestros ideales son casi los mismos, nuestros objetivos compenétranse a

través de la marcha de la humanidad, separándose tan sólo al final de la jornada, pues mientras los de usted se detienen ante el vacío del infinito, por falta de fe, los míos siguen adelante en vuelo sublime. Tiene usted que convenir conmigo en que, por muy generosa que sea su doctrina, es incapaz de satisfacer las insaciables aspiraciones de un alma bien conformada. Si analizamos imparcialmente el sistema, le veremos quedar ilógico, incompleto, roto por la carencia de esa idealidad que enaltece al mío. No estuvo muy desacertado quien llamó al socialismo un «ideal de vientre». ¿Qué pretenden ustedes, la comunidad de los bienes? Bueno. Y después ¿qué es lo que encuentran? El negativismo más estéril, la monotonía de la nada, la tristeza del fin... Verdad es que ustedes son más elevados que muchos hombres que se arrastran como gusanos entre los más adyectos egoísmos; pero eso es también caminar a ras de tierra, si lo comparamos con el ardor de un alma creyente batiendo sus alas para dirigirse a Dios. Dios, fíjese usted bien, es el verdadero punto de referencia de todo camino... Ir del rey al pueblo, de la choza a los palacios, es seguir siempre por caminos equivocados. Los que esperan el bien del pueblo o de un elegido tienen idéntico horizonte. El rayo visual que emana de ambos forma, con la realidad llana, un ángulo del mismo valor... Lo que importa mirar no es el campo que las doctrinas abarcan, sino la altura de que son capaces. ¿Por qué no intentan ustedes alzarse en ese gran vuelo con nosotros? ¿Temen el vértigo? Si es eso, ofrézcole mi brazo, que es el brazo fuerte de la Iglesia, la que nunca niega su apoyo ni lo negó jamás a quien lo solicita.

Alejóse el beneficiado, seguido de los otros sacerdotes, quedando solo el obrero, el cual recostóse pensativo sobre la balaustrada de la azotea. Desde las primeras frases del padre Santiago comprendió Juan Coutiño a quién tenía delante. Encarnaba el beneficiado, al no

titubear en poner el marchamo de la ortodoxia a una de las más condenables y subversivas doctrinas, el espíritu vivaz y movible de la Iglesia, en una de sus metamorfosis. En seguida lo comprendió. El beneficiado no emitía una opinión personal, ni procedía espontáneamente. Aquel sacerdote era un mero ejecutor automático de cierto plan concebido e inspirado desde lejos.

Roma, en su pasmosa vitalidad, conseguía triunfar siempre, tarde o temprano. Desgastábase todo, desapareciendo, al fin, por el transcurso implacable de los tiempos; sólo la Iglesia sobrevivía a la bancarrota de las ideas, a la disolución de las doctrinas, sobreponiéndose a todo y a todos, merced a su política sinuosa de «todo en la forma y nada en la esencia», con esa transigencia elástica de invertebrado, amoldándose a los regímenes, igual que un líquido amóldase fielmente a las vasijas. Frente a él tenía ese espíritu católico de dominación, émulo terrible de los reformadores, ni más ni menos intolerante, dogmático y orgulloso como cuando disponía del poder coercitivo, sólo que ahora esgrimía otras armas más fuertes y decisivas: las poderosas de la inteligencia, reflexión y sabiduría.

Quizás influenciado por la naciente sombra de la noche, sintió Juan Coutiño miedo, por la primera vez ante la amenaza que suponía las argumentaciones del beneficiado, llenas de calma, lucidez e insinuaciones, sin violencias ni sectarismos, pero dirigiéndose audazmente y sin titubeos hasta el mismo subsuelo de la nueva doctrina para, una vez allí, enraizar igualmente la suya...

¿Sería capaz la Iglesia de resurgir, vencidos liberalismos y repúblicas, cual dañino hierbajo entre la roja sementera de la futura sociedad?...

X

Luciano hizo subir aquella mañana a la condesita y a sus amigos a la galería del triforio, donde, sobre la capilla Joanes, demoliciones recientes habían puesto al descubierto la galería románica primitiva. Aquel fué uno de los momentos más felices del arquitecto, pudiendo mostrar, después de insistentes pesquisas, la interesante reliquia arqueológica, perfectamente conservada a través de los siglos en el corazón de aquellos murallones. Por detrás de la arcada, de estilo clásico, tal vez del tiempo de don Pedro II, enseñó el arquitecto, conmovido, el venerable triforio del siglo XII, ya casi al descubierto, y una serie de ventanas geminadas, de arcos de vuelta entera, descansando en dobles columnetas color de hollín, cual troncos requemados.

—Reparen ustedes cómo el estilo románico—exclamaba entusiasmado el padre Anselmo—expresa debidamente la solidez maciza de la Iglesia. ¿No es esta arquitectura la que mejor expresa el poder del catolicismo? ¿No son los templos románicos dignas ciudadelas de un gran poder? El estilo románico es fuerte, robusto y de una severidad austera que inspira confianza, así como el gótico, con su volubilidad femenina, todo nervios y caprichosos milagros de equilibrio, impresiona por su fragilidad. El gótico la «parure» elástica que artificiosamente realza la elegancia del cuerpo, mientras que el románico es la belleza

natural de un cuerpo sano y vigoroso. Nada, decididamente, el estilo románico es hermano gemelo de la liturgia y del cantollano, siendo el que más conviene, por su carácter, a la Iglesia. Además...

—Perdón—interrumpió María Elena, cortando el flúido oratorio del capellán—; el único que debe hablar del estilo románico es nuestro arquitecto.

—Paso entonces la palabra a Luciano—exclamó el presbítero.

—Apoyo completamente a la condesita, y voto por que nos dé nuestro artista una conferencia acerca de los estilos—añadió el padre Fernando.

—¡Pero esto es una celada!—sonrió Luciano.

Y ante la insistencia de sus amigos tuvo que ceder y hablar del estilo románico.

—Fué en Siria—comenzó el artista—, laboratorio fecundo de religiones, donde el espíritu renovador modificó las formas clásicas, fundándose entonces una nueva escuela de construir. Las ruinas de Palmira y las de Balbek ofrecían vestigios de la transición gradual del sistema estático de los techos planos, a la función activa de las arcadas.

Una de las mayores innovaciones de la arquitectura cristiana fué el arco y ese carácter dinámico que imprime a la columna, cuya función constitutiva perdióse casi en la arquitectura oficial del Imperio. Los romanos recibieron de Grecia el principio de la estabilidad inerte, bajo la fórmula de techos planos con arquitrave. Su ciencia de constructores prácticos, de una parte, y la economía provocada por la escasez de materiales, de otra, introducen nuevos medios mecánicos de resistencia, generalizándose de este modo el arco aduelado, que no es otra cosa que la rehabilitación técnica del antiestético fraccionamiento forzado de la columna griega. Esta función dinámica que se dió al arco relegó a un segundo plano el orden de platibanda, o sea la faja de la cornisa que corona

las edificaciones, conservándose dentro de la nueva mecánica constructiva, pero a título meramente decorativo. Funcionalmente, el pilar sustituye a la columna, como la arcada cede su puesto al arquitrabe. Mas el conjunto que resulta de este nuevo estilo no merece aprobación general. Existe en él mucho supérfluo. La sencillez impónese. Entonces un arquitecto atrevido rompe el arquitrabe, va contra el friso, eleva el arco hasta la cornisa, despréndelo de todo lo inútil, asentándolo, finalmente, en las propias columnas. Esto da el golpe de gracia a la arquitectura de los antiguos, iniciando la construcción románica cristiana.

Con su mirada abrazaba Luciano la Basílica, exaltándose al evocar aquel estilo, hablando de la arquitectura, a la que, desde un principio, se entregó como si fuera la mujer amada.

—El románico—continuó el artista—es sólido, macizo, achaparrado, denunciando el arte romano de donde procede. La bóveda, forma de revestimiento que ese estilo comienza a emplear sistemáticamente, es la que le imprime ese aire de fuerza y magnitud, convirtiendo a las iglesias medioevales en un todo orgánico y homogéneo. El estilo románico, con sus muros terrosos, sus naves en penumbra y el obscuro opaco de las bóvedas, sugiere la idea de aquellas catacumbas del subsuelo de Roma, donde los primeros cristianos celebraban los misterios de la religión nueva. Por una especie de atavismo, encarna este estilo a la Iglesia triunfante, existiendo en sus construcciones casi siempre la cripta o capilla subterránea, muchas veces con más interés que la iglesia que había en lo alto. Todo en él son puntales, apoyos, refuerzos. El triforio, galería alta abovedada, sirve para contrallevar el peso de la nave. El elegante cintrel característico del estilo románico constituye la mayoría de las veces un arco de descarga, que salvaguarda celosamente las mezquinas aberturas o echa sobre las partes macizas el peso de las altas.

La forma de embudo del portal es un ingenioso y artístico expediente para evitar la presión de la arcada continua, instalando en cada relieve una archivolta de apoyo. Las piezas de madera que separan los vidrios de las ventanas geminadas, de tan sorprendente efecto en el estilo gótico posterior, débense también a idéntico sentido de seguridad y precaución. El contrafuerte, empleado por los romanos, conviértese en indispensable en este nuevo estilo. En los pilares, cuyo plano se hace cruciforme, por la intersección de los arcos maestros de las naves, el arquitecto rellena los vacíos angulares de los cuatro brazos de la cruz, con cinco o seis aristas salientes, a las que van a corresponder en la arcada otros tantos arcos concéntricos. Esta feliz disposición, al parecer tan sólo decorativa, es debida a la espesura de los muros, resultante del peso enorme de los techos.

Viene después la bóveda, definiendo y caracterizando el estilo; verdadera columna vertebral de la construcción. A ella se subordinan, como en dependencia visceral, la densidad de los muros y contrafuertes, la estructura de los pilares y archivoltas, la conformación de las ventanas y de las puertas. Las primeras iglesias, de origen basilical, estaban cubiertas de vigas de madera, sostenidas directamente en el paralelógramo mural de la nave. No osaron los artistas romanos ampliar y desenvolver esta clase de bóveda, de ejecución arriesgada y difícil, empleándola sólo en casos rarísimos. Los arquitectos del siglo X, pensando principalmente en evitar los tan temidos incendios de la Edad Media, resuelven satisfactoriamente el problema de la bópeda, pulgarizando su empleo para cubrir grandes espaçios. Cierto es que, con ese mismo fin de evitar incendios, en las principales Basílicas se adopta el sistema de fraccionar el techo por medio de diafragmas o entablamentos de albañilería.. Pero los románicos van más lejos. Son ellos los que sistematizan el empleo de las bóvedas de pleno cintrel o

de vuelta entera, lanzada audazmente, como un arco indefinido, en toda la dimensión longitudinal de la nave. Las primeras tentativas fracasaron. ¡Cuántas bóvedas se derrumban sin interrumpirse! Por eso los ensayos. Los arquitectos no desmayan y la bóveda triunfa, modificando radicalmente todo el sistema de construcción.

La bóveda de nave es una formidable masa homogénea, cuyo peso descansa sobre las arcadas de la nave, como enormes conchas líquidas en las vertientes de un monte. Este sistema exigía moles sólidas y núcleos poderosos aplicados a los pies derechos, con el fin de evitar el desvío angular y el consiguiente desmoronamiento de las bóvedas. En las grandes edificaciones los contrafuertes no bastan ya, habiendo necesidad de recurrir a otros medios. Entonces es cuando ciertas escuelas recurren a elevar las arcadas maestras de las naves, por medio de columnas cilíndricas, hasta el arranque de la nave longitudinal, de manera que las bóvedas de arista de las naves colaterales hagan oficio de contrafuertes, recibiendo el peso de los lados. Otras veces estas galerías colaterales son cubiertas por bóvedas de arista o de medias naves, especie de arbotantes continuos, sujetos al cintrel. Estas galerías de las naves, accesorios decorativos en la arquitectura cristiana, o cuando más cumplidoras del precepto litúrgico de la separación de sexos—tribunas y triforio—, desempeñan en el sistema románico una función de resistencia, contribuyendo eficazmente a la estabilidad del edificio.

Siendo la bóveda una ampliación ingeniosa, no rendía, sin embargo, el máximum de utilidad pedido. Su construcción era una verdadera pesadilla; pesadilla del edificio que iba a recubrir y pesadilla del arquitecto que la elevaba. No solamente aplasta y asfixia, sino que corre el peligro de hundirse... Pueden ustedes comprender por esto la preocupación de los arquitectos, queriéndose libertar de la bóveda sin que los edificios

perdiesen estabilidad. Todo consistía en encontrar una relación de equilibrio que hiciera solidarias e independientes a la vez a las diversas partes de la edificación. Los pilares enormes y multiplicados, las aberturas estrechas y parsimoniosas, disminuían el espacio interior, perjudicando la claridad del templo. ¿Cómo resolver este problema? Ensayóse por algunos, sin éxito, el viejo sistema de naves transversales, consecuencia de cintreles perpendiculares al eje mayor de la iglesia en el que se apoyan mutuamente. Otros adoptaron con frecuencia el método oriental de cúpula suspendida. Pero los arquitectos que acertaron fueron los que persistieron en el sistema de quebrar la continuidad de la bóveda, creando sectores independientes. Comienzan entonces a erguirse interiormente grandes arcos concéntricos con la bóveda, a manera de nervios salientes, denominados arcos maestros o arcos de refuerzo, los cuales seccionan la nave de trecho en trecho, dividiéndola en tramos o compartimientos. Vienen otros arquitectos que dividen también la nave, pero en la dirección del eje, convirtiéndola en dos vertientes curvas que le dan aspecto de arco quebrado. El buen éxito de este sistema trae la idea de aplicarlo en la bóveda de aristas, la que es engendrada por dos naves que se cruzan, cuyas líneas de intersección, formando aristas salientes, dividen el techo en cuatro triángulos. Ya esta bóveda de arista puede considerarse con razón como un progreso, puesto que el pleno cintrel exige en sus pies derechos una superficie continua, pudiendo estribarse sólo en muros reforzados, mientras que la bóveda románica localiza su resistencia en los cuatro ángulos de que arranca; resistencia que otros cuatro pilares allí aplicados reciben y apoyan sobre uno sólo. Son excluídas las superficies continuas así como los soportales murales. Sin embargo, la dificultad que en su ejecución tenían esta clase de bóvedas, hizo se utilizaran tan sólo en las segundas naves. La bóveda

romana de aristas, por su natural segmentación, prestóse admirablemente como ensayo para llegar al perfeccionamiento de las bóvedas. Rota ya la continuidad del compartimento, restaba sólo modificar éste en su estructura interna, dando a sus piezas componentes la autonomía de que él disfrutaba. Era sólo preciso para esto romper la solidaridad de los triángulos de la bóveda romana, utilizando las líneas de intersección. Dos arcos maestros, lanzados diagonalmente a lo largo de las aristas, y entramos en la bóveda ojival, en el inicio del arte gótico que produce en el sistema de construir una revolución completa, resolviendo el doble problema de la estabilidad y ligereza de las bóvedas. Vencida, pues, la dificultad, resolvióse el problema. Llevado el principio a las últimas consecuencias, multiplícanse las nervuras, irradiando en forma de arañas colosales y pulpos prodigiosos, entre cuyos tentáculos, cual tenazas de hierro, ajústanse fuertemente los paralelepípedos de piedra de los adornos.

Convirtióse la bóveda en una aplicación admirable, que hizo posible la unidad orgánica del edificio, inutilizando los revestimientos de madera que se empleaban entonces, señales de impotencia, en los remates y coronamientos de las obras. Esas utilizaciones de la madera hacían el efecto de un ser paralizado en su gestación, cual savia detenida en medio del tronco, imposibilitando su florecimiento definitivo. La bóveda vino a favorecer la continuidad de la estructura, amoldándose a los muros como un círculo que se cierra para poder girar.

El sistema de bóvedas provoca una transformación completa en las disposiciones del templo, marcando en la prehistoria monumental el advenimiento de la edad viril. La Basílica primitiva presenta el arte como si estuviera engatillado en ese predominio absoluto de la horizontalidad sobre las líneas verticales, de lo cual son una reministencia los arquitrabes y los entabla-

mientos clásicos. En la iglesia románica el arte yérguese, pónese en pie; es el predominio de la verticalidad, demostrada en el interior por los arcos-maestros, y en el exterior por los contrafuertes. La nave basilical es a manera de un arcón apoyado en hileras de fustes. Las columnas son accesorios; lo que prevalece es la extensión. La nave románica es un sistema de soportes rellenos en los intervalos, pero estos intervalos son secundarios; lo que predomina es la elevación.

La bóveda es únicamente la que imprime el carácter a lo construído, dependiendo de ella la estructura y conformación de las demás partes. La bóveda románica obliga a construir macizos espesos, bien en forma de muros circunyacentes o de pilares de arcadas. Cualquier archivolta de arcada o portal abierto en los muros toma en seguida, merced a la espesura de los mismos murallones, carácter de bóveda, constituyendo eso una dificultad. Para huir de ella rásganse los muros en visel, insertándose en la espesura de las paredes series de arcadas concéntricas con radio desigual, de sorprendente efecto. Esta radiación continua y gradual, convirtiendo la más minúscula abertura en majestuoso pórtico, da cierta apariencia de brazos amigos extendidos para acoger. Es como si la Iglesia ampliara sus límites, borrando la fría hostilidad de sus entradas. El sistema arquitectónico, que necesita construcciones macizas, obligando a economizar las aberturas, excluye las rasgaduras estéticas de sus puertas, careciendo de ese bello gesto de «ébrasements», como si invitase a penetrar en su recinto... Y ahí tienen ustedes una breve reseña del estilo románico—concluyó el arquitecto.

Todos aplaudieron su peroración.

—¿Es éste el único monumento románico de Lisboa?—preguntó María Elena.

—El único, condesita.

—¡Las iglesias de Lisboa son una miseria!—exclamó el padre Anselmo con acento de lástima—. Carecemos en la capital de lugares dignos donde las gentes se refugien para orar con recogimiento. Ningún templo, exceptuando la Catedral, tiene belleza ni tradiciones; todos son modernos y algo teatrales. Tenemos los Jerónimos, es verdad; mas aquello, Dios me perdone, huele a paganismo. No es una iglesia: es un marinero de las carabelas de Indias, con un bonete de clérigo en la cabeza. ¿Pues y las iglesias de la «Baixa», San Julián, la Concepción Nueva, San Nicolás y la del Cuerpo Santo? ¡Un verdadero horror! Forman, dentro de la reedificación Pombalina, un todo simétrico a manera de falansterio, tallados en simétricas manzanas, siguiendo los sistemas utilitarios de los arquitectos de aquel entonces. ¡Qué sosería y que falta de carácter, las de esas edificaciones eclesiásticas, rodeadas de casas de Banca! Es imposible que la atmósfera pestífera del mercantilismo y la usura no se infiltren en ellas a través de sus paredes. Sólo nuestra Catedral está libre de esos viles contactos...

Rieron ante las excentricidades del padre Anselmo.

—Tiene usted criterio de fraile—díjole María Elena, sonriendo.

—Unicos que comprenden bien la vida, atravesando dignamente este valle de lágrimas.

—Confiese usted, padre Anselmo, que, a fin de cuentas, esa vida de convento debe ser sumamente aburrida y monótona—observó el elegante padre Fernando.

—¡Nada de monótona! Si tiene usted curiosidad le describiré el horario de un día monástico...

—¡Debe ser interesante! Cuéntenos, padre Anselmo—solicitó la condesita.

El presbítero consintió, encantado:

—Los monjes—y cuando digo monjes refiérome siempre a los benedictinos— levántanse a las cuatro de la mañana, comenzando media hora después el oficio de

Maitines, Laudes y Prima. A las siete comienzan las misas rezadas de los monjes sacerdotes, acolitados por los hermanos legos, novicios y profesos. El desayuno, un poco de café y pan, tómase en el refectorio, entre siete y nueve. A las nueve cántase todos los días la misa conventual, centro de los oficios, precedida del rezo de tercia y sexta. Entre el desayuno y esta misa trabájase en las celdas o fuera de ellas, según la tarea distribuída por el superior. A mediodía, comida, leyéndose en ella pasajes de las Sagradas Escrituras. Después recreo de una hora, en común, de un lado los padres con el abad, de otro los novicios con su maestro, y más allá los legos. A las dos y media cántanse Vísperas; hasta las seis, trabajo en las celdas o fuera. A las seis y diez, conferencia espiritual del abad, en el Capítulo, para los monjes de coro, todos los días, excepto los sábados, sustituída por la confesión, y los viernes por otras conferencias de canto. A las seis y media, cena, seguida de un pequeño recreo. A las siete y media, Completas y preces, y poco después de las ocho acuéstanse hasta las cuatro de la madrugada.

—Qué bien informado está usted—observó la condesita.

—El claustro le atrae, decididamente—notó el arquitecto.

—Pues yo—intervino el padre Fernando—declaro que no me seduce absolutamente el ascetismo. Dentro de una de esas celdas me moría, lo mismo que ciertas aves enjauladas.

Siguiendo la conversación, iban descendiendo por la estrechuca escalera del coro, cuando Luciano y María Elena, separándose de los sacerdotes, dirigiéronse hacia la capilla de Santa Cecilia, cuyos ventanales acababan de ser decorados con vitriales reproduciendo, conforme la idea del capellán-cantor, el escudo de armas de los Monfortes.

En la penumbra de la capilla resaltaban los fuegos

de las vidrieras, refljeados en la pared del ábside. María Elena quedó sorprendida al contemplar por primera vez el escudo refulgiendo cual díptica de luz, Aparecían en el primer cuartel, en campo de oro, las armas de los Monfortes: cinco flores rojas de lis formando aspa; en el segundo, la cruz bermeja de San Jorge, divisa de los Corte-Reaes; en el tercero, lo mismo que en el segundo y en el cuarto, dividido en cuatro a su vez; en el primero, en campo bermejo, castillo de plata en fondo azul y plata, enseña de los Carvalhais; tres águilas rojas, formando triángulo, en campo de oro, en el segundo, y las mismas enseñas, invertidas, en los otros dos. En el ojo de la ojiva campeaba, majestuoso y grave, un león rampante, de cuya garra derecha pendía en banderín la orgullosa divisa de los Monfortes, «Expleo consilium meum». «Hago lo que me propongo.»

La precisión municiosa del dibujo y el acertado colorido daban la impresión de una lámina antigua iluminada.

—Qué perfume más especial hay siempre en esta capilla. ¿No ha reparado usted?

—Tal vez sea debido a la «Rosa de Oro» que Benedicto XII ofreció a Lope Fernandes Pacheco, que duerme ahí, dentro de ese sepulcro. Quién sabe...

Y el arquitecto, sonriendo, señalaba un túmulo de piedra adornado, en el que había grabadas las dos calderas en palas, y en sus veros, cabezas de sierpe: blasón de aquel gran guerrero, héroe de la batalla del Salado.

—Toda nuestra Catedral está impregnada de cierto perfume de virtud y santidad—continuó el artista—. No entro nunca en la capilla de Nuestra Señora de la «Tierra Suelta», que no piense y evoque el dulce espíritu del santo arzobispo don Luis de Souza, que se hizo humildemente enterrar en aquel alejado y tranquilo recinto del claustro, bajo una piedra lisa, con el

tierno epitafio que es una verdadera súplica a la Virgen: «Sub tuum praesidium.» Adoro todas esas capillas, porque son lo más venerable que nuestra Basílica posee. La de San Alejo es muy linda, cubierta de túmulos que ha poco descubrí, donde se convierten en cenizas obispos y poderosos señores de otras épocas; fué ella, en tiempos de Juan III, retiro de un tan grande cuanto humilde, místico y filósofo, doctor Francisco Monçon. En la piedra de su sepultura, que aún no conseguí hallar, grabóse, según la tradición, por su mandato, estas solas palabras: «Pater noster». Aquí tenemos recuerdos de San Antonio de Lisboa, el gracioso Fernandito de Bulhoes, niño de coro de esta Catedral, el que estudió en la escuela del claustro, dejando también seña de su paso en esa cruz trazada en la pared de la obscura escalera del coro, cuando, en su aflicción, quiso defenderse del demonio, que se le aparecía bajo forma de mujer. También de San Vicente, transportado en los inicios del reino desde el promontorio Sacro a la Catedral de Lisboa, de la que es una de las más venerables reliquias... ¿Y las princesas que entraron en la Basílica en horas de su mayor felicidad, abrasadas de amor y de ambiciones saliendo de aquí para ir a los brazos de sus maridos y a ocupar los tronos para ellas reservados? ¡Esposas transfiguradas en reinas de ensueño!... ¡Así es toda esta Catedral, un ensueño! Por eso quiero viñir en ella, pues es la manera de encontrarse en un perpetuo ensueño, en una ilusión... ¡Unica vida digna de vivirse!

—Sí, la vida no es sólo materialidad...

—El alma es todo, condesita. Creo existe en nosotros una chispa divina, una llama de oro sumamente sensible, que flamea, por lo tanto, a impulso de los vientos de las pasiones desencadenadas. Alma, ciencia, sea lo que fuere, el ruido mundano agítala sobremanera. Nuestra vida es el reflejo de ese remolino. Sólo

aquí, en nuestra Catedral, esa llama mantiénese tranquila, lejos de perturbaciones y tumultos...

—Por eso su vida se tan feliz...

—Todo lo feliz que es posible...

—El padre Anselmo, contemplativo y místico, debe ser su ideal.

—No, eso, no—eclamó Luciano vivamente; y añadió, espiando el efecto de sus palabras en los ojos ingenuos de la muchacha—: al hablar de la vida refiérome a la vida completa: la vida del alma y la del corazón. La existencia, tal como la concibe el padre Anselmo, subordinada a su ideal religioso, es un contrasentido y una mutilación. Tan sólo el cuerpo de nuestro amigo tiene forma humana. El es como los santos, asexual, y, como ellos, sus fuentes emotivas dirígense exclusivamente en dirección a Dios.

—¿Cómo humanamente es posible hacer eso?

—No se puede vivir sin amor; es completamente imposible invulnerar el corazón. En la Naturaleza nada se pierde; lo que no es transformación es transposición...

—¿Y usted ha conseguido vivir aquí esa vida completa de que me habla?

—Sí, condesita.

—¿Vida de alma y de corazón?... Pensé que su arte le absorbía por completo. Supuse que la Catedral...

—¿Y quién le asegura, María Elena que mi corazón no vive aquí también? ¿Quién le dice que mi amor no es...

La condesita, notando cierta turbación en el artista, sonrojóse.

—...¿No es la Catedral? ¿Qué iba a ser, entonces? Porque yo amo, María Elena, yo amo, no como el padre Anselmo, extasiado en transportes místicos, sino con las ardientes pulsaciones de mi corazón, con toda la vibración febril de mi sangre y de mis sentidos... ¿Y qué hay aquí dentro, sino piedras, la propia Ca-

tedral? Amo a esta Catedral desde el mismo día en que me la dieron, desde que la siento muy mía. No me engaño, es aquí dentro, en ella, donde late mi corazón. Este aire blandamente tibio, ese vago perfume que de ella se exhala es su mismo aliento humanizado. Porque bajo formas de mujer es como yo la veo: blanca esbelta, perfecta, airosa en su bella encarnación de mármol. No es engaño ni son ilusiones. Sólo aquí dentro se enternece mi corazón. Alguien le habla aquí, sin yo darme cuenta. Cuando estoy en la Catedral nunca me encuentro solo, su alma invisible acompáñame siempre, siéntola perfectamente en medio de este dulce recogimiento. Pienso que amar debe ser eso mismo, un ansia suspirada y jamás satisfecha, inquieta palpitación mezcla de felicidad y de angustia, de desesperación y de ternura. ¡Oh, María Elena, qué pasión la de esta Catedral! Toda ella es un cuerpo, una divina forma materializada en sombras fluídicas, cuyos contornos no perciben mis ojos, pero despiertan mis sentidos, crepitan en mi cerebro y arden en torrentes de lava en mis venas. ¿Qué sería, sino, la Catedral? ¡No puedo imaginármela bajo otro aspecto!

Ruido de voces llegaron hasta ellos.

—Aquí, entre nosotros, padre Anselmo—oíase decir al padre Fernando—, la frecuencia excesiva del coro no tiene ninguna utilidad práctica.

—Bueno es rezar, pero mejor es trabajar—corroboraba el beneficiado Trigueiros.

—Esa objección no me sorprende nada. Es el mismo reparo que muchos buenos cristianos ponen. No se comprende, no se quiere comprender lo que tiene una tan fácil comprensión. Lo que me extraña es que ustedes, ministros de la Iglesia, digan eso. ¡Si hay una función ejecutada por los sacerdotes de verdadero provecho social, es precisamente la oración, la liturgia y el oficio divino! ¡Sí, señores! En el claustro, el monje toma sobre sí el deber social de la oración, que, debido a las soli-

citaciones del mundo y a las ocupaciones profesionales, descuida tanto el sacerdote. Un Capítulo de monjes, permítanme lo grosero de la comparación, es igual que ciertas fosas modernas, que recibiendo las hezes de los pecados, transfórmanlos en linfa clara.

La misión de los monasterios es depurar, filtrar, clarificar las impurezas de las almas. Especie de sumideros del mal. ¿Existen grandes sufrimientos? Aplíqueselos las piadosas oraciones de un claustro y ellas los desgastarán pacientemente. ¿Dudan ustedes? ¡Desgraciados los hombres de poca fe!

—Los sacerdotes no parecían muy dispuestos a aceptar todo lo que admitía la ingenua credulidad del capellán-cantor.

—¿Estará en su completo juicio?—preguntó, muy serio, el padre Fernando, cuando el grupo se dispersaba...

XI

—¡Oh, esta Santa Cecilia!—decía la condesita a Luciano, visitando una tarde las obras de la nueva capilla, y recorriendo las hojas de la «Leyenda Aurea», en busca de motivos para las vidrieras—. Esta vida de Santa Lucía es la que yo prefiero...

—Y, detalle interesante, Santa Cecilia es, entre las santas mujeres del Agiologio, la única a quien el amor humano no le está prohibido, sino sublimado. Dáse en ella una curiosísima inversión mística: ese amor humano repelido por las otras con indignado horror, acéptalo ella resignadamente, con objeto de ganar un alma para el cielo. Compárela con Santa Agueda o con Santa Inés, encendiendo los celos del pagano que la desea con la descripción ultrarrealista de las de las delicias que Jesucristo le hace gozar. Ese matrimonio de Santa Cecilia con Valeriano, aunque convertido desde la misma noche de las nupcias en pura unión mística de dos esposos coronados de rosas y flores de lis, tiene, a pesar de toda su castidad, cierto sabor humano...

Y, como si fuera a revelar un pensamiento íntimo, guardó silencio, todo confuso.

Moría la tarde. Diluíase la luz serenamente, en lánguida y tibia dulzura. El calor del día apaciguado, refrescábase el jardín por detrás del ábside, al amparo de la alta sombra de la Catedral. Los claustros y el deambulatorio aterciopelábanse con los reflejos de ese

azul espeso de que se reviste el cielo, hacia el Oriente, puesto ya el sol. En el silencio de la hora, las cosas parecían meditar...

—Esta leyenda encántame—murmuró la muchacha, conmovida—. Cuanto más la leo gústame más. ¡Qué edificante ese ardiente fervor de las santas, en sus admirables renuncias y en sus increíbles sacrificios! ¿Cómo en pechos tan débiles cabían tales ánimos?

—Milagros de amor, condesita. El que ama es sublime. Esas santas no vivían nuestra vida material, ardían como cirios, consumiendo sus cuerpos en las llamaradas del amor, pasando por la existencia abrasadas como meteoros. Amar es purificarse. Cuando entra el amor por una de las puertas del alma, la impureza váse por la otra. Amar es ver a Dios. Figúrese qué amor más sublime es necesario para, como ellas, vivir por El y ofrendarle todo.

María Elena escuchaba, bajos los ojos. Sus manos, con movimientos de ala, pasaban y repasaban las hojas de cantos dorados del ejemplar en pergamino de la «Leyenda», con cubiertas adornadas de finísimo dibujo de oro, centradas con las armas de los Monfortes.

Repentino deseo abrasó al arquitecto. María Elena indicábale los pasajes de la vida de Santa Cecilia, que debían servir de temas decorativos en las vidrieras de la capilla; y en la tentación de sentir vibrar el alma de la condesita en su voz conmovida, rogóle leyera ella misma esos pasajes. De esa manera ayudaría a su inspiración...

María Elena rió con inquietud nerviosa, esquivándose, toda en rubores.

—Pero si se trata de un libro sagrado—insistió el arquitecto—. ¡Si es el oficio del amor y de la pureza!

—Bueno—dijo María Elena—, no quiero diga que no soy complaciente...

Y una voz flúida, de modulación acariciadora; una voz que era como la voz de la capilla, voz formada de

los encajes de piedra, de la gracia frágil de las curvas y de la religiosidad casta de las ojivas, derramó en el silencio sus claridades melódicas, entristecida por el alma antigua que se transparentaba entre aquellas prosas plenas de elegías y sacrificios.

—«Cecilia, doncella romana, de familia noble, educada desde la cuna en la fe de Cristo—recitaba la linda voz—, llevaba siempre un Evangelio escondido en el pecho, rogando noche y día al Altísimo la conservara su virginidad. Acaeció que sus padres diéronla como novia a un noble y hermoso mancebo, de nombre Valeriano, que era idólatra. En el día de la boda revistióse la doncella de crueles cilicios, disimulados bajo el lujo de sus ropajes; y durante la ceremonia, mientras los órganos llenaban el templo de músicas alegres, ella levantó a Dios su corazón, rogando con vehemencia: «Permitid, Señor, que mi cuerpo continúe tan puro como mi alma.»

—«Fiat Domine cor meum et corpus meum inmaculatum...»—pontificó de repente grave voz de chantre.

Era el padre Anselmo, que desde la puerta entonaba una antífona del oficio de la Santa, rezada por la Iglesia el 2 de noviembre.

—Precisamente no es ese el oficio del día de hoy—exclamó el sacerdote pidiendo excusas por su intervención—; pero tampoco es muy canónica esta reunión capitular—terminó, sonriendo.

—¿Es que se recitan también en los oficios estas historias de la «Leyenda»?—preguntó Luciano.

—Naturalmente. Santa Cecilia, Santa Agueda, Santa Catalina, Santa Inés, todas esas lindas santitas del Agiologio tienen su día señalado en la rotación del oficio, con un «propio» especial escrito en el más elegante latín litúrgico.

—Veo que le oficio es más hermoso de lo que yo creía.

—Me alegro infinito de su apreciación... Pero, ¿qué

diría usted si conociese el oficio de Santa Inés, en el que admirables antífonas marcan el ritmo de la recitación con sus preciosos «refrains» claveteados de gemas y pedrerías?... Mas les estoy interrumpiendo...

—No, no, ya continúo...

Y la linda voz tornó a proclamar el poema de oro de la leyenda:

—«Al fin, llegó la noche y Cecilia, encontrándose a solas con Valeriano en la alcoba nupcial, díjole así: «Mi amado esposo, tengo que revelarte un misterio, pero sólo lo haré si me juras no traicionarme.» Y como el mancebo se lo jurase, añadió: «Has de saber que tengo por amante un ángel de Dios, sumamente celoso de mi cuerpo...»

—Angelo Dei habeo amatorem qui nimio zelo custodo corpus meum—comentó el capellán.

—«...Si él supiese que me tocabas, aunque fuera ligeramente, con un amor impuro, te castigaría con la pérdida de la juventud. Pero si me amas con amor puro, será entonces tu amigo y te enseñará cosas sublimes.» Entonces Valerio, inspirado por Dios, contestó: «Si quieres que yo te crea, muéstrame a ese amante, y si es en verdad un ángel del cielo, haré todo lo que me pides; pero si es un hombre como yo, morirá contigo.» Y Cecilia: «Para que puedas ver a mi amante, es preciso creas en el Dios verdadero y recibas el agua del bautismo. Ve a la vía Apia y donde encuentres unos pobres, diles que soy yo quien te envío y que te lleven a la presencia de Urbano, y estando ante él repite mis palabras. Vuelve entonces, y verás al ángel.» Hízolo así Valeriano, encontrando, escondido entre los túmulos de los mártires al obispo San Urbano, exclamando el prelado al repetirle las palabras de su esposa: «Señor Jesucristo, buen pastor, recoge el fruto de la semilla que sembraste en Cecilia.»

—Domine Jesus Cristo, Pastor bone, seminator cas-

ti consilii suscipe seminem frutus quos in Cecilia seminasti...—parafraseó el presbítero.

—«...Porque habiendo recibido por marido un león feroz, nos lo envía convertidos en cordero.»

—Nan sponsum quem quasi leonem ferocem accepti, ad te quasi agnum mansuetissimumdestinavit.

La narración continuó:

—«Presentóse luego otro anciano, vestido de blanco, portando un libro con letras de oro. Al verlo, Valeriano postróse confundido, mas el viejo, levantándolo, leyó en el libro: «Un solo Dios, una sola fe y un solo bautismo.» Y preguntó después al mancebo: «¿Crees en esto o dudas todavía?» Y Valeriano contestó: «No existe en el mundo cosa alguna en que yo más crea.» Dicho esto desapareció el anciano. Entonces Valeriano recibió el bautismo de manos de San Urbano, y volviendo a casa de Cecilia encontróla en su alcoba hablando con un ángel.

El ángel, que tenía en las manos dos coronas de rosas y de lises, dió una a Cecilia y otra a Valeriano, diciendo: «Guardad estas coronas, que para vosotros he traído del paraíso, con un corazón puro y un cuerpo sin mancha. Procediendo de Dios, jamás perderán su perfume y su frescura, mas sólo los que sean castos podrán verlas. Tú, Valeriano, puesto que seguiste el consejo de Cecilia, pide lo que quieras, que serás atendido.» Y Valeriano: «Nada en la vida me es tan precioso como un hermano único que tengo. Deseo que él conozca también la verdad.» Y el ángel: «Tu deseo agrada a Dios; sabe, pues, por ello, que tú y tu hermano iréis juntos a su divina presencia con la palma del martirio.»

«Entretanto entró en la cámara el hermano de Valeriano, llamado Tiburcio, y, oliendo extrañísimos aromas, exclamó: «¡Pregúntome de dónde proviene, en esta estación, tal aroma de rosas y de lises, que ni que tocase con mis manos dichas flores estarían tan oloro-

sas!» Y Valeriano: «Es el perfume que despiden dos coronas que tenemos, bellas como su olor, las que tus ojos no pueden percibir, pues no comulgan en nuestra fe»...

Y la historia proseguía. Venía después la conversión de Tiburcio y su bautismo por San Urbano; el apostolado de los dos hermanos entre los impíos, socorriendo a los pobres, dando sepultura a los mártires, hasta que el prefecto Almaco, no consiguiendo que sacrificaran a los dioses falsos, los mandó prender y decapitar.

No se dió con esto por satisfecha la ira del prefecto; sabiendo que Cecilia, mujer de Valeriano, era cristiana, ordenóle que, bajo pena de muerte, adorase a los ídolos. «Ante la negativa de la Santa—decía la leyenda—, Almaco, enfurecido, ordenó la metiesen noche y día en agua hirviendo. Mas aquello para la Santa fué cual si se encontrara en lugar fresco y agradable, sin que el más ligero sudor le humedeciese el rostro. Entonces Almaco ordenó la decapitasen en el baño. Dióle el verdugo tres cuchilladas sin conseguir matarla. Y como la ley no permitía sino tres golpes, dejáronla aún con vida. Tres días sobrevivió Cecilia a su martirio, aprovechándolos para distribuir sus bienes entre los pobres y recomendar a San Urbano el cuidado de los fieles que ella había convertido. Después, bien ganada la corona del martirio, el alma de la Santa subió a los cielos, reposando en el seno de Dios.»

La sinfonía acabóse...

Levantó María Elena los ojos, viendo los de Luciano fijos en ella... en éxtasis... Sólo entonces, exclamó en sobresaltos:

—¡Santo Dios, si es tardísimo!.. ¿Y el padre Anselmo, ¿dónde está?

—Fué su salida tan misteriosa como su entrada. ¡Es tarde, realmente!

Y, al decir esto, precipitóse hacia la entrada de la capilla, impelido por vaga sospecha.

En el deambulatorio justificáronse sus temores. Los obreros habíanse marchado y la puerta obscura del claustro estaba ya cerrada. Luciano intentó salir al jardín, por la capilla del Buen Jesús, pero también habían cerrado aquella puerta...

Estaban prisioneros, dentro de la Catedral.

La condesita, que siguió a Luciano, comprendió la gravedad de la situación, empalideciendo profundamente.

¿Cómo resolver aquel problema?...

Penetraron entonces en la iglesia. La gran nave desierta, que nunca contemplaron a aquellas horas, parecía mayor y más alta con su mole de piedra durmiendo el sueño de inercia de los siglos pasados. Adquirían los pilares, en esta imprecisión de las formas, un aire de solidez de construcción romana, apareciendo macizos y pesados, al fondo de las naves laterales, donde el crepúsculo batía ya sus lúgubres alas. En el altar mayor, la claridad imprecisa, difumábase, desdorándose, exangüe, en las vidrieras. Tan sólo por la fachada oeste notábase la reverberación del ocaso, filtrándose a través de la gran rosa y por las ventanas seiscentistas del coro alto, derramando un poco de luz amarillenta. Mas pronto esta vaga luminosidad comenzó a emigrar hacia los altos del templo, empujada por las ondas negras, las que, espesándose en las naves laterales, corríase a la principal, envolviendo los pedestales, subiendo a las bóvedas, sumergiendo, en fin, todo el recinto en el soñoliento sopor de las tinieblas...

Desde el crucero donde los detuviera la emoción de su aventura, María Elena y Luciano trataban de avanzar en requerimiento inútil de una salida. A los pies de la nave, junto a la mampara de la gran puerta, torcieron a la derecha. El artista tanteó ls puertas de la escalera de las torres, que daba acceso a las gale-

rías altas. Por allí no hubiera sido difícil llegar al cuarto del fuelle y alcanzar el «Capítulo». Mas la sólida puerta, como era de prever, estaba bien cerrada, debido a su vecindad al tesoro, guardado en el fondo de la galería sur.

El arquitecto abrió entonces una de las puertas de la mampara. El portón enorme del vestíbulo presentó un aire hostil y amenazador con sus complicadas y defensivas cerraduras y cerrojos. Restaban aún las puertas laterales; pero Luciano. ante los obstáculos inconmovibles, desistió de más intentos. No había otro remedio sino pasar allí la noche.

María Elena dirigióse a la capilla Joanes, a la derecha, atraída por un fulgor que enrojecía interiormente aquel recinto, como clarores de un lejano incendio. Era la reverberación del poniente encendiendo los colores de los vitrales. Luciano hizo girar la puerta de hierro de la capilla gótica, entrando los dos.

La ventana tripartita del frente, consagrada a la gloria de San Bartolomé, patrono del santuario, formaba un cuadro tríptico, conteniendo al Apóstol en el centro, y, a los lados, figuras arrodilladas en adoración, con las manos en alto, como en imploraciones.

Los fuegos del crepúsculo encendían los colores, prestándoles mágicas apariencias de ensueño.

María Elena y Luciano quedaron por algún tiempo paralizados, inertes en su semiconsciencia, como dos aves nocturnas aturdidas por la luz. Silenciosa batalla trabábase entretanto en las vidrieras. Más sombras ganaban terreno. Los fuegos debilitábanse, perdiendo violencias los colores. Los blancos, nublándose, eran los primeros en redirse; los azules enrojecíanse, mientras los rojos y los amarillos apagábanse, obscureciéndose poco a poco. Tan sólo los tonos bermejos resistían con heroicidad. Mas... resistencia efímera... Retrocedían, desfallecientes, diluíanse las tonalidades, aterciopelándose en tonos violetas, hasta caer agota-

dos en espesas apariencias de borra. Con la agonía del cuadro, el encanto desapareció por completo.

Volvieron atrás. Un estremecimiento erizó a la condesita. En el fondo de la iglesia había anochecido ya del todo. Abajo, hacia el transepto, lucecillas suspendidas en el aire, en invisibles lámparas, flameaban, trémulas y débiles, ahogadas bajo la enorme presión de las tinieblas...

Asustada María Elena, acercóse al artista.

—Saldremos, cueste lo que cueste—díjole Luciano, nervioso, para tranquilizarla.

—Voy a saltar estos tabiques de madera de las obras, y con las herramientas que hay aquí, descerrajaremos una de las puertas del claustro.

—¡Oh, por Dios, no me deje sola!—gimió la muchacha—. Me muero de miedo si me abandona. Esta obscuridad me empavorece. Este silencio me hiela la sangre... No, no me deje sola. Encomendémonos a Dios...

Avanzaron entonces, anhelantes y sometidos, hacia las estrellitas del crucero, con la misma ansia con que las personas perdidas dirígense a una luz lejana, entre la obscuridad de un bosque.

La iglesia era otra, transfigurada, por este eclipse de luz, en aspecto fantástico, en aquella claridad empañada, proveniente de las lucarnas de la falsa bóveda central, erguíanse masas ciclópeas, color de lava fría, sosteniendo arcos triunfales. Las líneas arquitecturales, los perfiles, las molduras, todas las formas y contornos, habíanse diluído, inexpresivas y aniquiladas, en el sopor durmiente de la sombra. Mas aquel sopor, lejos de simular la muerte, poblaba el recinto de un mundo de impalpables seres que rozándose contra los dos, soplábanles blandamente, penetrándose en ellos, cual si sus cuerpos se hubiesen también fundido, diluyéndose en la sombra, y las almas estuviesen desnudas, expuestas por completo al soplo helado del misterio.

En aquellas sombras reculaban los siglos, hundiéndose en la misma leyenda. El viejo templo iba animándose. Del fondo de los tiempos surgían en blancas y ondulantes vestiduras las figuras bíblicas, patriarcales, de los primitivos pastores que habían gobernado la Iglesia lisbonense.

¡Qué extraña visión!

El primero era una figura evangélica, San Manços, natural de la Campania romana, cuya existencia remontaba a los tiempos de los apóstoles, testigo en la Judea de la pasión de Cristo. Enviado por San Pablo a llevar la palabra de Dios, salió de Jerusalén el año 34, en el reino de Tiberio, y, embarcando en una nao de Chipre con más de cuatrocientos fieles, arriba a Cartagena, gran emporio en las costas de España. «En su ardiente fiebre de proselitismo—dicen los breviarios de Evora, Burgos y Plasencia—, atraviesa la Península, lanzando a los cuatro vientos la semilla de la nueva fe, deteniéndose al fin en Lusitania para habitar entre los pueblos que viven en las dulces riberas del Tajo. Obispo de las primeras iglesias de estos términos, pasa en ellos su larga vida de pastor, predicando el Evangelio, hasta que en el año de 106, llevando setenta de apostolado, sufre el martirio en Evora, por orden de Validio, prefecto de Nerón en Lusitania, siendo azotado junto a una columna que aún guarda las manchas de sangre.» Las venerables reliquias del mártir, que los fieles ocultan durante la invasión goda, desaparecen, considerándose perdidas, hasta que el Apóstol indicó en sueños a un hombre de Evora el lugar donde se encuentran, sitio en que después la piedad de un conde eleva una iglesia en su honor.

Desvanécese San Manços, y, tras otro Obispo de leyenda, el Incógnito de Caledonia, supuesto discípulo de Santiago, elegido por San Pedro de Rates, pasan, en la imprecisión de la prehistoria, San Gens, martirizado en

Lisboa, sentado en una silla, hoy venerada en la iglesia del Monte; Potamio, acusado de arrianismo, pastor de la Iglesia de Lisboa, al mismo tiempo que otro portugués, San Dámaso, ocupaba el solio pontificio; Paulo, surgiendo después de un eclipse episcopal de más de doscientos años; los godos Goma y Viarico, Neufridio y Cesáreo, Ara y Landerico, cerrando el ciclo obscuro de prelados durante el período de seis siglos, comprendido entre la muerte de Cristo y la invasión sarracena; eclesiásticas figüras, envueltas en nieblas, de las que se sabe apenas su asistencia a los concilios toledanos por la fórmula invarible «Olyssiponensis ecclesiae episcopus subscripsi...»

¡Cuántos siglos vividos en algunos momentos!

Las sombras disipándose, el artista volvió en sí.

De repente, en gesto brusco, desvariado, como quien se doblega a impulsos de una mano de hierro, arrodillóse Luciano a los pies de la condesita, exclamando, fuera de sí:

—¡Perdón, perdón, María Elena! ¡Yo tengo la culpa de lo que nos ocurre! ¡Despréciame, despréciame! Yo solo fuí quien provoqué esta triste aventura, distrayéndola con mis necias palabras, haciéndole leer la leyenda. ¿A qué funestas situaciones nos lleva la pasión! ¡Ah, María Elena, María Elena! ¡Cómo debe usted odiarme, despreciarme! ¡Indigno soy hasta de hallarme en su presencia! Y todo con justicia, pues que abusé de su paciente confianza, haciéndome vil cómplice de lo que está ocurriendo. ¡Ah, condesita! Delante de este Sagrario, donde Dios tal vez nos oye, le juro que al hacer esto no me movió ningún vil propósito, ni la sombra de un mal deseo perturbó mi pensamiento. Tengo la culpa. ¡Yo solo tengo la culpa! ¡Fué una fatalidad, porque nunca perdí la noción del tiempo; díme cuenta exacta de la hora de salida!

Y en el rincón del crucero, donde se encontraban, ante la capilla del Sacramento, sumergida en casta

penumbra, Luciano desesperábase, recordando la enorme falta cometida a impulsos de la tentación, en un inexplicable eclipse de lucidez.

—¿Cómo ha podido pasar esto? ¡No me lo explico! Olvidéme de todo; todo se desvaneció en mi entendimiento al escuchar cómo sus labios desgranaban la bella historia de los amores inmaculados de la Santa. Quizás el amor tiene la culpa, porque tan sólo él, María Elena, es capaz de semejantes alucinaciones...

Y en medio de la conmoción que sentía, comenzó a desarraigarse del corazón el callado secreto, subiéndosele a los labios, en borbotones escaldantes...

—¡Oh, María Elena! Vea mi corazón, por la primera y última vez, abierto ante sus ojos. ¿Es posible que no haya usted adivinado este amor? ¿Es posible que no se haya abrasado en la aureola ardiente entre la que mi presencia la envolvía? Desde meses vivimos aquí en la más íntima comunión, agotando el mismo ensueño de arte, satisfaciendo nuestra sed en idéntica fuente de belleza. De verla continuamente a mi lado imaginéme, ¡oh, vanidad!, que era ese amor el que la sujetaba, subordinada y dócil, en la órbita de mi corazón. Mas, aunque así fuese, no por ello dejaría de perderla. Porque nuestros destinos son opuestos diametralmente. Este encuentro de nuestras almas es como la conjunción de dos estrellas, cuyo contacto es ilusorio, no pudiendo jamás reunirse de nuevo. El infinito nos separa. Comprendo que este mi amor es una quimera, pero antes vivir sostenido por una ilusión que eternamente desesperado...

En la Catedral todo dormía. De tiempo en tiempo, apagados ruidas de vehículos, allá en la calle, estremecían el suelo cual ruidos subterráneos...

Inmóvil, de rodillas, Luciano continuó:

—¿Cómo prendió este amor en mí? Tanto me aficioné a esta iglesia, de tal manera me absorbió el arte, que jamás creí posible que las pasiones humanas encon-

traran en mí tierra fecunda. Cierto que en la vida algo me faltaba, y ese algo traíame inquieto. Era el alma de la Basílica, la que yo sentía viva y palpitante, sin saber ni en qué forma se materializaría. ¡El alma de la Catedral! ¡Cuántas veces tenté inútilmente sorprenderla en el fondo de los santuarios antiguos, en los rincones de los viejos muros desgastados! ¡Qué tortura comprender que el alma de la mujer amada es una incógnita cerrada! ¿Se acuerda usted de un día que entramos en la capilla vieja del claustro, el interés que demostró por una sigla en forma de corazón traspasado por una flecha—que un cantero medioeval clavó allí—en recuerdo de algún amor? Su mano, María Elena, acarició largo tiempo aquella piedra inerte, sobre la que un deseo vibró grabando la figura; desde entonces, no sé por qué, comencé a aficionarme a aquel santuario. Tanto me atraía la linda capilla, que pensé por algún tiempo haber hallado el alma de la Catedral en aquel recinto del siglo XIII. Otra vez apasionéme por este rincón del crucero, punto de vista sintético, pues parecía devolverme reconstruída toda la Basílica románica. Y esto, ¿por qué? Porque aquí, precisamente, veíala orar recogida en místicos fervores. Después fué la capilla de Santa Cecilia, cuando comenzamos a restaurarla. ¡Allí sí que pulsaba el corazón de la Catedral, en el temblor de sus arterias vitales! Pero, ¡ay de mí! Una intuición adivinatoria revelóme la verdad un día. El alma de la Catedral, que en vano yo buscaba, deslumbrado por su aureola, era un sér vivo; una mujer: ¡era usted, María Elena!

Luciano guardó silencio. La condesita abandonóle las manos, no haciendo además de levantarlo, encantada por la música de sus palabras, ante la ardiente adoración que subía hasta ella cual incienso litúrgico.

—No—murmuró al fin María Elena, con voz trémula y desfallecida—. No es usted solo el culpable de lo que sucede. Debí ser la primera en darme cuenta de la

hora... Ese olvido tampoco me lo sé explicar... Cierto que no deseaba llegar a esta situación, que tan desagradables y quizás funestas consecuencias nos puede acarrear; pero confiésole no siento ningún temor; antes al contrario, mi alma vese al fin libre de las dudas que la sofocaban desde... que me ví un día esculpida sobre un capitel...

—¡Oh, María Elena, María Elena!—exclamó el artista, besando con fervor las manos de la condesita, quien las retiró vivamente, cual si una brasa las hubiera tocado.

Luciano levantóse.

—María Elena, por lo que usted más quiera en este mundo, no me conteste; no me diga nada. ¡Es tan sobrehumana esta felicidad que me proporciona, tan fuera de lo real, que es imposible haber llegado a ella sin tener después que despeñarse al fondo de siniestro precipicio! Ahora sólo quiero soñar, cerrar los ojos..., morir... ¡No hable, no hable! ¡No rompa el encanto en que me sumió la cariñosa música de sus palabras! Debe ser una ilusión mía... Por Dios, no la interrumpa, no me hable! ¡Déjeme vivir los mejores minutos de mi vida, los únicos de verdadera felicidad! Déjeme ver si estoy despierto o si sueño... Después de esto, nada me importa morir, anularme, sumergirme bajo estos suelos, como mis antecesores los arquitectos primitivos... Y quién sabe si entonces, aspirando la Catedral en sus raíces, esta fiebre que me consume podrá reflorecer en nueva primavera! Mi muerte, condesita, sería el digno coronamiento de esta mi obra de la restauración de la Basílica!

—¡Morir! ¿Quién piensa en eso? Nadie se opone a su felicidad, Luciano. ¿No van a confundirse nuestras existencias de aquí en adelante en una sola, dedicada exclusivamente al amor?

María Elena animábase por momentos, transfigurándose en una belleza tan angelicalmente espiritual,

que Luciano soltóle sus manos, cual si sólo tocarlas constiuyese un sacrilegio.

—Un amor como el de Santa Cecilia, un cariño igual, bendecido por Dios y sus ángeles... ¿No es eso, Luciano? ¿Puede haber ventura mayor, que la de vivir siempre aquí, en la Catedral, bajo la mirada dulcísima de la Virgen, coronados con las rosas y lises que nos traigan los ángeles del paraíso? ¿No es la realización de nuestros ensueños? Esta felicidad completa, esta unión de las almas, este amor purísimo, el único, el que jamás se extingue, el verdadero, no es una anticipación del paraíso?

El artista, sin pronunciar una palabra, cogióla súbitamente de las manos, y arrastrándola dulcemente hasta la capilla del Sacramento, donde una lámpara de plata derramaba su luz, colocóse bajo ella, mirando a sus ojos largamente, como si quisiera beber en ellos el pensamiento de María Elena, en su origen, en su misma raíz... Una ingenua confianza transparentábase del alma cándida de la muchacha. María Elena había sido sincera.... Sugestionada por las narraciones de la leyenda, bogaba su espíritu en un mundo de ensueño y quimera, lejos, lejísimos del cúmulo de prejuicios sociales que se interponían entre los dos... Leía perfectamente en aquellos ojos la serenidad de su alma. María Elena era una mística, una de aquellas santas del Agiologio dorado con las que, debido a una íntima elaboración psicológica, se había identificado... Inesperadamente aquel mirar sostenido del hombre inclinado hacia ella, perturbóla, desconcertándola... El ardiente respirar de Luciano penetraba en su sér, y lánguida, de tanta emoción, como si estuviere magnetizada, desmayóse en sus brazos...

Al inesperado contacto de aquel cuerpo adorable, una llamarada sacudió a Luciano. En movimiento espontáneo juntáronse sus bocas, cual dos imanes mutuamente atraídos, y en la ola de voluptuosidad que

le escaló la sangre, sintióse vacilar sobre la alfombra de la capilla. Entonces, volviendo en sí, en arranque de quien se lanza a una tabla de salvación, depositó a la condesita sobre una banqueta almohadillada, y corriendo al altar, descerrajó violentamente el tabernáculo, arrancando de su nido de seda blanca la dorada custodia, donde resplanecía Dios, transubstanciado en su augusta majestad...

¡Fué como si el cielo se abriese enviando sus fulgores en ríos de oro y de sol...! La luz de la lámpara incendió la custodia. Mil fuegos refulgieron en la penumbra de la capilla... Irisaciones multicolores brotaron de cráteres ignotos... Las esmeraldas, los rubís, los topacios, las amatistas, inflamábanse al contacto de la luz, resbalándose de piedra en piedra. Y en esa instantánea inflamación de los minerales, los colores fundíanse, amalgamábanse los brillos, y la sagrada especie radió con claridad irreal, viva, donde palpitaban, como constelaciones de plata fundida, las gemas incandescentes... Toda la custodia fulgía en las trémulas manos de Luciano, igual a un sol glorificado...

Por los rayos de su aureola escapábase la luz, diseminándose en el aire, pulverizándose en el santuario, apagando la fiebre de los sentidos...

XII

Lo ocurrido en la capilla del Sacramento motivó un cambio radical en la pasión de María Elena. Aunque salió de la Basílica tan pura y virginal como había entrado, su inocencia y candidez idílicas viéronse sobresaltadas con reflexiones inquietantes. Las blanquísimas rosas de su castidad coloreábanse de sutil rubor... El ángel que entrara en la capilla salió convertido en mujer... Y como mujer amaba ahora, fijo su pensamiento en un nido ideal, saboreando las ternuras desconocidas que el ardiente beso despertó en sus sentidos apagados. Despojó a la figura de Luciano de los idealismos con los que la rodeara en otros tiempos, viendo en él al hombre y al esposo.

Una vez le habló ya francamente de casamiento. ¿A qué esperaban? ¿No era la cumbre y el objetivo de su felicidad? Luciano, sorprendido, daba largas. María Elena, con todo, no desistía. Resolvió hablar a su preceptor, revelarle el secreto, ponerle al corriente de todo, ya que la misantropía del pobre duque impedía entendiérase directamente con su padre.

Aquel día, como jueves, almorzaba con ella monseñor Santana. Buena ocasión para hablarle durante su acostumbrado paseo por los jardines. El preceptor, siempre puntual, presentóse después de mediodía, muy afeitadito y pulido, con sotana nueva ribeteada de rojo, y como el duque, algo enfermo—«nada de cuidado»,

habíales mandado decir—, no pudiese asistir al almuerzo, instaláronse solos en el amplio comedor, inundado a aquella hora de verdaderos raudales de luz. El almuerzo transcurrió muellemente, entre frívolas conversaciones, en un ambiente de tibia caricia irradiando de la indiscreta onda de sol.

Apenas concluyeron, la condesita llevó al padre a la terraza, sitio en que casi siempre le demostraba sus adelantos culturales, invadido ahora de una profusión de crisantemos transplantados por ella hacía poco en grandes maceteros de porcelana clara. ¡Qué bellísima promesa de flores para el otoño!

Desde la terraza, en balaustrada, dominábase la mancha sombría del parque, adornado en su mayor parte de plantaciones de boj, viejo y mal cuidado, apoyándose contra los muros ulcerados. Un poco más de cultivo en la media naranja de verdura frontera a la terraza, denunciaba la existencia de un jardinero.

El día estaba admirable. En bajo, a lo lejos, erguíanse varios tejados y los dos cubos graníticos de la Catedral, que la perspectiva fundía en una masa enérgicamente diseñada, sobre el fondo violeta del cielo. Una nesga de río extendíase en lejanías, en tonos húmedos de acuarela, vaporizándose al difuminar la ribera de la «Otra-Banda».

Bajando tres tramos de escalera, encontráronse en el parque. Dieron algunos pasos en silencio. Su conversación sin calor, sus dudas y modales forzados, no pasaron desapercibidos para el sacerdote. La joven, ordinariamente tan locuaz, con despreocupación de ave parlanchina,, mariposeando de asunto en asunto, mostrábase reservada y grave, con un comedimiento de gestos y una reserva de palabras que daban que pensar. Ya monseñor preparábase a indagar marrulleramente, cuando, al internarse por una alameda de lilas, la condesita exclamó de repente, con la risa jovial acostumbrada, encendido el rostro:

—Monseñor, ¿no sabe usted que estoy enamorada?

—¡Ah, ah!—respondió el sacerdote sonriendo y quitándose despaciosamente sus anteojos azules y rectangulares—. ¿Qué me dice usted? ¿Conque sacrificamos al dios Cupido?...

Luego, paternalmente, colocándose las gafas con la punta de los dedos, después de limpiar los vidrios con el pañuelo cuidadosamente:

—Muy bien, muy bien. A su edad es muy lógico. Nada, nada, que venga pronto ese casamiento, hija mía.

—Entonces, ¿le parece a usted bien que me case?—interrogó la condesita, el alma esperanzada en júbilos por semejante acogida.

—Sin duda alguna—replicó el preceptor—. Necesitamos en la casa la presencia de un hombre. Además, hay que pensar en la descendencia. Usted es hija única, y, por consiguiente... No piensa usted mal, María Elena...

Inicióse el embarazo de ambos en espectativa de la confidencia inevitable. La muchacha, ansiosa, observaba al preceptor a hurtadillas.

—¿No es usted capaz de adivinar quién es?...—aventuró tímidamente.

Monseñor, haciéndose el desentendido, comenzó jovialmente a nombrar a los muchachos que más convenían a María Elena.

—¿Trátase del hijo de los marqueses de Linares, aquel rubio, Nuño? ¡Gran hidalguía! ¿No? ¡Ah!, entonces, ¿es el conde de Peñafiel, don Luis Sotomayor? Buena nobleza... ¿Tampoco?... ¿Acaso Franco de Castro, el hijo de ese ministro jacobino que ha tiempo la pretendió?

A cada nombre, la condesita, tristemente, hacía signos negativos.

—Pues no acierto—concluyó el padre, preocupado, sin resolverse a pronunciar cierto nombre.

—Es Luciano, monseñor, aquel artista..., el arquitecto.

de la Catedral—atrevióse a decir la muchacha, sintiendo frío en el alma al notar la omisión voluntariamente calculada de parte del cura.

El sacerdote contuvo un gesto de contrariedad al oir el nombre del arquitecto; mas sin una alteración en su voz, replicó sonriente, con entera calma:

—¡Vaya, está usted con ganas de broma! ¿Casarse con ese muchacho?

Una nube de tristeza ensombreció el cándido rostro de la condesita. Confirmábanse sus presentimientos: monseñor Santana no aprobaría nunca aquellas relaciones.

—Y, después de todo, ¿por qué no he de amar a Luciano, Dios mío? ¿Por qué?—exclamó con voz quejumbrosa, que más tenía de amargura que de protesta.

El sacerdote quedó pensativo. ¿Conque era cierto?... ¿Aquellos coloquios prodigados en la Catedral habían dado su fruto en aquella pasión, cuyas raíces pentraban quizás muy hondo en el corazón de su pupila? ¡Dos criaturas en pleno idilio era fatal! Debía habérselo figurado. Ya el padre Santiago se lo advirtiera. Si la institutriz irlandesa merecía una reprimenda, otra mucho mayor se merecía él. Nunca se perdonaría imprevisión tal. Ese mismo capricho de la capilla de la Virgen no debiéralo él haber consentido. ¡Convivencia tan prolongada... un peligro! ¿Y qué había él hecho para evitarlo?... En fin, era de esperar que el mal no fuese irremediable... Cuestión de hacer abrir los ojos a la pequeña y enseñarle el abismo... ¿Era posible semejante enlace? Una Monforte, nieta de reyes, de la mayor nobleza del país, unida a Luciano, un plebeyo cualquiera, hijo de crimen, además, pues ni siquiera nació legítimamente? ¡Nunca consentiría en tal disparate! Su prestigio y ascendiente sobre la pequeña valían aún algo... Y era él, preceptor y guía del destino de aquella criatura de la que dependía la

continuidad de la raza, la fuerte y heroica raza cuyas ilustres y venerables raíces arrancaban del fondo de las edades, atravesando la historia; él, el responsable.

Una plazoleta bañada de sol abríase al final de la alameda. Lentamente alcanzaron a aquel espacio abierto, en cuyo contorno semicircular, bordeado de cedros, había de trecho en trecho bancos rústicos de madera. Sentáronse en el más próximo, acariciado a la sazón por dulce sombra.

—Hija mía, eso es muy serio—comenzó gravemente el padre—. Prudencia, mucha prudencia antes de comprometerse. ¡Cuidado con los sortilegios de la imaginación! No se deje arrastrar por impulsos meramente sentimentales, que pueden acarrearle grandes daños. Muy por encima de esos devaneos románticos encuéntrase la realidad, a la que no hay ensueño capaz de resistir; se lo asegura mi experiencia... ¿Está usted convencida de que sus sentidos no son víctimas de una celada? ¿No será esa pasión un artificio provocado para apoderarse de su alma ingenua? No, no proteste; comprenda bien el sentido de mis palabras. No dudo de la honradez de ese muchacho; quiero creer que no la engaña; admito su sinceridad. Mas, ¿quién me asegura que los dos no son víctimas de una diabólica combinación cuyos resultados no podemos prever? El amor, hija mía, es el espontáneo y natural enlace de dos seres de idénticas ideas, creencias y tradiciones. Solamente esta concordancia es capaz de dar la felicidad. ¿Existe eso en su caso? Ustedes sólo concurren en un punto, bien movible por cierto: el corazón. ¿Es eso suficiente, hija mía, para garantizar la felicidad cuando el ensueño ya desvanecido se presente la fría realidad? ¿Sabe usted qué creencias tiene ese hombre? Si es que tiene algunas, serán falsas... No se ilusione. La pasión que él siente por la Iglesia no es nuestra sólida y tranquila fe cristiana; es una exaltación morbosa de su sensibilidad o una veleidad artísti-

ca, cuando mucho, en la que entra la Religión como un factor decorativo. Un desequilibrado, después de todo. Unico nombre que se merece quien, como él, vive en la iglesia y no practica, reza el oficio divino y no comulga con Dios. Un individuo a quien la gente ve en los rincones de las capillas rezando no se sabe con quién, y hablando no se sabe con quién... Respecto a otros puntos de vista, absténgome de hacer apreciaciones. No creo que Luciano se atreva a aspirar a la mano de una Monforte, por cuyas venas corre sangre real... Ya puede usted apreciar, María Elena, la grandísima discordancia que existe entre él y usted, la que es imposible desaparezca, ni aun con toda la pasión de sus dos corazones...

La condesita, atónita, no sabía qué contestar. A medida que el preceptor hablaba, un extraño sopor invadíala lentamente, quebrándole la voluntad, como si aquellas graves palabras formaran a su alrededor un sutil efluvio, electrizando el ambiente y espesando el aire que la sofocaba. La fría obstinación del sacerdote la aniquiló completamente. Nunca se figuró, realmente, que las conveniencias sociales vinieran a mezclarse en sus inclinaciones. Bondadosa y sencilla, la piedad inspirábale únicamente, y, de tanto vivir con el corazón, no había tenido tiempo de analizar la vida. Quiso resueltamente amar y en la expansión de su deseo convirtió su existencia en una continua práctica de bien y de virtud. El amor de Luciano hizo que esta crisálida rompiera un día su entrelazamiento de afectos, mostrándole desnudo el corazón. Nunca hubiera sospechado que ese amor estuviera en pugna con su destino, cuando lo sentía en paz con su conciencia. No, no se sentía preparada para tal imposición. Y un deseo de aniquilamiento, un ansia súbita de vida humilde y apagada humedecióle los ojos conmovidos, en una brusca descarga de sus nervios en tensión extrema.

—Debe usted comprender, monseñor, que si la fortuna y posición me proporcionan bienestar, no me evitan el sufrimiento. No siempre es más feliz quien más posee.

—Ciertamente—asintió el sacerdote—. La fortuna y la jerarquía imponen deberes y responsabilidades que opónense, a veces, a nuestras inclinaciones. Las personas de su clase no se pertenecen por completo. Tienen con el pasado un pacto de honor, del que no pueden olvidarse ni un solo momento. Las razas nobles, hija mía, son los soportes y los vínculos sagrados por medio de los que Dios manifiesta su voluntad, dándoles algo de su divinidad y eterna existencia. En nada encarna mejor la idea de eternidad que en esas cadenas vivas de familias privilegiadas perpetuándose a través de los tiempos. Acuérdese usted, María Elena, que usted misma constituye un momento de esas evoluciones, un anillo de esa cadena y que en su sangre dormitan fermentos de futuras vidas, garantía de la necesaria continuidad de raza.

—Misión bien dura, monseñor. ¡Quién me diera fuerza para quebrar esos implacables eslabones!

—Su razón desvaría, hija mía. Piense usted bien en lo que dice. La verdadera grandeza de alma consiste precisamente en su energía, en la voluntad fuerte con que se debe mantener la orgullosa tradición de la raza. Hay que elevarse y jamás descender. Renunciar es capitular. No codicia las estrellas quien no se atreve a mirarlas frente a frente. Veo que las ideas nuevas tienden su onda corrosiva, contaminando las más sólidas torres. Ese hombre la envenenó seguramente con doctrinas falsas y malas lecturas. ¡Lo que le habrá dicho! ¡Qué mal tan grande nos ha causado!

Un ligero rubor animó las pálidas facciones del padre, que se levantó del banco nerviosamente. María Elena, aturdida, no tenía ánimos para replicar. Su atención desvióse hacia un gracioso pajarillo que, des-

de unos momentos, saltaba de ramita en ramita, fijando desconfiado sus redondos ojos en el grupo, y volando como una flecha por encima de los árboles a los primeros gestos del sacerdote. La condesita envidió a aquel pájaro, que, a pesar de sus alas tan cortas, lanzábase libremente por la inmensidad. Huir, huir, ser libre como el ave. Mas aquella fosforescencia de rebeldía floreció brevemente en su pensamiento. Un minuto no más y recayó en la docilidad pasiva de pupila.

—Monseñor—respondió, al fin, rompiendo el silencio—. Nada oí, nada leí de lo que usted supone, ni en complicadas cuestiones me interesé jamás. Solamente sé que mi pensamiento estaba en él continuamente, que en los más graves momentos de oración y recogimiento pasaba su imagen, interponiéndose entre la de Dios, confundiéndose, a veces, con El. ¿Sacrilegio? Es posible; pero Luciano tomaba para mí las apariencias del mismo Jesús, con su cabello rubio, sus graves facciones y su mirar dulce y melancólico. Esta identificación de la persona amada con la divinidad, ¿no es el amor? ¿Y no es él el mejor camino para llegar a Dios? Además, ¡Luciano es tan dulce! ¡Qué ventura pensar en él! Asociábalo a mis más tiernos pensamientos, a las limosnas que daba, a los beneficios que hacía, a la memoria de mi madre y hasta a mis devociones a la Virgen... Sólo al oir su palabra mi corazón estremecíase. ¿Tengo la culpa de eso? Si esto no es la verdadera felicidad, no soy capaz de comprender lo que ella sea...

Monseñor Santana respiró tranquilo. El mal de María Elena no era irremediable. Tratábase sencillamente de una crisis de alma, simple afección sentimental. ¡Mejor así! Su razón no estaba corrompida ni la duda había rozado su fe. Las creencias estaban sanas. ¡Con qué placer, con qué grata satisfacción convencíase de ello el sacerdote! Sabiendo que la educación crea un

segundo carácter y que ciertas tendencias hereditarias pueden ser, si no del todo neutralizadas, por lo menos eficazmente rebatidas, el preceptor comenzó por infiltrar en aquélla un gran tónico, que era, según su manera de ver, no solamente un antídoto contra la duda estéril, sino el principio inspirador de las grandes virtudes—la fe cristiana, base fundamental de toda educación verdadera—. Ya más sereno, más dueño de sí, el sacerdote replicó:

—Su espíritu, hija mía, no está sano. Enférmalo una inestabilidad, una peligrosa inclinación que lo arrastra excesivamente hacia el lado de los sentimientos, con gran perjuicio de la buena y sólida razón. Esos sentimientos son dignos y elevados; pero es preciso ser razonable, sin imprudencias que puedan comprometer. Repare usted que es la última de su raza; en sus manos están sus destinos. Bello es el amor, hija mía; por él regenérase el hombre, por él redimió Jesús a la humanidad. Pero Dios nos libre de los deseos locos, de las quimeras irrealizables, de las insaciables y delirantes fiebres. Líbrenos Dios de las pasiones rebeldes, de esos grandes incendios interiores, que tan sólo ruinas y devastaciones es lo que producen, entre cuyos escombros se queda nuestra vida, cuando no la honra. Recuerde, María Elena, esas manchas que empañan el lustre de tanta casa noble, dolorosos vestigios de horribles catástrofes.

Y monseñor Santana, sumamente leído en nobiliarquías, evocaba ante la pobre muchacha los violentos desórdenes de la sangre, las graves crisis sentimentales, supurando de tiempo en tiempo las hezes impuras de las alianzas. De un tirón hizo pasar entre hálitos ardientes de voluptuosidad y vicio la figura ideal de una Silveira del siglo XVI, célebre por su hermosura, cuyo marido, don Juan Lorenzo de Cámara, primer conde de Sabugal, y alcaide mayor de Viseu, matóse, simulando un incidente de caza, al saber la infideli-

dad de su esposa con un hidalgo muy su amigo. Doña Brites de Gama, de la casa de los marqueses de Lousada, a quien, en 1720, sorprende su hermano con un paje de la corte, apuñalando a ambos. Y esa infortunada doña Isabel Vilharino, hija de don José de Melo y Sande, tercer conde de Vilharino, consejero de Estado y presidente del Senado municipal de Lisboa, huyendo, a los dieciocho años, con un oficial de Junot, y acabando ignominiosamente su vida en un hospital de París, minada de vicios y remordimientos, tan muerta para la familia, tan repudiada por su raza, que, ni aun lejos, la concedieron el perdón, pedido en la agonía.

No sólo las mujeres sucumbían, pobres mariposas abrasadas en los fuegos de la pasión. También quemábanse los corazones varoniles al asaltar los cráteres de los desos. Y es don Gonzalo Eanes, señor de Arronches y Juromenha, a quien el rey don Duarte expulsa públicamente de la corte, por haber raptado a la hija de un judío platero, introduciéndola con gran escándalo en el mismo tálamo conyugal, muriendo tiempo después olvidado completamente en lejanas tierras, con un mezquino empleo de administrador de Hacienda. Lope Jorge de Cantanhede, un marqués de Armamar, traidor a la patria, condenado en la guerra de la Restauración por desertar, en Talavera, tras una dama castellana, por la que se pierde. Fray Cayetano de Vasconcellos, de los Vasconcellos de Vila Pouca, comisario de la orden franciscana y guardián de los conventos de Almoster y Crato, cuyos disolutos amores con cierta priora de Evora escandalizan de tal modo, que el mismo provincial quéjase a Roma, interviniendo condescendientemente don Juan VI, quien líbralo de la excomunión, retirándolo al convento de Xábregas, donde acaba sus días entre las penitencias impuestas por sus funestos desvaríos.

Y tantos y tantos otros, degeneraciones de la raza,

frutos podridos del árbol sagrado, caídos en el cieno... ¿Y quería ella aumentar la lista fatal de esos abortos?

—¡Piénselo bien, piénselo bien!—terminó diciendo monseñor.

La condesita, completamente vencida, conformóse, aceptando todo lo que monseñor la dijera. El sacerdote sintióse satisfecho. No eran baldías sus palabras, ni sus sensatas advertencias habían caído en tierra dura...

Con todo, aunque el peligro parecía conjurado, perfilábase otra complicación que desazonaba al sacerdote. ¿Y si, victoriosa la razón, su sentimentalismo en derrota la impulsaba al claustro? Era joven y el mejor remedio para estas crisis constituíalo el tiempo...

Por si acaso, insistió:

—Tenga siempre presente, María Elena, la gloria del nombre que ostenta, nombre que debe proseguir. Sería un crimen dejar que se extinguiera. Las venerables cenizas de don Alvaro Sousa Coutinho estremeceríanse en el sepulcro si su ilustre casa viniera a caer en manos de los Vianas o de los Cerqueiras. Y eso tendrá que suceder, hija mía, si no tiene usted hijos. Por ello deseo que se case, pero que lo haga como manda Dios... Perpetuar su nombre, condesa de Villa Real, futura duquesa de Monforte, es perpetuar la tradición, manteniendo intacto el sagrado patrimonio que hoy más que nunca debe ser defendido. Ante las amenazas de las ideas nuevas, por solidaridad de razas, tiene usted la extricta obligación moral de contraer un enlace en armonía con su preclara estirpe. Adivino lo que usted va a decirme: que ama a Luciano únicamente. ¡Bah, tonterías de niña! Todo depende de su voluntad. ¿Por qué no busca otras distracciones? Dios no exige tanto apego a su culto, es necesario frecuentar más el mundo. En él encontrará, sin duda, personas dignas de su atención, con virtudes y nobleza iguales a la suya. Modifique su vida, María Elena. Perseverar en triunfar siempre. Nuestra felicidad depende de nos-

otros mismos; somos sus únicos acreedores; los únicos obreros de nuestro destino. Usted no puede limitarse a los estrechos límites de una vida burguesa. Recuerde que su casa es una de las primeras de Portugal, que se debe usted a muchos y que para ellos ese gesto de desprendimiento sería un desacato que jamás le perdonarían. Sus iguales repudiaríanla por su acto, mientras la plebe ignara, a su vez, veríalo con desprecio, porque la disminución de un grande, por muy digno que sea, es siempre una caída. Piense en la imposibilidad de presentarse en los salones del brazo de un plebeyo, pues no creo quiera usted, ni pueda, encerrar su juventud entre los muros glaciales de esta casa o en sus fincas lejanas. Unicamente en la Arcadia, hija mía, es donde los reyes se casan con pastores y las reinas enamóranse de zagales. No comprometa, pues, su porvenir con actos irreflexivos, bellos en su sinceridad, pero desposeídos por completo de esa significación social tan indispensable en el ambiente privilegiado en que usted vive.

XIII

Luciano preocupábase, tratando de analizar fríamente la pasión que por María Elena sentía. Su idilio, comprendíalo bien, murió la noche misma que pasaron en la Catedral. En balde quiso resucitarlo, aprovechándose de un ambiente artificial de evocación y de arte. Sus frases, tal vez porque eran calculadas, faltándoles el calor de la improvisación, no impresionaban ya la imaginación de la condesita. El sueño extinguíase. Era como el deshojar de las últimas rosas de un fin de otoño...

Dióse cuenta de todo el mismo día en que María Elena le habló de matrimonio. De esa fecha databan sus primeras inquietudes. El nunca pensó en casarse. ¿Para qué? El matrimonio era la realidad obligándoles a huir del místico jardín encantado; era abandonar la Catedral, desmantelando quizás su bien arquitecturado ideal artístico. Aquel ardiente beso, aquel abrazo que unió sus cuerpos electrizados fueron el punto final de sus ensueños. Su deseo lascivo empañó la candidez virginal de la muchacha, inoculándole el virus que secara la ilusión y la quimera. ¿Qué otra cosa, sino, aquella proposición de matrimonio? ¡Triste rotura de la linda nube color de rosa! ¡Cruel despertar, dentro de la vulgarísima materialidad de la vida!

También él, a su vez, raciocinaba ahora. Como todas las cosas, aquel amor debía tener imprescindiblemente

su finalidad. Y sin quererla ver, porque no supiera o no quisiera, encerrábase en el círculo de oro de su leyenda.

¡El casamiento!... ¡Qué cosa más imposible! La duquesa de Monforte, para él, estaba más lejos que una estrella. Podría poseerla únicamente en sueños, en la evocación materializada de una princesa medioeval, siendo tan sólo en la Basílica, bajo aquellas piedras venerables, que ella existiría, para él, encontrándose unidos... Fuera de allí no se entenderían, desarmonizarían por completo; como a mil leguas uno de otro, en polos jerárquicos opuestos. Erguíanse entre los dos las altas murallas del templo, barrera de siglos de tradiciones y prejuicios que otros tantos siglos serían incapaces de destruir... ¿Y solamente ahora se acordaba de eso? ¿Ahora era cuando fijábanse sus ojos, arrancados al éxtasis, en tales cosas?

La desolación apoderábase de Luciano a medida que su alma entristecida iba comprendiendo la negra perspectiva del futuro. Ese abandono forzado de la condesita, el trituramiento de su amor por la presión inconmovible de las conveniencias sociales... ¿Podría resistir a todo ello? Y resistiendo, ¿qué sentido tendría su vida? ¿Seríale posible vivir sin amor?

En aquellos momentos acordábase del padre Anselmo. El capellán-cantor amaba también, pero a su manera, y era feliz. ¿Por qué no imitarle en su amor ascético? ¿Y hasta seguirle a un claustro? Los sentimientos religiosos carecían de la inquietante inestabilidad de las afecciones humanas. Sintió por un momento deseos místicos, violentas solicitaciones de mortificación. ¿No era aquello la paz imperturbable tan deseada por él? Deseó unirse, integrarse, desaparecer entre aquellas santas y simples criaturas evocadas por el capellán-cantor, que tan bien comprendían el sentido de la vida, trocando impetuosos y efímeros momentos de placer en serenas horas de recogimiento,

embalsamadas por el murmureo de letanías, oraciones y salmos.

Decididamente, el padre Anselmo tenía razón. Lo único era el claustro. En espera tendría el recurso de su arte, las queridas piedras, de la Catedral, la bella capilla que estaba levantando, mucho más bella ahora al inculcarla toda la ternura de su loco e infortunado amor.

Y desesperadamente hundióse en sus trabajos, avivándose aún más su pasión por la Catedral.

Las obras adelantaban lentamente.

Aquel día examinaba Luciano un trabajo de los canteros, aprovechando la hora de descanso, en el lado norte del claustro donde ellos habían establecido sus talleres, cuando vió venir al canónigo don Fulgencio, sacerdote octogenario, alto, macilento, de delgadez de asceta, que se arrastraba penosamente apoyándose en un bastón.

Aún a distancia oyóle Luciano rezongar algo ininteligible, con su bilioso acento acostumbrado.

—¿Estará hoy abordable?—monologó el artista, separando los ojos de un capitel a medio construir.

El arquitecto habíase encariñado con aquel canónigo medio tullido, apartado por completo de todo servicio religioso, que le trataba de tú con modos bruscos, gran orador antaño y notable causista, que esperaba sus últimos días vagabundeando por la Catedral o tomando el sol en los claustros.

El mismo temperamento vivo e inquieto que le hizo triunfar en el púlpito, convirtióse, con la edad y las enfermedades, en un continuo estado de excitación, que hizo que en la Basílica todos le aborrecieran, sobre todo después del ataque apoplético que le paralizó casi de un lado, tildáronle de loco. Intolerante y dogmático, como la mayor parte de los viejos, don Fugencio no

dejaba hablar a nadie ni permitía que le interrumpiesen. De vez en cuando, en sus encuentros fortuitos, dirigíale Luciano la palabra, aprovechándose de rarísimos instantes y cortos paréntesis de cansancio. Ultimamente exacerbáronse más sus malos humores, a causa de las obras de restauración, siendo inútiles los esfuerzos de Luciano para arrancarle una palabra, él, ordinariamente tan locuaz, en su malevolencia contra el cabildo.

Sabía el artista que el canónigo don Fulgencio no era partidario de las obras, y más de una vez vióle a lo lejos amenazar con su bastón en alto, dirigiéndose a los andamios y profiriendo palabras que los obreros tomaban a chacota. Aquella repugnancia del canónigo a las reformas tenía mucho de mórbida contradicción y de malhumor senil; pero en el fondo no carecía de cierta lógica. Cincuenta años de Catedral habían amoldado su vivir al armazón del templo, sintiéndose como un molusco dentro de su concha. Intima correlación ligaba aquellos dos organismos que la misma lepra comía e idéntica polilla desmenuzaba. Eran dos inválidos a quienes hermanara igual pena, uniéndoles en suerte. ¿Qué de extraño tenía que el sacerdote viera con malos ojos todas las tentativas de saneamiento de la Catedral, cuando esas tentativas eran infructuosas para él, que seguía hacia abajo, cada vez más achacoso y decrépito? ¿Cómo no había de irritarse ante aquel divorcio en perspectiva con que el arquitecto le amenazaba rejuveneciendo a su compañera? De ahí esa especie de celos físicos, destrozando el corazón del sacerdote y saliendo al exterior en forma de sordas iras y descompasados gestos de energúmeno.

Luciano, que lo comprendía, no tomábalo por loco, admirando su saber y elocuencia, siendo el único en la Catedral que escuchaba sus largos monólogos, salpicados de agrio escepticismo, donde relampagueaban los últimos fulgores de su inteligencia agonizante.

Aquel día el canónigo parecía dispuesto a salir de su mutismo, disponiéndose Luciano a oirlo, como siempre, aguardando con interés la explosión de lava que escondíase tras aquellas cóleras mal contenidas.

Aproximábase el canónigo, mirando desdeñosamente los bloques de mármol en que los canteros trabajaban, y, encarándose con el artista, con aire bravucón de desafío, exclamó en voz alta:

—¡Trabajo inútil! ¡Tiempo perdido!

Luciano dulcemente, para no irritarle, contestó:

—Señor canónigo, fíjese en que es un trabajo piadoso.

—¿Piadoso? ¡Sacrílego querrás decir!

—Me parece que restaurar una Catedral...

La mirada del viejo llameó en sarcasmos.

—¡Restaurar, restaurar! Me haces reir con tu restauración, que, después de todo, no es más que unos cuantos remiendos de piedra en un esqueleto vacío. ¿Piensas que aplicando tu cirujía a estos muros mohosos les devuelves la vida de que gozaron? ¿Crees que rehaciendo algunas letras de piedra reconstituyes toda la leyenda antigua?

—Pero el arte...

—¡El arte, el arte!

—¿No será el arte una nueva religión capaz de volver a dar vida a la vieja Catedral?

—¿Qué vida, ni qué niño muerto, idiota? Aunque fueses capaz, que no lo eres, de reconstruir todo lo primitivo, arreglando la iglesia piedra por piedra, desde el atrio hasta el ábside, desde el pavimento hasta las torres, ¿crees por eso que la ibas a dar vida, que la reanimabas? Ya sé que amas la Catedral; bien sé que te conmueve su ruina. Muchas veces, desde la obscuridad de las naves, te he visto tantearla días enteros, en sus rincones misteriosos, entregado a ella con ceguera de enamorado, y hasta más de una vez esa tu solicitud despertó mis celos. Creo que sinceramente

amas esta iglesia; pero lo que te entristece no es la ruina de su prestigio, sino la lepra de sus paredes. Lo que te duele no es la extinción de su alma, sino los desconchados de sus piedras. Lo único que amas y te preocupa es la envoltura estética; el espíritu lo desconoces por completo... Como artista, debes saber que la verdadera función del arte es crear. Tu mano debe ser el instrumento que interprete tu íntimo ideal, ese ideal que llena tu cerebro, consubstancial con tu vida, que se descifra a través de tus nervios y de tu sangre. ¿Qué ideal te guía al trabajar aquí? ¿Con qué ideal, tú y tus impíos operarios, queréis erguir, reanimar esta Basílica que la fe de otros levantó?

El canónigo callóse, sofocado. Su alta figura irguióse con un aplomo y altivez que Luciano jamás había visto. En el fondo de sus órbitas reverberaba el incendio de sus ideas dispersas, como carbones removidos en un brasero próximo a extinguirse. Exteriormente mostraba sus nervios, moviendo el bastón, con cuya contera de hierro golpeaba con rabia los mármoles blancos a medio labrar.

—Debe usted comprender que nuestro trabajo no es sólo una restauración—atrevióse a replicar Luciano—. Cierto es que todos nosotros somos impotentes para trabajar las nuevas piedras con idéntico estado de alma de los antiguos...

—¿Lo reconoces?

—Sí; no podemos impregnarlas de la religiosa unción primitiva; pero el arte, que es tan espiritual como la misma religión, sabe suplir de alguna manera nuestra incapacidad. ¡Pobres ruinas si el arte no las protegiera! Sólo él detiene a la puerta del templo la rabiosa ola iconoclasta.

—Pero el arte, desgraciado, es una delectación sensual, independiente en absoluto de la fe, a la que, todo lo más, embellece y poetiza. Es tan sólo un accidente. El arte es para la Iglesia, y permíteme este

desahogo, una especie de sazón mística, con la cual condimentamos los manjares rituales. El latín es menos áspero envuelto en el aceite de las salmodias y el ceremonial pierde la mayor parte de su insipidez servido con las salsas de la liturgia. Por eso es necesario no confundir: una cosa es el Arte y otra muy distinta la Fe. El arte es la flor, pero la fe es la raíz. El arte no es esencial en la vida, sólo aparece en la plenitud física del ser, siendo como su coronamiento luminoso. Eso ocurre en la Iglesia. A ti lo que te importa es la refloración de la Catedral—que es mortal y transitoria—, el florecimiento de la fe y no la propia fe, que siempre vive oculta dentro de los corazones, al igual que una raíz en el subsuelo. Bien ciego necesitas estar para no darte cuenta de la espiral azul de los inciensos, las ondas melodiosas de los órganos, el misticismo de los cánticos, la misma forma del templo; todo lo que significa arte dentro de la Iglesia, es la misma silueta de Cristo, emblema de la imagen de Dios. Toda la Iglesia cristiana puede reasumirse en un símbolo único: ¡la imagen del Redentor! La envoltura carnal del fundador del Cristianismo no se disolvió ni se desagregó en la corrupción de los demás cuerpos; fundióse en el crisol de la fe, derramándose, como fundente manantial, en la forma de la Iglesia cristiana, cuya estructura es la misma estructura material del Nazareno. ¿No encuentras que la Iglesia es el molde místico de Cristo? ¿No se distienden sus piernas a lo largo de las naves? ¿No alarga sus brazos por los del crucero? ¿No reposa su cabeza en el coro? Ahí tienes para lo que sirve tu arte. Decir iglesia es lo mismo que decir Cristo. Pueden arrojarlo de su casa, pero no podrán nunca meter en ella otro espíritu nuevo. Aquí no puede existir otro culto que no sea el del Evangelio. Desengáñate, muchacho, este no es el plasma donde pueda encarnar tu arte-dios.

Era soberbio el gesto altivo del sacerdote, reivindi-

cando en aquella casa los soberanos derechos de Dios, los que manos impías, en tarea sacrílega, querían borrar, sustituyéndolos por un mero concepto ideológico.

Blandamente, el arquitecto protestaba. El no pretendía expulsar a Dios de la iglesia, sino librar a ésta de fealdades, expulgarla de reparaciones innobles y antiartísticas. Sus argumentos eran inútiles.

—Es un sacrilegio, un crimen de lesa historia—continuó el viejo—poner las manos sobre estas piedras. Tan absurdo e insensato como restaurar el Partenón o querer poner brazos a la Venus de Milo. Lo que haces en este templo es un abuso. Es ir contra la historia de la Catedral, rompiendo, sin más ni más, todas las páginas desde el siglo XVI en adelante. ¿Con qué derecho retrocedes al tiempo de Alfonso IV, borrando todo lo demás? Tu restauración es una obra truncada. Cada siglo que pasa deja su huella en estos muros. ¿Quién eres tú para suprimirlas, sean buenas o malas? ¿Quién se atreve a corregir lo que la Historia ha escrito? Tienes aquí la arquitectura cristiana en todos sus aspectos: imponente y grave en el románico, místico y airoso en el gótico, amanerado y recoco en la decadencia. Achaparrado, bajo, sombrío, el templo románico, con su cripta, hija legítima de la catacumba, conservando aún aspecto de refugio obscuro, altar de un culto clandestino, temeroso de las persecuciones. La religión tiene en ese período algo de iniciación y de secta. Tiene el mismo carácter, el idéntico estilo, con técnica más segura y forma caprichosa, volublemente desenvuelta, consecuencia natural de las prosperidades de la Iglesia y de su triunfo. Hay algo de respeto, de terror, de dictadura sacerdotal en esa teocracia que dispone de imperios, destrona soberanos, fulmina excomuniones. En esa religión inaccesible al alma del pueblo, en que Dios es más temido que amado, más señor que padre, el templo tiene apariencias de antro mitológico, donde se incuba, amenazador y for-

midable, el poder de Dios. Llegan después los tiempos en que la Iglesia desciende hasta el pueblo, y entonces ese mismo Dios hace partícipes de sus poderes a sus elegidos: santos, bienaventurados y mártires. Créanse asociaciones piadosas, cofradías y hermandades que transforman la Iglesia en una colmena de trabajadores, donde se adaptan a las necesidades prácticas de la Religión, revestida ahora de una misión social. Los santuarios medioevales, con sus murallas de fortalezas, ásperas, bárbaras, negras y desnudas, rezumando frío y humedad, vístense de tallas, decóranse de pinturas, convirtiéndose en confortables interiores de Renacimiento, más propicios a coloquios amorosos y a intimidades con poderes indulgentes. La amplitud de las instituciones eclesiásticas atrajo a esta Metropolitana una enorme población. En este recinto vivían ventenares de personas. Familias enteras instalábanse en los claustros, buscando abrigo entre los contrafuertes; subíanse a los tejados, escalando hasta la misma punta de las paredes. Verdaderas nidadas de hombres, compitiendo con las de los pájaros de las techumbres, en multiplicación prolífica. Los familiares de la iglesia, que eran numerosísimos, vivían aquí dentro. ¿Y por qué no iba a ser así? Los que sirven a Dios deben habitar en su misma casa. ¡Y qué dicha mayor para el creyente, que poder dormir bajo el ala protectora del Señor, dentro del privilegiado rayo de acción de su presencia corporal y viva!

—Conforme, don Fulgencia. Dios estaba entonces mejor acompañado que hoy. Era como una aureola de almas alrededor de su cabeza..

El canónigo murmuró, tocado entonces por la sombra helada de la duda:

—Y esa aureola precisamente dábale ilusión de realidad...

La mirada del sacerdote, a la que la tristeza de estas evocaciones cubría de un velo grís, recorrió los desier-

tos y abandonados claustros, la cancerosa mole del ábside, en aquel calmo jardín de cementerio, vacío de pájaros y de niños, donde un legendario cuervo, perfilándose en el azul del cielo, graznaba siniestramente, con ojos nostálgicos...

—¡Quien vió la Catedral y quien la ve ahora!—continuó el padre—. La edad de oro de la Iglesia terminó hace tiempo. Los príncipes ya no frecuentan estas naves. Las hermandades dispersáronse, las cofradías disolviéronse también. Una sombra glacial ha caído sobre la Iglesia. Peor mil veces que la hostilidad que hiere y hace correr la sangre, pues esa indiferencia asfixiante extingue lentamente la vida. ¿No tenemos todos los de aquí aspecto de momias? La presión del elemento civil, el abandono de los hábitos talares rõbannos el prestigio religioso. Ya no hay sacerdotes, no existen ya ministros de la Iglesia. Fíjate en las ceremonias de cierta pompa. Nadie sabe vestir con elegancia, carecen de donaire y aplomo, ahóganse bajo las capas pluviales, enrédanse los pies en las dalmáticas... Es la costumbre profesional que desaparece. Esto se va..., la hora fatal aproxímase...

Aquel hombre en ruinas era el reflejo fiel de la gangrena devorando la Catedral.

—Ellos no quieren oirlo—continuó, señalando con la mirada hacia el coro, donde a la sazón solmodeábanse Completas—. No quieren oirlo, pero ¿para qué negarlo? La Iglesia es una marea que baja, un estéril residuo abandonado en el fondo del alma de los pueblos. Es una especie de lámpara flameante, sepultándose cada vez más en la noche de los tiempos. Y no por falta de energía. pues resistió todo lo posible; mas las revoluciones no pasan en balde, con sus ciclones arrasadores debilitan la llama de ese lámpara, amenazándola de muerte, aunque ella vuelve a erguirse otra vez señalando al cielo... Si es verdad que definitivamente esos ciclones no derrumbaron la Iglesia, destruyeron

todo cuanto la rodeaba, y, aunque en pie, no puede resistir por más tiempo la falta de aceite de la fe, que la fría alma de los pueblos destila cada vez con mayor dificultad.

Las naves desiertas, la iglesia solitaria, parecían dar la razón al conónigo.

—El catolicismo tiene ya contados sus días. Los que vivimos dentro de la Iglesia somos los que mejor comprobamos su próximo fin. Pero Dios no morirá porque la Iglesia cierre sus puertas, como el sol no se extingue porque la piedra caiga sobre el sepulcro. ¿Fracasan los dogmas? No le hace: la creencia florecerá bajo otras formas. Iglesias, cultos, ritos, confesiones, son aspectos diferentes de Dios, según las varias civilizaciones. ¿Qué importa, pues, que esas naves de desmoronen, si no hay fieles que se acojan a ellas? Por eso es inútil toda tu obra, muchacho. Estás arreglando una casa que nadie piensa habitar. Levantas un mausoleo al mismo Dios. Nunca mejor que ahora es símbolo la Iglesia de un cuerpo muerto: especie de gran fósil que guarda la marca de Dios. ¿Y crees tú que dentro de un esqueleto puede ajustarse ningún organismo nuevo? ¡Ilusiones! A traves de la Historia, los hombres y los hechos vánse convirtiendo en una a manera de sedimentación, que es inútil y absurdo querer revivir. ¿De qué sirve revolver estos suelos? ¿A qué abrir sepulturas? No nos metamos en el orden natural de las cosas. Imposible es detener el paso de la Historia. Llega un tiempo en que estamos de más en el mundo: lo mismo los hombres que las ideas. ¿Qué se me importa a mí de todo lo que ocurre fuera de estas paredes? En vano trato a veces de escuchar y enterarme. No oigo nada ni entiendo nada... Cada vez me aislo más, hundiéndome en esta necrópolis de las creencias, viejo navío que se pudre en las aguas muertas de su fondeadero. Ocho siglos pasaron por aquí, dejando sus aluviones, y por encima de los escombros

de las idas, arraigan nuevas creencias, nuevos ideales, un mundo nuevo, el mundo al cual perteneces tú.

—Es cierto, la Iglesia agoniza—dijo, a su vez, Luciano—. Pero si naufraga débese a que tomó un rumbo completamente errado. Ella no supo escapar a la embriaguez del predominio, al vértigo del mando. Dueña moralmente de sus fieles, aspiró al dominio político, al poder temporal. La ambición continua de la Iglesia fué ser una «cracia». Su pérdida el haber disputado al poder civil la dirección de la sociedad y el mecanismo administrativo, no bastándole la dirección de las almas y la simple realeza espiritual. Su gran error fué servirse de las mismas armas que usaron las sectas: fanatismo intolerante y dogmas infalibles. Si la Iglesia no se hubiera apartado de los sanos principios apostólicos, los hombres vivirían hoy día en una perfecta comunidad cristiana.

El canónigo, que aguantó sin interrumpir todo este largo fraseo, envolvió a Luciano en una mirada de compasiva piedad.

—Ya me extrañaba a mí no sacaras a relucir tu sociología artística, apestando a logia masónica. Desengáñate, muchacho. Ningún sistema subsiste inalterable. Vivir es renovarse. Y la Iglesia muere precisamente de este divorcio, cada vez mayor, entre los principios cristalizados y las sociedades en marcha.

Y volviendo la espalda encaminóse hacia el fondo del claustro, tambaleante el andar, apoyado en su bastón, con cuya contera de hierro fustigaba rabioso las piedras, donde comenzaban a esbozarse bajorrelieves de toros y figuras e incipientes «corbeille» de capiteles, donde surgían embrionarias hojas en filamentos...

XIV

El escándalo extendióse rápidamente por la Catedral, como mancha de aceite. El canónigo Rocha y otros padres hostiles a la restauración, impulsados ahora por misteriosa y oculta mano contra el arquitecto, enteráronse, no se supo cómo, de la aventura nocturna de Luciano con la condesita y de la profanación cometida en el tabernáculo de la capilla del Sacramento. Ellos mismos agravaron los hechos a fuerza de comentarlos malévolamente, lanzando acusaciones contra el artista. Los más groseros absurdos corrían por todas partes, siendo el más escuchado aquel que aseguraba tratarse de iniciaciones satánicas efectuadas por Luciano e impuestas por terror a la condesita. Eso explicaba perfectamente la violación del tabernáculo, por ser necesarias en tales iniciaciones las sagradas formas.

—Sus estudios de la Edad Media volviéronle loco —opinaba uno.

—No hay duda que tiene pacto con el demonio—añadía otro—. ¿Alguno de ustedes le vió hacer la señal de la cruz al recibir la Santa Eucaristía?

—¿Y ese cuartucho, llamado el «Capítulo», donde trabaja? Recuérdame todo ello al brujo Claudio Frollo, en «Nuestra Señora de París», de Víctor Hugo.

—¡Quizás busque también la piedra filosofal!

—Lo que él buscaba era otra cosa—rezongó el canónigo Rocha, maliciosamente.

—Pero ese manjar no se ha hecho para la boca del asno...

—Monseñor Santana cortóle las alas.

—Lo que es ella no ha vuelto a poner más los pies en la Catedral.

—Como el señor patriarca llegue a enterarse, veremos cómo lo pasan Luciano y su ilustre padre...

—¡Bah, el patriarca! Si fué él mismo quien les ha hecho gente...

—Veremos, veremos...—murmuró el canónigo Rocha, con aire reservado de maldad latente.

Diálogos como el anterior eran en la Catedral el pan nuestro de cada día. Los contertulios del «Capítulo», en cuenta el padre Anselmo, desaparecieron como por ensalmo, mortificados continuamente por ironías que no comprendían bien, pero que les hizo desconfiar, temiendo cualquier cosa que les pudiera comprometer. Luciano, absorto como estaba en la embriaguez de su amor y en el deseo de realizar cuanto antes su ilusión de la capilla de la Virgen, apenas se dió cuenta de este aislamiento.

Aquella tarde, cuando los obreros se marcharon, el padre Anselmo, luego de comprobar que Luciano encontrábase en el «Capítulo», subió corriendo a la galería, arrimándose cautelosamente a las paredes. Trepando ágilmente la escalera de madera, saltó a la terraza, dando unos golpecitos en la ventana, al mismo tiempo que empujaba la puerta a medio encajar.

Luciano, extrañado de aires tan tétricos, oyó al capellán-cantor, después de cerrar cuidadosamente la puerta, murmurarle al oído:

—¿Se extrañó de mi ausencia?

—No; es decir, noté algo; pero como no me lo puedo explicar...

—¿Ignora, entonces, las cosas que de usted se cuentan por ahí?

El artista sobresaltóse.

—¡Y lo más grave—añadió el capellán-cantor—es que el nombre de la condesita va mezclado en todo!

—¿Qué dice usted?—exclamó Luciano, empalideciendo y levantándose, como impulsado por resortes.

—Desde luego que es una intriga, una infamia. Veo en todo la mano del canónigo Rocha. Calumnias, yo bien sé; pero creí prudente advertírselo.

—¡Pero explíquese, por Dios! ¿Qué es lo que dicen?

—Aseguran que usted y la condesita, ¡qué absurdo!, quedan de noche encerrados en la Catedral, realizando cábalas satánicas, como lo prueba el haber forzado el tabernáculo de la capilla del Sagrario. Enteréme de esto en la sacristía, mientras me estaba revistiendo. Multiplícanse los cuentos, las alusiones, las ironías, cosas que no comprendo, pero que me desconciertan por ello mucho más. Nunca vieron con buenos ojos nuestras reuniones aquí, y ahora se vengan. ¡Pero de qué modo, santo Dios! Y decir que todos ellos son sacerdotes cristianos, que practican la liturgia y tejen todos los días la corona del oficio divino. ¡Sacrílegos! ¡Sacrílegos!

El padre Anselmo, tan prudente y comedido por lo general, llenábase de justa indignación al recordar que por boca de aquellos hombres, como a través de un caño inmundo, fluían las oraciones litúrgicas. ¿Cómo recibiría Dios aquellas ofertas?

—Lo peor de todo es que estas historias se divulgan—lamentóse el presbítero—, y si llegan a oídos del señor patriarca, de seguro nos ocasionarán algún disgusto... En fin, usted ya está prevenido. No se extrañe, pues, si no vuelvo por aquí, hasta ver...

Y el padre Anselmo escabullóse tan encogido como entrara.

El arquitecto quedó estupefacto. Creyó contar con la

discreción del guarda nocturno, comprado al efecto; ¡pero vaya usted a fiarse de esa clase de gente, contaminada con el chismorreo de la Catedral! ¡Hasta allí llegaba la hedionda intriga disolvente! Era de esperar; en el templo fermentaban también los mismos odios, miserias y maldades que corrían por fuera; horrores de los que creyó salvarse y que, sin embargo, venían a herirle allí mismo, atacándole en sus más íntimas afecciones. ¿Dónde refugiarse? ¿Dónde acogerse? ¿Quién tenía razón: el padre Anselmo, con su ideal monástico, o Juan Coutiño, soñando en un mundo edificado sobre los escombros del presente?

Luciano presentía que algún interés oculto revolvía aquel lodo. Viniéronle a la memoria ciertos episodios insignificantes, verdaderas niñerías, de lo que sus enemigos se habían valido para indisponerle con el cabildo. Cierto día, por ejemplo, en que el arquitecto resolvió verificar sondajes en las ojivas obstruídas del altar mayor, para ver si, conforme a la estructura gótica, el santuario comunicaba o no con la nave circular, examinando perfiles y molduras, tuvo que desistir de su intento y desarmar el andamiaje levantado, ante las protestas airadas del cabildo, que creía ver en todo aquello una tentativa solapada de desalojarlo del altar mayor para después arrojarlo de la misma Catedral.

—¡Una verdadera provocación!—bramaron los canónigos.

Y la indignación subió a tal punto, que Luciano, advertido, tuvo que suspender todas las obras.

Poco tiempo después surgió nuevamente el conflicto. No recordaba bien su origen. Luciano habló delante de algunos sacerdotes de la posibilidad de que el cabildo tuviera que trasladarse provisionalmente a alguna otra iglesia, la Basílica de la Estrella, por ejemplo, dado que más pronto o más tarde la restauración llegaría al altar mayor y a la nave central. Acto continuo comenzaron a llover de nuevo imprecaciones contra Lu-

ciano: lo que el arquitecto pretendía era echar a los sacerdotes de su iglesia, quedándose a sus anchas en la Catedral, con la exclusiva compañía de quien le apeteciese.

¿No era, pues, evidente que todo era fruto de premeditación? ¿De dónde, sino del propio Cabildo iba a provenir?

El canónigo don Porfirio quedó perplejo al recibir aquella mañana una carta del señor patriarca, rogándole pasara inmediatamente por el palacio. ¿Qué desearía don Agustín? El escrito, de su puño y letra, no era ceremonioso; el prelado, como siempre, tratábale familiarmente: sin embargo, la carta lacónica como una orden, transpiraba algo anormal que helaba las palabras. Relacionó en seguida aquella llamada con Luciano. A sus oídos habían llegado ciertos chismes a propósito del muchacho, a los que no prestó atención, acostumbrado a las intrigas de sacristía, que nada respetan.

El chantre de la Catedral fué aquel mismo día a visitar al señor patriarca, el cual le recibió con aire gravemente pesaroso, denotando preocupación. Ceremoniosamente el chantre inclinóse para besar el anillo, mas don Agustín retiró la mano, en gesto suavemente familiar, dispensándole de la pragmática.

—Quería hablarte, Sampaio y Melo, y por eso te mandé a buscar—comenzó el prelado afablemente, con voz que desmentía la severidad de su rostro.

—Y aquí me tiene, eminencia—contestó el chantre inclinándose.

Don Agustín era hombre de estatura más que mediana, erguido y majestuoso, frisando en los setenta. Carecía de la franqueza un tanto aburguesada de ciertos eclesiásticos romanos. Era seco, huesudo, voz profunda, rostro largo y descarnado, que depresiones muy

acentuadas tornábanlo aún más duro; mirar frío. Esta severidad de expresión, muy en consonancia con su alto ministerio, no impedía fuera bondadosamente acogedor, dejando traslucir, a través de sus dignidades sacerdotales, una ternura paternal que animaba a quien se le dirigía, como el dulce calor de una estufa disimulada tras rígidos brocados.

—No ignoras, Sampaio Melo—continuó el prelado, después de unos momentos de recogimiento—, la estimación particular que siempre me has merecido y de la que recibistes inequívocas demostraciones. Cualquier disgusto sufrido por ti afligiríame también, mucho más si fuera yo la causa involuntaria.

—A vuestra eminencia debo todo lo que soy—interrumpió el chantre con humildad sentida—. Y su justicia será acatada por mí como procedente del mismo Dios. Si me inculpa de alguna falta, es, sin duda alguna, porque la cometí, no quedándome otra cosa que hacer sino pedir perdón y conformarme a su penitencia con resignación cristiana.

Esta sincera sumisión enturbió ligeramente la mirada de don Agustín.

—De nada tengo que acusarte. No se trata de faltas propiamente tuyas, sino cometidas por alguien que te es muy querido. De seguro ya sabes lo que se dice en la Catedral acerca de Luciano.

—Sí, eminencia. Llegaron hasta mí ciertos rumores a él relativos, pero los encontré tan absurdos, con tal falta de sentido común, que confieso que no me preocuparon. Quizás me equivoqué. ¿No serán todos ellos, eminencia, labor de malas lenguas? ¡Existe tan mala voluntad contra el muchacho!

—No, no se debe todo a la maledicencia, como supones. Tuve buen cuidado de informarme personalmente antes de emitir mi juicio. Puedo, pues, afirmarte que Luciano ha cometido hechos cuya gravedad merece castigo.

Don Porfirio empalideció.

—Vuestra eminencia, en su alta sabiduría, dará su sentencia.

El prelado miró fijamente al canónigo, y, enjuiciando, parecía pasar sus palabras lentamente por el tamiz de la reflexión.

—Bien conoces la prueba de confianza que di a Luciano al conseguir para él la dirección de las obras de nuestra Catedral. Aunque el muchacho no tuviese las convicciones religiosas que debiera, su probidad personal, su reflexión, impropia de sus años, sus estudios de arquitectura sacra, el interés que demostró por la Basílica, granjeáronle mis simpatías, pues tú comprendes que si la disciplina eclesiástica me impone y obliga ciertas intransigencias, no soy un espíritu intolerante, absolviendo siempre en mi corazón lo que no puedo por menos de condenar como sacerdote. ¡Entérate bien de esto, Sampaio Melo!

El chantre inclinóse humildemente.

Don Agustín continuó:

—La conducta de ese muchacho, tan correcto y ejemplar, tornóse deplorable en estos últimos tiempos. Locuras propias de su edad, lo admito, mas impropias en un lugar sagrado. No debe ser una novedad para ti sus insinuaciones cerca de la heredera de los Monforte, y, sin quererse dar cuenta de que es casi una princesa y nunca podrá ser para él, inquietó con palabras de amor, trastornándola el juicio de tal manera, que ella no ve sino por sus ojos, habiendo hasta declarado sus intenciones de matrimonio. Monseñor Santana se me ha quejado de esto amargamente. Pretextando devociones, esa señorita no sale de la Catedral; continuamente está con el muchacho, dialogando solos por claustros y capillas. Esta conducta irregular, como comprendes, no puede ser tolerada por dentro de la Casa de Dios.

Don Agustín hizo una pausa como si quisiera rete-

ner la onda de indignación que tales sucesos levantaban en su alma. Ya más sereno, continuó:

—Pero los desatinos son aún mayores, Sampaio y Melo. ¡Hay algo peor, mucho peor! Una de estas mañanas el guarda que abre la iglesia quedó asombrado al encontrarlos a los dos allí dentro y solos, con cara de comprometidos... Pasaron la noche en la Catedral, haciendo Dios sabe el qué. ¿No es eso una locura? ¿Viste liviandad por el estilo?

—Oh, eminencia, Luciano es honestísimo...

—¡Si no estuviera convencido de eso, canónigo, no estarías en mi presencia!—replicó el prelado con energía.

Después de una nueva pausa, continuó:

—Existe otro hecho, aún más grave, un auténtico sacrilegio; esa misma noche violaron el sagrario en la capilla del Sacramento, con fines que no puedo explicarme... ¿Dudas? Pues no no dudes. Te aseguro que es cierto, absolutamente, rigurosamente cierto.

Confirmábase, pues, el rumor que por la Catedral corría de que el patriarca había llamado al guarda a su presencia haciéndole confesar los pormenores del suceso.

—Basta que su eminencia lo asegure para que crea, desgraciadamente, cierto todo lo ocurrido. Sucesos, cuya gravedad soy el primero en reconocer, condenándolos formalmente y reclamando su castigo. Mas, en conciencia, perdóneme su eminencia si en ello peco, no creo existiera en esos actos criminales intención reservada o propósito sacrílego de ofender o agraviar a nuestra santa Religión. No, vuestra eminencia, que sabe ver siempre la justicia donde se encuentra, no engañándose nunca, no puede prestar oídos a esos disparates de supuestos sortilegios practicados por Luciano con las sagradas especies. Tendrá el muchacho sus veleidades filosóficas; poseerá los defectos del siglo, que no fué posible corregirle; pero de ahí a ad-

mitir sea capaz de un atentado contra Dios y su Iglesia, de una impiedad afrentosa de la Religión y de sus dogmas, hay una distancia infinita. Por el contrario, Luciano tuvo, sintió siempre, vuestra eminencia lo reconoce, profunda pasión por las cosas sagradas. El espíritu de la Religión, pocos laicos y hasta clérigos, lo siente como él, a través del arte cristiano. De seguro que no fué extraño a todo lo ocurrido esa pasión por el arte. Quizás su misticismo, exacerbado por la amistad que le une al padre Anselmo.

El prelado escuchó los argumentos del canónigo con señales de asentimiento y concordancia.

—Soy de tu opinión. Misticismos, exaltaciones, locuras que no puedo permitir, admitir ni comprender en la época en que vivimos. Ese padre Anselmo es un sér propio de los tiempos pasados; lleno de piedad y temor de Dios, cuyas pisadas son indignos de besar los otros sacerdotes, pero inaguantable con sus puritanismos fuera de lugar, sus severidades monásticas, inadaptado a las transigencias reclamadas por el bien de la Iglesia. ¡Qué de ideas más extravagantes! ¿No sabes que hace dos años, después de oirle predicar en uno de los domingos de adviento, tuve que retirarle las licencias? ¡Lo que se atrevió a insinuar del Vaticano y de la política de la Iglesia! Verdaderas herejías, que, felizmente, el auditorio, poco selecto no comprendió. Sin duda que la política es un mal; especie de lepra moderna contaminadora de hombres y cosas, hace perder toda noción de buen sentido. Esto en todos los campos sin excepción, pero la política es la política, y una buena política, es decir, una política de principios, elevada y noblemente orientada hacia los intereses de la Iglesia, si no puedo ni debo inspirarla, me es sumamente grata, y se la recomiendo a todos mis fieles.

Su eminencia cambiaba el asunto; el canónigo tomó

la disgresión como buen presagio, preparándose a oirle una de aquellas homilias en las que el prelado era fecundo, gustando pontificar con ellas a las ovejas de su rebaño.

—Prácticamente no podemos disociar la cuestión política de la Religión, siendo un error querer oponer el cristianismo evangélico al catolicismo romano, como pretende ese loco de padre Anselmo. Seamos cristianos como hombres, pero católicos romanos como sacerdotes. No hay en ello conflicto ni contradicción. Es una verdadera tristeza ver a esos ministros de Cristo, depositarios de la única verdad, extraviarse en la herejía, convencidos de que están con Dios y van por buen camino, mientras los partidarios de las más variadas sectas se sacrifican por sus credos y mueren abrazados a sus ideales, fanatizados por el error. No me refiero a los que abjuran de la fe, renegando de su madre, porque esos son condenados sin remisión, como una hoja seca que, desprendida del árbol, se precipita en un pantano. Hablo de los que dentro de la Iglesia, con sus vestiduras talares, quieren reformas, como si el dogma no fuese intangible, o, verdaderos anarquistas, sueñan con no sé qué eleminación de jerarquías; contra ese espíritu temerario que se desliza inquitadoramente dentro de la Iglesia cristiana, debemos todos combatir precaviendo sus audacias, ante las cuales toda cautela es insuficiente.

Verdadero jefe consciente de su responsabilidad, don Agustín no podía tolerar actos rebeldes contra lo establecido, mirando con malos ojos al fin hombre práctico y de buen sentido, todos esos accesos histéricos de misticismo desequilibrado.

—¡Reformas! Desearlas es considerar a la Iglesia imperfecta, rebajándola a la categoría de institución huamana; luego falible, mortal. ¡Herejía! Al condenar esas reformas no afirmamos de ningún modo su inercia, así como eternidad no quiere decir parada,

fijeza, inmovilidad. La Iglesia vive. Es la rueda dentada colocada por Dios en el centro del mundo para que engranasen sus órganos, moviéndolos y accionándolos; si ella se estropeara, la humanidad caería desde la cumbre de la civilización a la terrible sima de la barbarie. Conforme el mundo avanza y las sociedades se transforman, la Iglesia también evoluciona paralelamente, adaptando sus órganos al ejercicio de las nuevas funciones. Pueden variar los métodos; existen posibilidades de que las ecuaciones muden sus procesos, mas el objetivo mantiénese el mismo, siendo idéntica la finalidad.

Levantóse el prelado de su amplia butaca de respaldo adornado de grandes clavos de metal amarillo, paseándose lentamente por el salón.

—El poder político—continuó, después de un corto silencio—, tan combatido por los ingenuos predicadores de abstención, es indispensable a la Iglesia, pues, gracias a él, justifica sus medios de acción, haciendo frente al encarnizamiento de sus poderosos enemigos. Mas entendámonos: el poder político es siempre un medio, nunca un fin; es una fuerza en nuestras manos, jamás un ideal de nuestras almas. No; la Iglesia no desea el poder por el poder, y no pretendiendo gobernar el mundo, sónle indiferentes las formas de gobierno. Su reino es la comunión fraternal de todos los hombres en Cristo, mucho más duradero y menos efímero que las realezas de esta tierra.

Don Agustín callóse. El verdadero motivo de la entrevista parecía difumado completamente por las ondas de ideas removidas por el prelado. Aproximándose a una ventana, desde la que dominaba gran trecho de la ciudad, en perspectivas de fondo escénico, quedó en silencio por algunos momentos el patriarca ensimismado, absorto, en la calma que siguió al esfuerzo mental de su discurso. Durante este silencio reconcentrado, evaporóse toda efervescencia, disipándose las

nubecillas, volviendo a aparecer la realidad desoladora.

El canónico don Porfirio encontrábase en un recogimiento expectante.

—Esos desgraciados incidentes quitáronme el sueño por lo mucho que te estimo; puedes creerme, Sampaio y Melo—comenzó el prelado—. Que se trata tan sólo de ligerezas de pocos años, estoy bien convencido, pero el desacato existe, y, en conciencia, desde que tuve de ello conocimiento, no puedo dejar de proceder. Seré benévolo, tranquilízate... Además encuéntrase de por medio el Cabildo, a quien debo una satisfacción. Bien sé que interpretan exageradamente los hechos, que el canónigo Rocha se excede un poco; mas, en este caso, tú lo ves, tengo que ceder porque la razón está de su parte. Con ese padre Anselmo voy a hacer un regalo a una comunidad de Francia; aguardo sólo una contestación de Inglaterra para que se ponga en camino. Librándonos de su presencia, me queda aún más agradecido, puesto que todo su deseo es ser monje. Quizás la regla monástica y los ascetismos del convento lo hagan más prudente y cauto para el porvenir. En cuanto al muchacho..., lo mejor es que Luciano deje las obras con un pretexto cualquiera. Es joven, en la flor de los años, inteligente y de buen carácter...; que se deje de devaneos, desista de la Monforte y se dedique de lleno a su profesión. Verás que de prisa olvida todo... ¡Quién nos diera su edad! ¿Hallas que soy riguroso, Sampaio y Melo?

—De manera alguna, eminencia. La pena es muy benigna para tan grande delito. ¡Estoy confundido ante su bondad!

Y ya, en la puerta de la sala, con un cordialísimo apretón de manos, el prelado insinuóle, visiblemente embarazado:

—Búscale casa fuera..., ¿eh? ¿No te parece?... Siempre es mejor...

El canónigo, estrangulado por la emoción, apenas pudo murmurar:

—Tranquilícese su eminencia; Luciano saldrá en seguida de la Catedral.

XV

Luciano atravesó la galería con paso incierto, camino del «Capítulo». Allí dejóse caer sobre un sillón, llorando largo tiempo, como un niño, la enorme desgracia que le hería, la felicidad deshecha, el ideal descepado de raíz, el rumbo de su vida perdido...

El chantre amonestóle seriamente, con frases friamente cortas, por el escándalo de la capilla del Sacramento, repitiéndole las quejas del patriarca, enterado de todo, y la insinuación, al fin de la entrevista, de que abandonara la Catedral, dando cualquier pretexto. Luciano no comprendía que el amor de la condesita estaba bien perdido, pero... ¡también la Catedral! ¡No había remedio, el prelado lo exigía! ¿Y todo por qué? Sin duda que lo ocurrido en aquella noche había sido una verdadera imprudencia, pero con ello no se mancilló en lo más mínimo el decoro debido a la Basílica; fué un angustioso llamamiento a Dios para que alejara la tentación que por un momento rozó sus frentes... Ambos quedaron postrados, de rodillas, calmos y fríos, ante la sugestión de la presencia divina magnetizados por las irradiaciones del misterio; tan puros y castos como dos santos sobre sus altares. Mas el lamentable suceso servía maravillosamente a las insidias de sus enemigos. Aquella convivencia con María Elena, que tanto disgustaba a monseñor, celoso de los pergaminos de la muchacha, había

motivado, al escuchar las confesiones de la condesita, la intriga del preceptor, que lo arrojaba de la Catedral. El rencoroso sacerdote no vió inconveniente en poner en entredicho hasta la misma honra de la Monforte, rodeando con detalles perversos un incidente, después de todo, sin importancia. Fué él quien siguiendo su pérfido plan, desencadenó, con maquinaciones diabólicas la guerra sin cuartel que se hacía a Luciano, separándole de sus amigos, secuestrando a la condesita y aislándole en el «Capítulo», como en un nido de herejías.

La desolación apagó por completo su aliento juvenil, al pensar que debía abandonar el templo, interrumpiendo su obra querida, el gran sueño de su mocedad, tal vez la única razón de su existencia.

De pronto, alguien golpeó la puerta discretamente. Luciano tuvo un presentimiento, y, levantándose precipitadamente, franqueó la entrada. La condesita pricipitóse en el «Capítulo» jadeante, sumamente pálida, cayendo casi desfallecida sobre un sillón de coro. No era la primera vez que entraba allí sola, lo que ocurría siempre que no daba en la iglesia con el padre Anselmo. La situación, sin embargo, había cambiado radicalmente. Después de lo ocurrido, la presencia de María Elena en el «Capítulo», de seguro clandestina, revestía mucha gravedad. Luciano, perturbadísimo, no sabía cómo iniciar la conversación, siendo ella quien rompió el silencio con frase tranquila, contrastando con el sobresalto de la entrada.

—¿No siente usted, Luciano, la inminente proximidad de una desgracia?

—¡Pobres de nosotros, condesita! Una nube bien negra amenaza nuestra felicidad.

—¡Bien negra, por cierto! ¿No hay un medio capaz de conjurar todo ese peligro?

—¡Puedo yo tan poco...!

—¿Nada absolutamente le inspira a usted mi amor...?

—¿Qué puede un corazón inerme contra estos golpes tan certeros?

—¿Hablé de nuestro casamiento a monseñor, no sabe?

—¡Monseñor Santana! Preferirá verla mil veces muerta que unida a un pobre artista...

—¡Ah! ¡No puede usted imaginarse el terror que me causa ese hombre en cuyas manos mi voluntad se dobla como un junco! ¡Qué de cosas me dijo! ¡Arrancóme todas mis esperanzas! Fueron inútiles todas mis súplicas. ¡Ni mis lágrimas lograron conmoverle! Llegó hasta prohibirme entrar en la Catedral, a pretexto de no sé qué escándalo, cuyo sólo recuerdo me repugna...

—Me lo figuraba. ¡Después de aquella desgraciada noche todo era de esperar! ¡Si usted supiera cuánto me ha hecho sufrir esa imprudencia, hija tan sólo de mi irreflexión.

—¡Pero si no cometimos ningún pecado, Dios mío!

—¡Qué importa eso, María Elena! Son las apariencias las que nos matan. Ellas bastaron para envenenar las intenciones. Lo único que se pretende es alejarme de aquí, y lo han conseguido, puesto que no sólo me aparto de usted, sino que abandono también la Catedral.

—¿Es usted capaz de hacer eso?

—¡Qué remedio! Su eminencia está al cabo de todo lo que se murmura y, aunque justamente reconozca que los hechos han sido malsanamente exagerados, no puede dejar de proceder en virtud de esos mismos hechos. Ha llamado a don Porfirio, haciéndole ver la conveniencia de que presente mi dimisión, como lenitivo. al escándalo. Usted ya sabe que el patriarca fué quien me nombró; una indicación suya en contrario es pues una verdadera orden para mí. Por eso no puedo continuar aquí por más tiempo...

—¿Y va así a dejarme?... ¿Abandona su Catedral? Prohibiéndome también la entrada en la iglesia... ¿qué

va a ser de nosotros? ¿Qué va a ser de mí?... Al menos, si tuviera el recurso del claustro...

Tan sinceramente transparentaba este lamento la angustia de la condesita, reflejando el lindo rostro su alma martirizada, que el arquitecto sintió como si una mano suavísima acariciara sus dolores. Con voz húmeda de ternura preguntó entonces:

—¿Tanta pena le causa nuestra separación?

—¿Y usted me lo pregunta, Luciano?

—¿Qué hacer, sino aceptar lo irremediable?

Estas palabras, al parecer impregnadas de gran desprendimiento, lastimaron el corazón amante de la muchacha. Fué entonces cuando, a manera de súplica angustiada, de un desesperado llamar, como el que siente entre garras amenazadoras, María Elena exclamó, desvariando:

—¡Oh, sálvame, sálveme, Luciano! Tengo miedo de monseñor Santana. Temo a ese hombre como el ave que ve sobre su cabeza los giros del milano. Siéntome vencida por sus argumentos. ¡Y pensar que no soy libre que mi voluntad tiene que amoldarse a la suya, que tan sólo puedo amar a quien él me permita! Nada le importa de nuestro amor. El amor, para ese hombre, mientras no siga el rumbo que él desa, es una anomalía, un desequilibrio sentimental, desvíos del corazón que hay que corregir. Por muy encima de todo eso coloca él no sé qué superiores conveniencias de raza, qué imperiosas primacías de estirpe... ¡Sálveme, Luciano, sálveme! Sólo a su lado encuentro fuerzas para resistir. Cuando estoy aquí me liberto, como si un poder mayor neutralizase el del otro... Y él lo comprende; por eso, separándome de la Catedral, cree alejarme de usted...

Contemplaba Luciano conmovido el dolor de la condesita, de aquella mujer poseedora precisamente de todos los atributos para ser feliz, nimbada del triple resplandor de belleza, bienes y apellido. Veíala ante

él, trémulas las manos, implorándole auxilio para ser feliz y amar libremente... Un sentimiento de orgulloso poder reanimó su corazón, pero sólo un momento...; comprendía que sus fuerzas eran muy limitadas. Pura temeridad luchar contra tamaños adversarios. ¿Convencer a monseñor? No había ni que pensarlo... El administrador de San Martino no podía ceder, dentro de su lógica, ni una sola pulgada de terreno, fiel esclavo siempre de su inflexible norma de conducta. ¿Qué recurso quedábale entonces? ¿Revolverse abiertamente contra la fatalidad de las cosas, rompiendo francamente con la sociedad que las permitía? ¿No sería un desvarío semejante paso? ¿No comprometería con ello el porvenir de aquella muchacha, a cambio de una incierta ventura? ¿Qué había en el fondo agotado de aquel cáliz de oro? En aquellos momentos María Elena era suya, y, enloquecida por la pasión, olvidábase de todo: nombre, raza, cadena de tradiciones que la ataba al pasado... Pero, ¿y después? ¿No le pediría cuentas de su pasión? ¿No le reprobaría cruelmente su debilidad y condescendencia? ¡A qué tremendas responsabilidades se exponía! Más que nunca, dábase cuenta de ello ahora que la tenía delante, dispuesta a todo...

Luciano, clarividente, arrojó a las llamas de esta pasión torrentes del agua de su prudencia, no permitiéndole su buen sentido desorientarse, dejándose guiar por la brújula loca del corazón.

—No vaya usted a pensar, María Elena, que su dolor me es indiferente o no lo comprendo...; pero, ¿qué podemos contra el destino, que se levanta adverso ante nosotros? Pasado el tiempo, ¿quién sabe? Quizás monseñor vuelva de su acuerdo; por más duro que sea un hombre, siempre tiene algo de corazón. No perdamos la esperanza. Cuando monseñor comprenda que mi amor es una inclinación sincera, sin ningún inte-

rés bastardo, no tendrá más remedio que ceder... Ya ve usted que no me desespero...

Y el arquitecto, con pálida sonrisa, pretendía tranquilizar el alma torturada de la condesita. María Elena comprendió en seguida la intención de Luciano.

—No, no trata de ilusionarme. Usted sabe tan bien como yo que nunca ese hombre ha de cambiar; es inflexible, su entendimiento y su corazón giran en órbitas en las que nada se intercepta; no esperemos jamás que la piedad llegue un día a influir sobre su raciocinio. No intente convencerme...

Luciano quedó confuso, no sabiendo argumentar al verse descubierto.

—No me haga usted pensar que no es la prudencia quien dicta esas palabras, sino el deseo egoísta de librarse de mi preocupación, Si su amor no fuera bastante fuerte para soportar estas pruebas, o si usted rehusase porque otro hombre se interpone...

—¡María Elena!

—Perdóneme, Luciano, pero no comprendo esas evasivas y frialdades que me muestra ahora. ¡Oh, aquella noche en la iglesia!... Sus palabras delirantes, sus palabras de confesión... Era usted otro...

El muchacho estremecióse, fustigado por aquel recuerdo.

—Es verdad, era otro... La pasión alucinábame, mi corazón fundíase como una bractea que se entreabre a la presión de la flor, y mi amor desbordábase en torrentes irrefrenables.

—¡Que ya se agotaron, pobre de mí!

—¡Oh, María Elena, no sea usted injusta! ¿Cree usted que no la amo? ¡Si mi vida daría gustoso por usted! ¡Que los torrentes se agotaron!... Es verdad, ya no corren tan impetuosos como antes, del corazón a los labios; ¿pero un río deja de ser río porque algo se interponga a su paso? ¡Ah, mi amor no se agotó, María Elena; está reprimido, acumulándose aquí dentro.

infiltrándose por todo mi sér! De este mi amor estoy completamente lleno; no puedo contener ni una sola gota más...

Al oirle, la condesita cobró aliento.

—Como es preciso decir todo, hablaré—continuó Luciano, conmovido—. Mejor el cauterio de la franqueza, que las medias frases equivocadas. ¿No encuentra usted imposible nuestro amor? Está usted muy alta para descender hasta mí, y yo muy bajo para llegar a su lado. Piense bien, María Elena, en lo ridículo de nuestra unión. ¿Ha pensado usted alguna vez qué liga impura, qué irrisoria amalgama resultaría de la mezcla de nuestras vidas? ¡Reflexione en ello, María Elena!

—¡Las mismas palabras de monseñor!—murmuró, desalentada, la condesita—. Las razas, las tradiciones, los prejuicios... Todos conspiran contra mí. ¿Para qué luchar? ¡Usted lo ha dicho, es inútil! Monseñor es el más fuerte; ¡hágase su voluntad!... ¿No sabe usted que han pedido mi mano?

—¡Ah!

—El conde de Peñafiel.

María Elena narró con calma:

—El conde estuvo a almorzar en San Martino la semana pasada, y lo más extraordinario es que monseñor consiguió arrastrar al duque hasta la mesa, distrayéndose con las anécdotas de caza de don Luis. Después paseamos por los jardines, mientras monseñor alejábase con mi padre del brazo. El conde mostróse amablemente lisonjeador, haciéndome medias declaraciones...

Luciano sentóse, aniquilado, sobre un «fauteuil», sintiendo en el corazón la sutil desgarradura de los celos.

—¿Y usted le oyó? ¿Sonrió condescendiente a los galanteos de ese hombre?

La muchacha continuó, impasible:

—Al día siguiente monseñor hablóme de don Luis, alabando sus dotes personales, su bondad de alma y

su primorosa educación, concluyendo por declarar que el duque deseaba nuestro matrimonio. Mi silencio fué interpretado como aquiescencia. ¿Qué remedio, sino ceder? Si nuestro amor es imposible, hágase la voluntad de monseñor. Si Luciano me repele, nadie me librará del conde... Y, después de todo, mostróse tan amable...

—¡Qué transición..., es inexplicable! ¿Qué ha venido usted entonces a hacer aquí? ¿Para qué esta comedia?

Luciano transtornóse completamente. Su voz silbaba al salir de su pecho arqueado. Su cabeza ardía; extraños zumbidos mortificaban sus oídos; los labios secos, las manos trémulas y húmedas. Invadióle una especie de desvanecimiento. Torbellinos de ideas confusas danzaban en su cerebro, idiotizándole; los párpados pesábanle, como de plomo...

María Elena seguía ansiosamente los cambios en aquella fisonomía, en la mirada inerte, en la faz lívida, en la postración de todo el ser, abatido, aniquilado, en la conciencia de la gran desventura... Y no pudiendo ya contener la irrupción de la ardiente sangre de su raza, lanzóse en brazos de Luciano, rodeando su cuello en efusiva explosión de caricias contenidas.

—Perdona, perdona... No quiero a ese hombre. No oí sus palabras. Resbalaron por este corazón donde tan sólo reinas tú, mi amor. ¡Mi Luciano!

El arquitecto estremecióse. Emociones tan bruscas fundiéronse en lágrimas ardientes. Con una ternura fraternal, desposeída de sexo, manando de fuentes en las profundidades vivas de su sér, abrazó a aquella cándida doncella, llorando largamente en su regazo, como en el de una hermana, en justo desahogo de sus grandes angustias disimuladas.

—Libres, al fin, ¿no es verdad, Luciano? Nada nos ha de separar de aquí en adelante. Todos los obstáculos cayeron deshechos por tus lágrimas. Huyeron las som-

bras ante la alborada de nuestro amor... La vida nos llama... realizaremos nuestro sueño...

—Sí, sí... lo que tú quieras...

—Nos iremos lejos, a otras tierras, donde los jardines estén siempre en flor y los cielos cubiertos de estrellas...

—Sí, sí... lo que tú quieras...

—Desconocidos de todos, perdidos en las multitudes, iremos, como peregrinos de amor, por los santuarios de Dios, de Catedral en Catedral...

—Sí, sí... lo que tú quieras...

—Visitaremos todas esas lindas Catedrales de Francia, cuyas bellezas nos impedirán entristecernos con el recuerdo de la nuestra. ¡Qué extrañamente hermosas nos han de parecer al recorrerlas juntos! Nos arrodillaremos en éxtasis en la deliciosa e incomparable Chartres, con su cripta de «Nuestra Señora de Debajo-de-tierra», de la que me has hablado siempre tan conmovido...

—Lo que tú quieras, lo que tú quieras...

Luciano dispuso todo para la fuga...

Un automóvil, poco antes de las once, llegó hasta las «Puertas del Sol», deslizándose mansamente, como una sombra, y deteniéndose un tanto alejado de la media naranja de la plaza. El arquitecto esperó dentro a que la condesita apareciese, estremeciéndose cada vez que algún bulto doblaba la esquina. Consultaba el reloj, devorado por la impaciencia. Parecíale que el tiempo suspendía su marcha. Los minutos eran eternidades. Las once desgranaron, al fin, de lo alto de las torres de San Vicente. El corazón saltábale en el pecho. María Elena iba a llegar. Desde el auto, los ojos de Luciano miraban fijamente el sitio por donde debía aparecer, tomando a cada transeunte por ella misma...

Cinco minutos..., diez... Impaciente, el artista saltó del automóvil, yendo a apostarse junto a los muros

de Santa Lucía, con objeto de dominar mejor la plaza del «Contador Mayor», casi desierta a aquellas horas. Animado por la soledad, atravesó la plaza. Alguien pareció destacarse del palacio. El arquitecto retrocedió. Era un transeunte que salía de la calle de las Damas. De nuevo el artista encaminóse hacia el paseo de Santa Lucía, con el alma posesa de mortal inquietud, escudriñando la plaza borrada en sombras. ¿Por qué la tardanza? ¿Ocurra algo en San Martino? Era posible que la condesita mudase de resolución. ¿Les habría descubierto monseñor Santana? Luciano miró el reloj. Hacía tiempo habían pasado las once y media. Cualquier obstáculo imprevisto había frustrado todo el plan. ¿Qué podía haber sido? Y pensaba en monseñor, figura siniestra alzada entre los dos, cual fatídica sombra.

Nerviosamente, no pudiéndose contener, cruzó la plaza, encarándose ante la fachada muda del palacio, cerrado como un sepulcro. Por la puerta del sur debía haber salido María Elena. Resueltamente aproximóse hasta la misma puerta, deslizándose a lo largo del viejo edificio adormecido. Dentro nada se oía. De los lados de la calle de «Don Fadrique» voces avinadas tarareaban «couplets» de una revista en voga. Dos bultos desembocaron en la plaza, siguiendo en dirección al «Limoeiro». Luciano apartóse. Decididamente, la condesita no venía ya. Algo grave había acontecido. En la duda, esperaría algo más. Podía muy bien suceder que una visita inesperada, la presencia de monseñor, cualquier cosa anormal, en fin, la impidiese salir... Los transeuntes eran más raros cada vez. Los tranvías eléctricos pasaban llenos de gente y rebosantes de luz, camino de «Graça» (1). Con lentitud, las campanas de San Vicente señalaron la media noche. Luciano despidió el automóvil, zambulléndose en las sinuosas calles de la «Alfama»... (2).

(1 y 2) Barrios de Lisboa. —(N. del T.)

Febrilmente, la condesita vaciaba los cajones de un vargueño maqueteado, arrojando en montón sobre el mármol de su tocador joyas, anillos, brazaletes, hilos de perlas, collares... Riquísimo tesoro de herencias de siglos, siempre aumentadas de generación en generación. Al encontrarse con un cofrecillo de sándalo, abrió-lo apretando el resorte y de un estuche color yema sacó un crucifijo de oro, trifoliado, que irradió en la penumbra de la sala la luz de sus ardientes carbunclos. Repetidas veces besó la cruz, no por su valor, sino movida, sin duda, por algún recuerdo. Desenredó el hilo de oro que tenía, y, desabrochándose el corpiño, púsose al cuello la preciada joya, la que fué a posarse dulcemente entre el seno.

Después de la comida, a las nueve, fué cuando quedó completamente libre, embargada toda la tarde por una celadora del Apostolado, y tenía suficiente tiempo para prepararse...

La cita era a las once. La condesita saldría por una puerta de servicio, reuniéndose a Luciano que la esperaba en un rincón de las «Puertas del Sol». Después, como un relámpago, saldrían para la frontera, y cuando en San Martino vinieran a percatarse estarían ya bien lejos... Reíase al pensar en la cara que pondría monseñor cuando le anunciaran su fuga... Activamente, a saltitos como un pájaro, recorría María Elena la habitación, abriendo cajones, investigando muebles, sacando joyas, volcando cofres y estuches. Hizo que sus dos criadas se acostaran, no confiando a nadie su secreto.

Aquel día le pareció larguísimo. El tiempo se estancaba. ¡Cuánto trabajo para llegar a la felicidad! ¿Dónde se encontraría al día siguiente a esta misma hora? En algún hotelito de provincia, con su balcón sobre jardines y un río cercano, gimiendo la canción de sus aguas... Y pasarían la noche oyendo abajo el correr del agua y mirando en alto las estrellas. Pensaba ahora

que jamás contemplara el cielo con Luciano, que nunca se enternecieron juntos ante un mismo paisaje... Siempre absortos con las piedras de la Catedral, no se les ocurrió que existían astros, campos, cosechas de oro, montes y panoramas de ensueño. Esta evocación de recorrer el mundo con Luciano poníala febril. Un acre y penetrante aroma de montañas, fuentes vivas, arboledas y nidos alborozó su sangre, encendiéndole en la mirada una llama lúbrica de deseos.

En el silencio de la sala sonó de improviso el timbre de un reloj, volviéndola brutalmente a la realidad.

—¡Las diez ya!—murmuró.

Y un escalofrío recorrió su cuerpo, reaccionándolo de tal modo, que la sangre, enfriándose en las venas, la hizo tiritar... Fué hacia una ventana entreabierta, cerrando los cristales. Púsose entonces a pasar revista a todo, por si olvidaba alguna cosa. Los trabajos del Apostolado quedaban en orden. Las cuentas de modistas y proveedores estaban pagadas. ¿Y el duque? Pensó en él emocionándose súbitamente.

—No puedo irme sin dejarle dos palabras.

Y dirigiéndose a un escritorio, comenzó a escribir a su padre. A las primeras frases de despedida conmovióse profundamente, a pesar de que el corazón del duque, helado por la misantropía, la había casi relegado al olvido, contrastando esta indiferencia con la ternura de otros tiempos. A pesar de todo era su padre, y quién sabe el lugar que ella ocuparía aún en su martirizado corazón...

El reloj dió las diez y media. María Elena sobresaltóse. Grandes palpitaciones sacudíanla violentamente. ¡Con qué volocidad pasaba el tiempo! La condesita preparóse definitivamente, haciendo su «toilette». En espera de que sonaran las once recostóse contra la ventana que daba a los jardines. La confusa mancha de los árboles surgía del fondo de las tinieblas, y por encima de los tejados, en el plano superior, vislum-

brábase la ciudad fosforescente, con los grandes ríos luminosos que marcaban las avenidas de la «Baixa» (1).

Sintióse conmovida. Abrió la ventana. Un murmullo de ola subió hasta la terraza. De la estación central llegaban silbidos de máquinas. Una opresión apoderábase de ella a medida que el momento iba aproximándose. Dejaba con tristeza San Martino, aquel interior tan confortable y cariñoso, sus habitaciones al Mediodía, sobre los jardines, tan alegres y llenas de vida cuando el sol de invierno acariciábalas con sus tibias oleadas de luz...

Súbito miedo apoderóse de ella, miedo inexplicable, miedo al misterio en que se iba a hundir, a lo desconocido que se alzaba a su paso. ¡Pero tenía a Luciano, que la guiaría, tranquilizándola por la fuerza de su voluntad y la confianza en su fe!

María Elena consultó el reloj. Iban a dar las once... No había momento que perder. Un tanto trémula, cerró la ventana, encendiendo muy conmovida la vela de una palmatoria de plata. Salió de su alcoba, atravesó el tocador contiguo, sacando la cabeza para inspeccionar el gran corredor enladrillado que circundaba, como en un monasterio, el piso principal del palacio. De este corredor arrancaba otro más estrecho, a poca distancia de los aposentos de la condesita, a cuyo fondo encontrábase la galería de retratos: un salón enorme, del siglo XVI, forrado de telas y «panneaux» con las figuras de sus antepasados. Por esa galería, atravesando salas deshabitadas, era por donde la muchacha pensaba salir hacia la puerta de la calle, sin correr el peligro de encuentros con criados del duque. María Elena espió cuidadosamente el corredor, y de puntillas, aguantado la respiración, alcanzó medio sofocada el pasillo transversal, penetrando en la

(1) La parte baja y más céntrica de la ciudad.—(N. del T.)

galería, que aquella tarde a propósito dejara abierta. El corazón, saltándole en el pecho, golpeábale las sienes, atontando su cabeza con martillazos sordos. Tenía la frente bañada en sudor. Un temblor convulsivo agitaba sus miembros, pudiendo apenas sostener la luz. ¿Qué miedo era aquel? ¿A quién temía? ¿Qué poder oculto sujetábala en el umbral de la galería, paralizando su voluntad, quebrando todas sus energías? Parecía que sus pies pegáranse al suelo... Diríase haber penetrado en otro ambiente de diversa densidad, de tal modo alteróse su respiración, oprimiendo su pecho e impidiéndola andar, moverse... Quiso luchar, expulsar, reaccionar aquella terrible pesadilla que la envolvía como con torpeza de ensueño, interrumpiendo su lucidez con paréntesis obscuros, como esas neblinas de las mañanas de otoño que galopan delante del sol en alternativas de luz y sombra. Pensó en Luciano, que la estaba esperando, en su palabra dada, en sus compromisos... Y esta evocación fué tan intensa, que, surgiendo al fin su voluntad, avanzó resueltamente con paso firme. La llama de la vela, en el aire dislocado por la marcha precipitada, osciló, haciendo danzar las sombras en techos y paredes en derredor de María Elena. Temiendo que la luz se apagase, detúvose la muchacha mirando a todas partes. El aspecto de la sala, casi desnuda, con las paredes cubiertas de alto a bajo de telas ennegrecidas, heló su alma. Los rincones, los techos artesonados con pinturas borrosas, confundíanse en sombras. La energía tan difícilmente recobrada desvanecióse nuevamente. La vista nublóse, las piernas se le curvaron, dirigiéndose, tambaleando, próxima a caer, hacia una butaca, donde se desplomó pesadamente. El aniquilamiento era superior a sus fuerzas. ¡Ni el camino de Jesús hacia el Calvario! ¿Cómo explicar esto? ¿Sería un delito lo que iba a hacer? ¿Ofendería a Dios con aquello? ¿Su huída en medio de la noche hacia un amor muy grande y

puro, mas sin la sanción augusta del sacramento, constituiría acaso un pecado? ¿Tendría razón el padre Santana? ¿Sería verdaderamente un crimen, una impiedad sacrílega aquel desacato a las tradiciones venerables, impuestas por el destino? A su mente acudieron en tumultuoso tropel todos los argumentos del viejo preceptor, evocando delante de ella, con gravedad litúrgica, el respeto y el culto del pasado, la unidad sagrada de la raza, lo que era necesario mantener sin interrupción a través de las generaciones, la majestad de su gran apellido, incorruptible como una hostia en el engarce de la tradición...

Un gran silencio caía sobre el palacio. Todo parecía petrificado en la quietud de la noche. Tan sólo la lucecita de la palmatoria, viva como un corazón palpitante, inquieta y agitada, alargaba su ojiva de oro en bruscas ondulaciones, súbitos raptos místicos. En esta calma inerte de las cosas, la llamita triunfaba de las sombras, y de su pulverización luminosa, vagamente tamizada, surgían, animándose, los viejos cuadros de la galería, con el tono vivo de las encarnaduras y el brillo despierto de las miradas resaltando de los conjuntos mates de las vestiduras y de la mancha negra de los fondos. Hubo un momento en todas aquellas figuras miráronla con tal insistencia, con expresión tan natural, que la condesita estremecióse al sentirse observada. Leía en los ojos de sus antepasados las mudas recriminaciones, condenaciones y protestas que se destacaban de sus actitudes graves y de sus austeras fisonomías. ¡Hasta ellos reprobaban lo que iba a hacer, irguiéndose contra ella desde las sombras muertas de los cuadros!

Mortales desalientos, dudas íntimas desconcertáronla de tal modo, que la infeliz sintióse como si cayera sordamente en un precipicio sin fondo.

Desmoronáronse en su interior todos sus ensueños, todas sus ilusiones...

Como último recurso de un creyente en esperanzas de un milagro, María Elena postróse, elevando sus manos en una angustiosa y desesperada súplica que fundió su corazón.

Las oraciones y las lágrimas derramaron sobre ella oleadas de consuelo. Traduciendo aquel alivio por intercesión divina, la condesita levantóse de nuevo, reanimada, cogió la palmatoria y dirigióse decididamente en demanda de la salida. Tras ancho marco, cubierto de espesos reposteros de rígidos pliegues, encontrábase la puerta de roble, que comunicaba con el corredor de servicio. María Elena, apartando los tapices, hizo girar la puerta trabajosamente. El aire fresco del exterior acarició su rostro, ondulando levemente la llama de la vela. La condesita escuchó unos momentos. Nada se oía. El corredor estaba desierto... De repente movióse el repostero. Un soplo misterioso, procedente de no se sabía dónde; un suspiro profundo que parecía el alma materializada del viejo palacio salió de la galería, pasando tras la joven, que sintiólo en la piel como un aliento vivo, y doblando la luz extinguióla deshecha en las tinieblas... Un grito rasgó el silencio del palacio, y el cuerpo de María Elena rodó por el suelo.

XVI

Luciano descendió por la escalera de servicio, atravesó el claustro y penetró en el deambulatorio. Había resuelto no abandonar la Catedral sin dejar colocada la última piedra, digno sello que cerrara su obra. Entre aquellos bloques, únicos testigos de su amor, que el arquitecto levantara en milagro de genio y equilibrio, quedaba por entero su corazón, ahora que María Elena, desvanecida cual quimérica visión de ensueño, no existía para él.

Su espíritu habíase, al fin, encalmado. Una resignada dulzura apoderóse de él lentamente, vivida la angustiada y tormentosa noche en que pensara enloquecer. Fué como si las muchas lágrimas que vertiera hubiesen pulverizado sus sangrientas heridas, extinguiendo los irrefrenables fuegos de su pasión.

Pasaron ocho días.

El arquitecto vivía ensimismado en sus trabajos, cansando el cuerpo y adormeciendo el alma. Muchas veces ayudaba manualmente a los canteros, en los últimos toques de la capilla. Sentía prisa de concluirla para huir de allí en busca de nuevos horizontes, aún sin rumbo fijo, tan incapaz se hallaba de iniciativas y estímulos. ¡Qué porvenir el suyo, allá fuera, con su ingénito horror a la vida frívola y banal, tan llena de mentiras y miserias! Sentíase incapaz de descender desde las alturas del arte, abandonando su culto a la

belleza para confundirse con los demás en la baja idolatría de la innoble concupiscencia de los sentidos.

¡Felices Juan Coutiño y el padre Anselmo! Al menos, sus ideales, enraizados tan en lo hondo de su pensar, defendíanlos contra los ácidos corrosivos de la duda. Ellos, conociendo sus aspiraciones, sabían su camino...

El deambulatorio estaba desierto. Rezábanse en el coro los últimos salmos de las Horas menores. Los trabajadores descansaban. El artista, al penetrar en la capilla, se estremeció contemplando los capiteles, donde entre una flora delicadamente laborada sonreía el rostro de la condesita, obra de su propio cincel. ¡Con cuánto amor esculpió aquellas adoradas facciones en los primeros días de su pasión naciente! ¡Oh, aquel su amor! Ni siquiera quiso indagar la razón por la que María Elena desdeñó su cita; ¿para qué? Comprendía lo lógico de todo aquello; tenía que suceder; fuera locura querer luchar contra el orden preestablecido; un temerario tan sólo opondríase a la fatalidad de las cosas... Sentíase vencido por una lógica suprema. La Monforte tenía necesariamente que seguir el camino que su destino la trazara. ¿Podía hacer otra cosa? ¿Lanzar sus deseos por otros rumbos? Desde que trató de poner en práctica sus designios, la contradicción surgió ante ellos, deshaciendo todo, como prueba de híbrida alianza. ¿Y no era, en efecto, híbrida esa heterogénea unión de sus dos castas antagónicas?

Sintiendo pasos a sus espaldas, volvióse el artista. El padre Anselmo acercábase con hábitos de coro. Luciano tenía por el capellán-cantor un afectuoso cariño, tanto que al verle con expresión pesarosa y aire contristado sintió que las lágrimas subían a sus ojos, apretando conmovido la mano del sacerdote en un mudo saludo que lo decía todo. Desde el día en que le visitó en el «Capítulo» con objeto de prevenirle contra las murmuraciones, no le había vuelto a ver. Mas la

noticia de su dimisión como director de las obras corrió tan velozmente, que nadie en la Catedral debía ignorarla.

—También me voy, Luciano—díjole el padre Anselmo—. Salgo para Inglaterra a fin de semana.

—¿Qué? ¿Para los Benedictinos?

—Sí, al convento...

—Feliz usted, que va a realizar la aspiración de toda su vida.

—Aspiración bien sencilla y bien fácil...

—Es verdad, bien fácil... ¿Y cómo lo consiguió, al fin?

—Gracias a la intervención del señor patriarca, a quien se lo había pedido hace mucho tiempo. Sus continuas ocupaciones y la política enrevesada del día hiciéronle olvidar mi demanda; mas después de los sucesos aquí ocurridos ha decidido su eminencia embarque para Inglaterra a fines de semana, donde ingresaré en una abadía cuyo nombre aún ignoro.

—Envidio su suerte, padre Anselmo.

—¿Quién le impide a usted venir conmigo?—replicóle el capellán-cantor, mirándole al fondo de los ojos—. Ya sabe usted que en todos los monasterios benedictinos reciben oblatos...

—No, no quiero decir eso; envídiole por ver realizado su ideal. ¿Yo en un convento? ¡Si apenas soy creyente! Nunca me resignaría a sepultarme en un claustro. Encuentro bellezas en la oración, por ser ella la prolongación del hombre hasta los confines del universo. Gusto de la liturgia, por considerarla el arte de hablar más dignamente con Dios, como el verso es la forma más perfecta de hablar de amor a una mujer. Tan sólo porque es arte, acción, creación y vida... No, padre Anselmo, jamás me amoldaría a la inacción del claustro; carezco de temperamento para ascetismos místicos, lo cual no quiere decir no comprenda el sentido superior de la liturgia, mejor mil veces que mu-

chos de esos que la recitan diariamente sin darse cuenta de lo que dicen.

—Le comprendo, le comprendo, Luciano. Y para ello no es preciso ir muy lejos. Ahí hay sacerdotes que dan vueltas a la noria litúrgica con una tupida venda en los ojos... Nada de extraordinario, si se piensa en la vida de toda esa gente, vida devorada, como la de los de fuera, por las mismas necesidades e idénticas ambiciones. ¿Cómo van a ver a Dios a través de esas neblinas de mundanismo? Convénzase, amigo mío; sólo en la paz de un retiro, sin aspiraciones ni deseos, desprendiéndose de todo lo mundano; tan sólo en esa impecable serenidad del claustro, en plena vida espiritual, llega mejor a Dios el puro incienso de nuestras oraciones.

—No es muy ortodoxa que digamos esa afirmación. La misma Iglesia...

—La Iglesia—interrumpió el sacerdote con amargura— atraviesa momentos muy duros. ¡Ojalá me engañe! Créame usted, Luciano, el régimen separatista, dando los últimos golpes a la religión oficial, pone en serio peligro la existencia material del clero. Precisamente ahora en que el Estado la abandona, después de expoliarla, asentándose la Iglesia únicamente sobre los hombros de sus hijos, vamos a conocer quiénes son los verdaderos creyentes, quién es capaz de un sacrificio, quién la ama por ella misma, no por sus honores ni sus bienes. Repare usted en lo que aquí pasa y no quedará nada edificado. Los capitulares que llenaban esos bancos han desaparecido como por encanto, quedando tan sólo los indispensables para despachar rápidamente los oficios, sin interés ni belleza. Las misas solemnes acabáronse. Los músicos de capilla, de tan seculares tradiciones, huyen a los teatros y cinematógrafos, mientros los cantores de los prosas divinas prostituyen sus voces en café-conciertos, cantando obscenidades a duo con muje-

res dudosas... Día más, día menos, concluirán con el oficio divino. Ultimo relámpago de un gran sol que se extingue...

Estas frases de un creyente sincero, resonando en el frío abandono de la Catedral, dábanle la sensación sentida otras veces, de haber pasado la vida adorando una momia, ilusionado con los harapos de un débil culto moribundo. ¡Don Fulgencio, el canónigo, tenía, pues, razón!

El padre Anselmo ensalzábale ahora la belleza de la capilla de la Virgen, delicada maravilla arquitectónica, sintiendo que la condesita no pudiese contemplar su sueño realizado, con el alma limpia de inquietudes y corazón alegre.

—¿Piensa usted que para ella ya no tendrá interés?—preguntó el artista, alborozado ante la evocación, deseando aprovechar la coyuntura para saber noticias de María Elena.

—Claro que no. La infeliz es materia dócil en las manos de monseñor Santana. Puede usted estar seguro que mientras estemos en la Catedral no volverá a poner los pies en el templo. ¿No sabe usted que la semana pasada se la llevaron enferma a casa de sus tíos de Braga? Vea cómo cambian los tiempos; jamás ausentóse la condesita de San Martino sin prevenirme; ahora me enteré de su viaje por casualidad, al despedirse su preceptora inglesa, enviada también por monseñor hacia las brumas tristes de Albión.

Y compendiando sus añoranzas en un gran suspiro, murmuró:

—He de tenerles muy presentes en mis oraciones, allá en el convento.

Despidiéndose de Luciano con la promesa de abrazarle antes del viaje, encaminóse el capellán-cantor hacia el coro, donde iba a comenzar la misa.

Concluíase aquella tarde la bóveda de la nueva capilla con la colocación de las últimas piedras. Luciano recogía en el «Capítulo» todas sus cosas, preparándose para la partida, vaciando estantes y encajonando libros y objetos de arte. ¡Cono qué tristeza abandonaba aquel recinto donde soñara tanto! Aún faltaban algunos días antes de que la obra de la capilla quedase completamente terminada.

Al salir del «Capítulo» encontróse abajo a Juan Coutiño, el que le dió ciertos detalles referentes al montaje del altar gótico. Al separarse díjole el cantero con aire irónico:

—Después de todo, hacemos bien en apresurarnos con la capilla...

—¿Qué quieres decir?

—A causa de ese casamiento...

—¿Qué casamiento?

¡Ah! ¿Pero es posible que no lo sepa?

El artista empalideció.

—Explícate, no sé nada...

—El canónigo Rocha nos leyó esta mañana que la Monforte casábase con un conde de no sé qué...

Luciano se apoyó en la pared para no desplomarse.

—Y lo más interesante—continuó el operario—es que se verifica en la capilla nueva. Al menos, eso leyó el canónigo...

El arquitecto volvió al «Capítulo», tambaleándose, dejándose caer sobre una butaca. Sufría horriblemente; dábale vueltas la cabeza e inquietas centellitas zarabandeaban delante de sus ojos. ¿Qué había hecho para que lo torturaran de esa manera? ¿Sería verdad? No, no era posible descender a tan bajas venganzas. Imposible semejante perversidad. Quién sabe, quizás no fuese cierto. Una broma de mal gusto de ese vil canónigo Rocha. Y saliendo del «Capítulo» envió a buscar varios periódicos. La información era exacta. Todos insertaban la noticia. La condesita de Villa Real (Mon-

forte) uníase en matrimonio, el próximo otoño, con el conde de Peñafiel, don Luis de Sotto Maior. La ceremonia nupcial, presidida por el eminentísimo cardenal patriarca, encargado de dar la bendición apostólica, realizaríase en la nueva capilla de la Catedral, primor de arte gótico, bendecida y abierta al público en ese mismo día, después de efectuada la restauración. Y el noticiero—un cronista de salón—referíase a la pompa solemne con que se revistiría tal acto, hablando del «frisson» que sentiría, sin duda, la aristocrática asistencia, debido a la conjunción de dos ceremonias religiosas aureolando con doble nimbo el feliz enlace de la noble pareja...

¡No, no podía ser! ¡Era demasiado! ¡A toda costa evitaría se mofaran de su dolor, pisoteando su desgracia! La capilla era obra de él, hija de su genio. ¡Y si él la levantó del suelo, muy capaz era de destruirla! María Elena no saldría jamás de allí del brazo de otro hombre. ¡Nunca el sacrilegio de tamaña traición profanaría la inmaculada obra de sus amores!

Y poseso de idea repentina, aprovechando la noche que avanzaba, descendió al deambulatorio, penetrando en la capilla, donde aguardó a que obscureciese del todo y la Basílica estuviese desierta. Quería provocar un desmoronamiento de la bóveda, aún fresca y acabada de cerrar, por un aflojamiento de los cintreles. El arquitecto corría el riesgo de quedar sepultado bajo los escombros, pero quizás esa contingencia formara parte de sus planes. ¿Para qué la vida sin un ideal?

Luciano comenzó en la sombra su difícil tarea, deshaciendo las ligaduras de los andamios y tratando de romper con el menor ruido posible las articulaciones de los maderámenes. Trabajo inútil, por ser muy superior a sus fuerzas. Con las manos ensangrentadas, fatigadísimo, consiguió de madrugada que los cintreles cedieran un poco; mas la bóveda resistía, mantenién-

dose firme en el riguroso equilibrio obtenido merced a los cálculos sabios.

Fué un verdadero alboroto el que estalló aquella mañana en la Catedral, cuando los obreros entraron en la capilla. El maestro de obras corrió a prevenir al arquitecto, dándole cuenta del infame atentado. Sin duda, los sacerdotes enemigos de la restauración. ¿Quiénes otros, sino, iban a ser los criminales? ¡Durante la noche habían intentado dislocar los armazones de madera, con objeto evidente de que la bóveda viniese al suelo!

—Los que tal hicieron o estaban locos o eran unos ignorantes—exclamaba el maestro Rodríguez—. Si el material da de sí y se derrumba, los ratones quedan dentro de la misma ratonera...

Comentóse lo sucedido durante todo el día, y, como la prueba de solidez habíase realizado, los obreros concluyeron de retirar el andamiaje, pudiendo Luciano y sus hombres contemplar a su sabor la nueva capilla, verdadera belléza arquitectónica.

La estructura habíase alterado completamente. Una iglesia gótica en miniatura, conforme a los deseos de la condesita, erguíase levemente vaporosa cual creación de ensueño en medio de la curva del deambulatorio. Contaba con su nave central, arcadas de ojiva descansando en gráciles columnillas y dos minúsculas naves laterales. El ábside redondeábase, rasgado por altos ventanales en lanceta, en espera de los vitrales.

Un verdadero prodigio engendrado por la pasión de un poeta, que consiguió materializar el sueño caprichoso de una princesa medioeval.

Luciano sintió que las lágrimas ardientes bañaban su rostro. ¡Con qué ansia y emoción había deseado aquel momento, esperado aquel día para entrar allí con María Elena, arrodillándose juntos en adoración muda de aquella obra, hija de su comunión espiritual,

tan pura, tan bella y adorable como la misma pasión que la dió vida!

Juan Coutiño, notando la emoción del arquitecto, tomóle por el brazo, arrastrándole a un rincón desierto del deambulatorio. Tiempo hacía que cierta corriente de confianza habíase establecido entre los dos. Luciano supo adivinar en el obrero una gran inteligencia puesta al servicio de una noble causa, doble simpatía que trajo la amistad.

—Desahóguese aquí. Bien sé lo que sufre. Comprendo sus sentimientos como si fueran míos. Aunque cierta diferencia social nos separe, nuestro ideal es igualmente alto, teniendo ambos la misma fe en los bellos destinos de la humanidad. Le veo solo, con el alma de luto. ¿Por qué no se franquea conmigo? ¿Por qué no se apoya en mi brazo?

Tan sincera y leal solicitud enterneció aún más a Luciano, abrazando fuertemente a Coutiño.

—Eres bueno, vales más que todos nosotros, porque eres la boca que clama justicia y el brazo que trabaja y produce. Orgullézcome de ser tu amigo, confidente de mis dolores. ¡Ah, Juan Cautiño, si tú supieras cuánto sufro!

—¡No me diga nada, todo lo sé! Desde el momento en que se apasionó por la Monforte, hasta la desesperación de la noche pasada, buscando la muerte entre los escombros de la capilla...

El arquitecto confundióse al saber descubiertos sus pensamientos íntimos.

—¿Cómo has adivinado?

—Por simple deducción, naturalmente. Y permítame decirle que un hombre con la inteligencia, la energía y el carácter de usted, tratando de suicidarse comete idéntico crimen que el que disipa su vida inútilmente en orgías y devaneos.

—¿Qué quieres? ¡He sido víctima de las iniquidades sociales!

—No transija usted con el mal. Atáquelo en su raíz. Quien capitula sin luchar da prueba de flaqueza. Y usted no es débil, está desorientado... ¿Por qué no lucha por mi ideal?

Luciano meneó la cabeza.

—¿Tendría energía para ello? ¿Y si a medio camino me cansase? Además, no concibo un apostolado sin dedicarle mi vida entera.

—Entonces, ¿qué piensa usted hacer?

—¿Qué pienso hacer? Lo primero destruir la capilla. Comprende que para mí es intolerable el sacrilegio de ese enlace bajo las bóvedas que yo levanté...

—¿Persiste usted en eso? Piense que es un crimen de leso arte.

—¿Tendrías tú valor de ver prostituído por otro hombre el nido de amor levantado por ti?

Juan Coutiño miróle fijamente, tratando de leer en su alma. Inteligente como era, dióse cuenta en seguida el «meneur» que, a pesar de comprender Luciano su ideal, nunca podían juntarse en el mismo camino, a causa de ciertas razones sentimentales. La más fuerte, sin duda, la capilla, ensueño de su juventud, especie de castillo roquero donde se refugiaba, como último reducto, el alma romántica del artista. Si el propio Luciano quería destruir este obstáculo, había que dejar a la vida seguir su curso. Y sin dudar más, consintió prontamente:

—Dicho y hecho. Deje la capilla por mi cuenta. Una vez más la dinamita estallará, desembarazando el camino de la Idea.

—No, Juan Coutiño, de esa manera, no. Es demasiada violencia; podríamos hasta comprometernos.

—Creo no querrá usted desmoronarla piedra a piedra...

—Tampoco.

Visto que el primer intento le había fallado, ideó

un medio más práctico de destrucción, recordando antiguas lecturas.

—Tengo un plan menos ruidoso que el tuyo y no menos seguro—explicó el artista—. Pide a los carpinteros unos cantos trozos de madera bien sólidos, en forma de cubos, y ven con ellos mañana. Trae además algunas herramientas.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso...

Separáronse. Al día siguiente Luciano, con los paralelepípedos cortados, dirigióse con Coutiño a la capilla, abriendo la puerta de la valla de madera que aún la protegía, y cuya llave poseía él sólo. Comenzaron entonces la metódica obra de destrucción. Abrieron la tierra al pie de las columnas, arrancando unas cuantas piedras e introduciendo en su lugar un pedazo de madera ajustado perfectamente al agujero. Hicieron esto lentamente, con maestría, sin precipitaciones, consiguiendo que al cabo de dos días toda la presión de la bóveda descansase sobre los paralelepípedos de madera. En la tarde del segundo, Luciano mandó buscar virutas y algunas astillas, metiendo todo en los intersticios de los cuñetes del pie de las columnas y prendiendo fuego.

—Pasado mañana, lo más tarde... había aquí una capilla—dijo Luciano, sonriendo tristemente.

—Confieso que el método es bastante ingenioso e infalible.

—Pero no original, como supones. Servíanse de él antiguamente... los bárbaros.

Y dando un suspiro alejóse el arquitecto, acompañado de Juan Coutiño.

XVII

Ya habían dado las once. Luciano, ahogándose en el pequeño gabinete del «Capítulo», salió a la terraza, ansioso de aire fresco. Bajo la noche clara y estrellada no corría por aquel lado ni un soplo de brisa. Descendió entonces por la escalera del cuarto del fuelle y entró en la iglesia por la galería del triforio. Al fondo de las naves en sombra, las llamitas débiles de las lámparas parecían rojas lágrimas en suspensión. El artista asomóse a la ventana de la torre del lado norte, al nivel de la galería, hundiendo la vista en el caserío que extendíase a sus pies. Metióse luego por la estrecha escalera de caracol, donde apenas podía revolverse una persona, subiendo a obscuras hasta lo alto de la torre. La ascensión hacíase penosa por la pendiente espiral abierta a tornillo en el interior de la mole ciclópea. Sintió un gran alivio al encontrarse en pleno aire, por encima de los tejados, recibiendo la fresca brisa que llegaba del mar.

¡Qué espectáculo el de la ciudad, a aquella hora y a tal altura! Parecía un hormigueo de estrellas chisporroteando en un océano de sombras... Millares de luces corríanse hasta el horizonte, bien errantes y perdidas entre arboledas, o alineadas paralelamente como tropas en marcha. Lo que más llamaba su atención en la nueva ciudad, al noroeste, fueron las hileras simétricas de focos, señalando rectilíneas rampas de «squares», avenidas pespunteadas de astros, irradiando en forma de abanico y cortados de trecho en trecho por

vastas claridades, donde las luces difuminábanse en una polvareda cósmica de color azul. De la parte alta de la ciudad despeñábanse por cuestas y vertientes una verdadera red arterial de pequeñas venas, serpenteando por entre el caserío su feble rastro de oro. La luz convertíase en torrentes al llegar a la «Baixa». Invisibles ríos luminosos corrían paralelamente, denunciando su curso por los ardientes resplandores de las fachadas. Todo este sistema hidrográfico de fuego iba a desembocar en el estuario del «Rossio» (1), el que adivinábase entre la pesada mole de las edificaciones por su fulgor de cráter.

Luciano contemplaba la inmensa ciudad extendida allá abajo, pensando en el gran esfuerzo colectivo que aquello suponía. La luz se hizo en su mente... La razón salvóse en el naufragio de su corazón...

La vida no era como el padre Anselmo la comprendía: una elaboración interior y egoísta, cerrada a toda sociabilidad. Si el gusano se encerraba, aislándose, ¿no era para surgir convertido en mariposa? No, no comprendía esa renunciación, esa abdicación de personalidad, ese aniquilamiento de la voluntad, base y principio moral de esa clase de existencias. La vida no podía ser una inutilidad, una superfección en el mecanismo del universo. Por el contrario, la vida era todo. En el animalículo, en el sér más ínfimo, el obsservador no podía por menos que admirar la coordenación orgánica, las funciones fisiológicas, el propio trabajo psíquico rudimentario. ¿Para qué renegar, pues, de la vida? ¿Para qué aniquilar el cuerpo? Los hombres engañábanse, pervertíanse, eran malos y la sociedad torcíase a su vez, al basarse falsamente en prejuicios, hipocresías, iniquidades y horrores que hacían estremecer a la Justicia. Mas, porque las circunstancias hicieran malos a los hombres, ¿era eso suficiente

(1) Rocio, playa principal de Lisboa.—(N. del T.)

para esterilizar su rico patrimonio de energías, convirtiendo el maravilloso instrumento del cuerpo en cera maleable e inerte, consumida por el fuego del alma en el sacrificio egoísta de un culto vacío? ¿Tan sólo porque el huracán doble los árboles, no dejándoles crecer derechos, deben arrancarse? ¿Porque haya hierbas entre el trigo, debe despreciase la cosecha? ¿No era, pues, un verdadero crimen desertar de la colmena laboriosa, encerrándose en un punible retraimiento, esquivándose de la consumación de la otra común ¿Lo sociedad, el progreso, la ciencia, la moral, el bienestar de todos, no dependen del simultaneo esfuerzo, de la solidaridad, de la cooperación en la grandiosa obra regeneradora? ¿Con qué derecho se excluían de esta tarea, eximiéndose de tomar parte en los trabajos colectivos? Sí, el único que tenía razón era Juan Coutiño.

Incomprensibles eran para él aquella limitación de la personalidad, aquella atrofia de facultades que constituían el fondo y la esencia de la práctica religiosa. Con ella el pensamiento gana en profundidad; pero debilítase en esa continua distensión forzada, estirado, filiforme a través de la helada atmósfera del cielo, en constante súplica jamás escuchada. ¿Cómo admitir esa tendencia unilateral, esa expansión en un solo sentido, desdeñando la complejidad del individuo? ¿No era completamente absurdo hacer de la práctica religiosa el centro de la vida, punto de gravedad emotiva de toda la existencia? No, la vida era otra cosa: no era sólo orar, arrodillarse invocando a Dios constantemente. La vida libre, voluntariosa, ¿no era mucho más fecunda, más procreadora de virtudes, que esas fórmulas piadosas siempre en los labios y esa vaciedad dolorida de las oraciones?

A lo lejos, en las calles, apagábase el ruido poco a poco. Luciano levantó la mirada, en contemplaciones de la bóveda estrellada, hormiguero de astros refulgiendo cual carbunclos en las inmensidades del in-

finito. El artista habíase olvidado de las floraciones ardientes del cielo, embebido por su pasión hacia la cristalizada flora de la Basílica; pero familiarizándose de nuevo con las estrellas, reconstruyó las constelaciones. El grupo de Casiopea, alumbrando sobre el palacio de San Martino evocóle la figura de María Elena ysu malograda pasión... ¡Ah, su amor! Ahora sí que comprendía su razón de ser.

Aquel amor brotó del mismo ensueño que su pasión hacia la Catedral; complemento de todo fué la ilusión artística realizada en la capilla de la Virgen. Idéntica quimera dióles vida. Aniquilado uno, imposible que el otro sobreviviera. Aquella mujer y su obra pertenecían ya al pasado, no pudiendo adaptarse a las ideas modernas de trabajo, democracia y utilitarismo. María Elena era incapaz de amarle libremente. Siglos enteros de selecciones distanciábanla de él, aislándola tras de una barrera de prejuicios minada en su base por la democracia, pero cuyo desmoronamiento conseguiríase después de mucho tiempo, tan sólo por la acción evolutiva. ¡Cuántas generaciones pasarían aún antes de que la sangre de aquella mujer, filtrándose a través de las venas de su raza, vertiérase al fin en el rojo río del pueblo! ¡Cuánto tiempo todavía para desgastar las cadenas que la sujetaban al privilegio y a la tradición!... La verdad presentábase ante sus ojos en relámpagos clarividentes. Era preciso actuar, forzar el orden natural de las cosas, precipitar la lenta marcha de la evolución...

Necesario hacíase intervenir, pero intervenir a prisa, cegar las fuentes perniciosas, poniendo término a tanta iniquidad. Preciso ir hasta el fin, hasta el fondo, arrancando violentamente las raíces del mal. Juan Coutiño pensaba bien.

Millares de seres agonizaban en la más perfecta esclavitud, tan sólo por el bienestar para una reducida minoría. La caridad atenuaba, cuando mucho, inca-

paz de extinguir la causa ingénita de aquel mal. En contradicción con los principios cristianos, la moral evangélica y las enseñanzas de Jesús, no era la virtud la que triunfaba y obtenía recompensas, sino los traficantes sin alma y los especuladores sin escrúpulos.

Mientras que allá abajo, en la capilla de la Virgen, el fuego devoraba los trozos de madera, socavando las bases de las columnas, otro fuego purificador devoraba allí encima, dentro del alma de Luciano, las falsas ilusiones y el loco ensueño que le retuvo tanto tiempo unido a las ruinas muertas de la Catedral.

Había que concluir de una vez con la egoísta manera con que se explotaba el trabajo, fundando, en justos y razonables moldes, una cooperación igualitaria. El beneficio personal, aguijón del estímulo fecundo, base del sistema de explotación capitalista, era, de hecho, tan pernicioso como inmoral. Perdíase en tranquilidad lo que ganábase en material progreso. Y el objetivo ansiado debía ser la Justicia; la equidad predicada desde los fraternales llamamientos de Jesucristo, hasta los corolarios de la moderna ciencia social. ¡¡¡Justicia!!!

Un sordo estrépito de algo que se hundía resonó hacia el lado del altar mayor, estremeciendo el edificio hasta en sus mismos fundamentos. Espesa humareda de polvo envolvió el ábside, llenó el jardín, expandiéndose por los claustros y ocultando por unos momentos la extensión del desastre. Luciano quedó inmóvil, fulminado, como si hubiera recibido sobre sus hombros todo el peso de la capilla. Inclinábase por sobre el parapeto de la torre, con ideas de confundirse allá bajo, en el mismo aniquilamiento mortal de su obra ya en ruinas, cuando se sintió agarrado por los brazos fuertes de Juan Coutiño. El arquitecto abandonóse, inanimado, sin conciencia, sintiendo que algo se le iba por las heridas de su alma,

como se siente el escape de la vida junto con la sangre que corre de una vena abierta. Coutiño tomóle de un brazo, arrastrándole dulcemente como a una criatura por la escarpada escalera en espiral de la torre; luego de un corto descanso en el pavimento de la galería, descendió con él hasta la iglesia, y, sin pronunciar una palabra, sin una mirada de amargura, los dos hombres, franqueando, del brazo, los pórticos de la Catedral, encontráronse en la calle.

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

POESIA:

Imperiosa Verdade (agotada).
Sentido de viver (agotada).

CRONICAS:

Na ligna de fogo (diario de un subversivo).

NOVELAS:

A explição (1921).
Poder redentor (1922).

TRILOGIA SOCIAL:

A Catedral (tercera edición), traducida por Alvaro de Heredia.

O deserto (segunda edición, traducida por Eduino de Mora.

A Ressurreição (en preparación).

OBRAS DEL MISMO TRADUCTOR

La Sucesión en Derecho Romano.
Pro Cuba.
El armamento en corso ante el Derecho Internacional.
La Pena de Muerte.
(Todo lo anterior agotado.)
Pasionales (cuentos).
La Calatrava (novela).
Los regalos de Papá Noel (novelas cortas).
Poesías picarescas del Canónigo Grecourt.

EN PREPARACION:

Observaciones de un señor insignificante.
El Libertado (novela).
Glosas del camino (poesías).



CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
LIBRERÍA RENACIMIENTO.—PRECIADOS, 46.—MADRID.

Imprenta Ciudad Lineal.—Madrid.—Teléfono S-12.